

Ana B. Sintes

EVENGARG

Herederos de la Guerra I



Ana B. Sintes

EVENGARG
HEREDEROS DE LA GUERRA I



Primera edición: diciembre 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana B. Sintés

© Ilustración de portada: Julián Calle

© Ilustración interior: Andreína Sttapper

ISBN: 978-84-17548-82-7

ISBN digital: 978-84-17548-83-4

Depósito legal: M-41067-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Todavía queda abierta, ante las almas grandes,
la posibilidad de una vida libre. En verdad, quien menos
posee, tanto menos es poseído.
¡Alabada sea la pequeña pobreza!*

*Donde el Estado acaba, allí comienza el hombre que no es superfluo: allí comienza la canción de quienes son
necesarios,
la melodía única e insustituible.*

Friedrich Nietzsche
(*Así habló Zaratustra*, 1891)

Prólogo

Era un día lluvioso, la verdad es que no recordaba día anterior en el que no hubiera llovido, no al menos desde que recibió la noticia. Era joven, pero lo suficientemente mayor como para comprender los sentimientos que en ella anidaban; para comprender con suficiente madurez el temor que la abordaba pensando en la situación que se le venía encima, del resto no tenía ni idea. Aquella vieja casa, por poco tiempo que hubiera estado en ella, era su hogar y los que ahí vivían su familia. No importaba el hecho de no estar emparentada con ninguno de ellos, los lazos de unión se formaban tan rápidamente y con tanta fuerza que le era imposible imaginar un futuro sin las personas que la rodeaban. En sus ratos libres le encantaba escuchar las historias que algunos relataban sobre sus padres, recordándolos con tristeza y orgullo. Eran muchos los niños que allí vivían cuyos padres perecieron en alguna de las grandes guerras de los hombres. Ahora todos esos huérfanos habitaban en casas como aquella, convertidas en improvisados orfanatos escondidos en los bosques, donde los pequeños estaban a salvo.

Una mañana, la mañana del día más oscuro que podía recordar, llegó un extraño hombre no muy mayor, sin embargo, en sus ojos se veían siglos de duras penurias, algo que ella no alcanzaba a comprender. Su rostro era severo, pero algo en él reflejaba seguridad, al menos eso le pareció percibir cuando se cruzaron en los altos escalones de piedra que daban acceso al gran portón de madera. El hombre la miró de reojo sin mediar palabra, al hacerlo la niña sintió una fuerte sacudida en su interior que hizo que su pequeño cuerpo se estremeciera; le era familiar, aunque no lograba recordar por qué. Cuando el hombre entró la pequeña permaneció en los escalones de piedra, sentada bajo la lluvia, pensando. Intuía que ese hombre no era portador de buenas noticias, al menos no para ella. Y así, mientras su ingenuo juicio intentaba llegar a una conclusión que calmara la inquietud que surgió en su interior, agarró con fuerza un collar de plata que colgaba sobre su estómago, forjado bajo el símbolo ancestral, la flor de Lessa, mientras el largo cabello castaño goteaba sobre la falda de su vestido, empapándolo.

El hombre caminaba por los viejos pasillos de piedra gris, con la cabeza baja y las manos dentro de su empapada y desgastada túnica marrón. El cabello, largo y canoso, caía por su espalda amarrado en una maltrecha coleta. Su figura, de gran estatura, aunque no de fuerte complexión, lucía imponente en los lóbregos pasillos. Se detuvo al llegar frente a una enorme puerta de antiquísima madera de Yaba sin tratar con algunas largas astillas que sobresalían de ella. Con la mano abierta la aporreó enérgicamente, si bien poniendo cuidado en ello. Al momento una grave voz femenina le dio la bienvenida, haciéndole pasar no muy cortésmente. Él abrió la puerta lentamente con la mirada baja, entrando en la habitación; al hacerlo cerró con la misma lentitud echando un rápido vistazo a su alrededor. Todo se encontraba exactamente en el mismo lugar a la última vez que estuvo allí, siete años atrás. Muebles fabricados con la misma madera de la puerta por toda la habitación, viejos candelabros de plata iluminando el húmedo despacho y en el centro de este, una vieja mesa mejor tratada que el resto del mobiliario. Tras ella una mujer de avanzada edad a la que, aún oculta tras el robusto mueble, podía apreciarse su extrema delgadez. Impasible, permaneció erguida en su asiento fumando de una vieja pipa, al igual que la última vez que estuvo en ese despacho. Le habría sido imposible olvidar el desagradable olor de la Yaba, hierba que solo podía

conseguirse en lo alto de las montañas del este. Plantas con fines curativos tratadas por los Teurgios que habitaban dichas montañas y su madera, siempre y cuando estuviera tratada por un carpintero de habilidosas manos, era considerada la más noble del lugar.

—¿Otra vez tú? —preguntó la fantasmagórica Ágata Shalk con seriedad dándole una calada a su pipa.

—Dije que volvería —apuntó él, clavando su mirada en la mujer.

—Y yo no te creí —la mujer suspiró mientras se inclinaba sobre la mesa—. ¿Qué es lo que quieres ahora, Herban?

—Vengo a buscar lo que en su día deje aquí —respondió prudentemente.

—¡Por Lessa! ¿Cómo puedes hablar así de una misericordiosa criatura?

—No me hables de misericordia Ágata —el hombre caminó con decisión hasta el centro de la estancia—. Vengo a buscar lo que dejé a tu cargo, es hora de que vuelva conmigo, no puede permanecer aquí por más tiempo —Ágata tensó los labios en respuesta a sus palabras—. Podrían descubrir su paradero y entonces no solo ella correría un grave peligro, el resto de los niños también. No sabes lo que son capaces de hacer por conseguir lo que desean y necesitan. El momento ha llegado.

Ágata se levantó del sillón dando otra calada a su pipa, yendo hacia el hombre. Un horrendo y áspero traje rojizo cubría su esquelético cuerpo dándole un aspecto empobrecido.

—Está bien, sé que no puedo ni tengo derecho a detenerte, aquí todos tenemos nuestra misión y yo... —tragó saliva. Tras tantos años había llegado a querer a la niña—. Ya he cumplido. Me he encargado personalmente de que reciba unas nociones básicas, espero que resulten. Sé que harás un buen trabajo con ella, ahora todo está en tus manos.

Fuera, aún en las escaleras, la pequeña reflexionaba con lágrimas en los ojos. Entre sus menudas y frías manos sujetaba una fotografía reciente de ella misma junto a dos niños más, dos hermanos. Uno de ellos apenas un desaliñado infante, el otro podía decirse ya un adolescente. Esos dos niños se habían convertido en sus mejores amigos, en toda su familia y ahora los iba a abandonar.

—Te estás mojando —le alertó una voz tras ella. La niña se levantó, era el menor de los hermanos.

—Me da igual —apretó la foto con fuerza contra su pecho mirando a su amigo.

—Ven, quiero enseñarte algo.

El niño extendió la mano hacia ella; esta le miró, sonrió y la tomó. La niña era algo mayor que su amigo, apenas un par de años, pero aun así le superaba en más de un palmo de altura. Ambos entraron corriendo en la casa, correteaban por los pasillos alegremente mientras bromeaban y reían, dejando atrás sus inocentes carcajadas infantiles rebotando contra las gruesas paredes. Pese a ser más menudo, el niño corría con muchísima más soltura haciendo que ella más que seguirle se viera arrastrada por él. Con toda la rapidez que sus piernas les permitían subieron los tres pisos de la oscura casa hasta llegar al desván de esta. Una torreta en donde la señora Shalk se encerraba de vez en cuando a lo que se refería como: »meditar sobre sus asuntos«. El niño se detuvo frente a una oscura puerta haciendo callar a su amiga, soltó su mano y empujó la pesada puerta dejando al descubierto una cavernosa estancia.

—Mira —dijo señalando hacia el interior.

Era alta, mucho más que el resto de las habitaciones de la casa, aunque sin duda las paredes resultaban lo más llamativo de la estancia. Por ellas se deslizaba una gelatinosa masa marrón proveniente del techo, desapareciendo al tocar el suelo. Toda la habitación era iluminada por una enorme luz que flotaba en lo alto de la misma, lo que los niños definían como una bola de fuego que no alcanzaban a vislumbrar. El lugar estaba totalmente vacío a excepción de un arcaico pedestal

oscuro que se alzaba en medio de la sala. Sobre este un óvalo cristalino del tamaño de un pequeño balón negro levitaba. La señora Shalk lo llamaba el Opin.

—¿Quieres ver lo que sé hacer? —preguntó el niño con una gran sonrisa dibujada en la cara.

—Sí —ella también sonrió mientras entraban.

Él se llevó el dedo índice a los labios indicándole que se quedara en silencio mientras se acercaban al óvalo. Al quedar frente a este se vio obligado a ponerse de puntillas y estirarse para poder posar las manos sobre el Opin. Al hacerlo se iluminó ligeramente, surgiendo un leve zumbido del interior.

—La señora Shalk lo tiene aquí porque dice que no funciona bien, no sé lo que es... —susurró forzando el gesto en un intento por parecer interesante.

Las gotas de sudor caían por su frente y los dedos de los pies comenzaban a dolerle, no le gustaba ser más menudo que ella. Eso era algo con lo que su hermano bromeaba, el pequeño Lei que siempre quería verse alto junto a su amiga sin conseguirlo. Los otros niños más mayores le habían contado que, cuando los chicos comenzaban a madurar, eran muchos los cambios a los que se veían sometidos y uno de ellos era la altura. Él sabía que, generalmente, los hombres eran más altos que las mujeres, pero si algo le preocupaba más que nada era la idea de que May siempre fuera a ser más alta que él y que, por lo tanto, su hermano seguiría siendo el único capaz de mirarla cara a cara.

—Yo sí sé lo que es —la niña miraba fijamente el artefacto. Lei apartó las manos mirándola sorprendido.

—¿Lo sabes? —preguntó asombrado mientras ella afirmaba con la cabeza.

—Es una ofrenda de la Diosa Lessa, me lo dijo la señora Shalk —aseguró May con convicción—. Dice que no funciona, pero si lo hace, lo que pasa es que ella no la sabe hacer funcionar.

—Pues yo si la sé hacer funcionar —el pequeño se enorgullecó.

—¡Tú no la sabes hacer funcionar! —ella se cruzó de brazos en un intento de demostrar su veracidad—. La señora Shalk me dijo que solo un verdadero Nuncio sería capaz de hacerlo funcionar.

—¿Un Nuncio? ¿Qué es eso?

—No lo sé... —la niña se encogió de hombros—. Pero yo sé hacer otra cosa con el Opin. La señora Shalk me dijo que en el mundo había pocos y ninguno era igual, dijo que solo están en posesión de los Nuncios Terrenales. No entendí lo que quiso decir —ambos permanecieron pensativos unos segundos.

—¿Y qué es lo que sabes hacer tú con esto? —preguntó Lei.

—Un día la señora Shalk me trajo a esta habitación, me hizo poner las manos sobre el Opin y después... No lo recuerdo —le extrañaba el hecho de que cada vez que rebuscara en su mente sobre aquel momento fuera incapaz de recordarlo.

—¿Y porque no lo haces? —la alentó él—. Así sabremos qué ocurrió.

—Bueno... —dudó la pequeña—. ¡Pero si la señora Shalk se entera de todo esto diré que ha sido culpa tuya!

—Vale —afirmó enérgicamente el niño con satisfacción.

May se acercó con cautela al pedestal donde se encontraba el Opin, deteniéndose frente a él. Miró a su amigo, el cual se apartó unos metros a la espera de ver algo verdaderamente fascinante, posando sus manos sobre el óvalo mientras los latidos de su corazón se aceleraban.

En un principio no ocurrió nada, pocos segundos después un profundo zumbido surgió. Lo que en el interior del Opin fuera negro con anterioridad ahora se tornaba blanco. El niño comenzó a sentirse mareado, el grave zumbido entraba en su cabeza como millones de termitas hambrientas devorando su cerebro mientras ella, por su parte, sintió como si una mano invisible le arrebatara el alma de su frágil cuerpo. Su mente se nubló por completo sintiéndose caer a gran velocidad por un

enorme abismo. No recordaba lo sucedido la última vez que utilizó el Opin, ni porque la señora Shalk le prohibió entrar en esa habitación, pero en ese momento millones de imágenes le venían a la mente, tan rápidas que le era imposible asimilarlas. Sintió el mismo miedo, el mismo agudo dolor en el pecho. Lei se apartó de su amiga al ver como sus pies se elevaban del suelo, contemplando horrorizado como lentamente se convertía en lo que a sus ojos se asemejaba más a una bestia que a un ser humano. El largo y ondulado pelo castaño se enmarañaba y volvía blanco; sus ojos comenzaron a desencajarse, alargándose hasta que los parpados prácticamente desaparecieron y tornándose completamente negros. Su cuerpo se consumía rápidamente notándose cada uno de los huesos y su pequeña dentadura desaparecía para dar paso a tres largas filas de puntiagudos dientes. Un potente rayo surgió del Opin traspasando el techo de la torre, fundiéndose junto al inmenso cielo nublado mientras la niña gritaba tan agudamente que apagó el grave zumbido que le destrozaba la cabeza al muchacho, haciendo estallar los cristales de la habitación situada en el piso inferior. El niño cayó de rodillas al suelo tapándose fuertemente los oídos, gritando. Miraba a May, tenía miedo y sabía que estaba sufriendo, pero se sentía impotente. Agachó la cabeza, cerró los ojos con fuerza y continuó chillando.

El rayo cesó al tiempo que el agudo chillido de la niña era ahogado. El pequeño también detuvo su chillido y aún arrodillado, con las manos presionando los oídos, la observó suspendida a pocos centímetros del suelo, desmayada. Lei se levantó, acercándose lentamente. Extendió una mano y cuando estuvo a punto de tocarla cayó al suelo con un golpe seco, al hacerlo la fotografía que llevaba salió de su bolsillo, planeando danzarinamente hasta posarse en el suelo. Él se asustó, pero enseguida comprendió que el cuerpo que yacía en el suelo no era el de una bestia, si no el de su amiga que volvía a tener una apariencia normal. Se arrodilló intentando despertarla en vano. La llamaba, le gritaba, pero no obtuvo respuesta.

La señora Shalk junto a Herban entraron en la habitación rápidamente, alertados por el tremendo estruendo de los cristales reventados. Ambos quedaron helados al comprobar la situación. Herban se arrodilló junto a la niña mientras Ágata agarró con fuerza al pequeño por la muñeca, haciéndole levantar.

—Solo esta inconsciente —les informó Herban.

—Gracias... —Ágata suspiró tranquilamente.

—Debemos irnos, ahora saben dónde se encuentra —el hombre miró el Opin el cual se mostraba nuevamente negro.

—¡No! —gritó Lei liberándose de Ágata, abalanzándose sobre su amiga.

El pequeño agarró el collar que May llevaba, antes de que Herban lo empujara con fuerza, apartándolo y haciéndole caer al suelo. La cadena del colgante cedió, rompiéndose y quedando entre las manos del niño.

—Marcharemos de inmediato —concluyó Herban mirando severamente al pequeño.

El hombre cogió a la niña en brazos y la sacó de la casa, Ágata recogió la fotografía a los pies del pedestal, ayudó al muchacho a levantarse del suelo y les siguieron. Cuando se encontraron en el jardín comprobaron cómo, para su sorpresa, la tormenta que tantos días había durado amainaba.

—Puedo prestarte un Garamond, os conducirá hasta donde ordenes, es joven y fuerte —ofreció la mujer dirigiéndose a la cuadra.

—Tengo que sacarla de aquí, ahora saben dónde está y vendrán a por ella. Corréis un grave peligro en este lugar, tú y los niños debéis marchar.

Al llegar cogieron el animal al cual Ágata se había referido, un imponente espécimen de un género similar a los equinos, un gigantesco Garamond negro con la mitad de las patas de color plateado, al

igual que la cola y su larga crin. De su cabeza surgía una fuerte cornamenta en la que afilados cuernos se entrecruzaban. Herban montó al animal posando a la inconsciente niña delante de él, agarrándola con fuerza.

—Debéis ponerlos en marcha cuanto antes. Mucho me temo que no me encuentro en posición de desvelarte su destino —añadió el hombre acomodando a May—. Nuestro futuro, desde hoy, es del todo incierto. Ten en cuenta, Ágata, que tal vez no vuelvas a verla.

—Lo sé... —ella acarició la cara de la niña con ternura—. Ha sido como una hija para mí.

—¡Yo también voy! —gritó Lei valientemente intentando subir sobre el Garamond sin éxito.

—No, muchacho, debes quedarte con tu mentora —declaró el hombre duramente.

—Pero, Herban, esto no debería ser así, ya sabes que él no... —Ágata dejó escapar aquellas palabras nerviosamente.

—No siempre las cosas salen como se las planea. No te preocupes, si es designio de Lessa no hay por qué temer —ambos adultos miraron al niño.

—Ve con cuidado —le rogó ella preocupadamente.

—Créeme, Ágata, nadie mejor que yo sabe lo que conlleva esta situación.

—Cierto... —la mujer suspiró—. Cuídate, Herban, querido amigo.

—Descuida —se despidió él agarrando con fuerza las bridas.

Le dio un pequeño azote al Garamond el cual galopó vigorosamente en dirección al bosque Ladero, adentrándose en la espesura. Ágata y Lei se quedaron inmóviles, mirando como desaparecían entre las sombras del frondoso bosque, pensando en que sería lo que les depararía el futuro a ambos y si alguna vez volverían a verlos.

El niño no pudo evitar llorar, agachando la cabeza para que la señora Shalk no pudiera verle, ya que esta les aleccionaba continuamente que el llorar era de débiles. Al instante reparó en su puño cerrado. Abrió la mano y ahí estaba, el largo y extraño collar de su amiga. Un fino hilo de plata retorciéndose en sí mismo para formar los siete pétalos que constituían una flor tan grande como la palma de su mano, unidos en su centro por un panal de plata con un acabado mucho más logrado y adornado con diminutas piedras negras evocando sutiles estambres. Lo miró unos segundos, volvió a cerrar el puño y dejando de llorar se enderezó.

—Señora Shalk, el hombre... —balbuceó el pequeño.

—¿Sí? —Ágata se arrodilló ante él con gesto maternal.

—Dijo que debíamos marchar nosotros también. ¿No es así? —concluyó.

—Cierto.

Ágata quedó pensativa unos segundos, los que tardó en volver a levantarse, cogiendo al niño firmemente de la mano y entraron en la casa. Todos los que ahí vivían debían marchar en busca de un lugar más seguro para comenzar una nueva vida. Pero eso a Lei no le importaba. Acababa de perder lo que para él era lo más preciado en su vida. Albergaba una predilección hacia May que no experimentaba hacia nadie más, ni siquiera con su propio hermano. Tan solo con esa niña que no hablaba con nadie, taciturna y hermosa como los cientos de flores que se extendían por el jardín. Hacía poco que había comenzado a verla como la flor más bonita que jamás pudo contemplar, aun desconociendo la importancia de dicho pensamiento.

En pocas horas Ágata, junto al resto de mujeres que trabajaban en la casa, organizaron la partida dividiendo a los niños en reducidos grupos para poder pasar desapercibidos. Una mujer iría con cada grupo, rumbo a los orfanatos más cercanos en busca de cobijo. Lei marchó siguiendo a la señora Shalk, junto a su hermano mayor y tres niños más, a pie por el camino contrario al que el hombre sobre el Garamond huyó. Era inevitable, cada vez estaba más lejos de ella. Su hermano Lexx le

preguntó en más de una ocasión qué era lo que había sido de su amiga, pero él jamás respondió, tan solo se limitaba a bajar la cabeza y meter las manos en los bolsillos de los pantalones acariciando el collar.

Caminaron sin mencionar lo ocurrido en la habitación del Opin. Ágata en ningún momento pidió explicaciones, aunque tampoco las necesitaba, sabía exactamente lo que había ocurrido. Simplemente una de las noches, poco antes de llegar a su nuevo hogar, la mujer se acercó a él tendiéndole la fotografía que había recogido del suelo, acariciándole con ternura la cabeza, despeinándole los ásperos y oscuros cabellos. Tras unos días de angostos caminos, llegaron a una enorme construcción sobre la cual la luz del sol rebotaba resplandeciente. Un lugar mucho más bonito e infinitamente mejor conservado que su antiguo hogar, sin ninguna apariencia de orfanato. Un lugar con olor a sal, mar y libertad.

Pasaron los años y la pequeña May fue desapareciendo de la memoria de ambos hermanos hasta quedar en un borroso y lejano recuerdo. Lo único que quedó de ella fue la vieja fotografía que con el paso del tiempo se distorsionó hasta apenas ser reconocibles sus rostros y el collar que el menor poseía celosamente con la esperanza de poder devolvérselo algún día; una excusa para encontrarla en algún momento de su vida. Pero llegó un día en el que guardó, tanto el colgante como la fotografía, en una pequeña caja de madera junto a una pelotita roja y un caballo en miniatura tallado a mano, únicos recuerdos de su infancia. Fueron creciendo, madurando y saboreando nuevas experiencias, hasta el punto en que la vieja casa y la pequeña niña solo existían en lo más profundo de sus mentes. Hasta que los nombres y los juegos solo se hacían presentes en los sueños y las ilusiones, risas y sentimientos fueron arrastrados por el tiempo.



El cuerpo en la ciénaga

Realmente tenía mal aspecto. El anciano rostro del Uhuren mayor se demacraba con preocupante rapidez. Su cabello blanco, siempre recogido en una larga y gruesa trenza, se despeinaba a cada paso que daba. Cruzando las sucias calles de la ciudad mientras arrastraba un oscuro barro con los bajos de su magnífica toga color escarlata. Estaba cansado y apenas le quedaban fuerzas, cuanto ansiaba volver a dormir como lo hizo antaño...

Aquella fría madrugada el cielo dejaba caer tímidas gotas sobre los tejados de las humildes casuchas que se extendían a lo largo del extrarradio de la ciudad. Los hogares se amontonaban en la lejanía cual gigantescas escaleras de madera unidas por rudos puentes, muriendo su dimensión y carencia a los pies de un portentoso torreón tallado en las piedras de lo que en su día fue una colina, en parte natural, en parte forzada por la mano del hombre, alzándose a más de doscientos metros de altura para acabar en una imponente cumbre, presidida por una brillante cúpula cristalina que hacía la función de observatorio astronómico. Sobre su fachada podían apreciarse los incontables ventanales y balcones que la rodeaban. Pasillos que recorrían cada una de las estancias del complejo y fuertes columnas hermosamente talladas mantenían en pie las alturas que la conformaban. Hannagreth se alzaba imponente y respetuosa ante el mundo.

El anciano confiaba en que una pequeña luz se encendiera para iluminar así su desconcertado paso. Ansiaba la llegada de una respuesta que le ayudara a comprender el significado de sus fatídicos presagios. Más de tres años habían pasado y cada noche el mismo sueño. El Soberano exigía una respuesta inmediata y él, como su asesor, debía dársela sin más dilación. Aquella noche era su última oportunidad. El descenso desde lo alto de la torre hasta los calabozos, al otro lado de la ciudad, se le hizo eterno. Su cansado corazón palpitaba con fuerza, incluso con cierto ritmo, anhelando sus años de juventud. Tal vez en breve podría recuperar todo su esplendor como Uhuren mayor.

Allí cuatro de sus hombres, Uhurens versados en el arte de la adivinación, le esperaban en silencio, observando con ojos apagados y algo de lastima al que esperaban fuera el ultimo sacrificado para aclarar la confusión de su gran maestro. Un hombre de mediana edad permanecía en pie, completamente desnudo, atado de pies y manos en el centro de una oscura y mugrienta sala, aguardando con resignación su nefasto final. Los grilletes que aprisionaban sus muñecas se hallaban unidos a una gruesa cadena de acero que colgaba del techo de esa manera, en el caso de que al hombre le flaquearan las piernas, la cadena lo mantendría erguido. Esa misma noche, mientras cenaba junto a su esposa y tres de sus hijos, dos soldados acompañados por un Uhuren se presentaron en su hogar, citación en mano, para que los acompañara a la torre. La mujer rompió a llorar mientras los pequeños observaban con desconcierto como el Uhuren le hacía entrega a su padre de un sobre negro sellado por la Casa Real y el Consejo. El hombre dejó caer la cuchara que iba a llevarse a la boca, manchándose la espesa y oscura barba de potaje de alubias. Al tiempo que extendía la mano para aceptar la citación, uno de los soldados se dirigió a la afligida esposa, haciéndole entrega de una pequeña bolsa de piel repleta de tintineantes monedas. La mujer le dio un manotazo tirándola al suelo

mientras se abalanzaba suplicante sobre su esposo. Los pequeños comenzaron a sollozar sin moverse del lugar. A pesar de su inocencia sabían perfectamente que estaba a punto de ocurrir. La guardia real inspiraba demasiado temor entre la población, incluyendo a los más pequeños; nadie osaba contrariarlos. Cabizbaja, aquella humilde familia aceptó el destino que unos pocos habían decidido. El hombre se despidió de sus hijos y esposa sin derramar una sola lágrima. Con la cabeza bien alta y una gran sonrisa dirigida a sus pequeños abandonó el hogar familiar, para siempre.

Ahora, mientras observaba como el Uhuren mayor se acercaba a él con ojos voraces, lamentaba no haber dado un par de buenos consejos a sus vástagos y un último beso de despedida a su esposa. El viejo se dirigió hacia una destartalada mesa de madera, sobre ella algunos utensilios comúnmente utilizados en las mazmorras tales como dagas, una contundente maza con algunos cabellos adheridos a ella por la sangre seca y diferentes estilos de picas, de punta plana, redondeada...

El Uhuren mayor agarró, con mano temblorosa, una corta pero afilada daga. Durante unos segundos observó su reflejo sobre el brillante filo, aquellos ojos que le devolvían la mirada no eran los mismos que recordaba haber tenido tiempo atrás. Eran ya tantas las guerras vividas, tantos los momentos a olvidar que, en el camino, olvidó incluso quien era. El viejo ladeó ligeramente la cabeza entrecerrando los ojos, saliendo así de su ensimismamiento.

Con inusitada fuerza se enderezó, caminando con decisión hacia el hombre apresado. Este, aterrorizado, se revolvió en un intento vano por liberarse de los grilletes; sin poder retener más las lágrimas. El Uhuren mayor se dirigía hacia él y no podía hacer más que arrodillarse, pero incluso eso le fue negado ya que, al flexionar las rodillas, resbaló en el oscuro suelo encharcado mezcla de agua, sangre y orín, quedando colgado a merced de sus captores. Ya no tenía fuerzas para levantarse, las piernas no le respondían, el terror lo atenazaba y el corazón le latía violentamente. Solo podía suplicar clemencia entre lágrimas.

—Hijo mío, tu muerte no será en vano —el Uhuren mayor se agachó levemente para quedar cara a cara con el prisionero—. Que tu alma guíe a los espíritus para que nos protejan de la desgracia que se cierne sobre Hannagreth.

Al escuchar esas palabras el hombre se dejó caer haciendo que las muñecas, fuertemente atadas a los grilletes, soportaran todo el peso de su cuerpo. Le dolía, pero no le importaba. Se había dictaminado su condena de muerte.

—Escúchame, anciano, escúchame y no olvides mis palabras. Llegará el día en el que esta ciudad sepa la verdad y cuando ese día llegue ten por seguro que tú serás el primero en caer, pero no antes que Hannagreth. Pues no habrá mayor sufrimiento para ti que contemplar como lo que con tus manos has alzado, se derrumba.

La amenaza del hombre quedó grabada, marcada por punzantes agujones, sobre el Uhuren. Este se enderezó forzando una sonrisa que pretendió ser a modo de desprecio, sin lograrlo. Su miedo era demasiado fuerte como para pasar por alto aquellas palabras. Miró al desgraciado hombre, agarró con fuerza el puñal de la daga y descargó su furia contra el indefenso prisionero.

Los cuatro Uhurens que acompañaban a su maestro observaron como hendía la hoja del arma sobre el vientre del preso, cortando con macabra lentitud piel, carne y músculos. Presionando con la fuerza justa y exacta, digna de un experto, hasta abrir una brecha en el vientre plano y tostado del hombre. El Uhuren mayor acercó su rostro al del condenado, apretando los dientes con fuerza mientras los desgarradores gritos del hombre inundaban la sala. Con un último movimiento algo más rápido, pero igual de maestro, acabó su faena. Los cuatro Uhurens comenzaron a murmurar oraciones mientras observaban la forma en la que las entrañas caían al suelo, aun humeantes por el contraste de temperaturas. El Uhuren mayor se apartó unos pasos, en un intento vano por evitar que

la sangre le salpicara, observando junto a los demás como se disponían las tripas sobre el sucio suelo de piedra. El hombre, moribundo y ya sin voz, se convulsionó hasta que tan solo un débil filamento unía el amasijo de carne esparcida, a su cuerpo. Un gran charco de sangre cubrió los pies del anciano mientras el preso exhaló su último aliento. Los cuatro Uhurens continuaron murmurando por lo bajo, observando cual cuervos los restos sin vida de aquel desdichado que había dejado sobre la tierra a una familia desamparada en una ciudad inflexible.

—¿Y bien? —preguntó el viejo Uhuren a sus discípulos.

Todos cesaron su rezo agachando las cabezas sin poder dar respuesta a su maestro. El anciano, indignado, recogió los bajos de su toga ordenando a uno de los carceleros que limpiara aquel despropósito, abandonando después los calabozos.

Caminó con paso rápido, más rápido de lo que era habitual para un hombre de su edad, con los puños cerrados, clavándose las redondeadas uñas en la palma de sus manos. Ya no tenía respuesta alguna que ofrecer al Consejo y eso le ponía en una situación mucho más que incómoda. Salió de la torre utilizando uno de los accesos traseros, acelerando el paso hasta que sus pulmones se resintieron. Grandes bocanadas de aire escapaban desde lo más profundo de su ser. Contrariado se dio media vuelta, haciendo que los bajos de su túnica salpicaran de sangre la pared de la casa junto a él. Levantó la mirada observando la icónica torre hueca. Al instante los ojos se le llenaron de lágrimas, recordando lo que tantas veces había soñado. Esos sueños en los que aparecía una sombra que aplastaría a sus enemigos e iniciaría el proceso por el que serían desheredados de todo cuanto poseían. No lograba entender como él, siendo el líder de la potencia más grande de aquellas tierras, el gran mentor y maestro de la ciudad de Hannagreth, se veía derrotado por una forma indefinida y sin rostro que, no solo le arrebataría el poder al Consejo, amenazando la noble y ancestral tradición de los Uhurens. Se sentía impotente ante una amenaza que, sin remedio, se cernía sobre él. En un principio su curiosidad se convirtió en preocupación, la preocupación en temor, el temor en pánico. Ahora el pánico lo atenazaba, arrebatándole incluso el aliento.

A la mañana siguiente, la guardia real de Hannagreth encontró, en la ciénaga de las afueras de la ciudad, lo que se había convertido ya en una macabra costumbre. Un cuerpo en descomposición y sin rostro.

La libertad de Ion

Un par de pasos, solo un par de pasos y caería por el abismo de perfiladas rocas para acabar sobre un lecho de zarzas. Nunca tuvo intención de tirarse por el acantilado, por mucho que su madre así lo pensara, tan solo le encantaba sentarse al borde de este, cerrar los ojos y recoger todo cuanto sus pulmones le permitieran. El aroma de la tierra, las plantas, el cielo. Solo capaz de imaginar la plenitud que inundaría su pecho ante una sensación que solo las aves eran dignas de gozar; la de total y absoluta libertad, la de volar.

A sus pies, a pocos kilómetros de distancia, se dibujaba la silueta de la ciudad de Hannagreth. Para muchos el lugar soñado donde vivir, para Ion una enorme prisión donde todos debían obedecer las órdenes de los Uhurens. Solo recordaba haberlos visto durante el festejo en el que los desterrados muestran sus tradiciones a los Iluminados, nombre que se otorgaban a sí mismos los habitantes de la ciudad. Los desterrados eran todos aquellos que vivieran fuera de los muros de Hannagreth y por extensión totalmente ajenos a las leyes y tradiciones de los Uhurens.

Gran parte de los desterrados no habían sido expulsados de la ciudad, más bien fueron estos mismos los que decidieron abandonarla por voluntad propia. Aunque para Hannagreth quedaba mejor a ojos del mundo el reiterar que la expulsión de cierto tipo de personas de sus calles, era decisión del Consejo. Así se decidió y así lo acató el mundo. Muchos comenzaban a ver como el lugar donde vivían se transformaba, negándose a criar a sus hijos bajo lo que muchos denominaban dictadura. Ahora, esos pocos con el suficiente valor para algunos, completamente locos para otros, gozaban de una vida tranquila y sosegada en los campos donde aprendieron a autoabastecerse. Libres y sin la obligación de unos mandatos que, en la mayoría de los casos, resultaban no menos que abominables.

Cierto era que en Hannagreth reinaba la abundancia, nadie pasaba hambre en sus calles, no sufrían mal alguno y de nada debían preocuparse. Todos los que allí vivían tenían un hogar donde guarecerse y comida en sus platos, todo ello proporcionado por los Uhurens. Los ciudadanos tan solo debían llevar a cabo un oficio en la ciudad, cobrando las monedas suficientes para cubrir los caprichos personales, ya que todas las necesidades básicas estaban aseguradas. En sí, todo quedaba en que, el dinero que ganaran los habitantes de Hannagreth era enteramente para ellos, contando con que a mayor cargo en el oficio mayor era el sueldo y por ende más lustroso su hogar, nadie pensaría que era un mal lugar para vivir.

Ion tenía muy claro que jamás se dejaría seducir por aquella ciudad. Su padre relataba como en su infancia, cuando vivía en ella, vio cosas difíciles de olvidar. Todos los hechos a los que se refería como «difíciles de olvidar» jamás los compartió en las noches en las que la familia se sentaba junto al fuego para oírle hablar. Cuando alguno de sus hijos le suplicaba que las contara, él respondía con un tajante: «Sois libres y no debéis preocuparos por cosas que jamás viviréis». Aunque su padre jamás se aventuró en explicar esas historias a Ion no le hacía la menor falta, a pesar de haber recibido una excelente educación basada en el respeto, despreciaba la ciudad de Hannagreth.

Ion no era más que un niño ansioso por experimentar, quedaban apenas tres días para su décimo cumpleaños y estaba deseoso por viajar, salir de cacería con su hermano Levin y porque no, infringir alguna que otra tonta norma. Soñaba con todo cuanto un niño libre podía soñar y aun así tenía claro que jamás se dejaría llevar por aquella ciudad que atesoraba, como su símbolo máspreciado, una torre hueca.

—¡Ion, deja de holgazanear!

El muchacho se giró alertado por la voz de su madre Elmira, una mujer robusta y de baja estatura cercana a la cincuentena. Ion dejó atrás el acantilado, corriendo hacia el portal de su hogar. La casa se hallaba a unos sesenta metros del barranco, rodeada por fuertes robles, un lugar privilegiado si lo que se pretendía era tener una hermosa panorámica de Hannagreth. Esta estaba construida con robustas maderas y constaba de tres plantas: la planta baja donde la familia hacía su vida; primera planta, donde se encontraban los dormitorios; y por último el ático, en el que su madre había montado un pequeño taller de costura donde su hija menor, Marie, la ayudaba a crear la mayoría de los ropajes que llevaba la gente de los alrededores. Su padre, por otro lado, trabajaba en el pequeño campo tras la casa, junto a sus hijos Levin, Thomas y muy de vez en cuando Ion, ya que aún era pequeño para los rudos trabajos del campo. Ahí cultivaban deliciosas legumbres y verduras. Y como no, en el establo que construyeron hacía cuatro veranos, los observaban día a día Sol y Luna, dos grandes vacas encargadas de mantener fuerte a toda la familia con su leche.

—Llévale esto a tu hermana —su madre le entregó una gran hogaza de pan aún caliente envuelto en un trapo—. Y dile que no olvide la comida de tu cumpleaños. Con los gemelos no sabe ni donde tiene la cabeza.

Elmira entró en la casa hablando consigo misma mientras Ion la observaba, suspiró y marchó hacia el hogar de su hermana mayor Shara. Hacía poco más de un año que Shara había contraído matrimonio con Velmen y apenas dos meses después anunciaron que se encontraba en cinta, finalmente dio a luz a dos varones.

Caminó a través de un pequeño sendero por el cual podía ver a su padre, hermanos y a su cuñado arando el campo. La primavera había empezado y el campo exigía más trabajo que nunca, gran parte del día lo dedicaban a esas labores y gracias a eso los hombres de la familia Harana gozaban de una excelente fortaleza física. La mayoría de los miembros, incluidos ambos padres, lucían una lacia y hermosa cabellera pelirroja, a excepción de Ion y Marie que heredaron la apariencia de su abuelo materno, algo rústica como decía su madre, de cabello alborotado y de un rubio oscuro, más altos y desgarrados que el resto de la familia. Poco después llegó a un conjunto de casas que evocaban una menuda aldea formada a lo largo de los años, la casa de Shara era una de ellas. Mientras se acercaba a la puerta el llanto de los dos recién nacidos tomaba cada vez más fuerza.

En el interior, la joven madre caminaba nerviosamente de un lado a otro con ambos pequeños entre sus brazos, intentando que sus llantos cesaran. Desde el mismo momento de su nacimiento apenas habían parado de llorar, Shara ya no sabía qué hacer para gozar de un minuto de silencio. Su rostro se veía surcado por unas grandes ojeras, había perdido bastante peso y su hermoso cabello ahora se recogía en una torpe coleta a medio hacer. Ion entró en la casa observando a su nerviosa hermana mientras dejaba el pan sobre la mesa de madera de la estancia principal. Había muchas cosas que Ion no entendía aún, él tan solo era el hijo menor de una gran familia del campo.

—Dame a uno —le dijo acercándose a ella con los brazos extendidos.

—Por mí puedes llevártelos a los dos —sentenció dándole uno de sus hijos a Ion.

Por lo general Shara era una madre amorosa sin embargo en momentos como ese, cuando los pequeños no le habían dejado pegar ojo durante toda la noche, agradecía el hecho de que alguien

apareciera para hacerse cargo de sus vástagos durante un par de horas. El pequeño, por mucho que Ion pusiera todo su esfuerzo en reconfortarlo, no dejó de llorar.

—Mamá comentó ayer que tú eras igual cuando naciste —el muchacho le hizo una carantoña a su sobrino.

—¿Y qué significa eso? —Shara le dirigió a su hermano una mirada fulminante—. ¿Qué merezco esto?

—No, yo... No quería decir eso. Era solo un comentario.

Ella le arrebató el bebé a Ion, estaba claro que aquello la había molestado. Rápidamente se dirigió a la cocina donde, sobre una pica de piedra, había improvisado una cuna con algunas mantas en donde solía dejar a los gemelos.

—Será mejor que te marches, Velmen debe estar a punto de volver y aun he de preparar la comida —gritó desde la cocina.

—Está bien —Ion agachó la cabeza dirigiéndose a la puerta.

—Por cierto —Shara salió de la cocina con un amasijo de tela que le tiró al muchacho, este las cogió al vuelo—, ya he hecho todos los arreglos que me pidieron. Ve y dile a ese loco de Boann que ya tengo bastante trabajo como para preocuparme de vuestras estúpidas tradiciones.

—Antes te encantaban nuestras estúpidas tradiciones —le respondió él a modo de burla.

—Ahora vete —Shara se metió de nuevo en la cocina haciendo caso omiso a las palabras de su hermano.

Ion abandonó la casa de su hermana para dirigirse tan solo a un par de caserones de distancia. La casa de Boann era algo más grande que las del resto, se decía que fue uno de los primeros desterrados de Hannagreth, instalándose en las cercanías de la ciudad, dando lugar al comienzo de aquella pequeña aldea.

Frente a la casa se hallaban una veintena de personas, charlando animadamente unas con otras mientras se probaban coloridas vestimentas y montaban lo que parecían ser grandes muñecos de paja. Boann era un hombre menudo, apenas dos palmos más alto que Ion, completamente calvo y con una frondosa barba. Al verlo se dirigió hacia el joven con una amplia sonrisa para, finalmente, arrebatarse las ropas de entre las manos y abrazarlo con fuerza, tanta que Ion creyó quedar sin aliento.

Tras Boann apareció Rona, su hija, una joven apenas dos años mayor que él, aunque de su misma altura, huesuda y de grandes pies. Rona, al ver a Ion, sonrió abiertamente mostrando unos separados dientes. Sabía perfectamente los sentimientos que Rona tenía hacia él y precisamente por ello le resultaba incomodo permanecer a su lado. Rona jamás se molestaba en ocultarlos, empañándose en abrazarlo y permanecer el máximo tiempo junto a Ion.

—¡Ya te estábamos echando de menos, hijo! — Boann liberó al muchacho del efusivo abrazo—. ¿Verdad, hija?

—¡Me preguntaba dónde estarías! —la joven se abalanzó sobre él abrazándolo con la misma fuerza con la que su padre lo hizo.

—Sí, esto... —Ion intentó liberarse sin parecer demasiado brusco—. He estado toda la mañana ayudando en el campo y después hice unos recados para mi madre, no puede venir antes.

—Eres un joven atento y trabajador, Ion, serás un gran esposo —Boann volvió a reír. Rona dejó de abrazarlo y rio junto a su padre—. ¿Estás preparado ya para el día del festival?

—Por supuesto.

—Bien, bien —Boann pasó uno de sus brazos sobre el hombro de su hija a duras penas. —. Es una suerte que el festival de este año coincida con tu cumpleaños y más aun con tan señalada época, en pocos años deberás escoger una esposa. ¿Tienes alguna idea sobre qué mujer escogerás? —el

hombre zarandeó levente a su hija mientras sus ojos brillaban anhelando la respuesta que deseaba escuchar.

—Esto... Aún no me lo he planteado —él tragó saliva.

—Bueno, aún eres joven y te queda vello por salir —Boann soltó una tosca carcajada—. Pero no olvides que otra mujer podría ser de mucha ayuda en tu hogar, tus padres te estarían agradecidos —el hombre le guiñó un ojo mientras un escalofrío recorría la espalda de Ion—. Bueno, nosotros continuaremos con lo nuestro, gracias por las telas.

—No ha sido nada.

Ion se despidió de Boann y Rona a duras penas. Por alguna razón charlar con ellos le agotaba mucho más que pasar la tarde arando el campo.

Muchas eran las cosas que Ion no entendía y una de ellas era el ímpetu de aquel hombre por mantener cerca de él a su hija. Ion no tenía ni idea de que esperaban de él, pero si algo tenía por seguro era que jamás engendraría un par de gemelos con Rona.

Los dieciocho de Hannagreth

La visión que los habitantes de Hannagreth tenían sobre su ciudad era muy diferente a la formada por los desterrados. Para ellos Hannagreth era, desde el principio de sus días, una ciudad bajo el sistema de la sinarquía donde la autoridad y el poder, la religión y la política actuaban en armonía. Esta organización se dividía en tres consejos: los Altos Iniciados, guardianes de las ciencias naturales y las enseñanzas, llamados Uhurens. Los Iniciados Seglares, compuestos por el monarca y los regentes, herederos y patriarcas de las familias más ricas y poderosas de la ciudad, sin las cuales el emperador no tenía poder alguno sobre el pueblo; bajo su responsabilidad recaía la justicia. Y por último el Consejo de Ancianos, encargado de la economía y la administración territorial.

Para ganarse el codiciado título de Uhuren mayor uno debía, no solo nacer con el don de descifrar los mensajes que la naturaleza enviaba a los iluminados, sino también dedicar su vida al estudio para que, finalmente, se le diera acceso a los tres consejos. Ser el mentor de los Altos Iniciados, consejero de los Iniciados Seglares y líder del Consejo de Ancianos. Cualquier persona que perteneciera a la ciudad podía solicitar acceso a la escuela Uhuren. Aunque solo los que superaban determinadas pruebas, tras haber pasado la totalidad de su infancia entrenándose duramente, eran admitidos. Mientras el resto de los niños jugaban alegremente y sin responsabilidad alguna, los llamados a ser Uhurens trabajaban sin tiempo ni lugar para el gozo de la infancia. Solo llegarían a acceder al Liceo aquellos que demostraran ser poseedores de unas dotes innatas y aun así nada podía darse por sentado ya que se requerían unas aptitudes excepcionales para culminar los estudios. Muy pocos llegaban a su destino como Uhurens y menos en aquella época. La ciudad comenzaba a murmurar, algunos ponían en entredicho su fe y los estudiantes no podían evitar preguntarse si, todo aquello por lo que sacrificaban día a día su vida, valía realmente la pena. La reciente confusión del Uhuren mayor y la falta de humildad frente a su pueblo, no hacía más que acrecentar los rumores de que el gran maestro ya no era capaz de comunicarse con su naturaleza.

En aquellos momentos todos los altos mandos de la ciudad se hallaban reunidos en la fastuosa Sala del Consejo. Dieciocho hombres sentados a lo largo de una mesa presidida por el soberano y el Uhuren mayor. El monarca de la ciudad de Hannagreth era una figura del todo desconocida. Nadie, a excepción del hombre que ocupara el puesto de Uhuren mayor, sabía de la identidad real de este. Siempre que este se dejaba ver en público, fuese la época del año que fuese, vestía unos lujosos atuendos reales que no dejaban al descubierto ni el más mínimo ápice de piel. En aquellos momentos, una larga túnica color ocre reposaba holgadamente sobre su cuerpo, ciñéndose tan solo a la altura de los hombros por una tela ligeramente más clara. La corona real, completamente hecha de madera, constituida por un cerco sobre el que se elevaban dieciocho ramificaciones rematadas con sus pertinentes perlas de ámbar, reposaba en lo alto de su cabeza. Un chaperón negro ocultaba la totalidad de su cabello, cuello y nuca, siendo más amplia en la parte posterior y sobre su rostro, enganchada por el interior del chaperón, una tela de lino color crema ocultaba sus rasgos por completo.

A la izquierda del monarca se sentaba el Consejo de Ancianos, a saber: el viejo Quiroga, el ya

moribundo Alanis y el silencioso Mur. Junto a estos permanecían con la cabeza baja, sumidos en sus propios pensamientos, los Altos Iniciados, Uhurens de los cuales se desconocían sus nombres ya que, cuando pasaban a formar parte de la noble estirpe de los Uhurens, perdían dicha individualidad. Aquellos cinco hombres normalmente no intercedían en las conversaciones que se llevaban a cabo en la mesa del Consejo, todos ellos de una avanzada edad a excepción de uno que parecía superar de poco la treintena; el miembro más reciente del Consejo de Hannagreth. A la derecha del monarca, ocho hombres más se lanzaban profusas miradas de desdén. Aquellos eran los señores de los ocho clanes más importantes y ricos de la ciudad. Ocho hombres en continuas disputas, ya fueran a causa de sus tierras, matrimonios aún por concertar o antiguas trifulcas llevadas a cabo por sus antepasados, de las cuales ya se había olvidado incluso la razón.

El primero de ellos, Meaghan Rhys, un hombre recio y adusto que tenía por costumbre mesar su larga y espesa barba. A su lado los gemelos Maildor; Kelian y Kendal, ambos se disputaron el puesto de jefe de su clan durante décadas hasta que finalmente el padre, en su lecho de muerte, decidió dar a ambos hijos los mismos derechos sobre este. Estos jamás se pusieron de acuerdo en nada, ni siquiera en lo relativo a las mujeres, por lo que ambos hermanos habían tomado cinco esposas que compartían, teniendo así un total de treinta y dos hijos de los que se desconocía cuál de los dos hermanos era el padre verdadero. Tras los gemelos, el Señor del clan Teagan, Tansei, un hombre de ideas claras e inflexibles. Yanis Yann y Gerhard Faye le seguían, sin duda alguna los hombres más astutos en esa mesa junto al Uhuren mayor. El joven Aris Sly al que todos apodaban «el fino», dado que decían de él ser más fino que cualquier dama de Templanza, de delicadas facciones y brillante cabello dorado. Y por último el rudo patriarca del clan Aswimi; Hugo, seguramente el hombre más peludo que había vivido en la ciudad.

Todos aquellos hombres se hallaban reunidos por una única causa. El pueblo estaba inquieto por las crecientes dudas respecto a sus líderes y eso era algo que el Consejo no podía pasar por alto. Cada vez eran más las historias que recorrían las callejuelas de Bajaciudad en cuanto a las inesperadas visitas nocturnas de la guardia real. Se contaba que estos entraban a la fuerza en las casas arrancando de la calidez de sus hogares a cuantos fueran necesarios, no se sabía con qué propósito. Lo único que sabían era que, desde hacía tres ciclos lunares, se contaban por decenas los cadáveres sin rostro de la ciénaga.

—¡Todo esto es una completa insensatez, monarca! —Teagan estrelló su gran puño contra la mesa.

—Será mejor que contengáis vuestra ira —le increpó el viejo Quiroga.

—¡Teagan tiene razón! —Kelian Maildor se incorporó en su silla haciendo que esta chirriara a causa del peso—. ¿Durante cuánto tiempo más vamos a tener que darle a ese viejo nuestros aldeanos? Como esto continúe durante mucho tiempo no habrá hombres suficientes que cuiden de mis campos...

—¡Sí! —Kendal apoyó a su hermano enérgicamente—. ¡Nuestra prole necesita ser alimentada!

—¡Por Lessa! Por un momento pensé poder ver un ápice de humanidad en vosotros dos —el señor del clan Rhys soltó una fuerte risotada—. ¿Quién alimentará a los pequeños bastardos de la casa Maildor si asesináis a todos los aldeanos?

—¿Cómo te atreves? —ambos gemelos se levantaron al unísono de sus asientos.

Los hermanos se enfrentaron a Rhys mientras este permanecía impasible, observándolos. Al hacerlo todos los Señores de los clanes rieron, unos más fuerte que otros, mientras los Uhuren ni se inmutaron y los ancianos simplemente resoplaron con cansancio. El monarca se levantó de su asiento captando la atención de los presentes. La suave tela de lino que cubría su rostro se agitó levemente.

—¡Silencio! —vociferó secamente. Los gemelos volvieron a tomar asiento lanzándole miradas de odio a Rhys—. Ninguno de vosotros tenéis el derecho a cuestionar los actos del Uhuren mayor. Su

mano es siempre guiada por mis palabras y mis palabras son ley.

El joven Aris Sly se revolvió en su asiento. El Uhuren mayor se alzó quedando frente al monarca.

—Mi gran señor —comenzó a decir con voz recia—, estoy dispuesto a responder a todas y cada una de las acusaciones que los Iniciados Seglares deseen lanzar contra mi persona y, si ese fuera el caso, acatar la sanción que este Consejo crea oportuno por mis errores.

—¿De modo que tú mismo crees haber cometido errores? —el sabio Mur clavó sus pequeños y oscuros ojos en el Uhuren.

—¡Él mismo lo ha aceptado!

—¡Sí! ¡Todos lo habéis oído! —ambos gemelos volvieron a hacer el ademán de levantarse.

—Sin embargo —el Uhuren mayor continuó hablando—, si prescindís de mí en un momento como este, no podré asegurar la perduración de Hannagreth y mucho menos la supervivencia de vuestras familias.

—¿Estás amenazándonos, anciano? —el señor del clan Aswimi habló por primera vez.

—Nada más lejos de la realidad, Hugo —llegados a ese punto, hasta los Uhuren se mostraban perplejos. Sin embargo, el monarca se mantenía estoico ante la situación—. Si mal no recuerdo, todo cuanto tienen todas y cada una de vuestras casas se lo debéis en gran parte a los Uhuren. ¿Realmente creéis que podréis controlar el orden de la ciudad sin nuestra guía y consejo?

—Eso sigue sonándome a amenaza —Kendal se levantó llevándose la mano al cinto, donde reposaba su gran y afilado cuchillo.

La tensión en la sala era palpable mientras los señores de los clanes se miraban enfurecidos. Los Uhuren se levantaron yendo tras su líder, apoyándolo.

—Será mejor que ni lo intentes, Kendal —el monarca levantó la mano para que la guardia real tras él estuviera alerta—. Hace años que esta sala no ve sangre y no deseo que hoy sea el día en que vuelva a verla.

Kelian posó su mano sobre la de su hermano, haciéndole un gesto de negación con la cabeza. Kendal se detuvo profiriendo un hosco gruñido que dejó a la vista sus ennegrecidos dientes.

—Señores Maildor —Alanis, el hombre más anciano del Consejo, hizo el ademán de levantarse. Sin embargo, su cuerpo no se lo permitió—. Por favor, dejen acabar al Uhuren mayor.

—Gracias —el Uhuren prosiguió, esta vez respaldado por su comitiva—. Como ya he dicho, mis señores, no es en absoluto mi intención amenazarlos, recuerden que nuestro objetivo es el mismo. La seguridad de Hannagreth y sus habitantes. Una gran amenaza se cierne sobre nosotros y es perfectamente comprensible que se muestren asustados. Sin embargo, comprenderán que debo tomar las medidas necesarias para garantizar nuestro estado de bienestar.

—Lo comprendemos, sin embargo, debes admitir que todo está resultando terriblemente molesto para nosotros —Yanis Yann se frotó las sienes—. Tenemos grandes familias que mantener y unos trabajadores por los que velar. ¿Cómo podemos estar tranquilos si aquellos que sirven a nuestros hijos, esposas y madres empiezan a dudar de nuestra protección?

—¡Si uno solo de mis criados osa siquiera ir en contra de la palabra de uno de mis hijos, yo mismo le arrancaré la garganta con estas manos!

—Tranquilízate, Kendal... —resopló Meaghan, los gemelos siempre resultaban tremendamente molestos.

—Por ello, mis señores, os he reunido hoy aquí —el monarca volvió a tomar asiento—. Hemos encontrado una solución a todos esos temores y no solo eso, una solución a un quebradero de cabeza que lleva años asolándonos. Uhuren Mayor, por favor...

El monarca tendió una mano enguantada en dirección al Uhuren mientras se reclinaba sobre su gran

sillón. Los convocados a la reunión miraron al unísono en dirección al Uhuren.

—En tan solo unos días la Diosa nos sonreirá, culminando su día con una Luna de sangre.

Todos, incluidos los gemelos Maildor, quedaron aturcidos por aquellas palabras, ante un monarca que suspiró tranquilamente y unos cabizbajos Uhurens. Los Iniciados Seglares y el Consejo de Ancianos se miraron confusos. Solo un puñado de ellos sabía lo que una Luna de sangre representaba. Sin embargo, el miembro que más se sobrecogió fue el menor de ellos. El rostro de Aris Sly quedó sumido en la penumbra, sus grandes ojos dejaron de brillar y sus facciones, dulces y femeninas, se desencajaron. Una sola frase salió de sus labios.

No podéis estar hablando en serio...

Templo de muerte y oración

El honorable monarca de la ciudad de Hannagreth miraba por el amplio boínder que presidía su habitación privada. Contemplando a través de la delgada rendija de tela que cubría su rostro, la nación que le debía la vida. Eran muchas y arduas las decisiones que un Soberano estaba obligado a tomar. Por mucho que sus consejeros no cesaran en intentar persuadirle respecto a su decisión en cuanto a la Luna de sangre, era algo a lo que no podía dar marcha atrás. Siendo testigo de aquel impresionante atardecer en la ya no tan fastuosa Hannagreth, reflexionando seriamente cuan inmorales estaban siendo sus resoluciones. Repitiéndose para sí mismo, una y otra vez, que todo era por el bien común. Esa forma de auto convicción, no obstante, ya había dejado de ser efectiva. Los remordimientos comenzaban a atenzarle en forma de horribles pesadillas.

Cuando el Uhuren mayor irrumpió en su alcoba, una madrugada de la estación anterior, poco habría imaginado lo que acontecería en adelante. Balbuceaba palabras sin sentido, frases inconexas en referencia a lo que, en un principio, cualquiera consideraría una barbarie. Una barbarie que, con el tiempo, el monarca consideró razonable. Eran muchos los enfrentamientos por los que la ciudad había pasado y muchos más los regentes que ocuparon su trono. Ninguno lo tuvo fácil y él, el cuadragésimo cuarto, tampoco lo tendría. A desgana abandonó su residencia para dirigirse al gran torreón.

La ciudad estaba dividida por dos alturas claramente delimitadas. La primera de ellas erigida hacía trescientos ochenta años cuando el primero de los Uhurens la fundó en nombre de Lessa, tal y como esta misma le había susurrado en sueños; al menos eso era lo que exponían las escrituras. En ella alzaron un Liceo donde se formaba a los discípulos que peregrinaban desde todas las partes del mundo para conocer la magnificencia de la Diosa. Con el tiempo fueron construyéndose casas a su alrededor, atrayendo no solo a eruditos y devotos, también a agricultores y criadores de animales que encontraron un nuevo hogar en aquellas fértiles tierras. Una década después de que la torre comenzara a construirse, un acaudalado heredero escuchó rumores acerca de la floreciente villa que tomaba forma en las exuberantes tierras que pertenecieron a su familia por generaciones. Así, lejos de expulsar a aquellas gentes, el hombre encontró una oportunidad única. Comprometiéndose no solo a permitir el alzamiento de aquel lugar, también financiar el sueño del Uhuren a cambio de que este le mostrara los dones de la Diosa. Poco después aquel hombre se convirtió en el magnánimo Mirquiades de Voloida y Urbina, primer monarca de la ciudad de Hannagreth, siempre respaldado por el que él mismo nombró Uhuren mayor.

Con el tiempo se creó una segunda altura en la que el monarca fijó su residencia. Se abrieron los baños públicos y se les otorgaron tierras y hogares a los señores de los grandes clanes colindantes. Sin control la ciudad comenzó a expandirse. Todo el mundo quería formar parte de aquel nuevo y flamante imperio. Como medida de protección, defensa y control, se cimentó una espectacular muralla de piedra de unos cinco kilómetros de diámetro y diecisiete metros de altura. Sesenta y siete torreones, ocho puertas y un adarve superior, con una anchura de cinco metros llegando a ocho en los torreones,

ornamentado por centenares de almenas. La ciudad se convirtió en inexpugnable dándole un nuevo estatus. Intramuros se instauraron diferentes espacios urbanos, agrupándose la población en arrabales, zonas comerciales e institucionales; destinándose también algunos sectores para el uso de la ganadería y tierras cultivables en pos de un posible asedio.

A lo largo de generaciones la capital prosperó pasando por diferentes etapas, desde hambrunas hasta épocas de gran abundancia. Siempre bajo el poder de un Uhuren concienzudamente preparado susurrando al oído de un monarca que, reinado tras reinado, era escogido para su sucesión por el anterior, sin tener que ver el linaje de sangre en ello. La media de tiempo por mandato estaba en ocho años para los Soberanos, frente a los treinta y cinco de los Uhuren. Cuando el monarca actual fue escogido hacía tan solo una semana desde la celebración de su onceavo aniversario.

Desde ese día habían transcurrido ya diez años. Temía que su mandato finalizará en breve dado que el Uhuren mayor insistía en la necesidad de nombrar a un sucesor cuanto antes y este solo ocupaba el puesto de monarca tras la muerte del anterior. Dicha elección se hacía en el más absoluto de los secretos ya que la identidad del elegido solo era sabida por el monarca vigente y el Uhuren pertinente. Esta se llevaba a cabo en el torreón donde estos no solo hacían vida, también donde los aleccionaban y llevaban a cabo sus tareas. Aquel lugar jamás fue de su agrado y mucho menos los niveles inferiores a los que se dirigía, respaldado por media docena de sus guardias más leales. Ya bajo el amparo de la noche se adentró, a través de uno de los muchos accesos repartidos por la ciudad, en las catacumbas de Hannagreth. Estas eran más extensas que la misma ciudad bajo las que se ocultaban, a más de veinte metros de profundidad. Hacía décadas que la última persona conocedora de todas sus entradas murió sin dejar constancia de sus conocimientos sobre ellas. Frecuentemente se encontraban nuevos accesos, tanto en el interior como extramuros. Cuando el primero de los Uhurens se instaló en el páramo cenagoso que en su día fue, las catacumbas ya existían. Posiblemente estas mismas fueron la causa para que el hombre se asentara sobre ellas. De cualquier forma, Ivo, el actual monarca, ignoraba si siempre habían estado dispuestas de la forma en la que lo hacían en la actualidad.

Las embocaduras por las que normalmente accedía, aquellas que se encontraban en el interior de la Casa Real, estaban anegados de agua, por lo que, para llegar hasta las cámaras principales, aquellas en las que se rendía culto a los antiguos monarcas, se debía hacer uso de unas viejas barcasas. La primera vez que cruzó aquel río subterráneo no era más que un infante asustado, el día en el que fue escogido por su antecesor. Junto a una veintena de niños a los que jamás les vio el rostro, había sido preparado y aleccionado para ser monarca desde el momento en el que nació. Sus preceptores les aseguraban que la razón por la cual debían mantener su anonimato era por mera protección. Aun así, incluso siendo chiquillo, siempre pensó que la verdadera causa radicaba más en un propósito de privación de identidad que de protección.

El canal que debían atravesar para llegar a la cámara tenía una largura aproximada de unos mil metros, aunque a él, esa travesía, siempre parecía hacérsele eterna. Cuanto más se adentraba en el túnel más oscuro era el camino que tenían por delante, más gélido el aire y turbias las aguas. Un ligero viraje a la derecha y una nueva y espeluznante galería daba comienzo, la gruta de las calaveras. Infinidad de cráneos agrupados, unos sobre otros, conformaban las paredes que los envolvían a lo largo de metros y metros. Aquel solo era el primer sector de una zona que cada vez se tornaba más escalofriante; el lugar perfecto para llevar a cabo los rituales más siniestros de la Orden de los Uhurens.

Esos muros eran el recuerdo de todas aquellas personas que antaño vivieron y perecieron en la ciudad. Generaciones durante las cuales los cuerpos de sus muertos eran enterrados para que la

naturaleza hiciera uso de ellos. Transcurrido el tiempo necesario para su descomposición, los cadáveres, siendo ya meros esqueletos, eran desenterrados, adecentados y grabados con sus respectivos nombres en el cráneo para pasar a formar parte de las paredes de los túneles. Quedando así constancia de su existencia, conservando su recuerdo en los pasadizos que conducían a los mausoleos de sus monarcas y descansando junto a ellos durante toda la eternidad. Con el paso de los años aquella práctica acabó abandonándose, sin embargo, aquel lugar siempre perduraría como un recordatorio de la mortalidad para los vivos; lugar de homenaje obligado. Un estrambótico arte mortuorio que iba en aumento cuanto más se adentraban.

Tras unos interminables minutos pasaron bajo un gran arco constituido por huesos de pelvis y fragmentos de mandíbulas que daban paso a una gigantesca bóveda, en el cénit de la cual se podía vislumbrar un acceso que conducía directamente a la torre de los Uhurens. La ovalada estancia, comunicada a las catacumbas a través de ocho accesos más, se mantenía iluminada por unas escabrosas lámparas de huesos tales como escápulas, costillas y vértebras humanas dispuestas a modo de antorchas a lo largo de su perímetro. Las paredes de aquel recinto se disponían de una forma diferente a la que lo hacían las de los túneles por los que accedieron; en esta no había simples calaveras del populacho. En ellas, emparedados y ornamentados, se erguían de por vida los cuerpos de cuarenta y dos de los cuarenta y cuatro monarcas. Muros de piedra caliza redondeados y pulidos sobre los que, tallados a mano, se inscribía la historia de Hannagreth y sus Soberanos. Encima de un rudimentario andamio fabricado con maderas asidas por cuerdas, se hallaba un artesano de la piedra acompañado por dos de sus ayudantes, dispuestos a inscribir en la historia los hechos que iban a acontecer.

Las barcazas se detuvieron junto a un pequeño embarcadero conectado a una elevación de tierra que sobresalía de las aguas, cubriendo gran parte de la caverna. Sobre ella una veintena de infantes ataviados con las rigurosas vestimentas ceremoniales y el rostro cubierto por un velo blanco, aguardaban su destino, custodiados por un buen número de Uhurens. En la parte central de la sala, presidiéndola, el primer Soberano de la ciudad, Mirquiades de Voloida y Urbina, o al menos lo que quedaba de este. Su esqueleto se mantenía rígido sobre una gran plataforma, exhibiendo la misma armadura de guerra que portaba cuando le dieron muerte. Esta, tras darle sepultura, fue cubierta de oro al igual que la totalidad de las articulaciones de su cuerpo para poder así mantenerlo erguido por toda la eternidad. Una de sus manos se extendida hacia el cielo mientras con la otra empuñaba la lanza con la que se contaba sesgó más de diez mil vidas.

El monarca Ivo, los huesos del cual algún día descansarían parcialmente sepultados en aquellas paredes, se dirigió a los niños dispuestos en fila. El Uhuren mayor se acercó achacosamente a él.

—Nos honra con su presencia, Ilustrísima.

El anciano hizo una sutil reverencia alcanzando su lugar junto a él, conduciéndolo hasta el resto de los presentes, los cuales también reverenciaron al monarca. El maestro de la piedra golpeó el cincel comenzando a inscribir sobre esta.

—Con vuestra venia, mi señor, me he tomado la libertad de seleccionar a los mejor cualificados. Considero que le ayudará a tomar su decisión más cómodamente —dijo el Uhuren haciendo un lento barrido con la mano a modo de presentación.

—Ya veo —respondió seriamente Ivo observando, a través de la rendija de tela, a los presentes.

En momentos como aquel estaba enormemente agradecido de que su rostro estuviera cubierto, de ese modo no tenía por qué ocultar los pesares que, sin saber controlar, se dibujaban en su semblante. Aún recordaba los sentimientos que le embargaron el día de su proclamación; mezcla de nerviosismo, incertidumbre y terror. El enorme esfuerzo que tuvo que hacer para contener los movimientos

intranquilos de sus manos y el temblor de sus piernas. No obstante, aquellos niños continuaban estoicos, cubiertos cual fantasmas sin mostrar el más mínimo ápice de sentimientos ni preocupación.

Caminó junto al Uhuren ante los pequeños escuchando como este le relataba, uno tras otro, las grandes aptitudes de las que gozaban cada uno de los candidatos; enorgullecíendose del gran trabajo que su Orden había hecho con cada uno de ellos. Poco le importaba toda aquella información al monarca.

—Y este mi señor es nuestro postulante mejor cualificado, Serenay —el anciano posó su mano en el hombro del último aspirante—. Versado en lenguaje, etiqueta social, ponencia, deontología, ciencias políticas, protocolo militar y liderazgo, entre otras.

—Entiendo —respondió el soberano sin mucho entusiasmo.

—Como recomendación personal, diré que debería poner una atención especial sobre él —en los ojos del Uhuren se podía entrever un ligero deje de orgullo.

—¿Está en tu voluntad jurar lealtad, sacrificio y honor a Hannagreth, joven? —preguntó Ivo sin apartar la mirada del Uhuren.

—Es mi sino, Ilustrísima —respondió tajantemente el joven posando su mano derecha sobre el corazón.

—¿Este es el postulante que usted personalmente me recomienda? —el monarca volvió a dirigirse al Uhuren.

—Sin duda, Excelencia —garantizó el anciano.

—¡Así sea pues! —sentenció el soberano.

Todos los presentes en la sala lo reverenciaron. Este volvió a la barcaza que lo llevaría de nuevo hasta su residencia sin mirar a ninguno de los niños restantes, su deseo era estar en aquel lugar el menor tiempo posible. El Uhuren mayor apartó al elegido del resto, guiándolo hacia otro bote que los llevaría a través de una gruta diferente, a las salas colindantes donde se le instruiría en las últimas fases de su adoctrinamiento. Conocimientos de los cuales el mismo Uhuren mayor le haría entrega y a los que solo el monarca de Hannagreth tenía acceso.

Cuando las barcazas desaparecieron en la oscuridad de las galerías, los Uhurens que quedaron en el mausoleo junto a los infantes formaron un cerco en torno a ellos. En sus manos gruesas varas de plata que alzaron para después dejarlas caer con violencia, atizándolos sin que ninguno de ellos tuviera la más mínima intención de huir o defenderse, mientras los cronistas de la piedra continuaban con su trabajo, dejando constancia de lo ocurrido sobre los muros.

Minutos después los Uhurens desaparecieron del lugar, dejando los cadáveres de aquellos niños olvidados derramando su sangre a los pies de la dorada y grotesca imagen de Mirquiades de Voloida y Urbina; observador de ojos huecos, testigo silencioso de la masacre.

Comandos de competición

Los estudiantes se reunían en la gigantesca aula magna de la reconocida Academia dedicada a Terrance Evengarg, comúnmente denominada como Evengarg, aguardando mientras tomaban asiento en alguna de las mil quinientas butacas divididas en seis bloques, frente al enorme escenario. Todos aquellos jóvenes concluyeron sus estudios en aquel ciclo y esperaban ansiosos el momento en que se les sería asignada una de las tres Academias de los comandos de competición, a saber: Evengarg, Weberg o Graver.

Entrenaron y estudiaron duramente a lo largo de doce años para lograr el ansiado título que los convertiría en honorables guerreros al servicio de las tierras ancestrales. Los webergs, miembros de la Academia Weberg, serían los guerreros delegados a las tierras de Lenard; gravers en el caso de ser destinados al cautivador mar Ambarino y en el mejor de los casos lograr ser nombrado evengarg, la primera y más prestigiosa Academia para comandos de competición perteneciente a las tierras de Xaimur.

No todos los alumnos lograban graduarse y los que lo hacían mostraban sus insignias con orgullo, el resto debería esperar tres años más hasta que llegara el siguiente ciclo de graduación. La ceremonia de selección se llevaba a cabo en la Academia a la que aleatoriamente le fuera otorgado el turno y en aquella ocasión, la anfitriona, resultó ser la más antigua de ellas, Evengarg.

Los comandos de competición fueron creados por el Teurgio Frederick Hughs, de ahí el nombre de la sede central que coordinaba las restantes Academias, el cual lideró el primer equipo de élite constituido por seis valerosos hombres y mujeres que lucharon en su día contra Lexion, el maldito por Washyubem, durante la Primera Gran Guerra de los Hombres. En sus nombres se fundaron las Academias que, ciclo tras ciclo, concebían a los guerreros que instauraban la paz sobre el mundo. Aunque, con el paso de los años y olvidado ya su fundamento prioritario, los comandos de competición se convirtieron en meras armas en manos de los mandatarios de las tierras; guardianes de leyes y protectores de los altos señores. El mundo había comenzado a farfullar que, si alguna vez hubo algo de honorable en formar parte de los comandos de competición, hacía mucho que se había perdido.

Lexx, comandante de la Academia Evengarg, se encontraba sobre el escenario junto a Alef Broten, adalid de esta. Este era un hombre ya entrado en años, de baja estatura y cuerpo cuadrado, poseedor de una escasa cabellera que dejaba a la vista su brillante coronilla y unas amplias gafas de pasta negra que le conferían el aspecto de un afable búho siempre en alerta. Junto a ellos los dos representantes de las Academias restantes. En torno al lustroso escenario se abarrotaban numerosos y curiosos estudiantes, nobles combatientes, orgullosos Instructores y excitados graduados pendientes de su destino. Todos ellos formando una tumultuosa masa de gritos y chillidos descontrolados cuando Yidrianna, una joven de lacio cabello rubio y profundos ojos grisáceos, ocultos tras unas refinadas gafas de montura roja, subió al escenario. Yidrianna ostentaba el título de interventora en la Academia y ese no era un cargo que se otorgara a la ligera, especialmente a alguien tan joven. Sus grandes aptitudes e impecables

resultados en numerosas materias la hicieron merecedora de dicho puesto. La Interventora Hannah velaba por que todas y cada una de las normas de la Academia fueran cumplidas.

La mujer se detuvo en mitad del escenario, los que se encontraban a sus pies callaron al instante. A continuación convocaría, uno por uno, a todos los graduados dándoles seguidamente el código del comando al que pertenecerían en adelante junto a su número de entrada. Con delicadeza inició el tecleo sobre la pantalla táctil de su Unidad de Control Personal, carraspeando para aclarar su voz.

—Vercliff, Even. Comando A-970 —anunció ella apartándose un mechón de pelo que caía por delante de su cara.

Una joven morena, de pequeña estatura y pecosa subió al escenario. El representante de la Academia Graver, un rollizo hombre de piel tostada por el sol, le hizo entrega de la insignia amarilla en forma de Fowler.

—Heather, Ronald. Comando E-1125 —continuó Yidrianna.

Un muchacho larguirucho subió y le fue entregada la insignia blanca por el adalid de la Academia Weberg, representada por una guirnalda de laurel en cuyo interior se erguía una torre.

—Donovan, Braiz. Comando X-1467 —comunicó la interventora con un tono de voz ligeramente más elevado.

La multitud de alumnos se alzó en un ferviente aplauso acompañado por cientos de silbidos. Un joven de cabello rubio completamente en punta comenzó a dar saltos entre el gentío. Ascendió los resplandecientes escalones mientras los silbidos y aplausos no cesaban. Cuando subió al escenario sonrió abiertamente, hizo una exagerada reverencia y fue hacia Alef Broten quien le entregó una insignia verde rectangular surcada por una línea horizontal.

Sucesivamente fueron subiendo, uno tras otro, alumnos que eran destinados a los diferentes comandos. Una hora tras el comienzo de la ceremonia llegó el momento más ansiado por un pequeño grupo de personas, entre ellos el mismo comandante.

—Lonhart, Aleixein Severet. Comando... —titubeó Yidrianna mientras el lugar permaneció sumido en un expectante silencio— X-1505 —concluyó.

Lei cerró los ojos con fuerza en un intento vano por despertar de aquella pesadilla. Debía subir al escenario y recoger la insignia de la que Broten le haría entrega, albergando la esperanza de que aquel momento pasara de largo, de que nadie hubiese escuchado su nombre, de ser invisible. No ocurrió.

Todos se giraron, mirándole. Sumidos en un sepulcral silencio, Lexx dio unos pasos hasta ponerse junto a Yidrianna, aplaudiendo enérgicamente; esta lo imitó y, cautelosamente, el resto de asistente se sumaron a ellos. Lei avanzó lentamente hacia las escaleras con la cabeza baja y los puños cerrados. Le encantaba su trabajo y deseaba con todas sus fuerzas pertenecer a un comando de competición, pero ni por asomo estaba dispuesto a pasar un solo día más en aquella Academia. Siempre fantaseó con poder convertirse en graver, un luchador sin patria real, libre de las ataduras de Evengarg. Llevaba quince años encerrado allí, desde que Lexx comenzó su formación. Lexx, el que siempre se hubo hecho cargo de él.

Subió al escenario lentamente, aún con la cabeza baja mientras escuchaba los taladrones murmullos del resto de asistentes. Era buen guerrero, profesional; incluso se consideraba mejor que su hermano, pero jamás anheló los logros que Lexx obtuvo. Él tenía su propia vida y no quería que nadie se inmiscuyera en ella, al igual que no deseaba formar parte en vidas ajenas. Se mantenía en la opinión de que no valía la pena poner esperanzas en terceras personas. Partidario de una forma de vida en la que, como él mismo expuso en incontables ocasiones, tan solo se puede confiar en uno mismo. Esa misma idea fue la que hizo de él al hombre introvertido y solitario que era.

Llegó hasta la interventora, el comandante y Broten; Yidrianna y Lexx le sonrieron mientras el

adaliid le hacía entrega de la insignia de la Academia Evengarg.

Al finalizar la selección, los graduados no pertenecientes a los comandos de competición de Evengarg marcharon hacia sus nuevos destinos junto a los representantes de dichas Academias, mientras a los nuevos evengargs se les asignaba una habitación individual, ya que durante los años de entrenamiento la compartían junto a otro compañero; el compañero de Lei pidió un traslado durante su segundo año de convivencia. Aún sin poder creer que estaría unido a aquel lugar durante el resto de su vida, entró en su nuevo dormitorio. Una cama, escritorio y diminuto cuarto de baño era todo lo que había, una habitación con paredes completamente desnudas. Sobre su nueva, aunque heredada cama, se encontró con el horrible uniforme de evengarg color verde; su Layade, un sable curvo forjado con el acero de Kohakari y un viejo baúl. Apartó el uniforme tirándolo sobre el escritorio, sentándose junto al baúl y abriéndolo cuidadosamente. En su interior guardaba todo cuanto podía decir que le pertenecía hasta el momento. Una pequeña pelota roja de unos seis centímetros de diámetro, unos cuadernos usados en los que se plasmaba los sueños ilegibles de su niñez, un destartalado caballo de madera hecho a mano recuerdo de su madre y una fotografía que le entregó la anciana Shalk cuando marchó hacia Evengarg. En ella se retrataban tres niños sudados y sucios, pero felices. Lei sabía que los dos niños eran Lexx y él, pero por mucho que lo intentara no lograba acordarse del nombre de esa niña. Podía recordarla, lo bien que lo pasaban juntos, el sentimiento de libertad y felicidad que colmaba sus corazones mientras corrían de un lado a otro. La paz, la unión y cuantos juegos llegaron a realizar, incluso el olor que emanaban los cabellos de la niña cuando muchas de las mañanas se despertaba junto a ella. Cada vez que cerraba los ojos podía ver los extensos campos en los que pasaron horas jugando; el sonido de sus risas. Aquello ocurrió durante los primeros años de la última posguerra, cuando el mundo resurgía de sus cenizas y los niños volvían a jugar tranquilos. De nuevo miró la borrosa fotografía, fijando la vista en el objeto que colgaba del cuello de ella; un collar plateado de gran tamaño, o al menos eso parecía sobre su menudo cuerpo. Metió la mano en el baúl sacando los cuadernos y tirándolos sobre la cama a excepción de uno, el más viejo de ellos con los bordes doblados por el tiempo. Lo puso sobre sus piernas, abriéndolo por la página central y ahí estaba, el colgante de la fotografía. Sabía que no era suyo, que le pertenecía a esa niña, pero no recordaba cómo había llegado hasta sus manos. Estuvo tentado, en innumerables ocasiones, en deshacerse de él, pero siempre volvía tras sus pasos hasta los cubos de basura para recuperarlo. Lo cogió con la mano derecha mirándolo atentamente, estudiándolo mientras repasaba con los dedos su contorno. Entre sus manos ese colgante no era tan grande como parecía sobre el pequeño torso de la niña, cubriendo apenas la mitad de su mano, aquello le daba una idea aproximada sobre el tamaño de sus cuerpos por aquel entonces. Sin poder controlar la reacción sonrió, algo extraño en Lei ya que el propio Lexx solo recordaba haberlo visto sonreír un par de veces y reír abiertamente jamás, no al menos desde la fortuita huida de la vieja casa. Agitó la cabeza violentamente para salir del extraño hechizo que aquel collar ejercía sobre él, recogiendo todo lo esparcido sobre la cama, metiéndolo en el baúl. Agarró el traje, arrugándolo. Abrió un pequeño armario empotrado donde ya se encontraba el resto de su escasa ropa y dos uniformes de repuesto, metió el uniforme, el baúl y cerró con fuerza las puertas, como si con ello pudiera deshacerse de los pocos recuerdos de su infancia. Se quitó el uniforme de estudiante tirándolo a una papelera junto al escritorio y sin pensarlo mucho se vistió con unos anchos pantalones negros y una camiseta blanca.

Fue hacia la puerta, la cual se abrió automáticamente dando a un amplio pasillo de suelo transparente. El ala oeste de la décima planta de la Academia, en donde se hallaban los dormitorios de los miembros de infantería, suspendida sobre un rugiente acantilado por lo que, el pasillo que Lei recorría, pendía a unos sesenta metros sobre el mar. Pasó junto a un grupo de nuevos promocionados

que, atónitos, observaban aquel corredor del que tantas veces habían oído hablar. Era toda una satisfacción poder caminar a través de la llamada »Gran Galería« a la que a los estudiantes no les estaba permitido acceder. Tontamente algunos chicos jugueteaban con las muchachas en un ademán de hacerles creer que las arrojaban al vacío, ellas chillaban mientras se sonrojaban, dándoles tímidos golpes. Lei introdujo ambas manos en los bolsillos del pantalón y con paso lento se dirigió hacia la cafetería donde debía encontrarse con Lexx.

Por el camino se topó con muchos de los presentes a la ceremonia. Pocos le dieron la enhorabuena y algunas chicas le sonrieron tímidamente. Ambos hermanos tenían ciertas similitudes físicas; altos, de oscuro y grueso cabello, el de Lexx completamente lacio mientras que el de Lei, ligeramente más claro, tendía a ondularse. Un envidiable físico esculpido por las innumerables jornadas de entrenamiento a las que se sometían diariamente; de espalda ancha, músculos tonificados, fuertes brazos y piernas, aunque el menor resultó ligeramente más corpulento que el mayor. De facciones marcadas y masculinas que dejaban entrever un punto aniñado que jamás parecía desaparecer por mucho que pasaran los años. Sin embargo, Lei contaba con algo que Lexx jamás tendría, sus ojos. Mientras que los de su hermano eran oscuros, pequeños y rasgados, típicos de los descendientes de las tierras del suroeste, Lei poseía unos ojos grandes, sutilmente rasgados y de un hermoso color turquesa que, dependiendo de cómo la luz incidiera sobre ellos, se convertían desde el azul más angelical hasta el esmeralda más codiciado; herencia de su padre. Esa misma razón era la respuesta a porque ambos hermanos podían verse tan semejantes y diferentes al mismo tiempo, Lexx y Lei tan solo eran hermanos por parte de madre.

Cuando finalmente llegó al comedor comprobó que, como de costumbre, en la última mesa de la abarrotada sala se encontraba su hermano. Con los pies sobre esta y dos muchachas sentadas a ambos lados.

—¡Vaya, pero si es mi querido protegido! —exclamó eufórico el comandante.

—Hola —saludó Lei casi en un suspiro, sentándose entre ambas muchachas, frente a su hermano.

—Estoy orgulloso de ti, Lei —Lexx bajó los pies de la mesa acercándose—. Mira a quien he conocido —dijo señalando a las dos chicas—. Esta es Eleonor —extendió la mano hacia la de la derecha, de lacio cabello rubio y huesudo rostro.

—¡Hola! —saludó ella nerviosamente.

—Hola —respondió él con desgana.

—A ella ya la conoces —prosiguió Lexx señalando a la joven de la izquierda.

—Sí —afirmó.

Su nombre era Cynthia, una muchacha menuda, de la misma edad de Lei. Su cabello era corto y rizado, de color miel al igual que sus ojos y piel. Lei la conocía bastante bien ya que Lexx se había tomado la molestia en ayudarla a pulir los movimientos de sus técnicas de combate durante los últimos meses, aunque aquello no hizo que aprobara las pruebas de acceso, no llegando así graduarse.

—¡Enhorabuena, Lei! Es estupendo que hayas sido seleccionado para Evengarg —añadió Cynthia con voz apagada.

—Si tú lo dices... —respondió él apáticamente mientras daba vueltas a una servilleta de papel sobre la mesa.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lexx rascándose la barbilla mientras la sonrisa desaparecía de su rostro.

—Nada —contestó el menor sin dirigirle la mirada.

—No te entiendo, Lei. Deberías estar satisfecho. ¡Celebrándolo! —exclamó el comandante

extendiendo los brazos—. ¡Esto es lo que siempre habías querido!

—¿Eso crees? —le preguntó Lei con mirada desafiante.

—¿Podrías dejarnos solos unos minutos? —se excusó Lexx con las chicas.

—Por supuesto —contestó Cynthia agarrando a su amiga del brazo para marcharse rápidamente, mientras Lexx las despedía sonriente.

Cuando desaparecieron frunció el ceño haciendo que sus facciones se endurecieran. Cerró el puño con fuerza, alzándolo en el aire para acabar estrellándolo sobre la mesa con un fuerte golpe, a pocos centímetros de la mano de su hermano.

—Eres idiota —susurró Lexx entre dientes.

—¿Por qué lo dices? —Lei levantó la cabeza reclinándose sobre el respaldo de la silla.

—Estoy preocupado por ti, Lei, realmente preocupado —el comandante hizo una larga pausa en la que intentó calmar su frustración—. Verás, creo que lo que necesitas es una mujer.

—Una mujer —resopló él poniendo los ojos en blanco—. Tú lo arreglas todo de la misma forma.

—Te haría olvidar todas esas estupideces que rondan por ahí dentro —Lexx le clavó el dedo en la frente.

—¡Aparta! —Lei, molesto, le dio un manotazo, apartándole la mano.

—¿No serás...?

—¿Qué? —preguntó el menor confuso.

—Ya sabes —Lexx movió las manos en círculos intentando hacerse entender—. ¿No será que te gustan los tíos? Porque si es así te alegrará saber que conozco a un tío que...

—Por Lessa —le interrumpió Lei suspirando, negando con la cabeza.

—Es que... ¡No sé! —Lexx volvió a acomodarse en su asiento con gesto divertido—. Como nunca te he visto con ninguna mujer...

La atractiva Reena Kobi pasó tras Lexx posando su mano derecha sobre sus hombros. Fue acariciándole la espalda mientras le observaba coquetamente de reojo, sonriéndole disimuladamente y apartando la mano para perderse entre el entresijo de mesas y sillas del salón, desapareciendo por la puerta. Lei quedó perplejo al observar el ensimismamiento de su hermano, siendo testigo de cómo este hubo desconectado con el mundo real, prácticamente al instante.

—Será porque mis prioridades no son las mismas que las tuyas, hermano —respondió finalmente sacando a Lexx del maravilloso mundo en el que se veía sumido.

—No estoy hablando de prioridades, Lei, sino de necesidades —apuntó con una sagaz sonrisa.

—No creas que lo sabes todo sobre mi vida —bufó él molesto.

—¡Por supuesto que lo creo! —Lexx nunca sabía cuándo dejar de darse aires de grandeza—. Estoy al tanto de la vida de todo el mundo en esta Academia, especialmente de la tuya.

—Dudo que ese sea tu trabajo en realidad —Lei se tiró hacia delante, hincando los codos sobre la mesa.

—Mi trabajo es que todos mis evengargs estén en plena forma.

—No todo se reduce al sexo —concluyó Lei—. Eres un obseso.

—Y tú un monje —sonrió Lexx mostrando su perfecta dentadura.

Ambos se quedaron en silencio durante unos segundos, habían tenido esa conversación cientos de veces durante los últimos años. Realmente Lei no le daba demasiada importancia a ese tema. A veces tenía ciertas necesidades, por supuesto, pero se las arreglaba bien solo. No veía clara la idea de acostarse con una mujer para después soportar su acoso solo por unos minutos de placer, como tantas veces le ocurrió a Lexx; aunque tampoco creía en el amor de modo que, aunque tremendamente tentador, no tenía mucho sentido para él. Había cosas mucho más importantes en su vida que el disfrute de unos minutos que,

como poco, no quedarían en más que tiempo perdido.

—Cuando te destinaron aquí, no se te veía muy contento —soltó finalmente Lexx.

—Porque no lo estaba —respondió Lei secamente.

—Yo creía...

—¿Tú creías? —le interrumpió Lei—. Pediste que me destinaran aquí, ¿verdad?

—Sí, lo hice —confesó el comandante—. Pero lo hice por tu bien.

—¡Por mi bien! —Lei se levantó de la silla visiblemente molesto—. ¡Ya no soy un aspirante, Lexx, ahora soy un miembro de la infantería, un guerrero preparado! ¡Creo que sé bastante bien lo que me conviene y lo que no!

—¡Es un honor servir a Evengarg! —Lexx se incorporó, enfadado. Si algo no consentía era que insultaran a lo único en lo que creía, su Academia.

—Me asombra el patriotismo que sientes por este lugar —juzgó Lei.

—¡Tengo razones para sentirlo! —respondió enorgullecido el mayor.

—¿Cómo las tenía Taien? —Lei le dio la espalda.—. ¡No me interesa!

—¡No puedo creer que tengas la osadía de decir algo así! —aquel tipo de afirmaciones por parte de su hermano le dolían profundamente.

—¡No voy a honrar la memoria de quien nos abandonó, Lexx! —Lei bajó el tono de su voz al comprobar como estaban llamando la atención de los presentes.

—A veces ni siquiera puedo creer que nos criáramos bajo las mismas creencias —añadió Lexx con desazón—. Muchos hombres se sentirían honrados de estar en tu lugar.

—Sí, y de dar su vida por esta Academia —Lei bajó la cabeza dando por concluida la discusión.

Ambos quedaron nuevamente en silencio, en pie frente a un salón expectante. Lexx no encontraba palabras para contradecir a Lei, esa era una de las cosas que más odiaba de él, su gran facilidad para hacer sentir mal a la gente. Con un pesado suspiro Lei metió las manos en los bolsillos del pantalón, dando la espalda a toda la sala, saliendo de la cafetería y dirigiéndose a su habitación.

Al llegar no hizo más que dejarse caer sobre la cama cual peso muerto, mirando hacia el techo y fijando su mirada en una gigantesca mancha de humedad.

Bajo la arboleda

Renoc, padre de Ion, se llevó un gran pedazo de carne a la boca, masticándola con voracidad. Aquel había sido un arduo día y aún eran muchas las tareas pendientes por hacer antes de la festividad. La familia al completo, a excepción de Shara y Velmen, estaban sentados alrededor de la gran y tosca mesa de madera que gobernaba la cocina, disfrutando de un delicioso guiso de carne, el plato estrella de Elmira. Esta, al ver como su marido se atragantaba a causa de las grandes cucharadas que devoraba, rellenó su vaso con un vino tinto de dudosa calidad. Inmediatamente el hombre lo apuró de un solo trago ante la desaprobación de su esposa.

—¿Podrías echar un poco, madre? —preguntó Thomas tendiéndole su vaso.

Elmira entornó los ojos con gesto crítico a la par que Renoc rio. Este insistía en que a todos sus hijos les fuera servido un vaso de vino durante las cenas, hecho que su esposa jamás aceptaba. Levin, el mayor de los hermanos, no tardó en tomarle la palabra a su padre. Aunque ya hubiera cumplido los dieciséis años a su madre no le agradaba en absoluto que bebiera, ella se mantenía en la opinión de que el alcohol era un brebaje que podía convertir al mejor de los hombres en un desvergonzado cualquiera y eso era algo que no quería que se dijera de ninguno de sus hijos. Pero, a pesar de sus fuertes convicciones, sabía que no podía negarle su deseo a Levin ya que se encontraba en su mayoría de edad, no como en el caso de Thomas. Este, a sus trece años, ni podía ni estaba en derecho de beber vino en la cena. Ion, animado por su hermano, se sumó también a la petición aún a sabiendas que no sacaría nada de aquello. Esas eran las situaciones que más disfrutaba, cuando los varones de la familia Harana molestaban a las mujeres haciendo que estas fruncieran el ceño y tensaran los labios. En momentos como aquel, Marie se convertía en la viva imagen de su madre y eso era algo que a Renoc le encantaba.

—Está bien, está bien —concluyó finalmente el cabeza de familia—. Al menos permite que Levin moje sus labios, ¿no?

Elmira, a desgana, vertió dos dedos de vino en el vaso de su hijo mayor. Este satisfecho se bebió el contenido de un solo trago al igual que su padre; Thomas e Ion observaron envidiosos como el líquido rojo desaparecía en la boca de su hermano. Ambos resoplaron molestos, tirándose hacia atrás en sus asientos mientras Renoc rellenaba de nuevo su vaso hasta prácticamente rebosar. Su esposa, ya cansada de batallar respecto a aquel tema, se giró hacia Marie ofreciéndole más patatas.

—¿Ya lo tenéis todo preparado para la festividad? —preguntó el padre.

—Las carrozas estarán listas en un par de días —respondió Thomas alegremente.

—Bien, bien...

—Lenia habrá acabado de zurcir las telas mañana a primera hora —Levin vertió más vino en su vaso.

Por alguna razón que Ion no comprendía, Lenia, la prometida de Levin, no era del gusto de su madre. Puede que fuera por el hecho de ser algo mayor que su hijo, sin embargo, las veces que charlaba y jugaba a esconder la piedra con ella no sentía estar tratando con una persona mayor a su

hermano. En su opinión diría que Levin parecía más adulto que la propia Lenia.

—Dile que esta vez se asegure de cerrar bien las costuras. No creo que a nadie en la ciudad le interese ver tu blanco trasero, hijo —declaró Elmira aun centrando la atención en su hija.

—Yo no estaría tan segura. Filis y Temn no hacen más que sonrojarse cuando Levin les habla... —Marie se encogió de hombros.

Sin poder contenerse, Renoc soltó una fuerte carcajada mientras aporreaba la mesa con la mano abierta. Thomas e Ion también rieron y a pesar de que Elmira intentara contenerse, acabó sumándose también al jolgorio ante una ojiplática Marie y un avergonzado Levin.

En los últimos días todas las dudas y preguntas de Ion se concentraban en torno al próximo festival. Numerosas eran las veces que intentó iniciar una conversación en cuanto a un asunto que solo parecía importarle a él. Jamás oyó dudar a ninguno de sus hermanos sobre las decisiones que su padre tomaba, ni siquiera a Levin. Puede que como le habían recordado más de un centenar de veces, fuera demasiado pequeño como para comprender todo cuanto ocurría a su alrededor. Le costaba tremendamente entender el porqué toda aquella gente estaba tan ansiosa por volver a pisar la ciudad de la que, en su día, con gran placer, fueron desterrados.

Festival lo llamaban. Un día en el que cada diez años las puertas de la gran ciudad de Hannagreth se abrían para dejar entrar a aquellos que fueron repudiados con el propósito de conciliar viejas rencillas. Tras aquella jornada a los exiliados les era dada la oportunidad de poder volver a formar parte de sus habitantes, una oportunidad cada década que jamás había sido aprovechada. Aun así, lo que Ion no lograba comprender, era el hecho de que todos aquellos orgullosos desterrados accedieran a formar parte en semejante farsa. »Lo hacemos para recordarles que seguimos aquí, quieran o no«. Era lo que osadamente respondía su padre mientras sus hijos vitoreaban su valentía. A Ion esa respuesta siempre le atemorizó. Pero a nadie le interesaba lo que el menor de la familia Harana tuviera que decir y mucho menos si deseaba formar parte de aquel acontecimiento.

El resto de la cena transcurrió alegremente. Al finalizar, la familia se arremolinó en torno a la lumbre de la sala para escuchar alguna de las inventadas historias del cabeza de familia. Ion, arrullado por la grave voz de su padre, sucumbió al sueño en brazos de su madre.

Al amanecer se despertó en la cama, concienzudamente arropado. Thomas roncaba sonoramente en la cama de al lado y Levin ya se había levantado. Cuando bajó a la cocina se encontró con una perezosa Marie y su madre, la cual le sirvió un cuenco de leche caliente, dos grandes rebanadas de pan y un pedazo de oloroso queso curado. Desayunó con tranquilidad, charlando animadamente con su hermana. Al poco tiempo Thomas bajó las escaleras.

El día pasó como otro cualquiera en su vida. Ayudó a Levin y su padre a cuidar de los animales y cultivos. Visitó a Shara que nuevamente se comunicó con él a gritos, como venía siendo habitual. Ayudó a Velmen, el marido de Shara, a tapiar una ventana que se rompió la noche anterior. Cargó con unos sacos de harina hasta la casa de Perigot el panadero. Jugó en un riachuelo cercano junto a otros niños de la aldea. Corrió a su casa. Recibió una reprimenda de su madre por llegar tarde. Comió. Hecho una siesta de más de una hora. Fue a la explanada central donde se reunió con Boann y Rona. Ensayaron la formación y los pasos para el festival. Luchó por deshacerse de Rona y su padre y finalmente se dirigió a la arboleda.

Normalmente su vida solía ser igual de activa como en aquel día, aunque Ion en sí solía ser un niño bastante tranquilo. En los momentos que se sentía sobrepasado le gustaba recurrir al que, para él, era el lugar más especial del mundo, una arboleda de Sauces que se encontraba a poco más de un kilómetro de su casa. Había días, aquellos en los que todo el mundo parecía demasiado ocupado como para atender a sus ensoñaciones infantiles, en los que aquel era su único refugio. Odiaba la

doble moral, no solo de su familia, también del resto de los desterrados, jactándose de la libertad de la cual gozaban mientras obligaban a sus hijos a contraer matrimonios previamente concertados. Cuando eso pasaba Ion simplemente corría, corría todo lo rápido que sus piernas le permitían para llegar cuanto antes a la arboleda.

Aquel atardecer una suave brisa acariciaba las ramas colgantes de los árboles. Amaba aquel lugar con todas sus fuerzas; al alegre cántico de los pájaros dispuestos ya a que la noche los arrojara, el suave deslizarse de la hojarasca por el correteo de las ardillas y el olor a tierra húmeda. Distráido caminó junto a los árboles, acariciando los troncos, escuchando el siseo de las hojas bailando junto al viento, dejándose envolver por aquella sensación que le embotaba los sentidos. El cielo del atardecer se pintaba con vivos colores rojizos, anaranjados y amarillos dejando en él una profunda huella nostálgica. De repente, a lo lejos, una figura oteando el horizonte; sobre el acantilado una mujer con la mirada puesta en Hannagreth.

La cegadora luz del sol mientras se ocultaba no le permitía distinguir con suficiente nitidez rasgo alguno de aquella persona. Lo poco que podía percibir de ella era su gran estatura y delgado cuerpo cubierto por un largo vestido oscuro. Pero lo que más llamó su atención fue el cabello negro, lacio y excesivamente largo dispuesto sobre su cabeza como las sabanas que su madre tendía al sol tras lavarlas, siendo su extensión más amplia que la distancia entre sus hombros. La mujer giró lentamente la cabeza en dirección a donde Ion se encontraba, este tuvo la inmediata necesidad de esconderse, cobijándose tras un grueso tronco. Cuando quiso darse cuenta la arboleda se vio sumida en un inquietante y gélido silencio.

Nada quedaba de aquel lugar capaz de apaciguar sus temores. De alguna manera, todo cuanto minutos atrás lograba calmar su corazón ahora le aterraba; sentía los latidos de su corazón palpar tras los tímpanos. Sabía que aquella figura se mantenía en pie, observando impasible hacia el lugar en el que se encontraba, aún sin poder verlo. Sin pensarlo salió corriendo en dirección a su hogar sin mirar atrás en momento alguno. Lo único que le preocupaba era llegar cuanto antes a la aldea sin que aquella mujer le diera alcance.

Solo cuando cerró la puerta de su casa tras de sí se dejó caer exhausto ante su estupefacta familia. Lo único que Ion pudo explicar respecto a lo que presencié fue que un espíritu oscuro había aparecido ante él.

Escudo de sangre

Según mandaba la tradición de los comandos de competición, cada uno de los aspirantes debía lucir el escudo de su Academia al convertirse a la infantería; escudos idénticos a las insignias que les fueron otorgadas en el momento de graduarse. Estos eran diferentes para cada una de las Academias adheridas ya que, cada una de ellas, representaba el papel que llevaba a cargo en la ley y orden de estas.

La Sede Hughs elaboraba, determinaba y llevaba a cabo la política castrense, manifestando planes conjuntos que dirigían y coordinaban las adquisiciones y administración de los recursos que fueran necesarios. Para acceder a Hughs uno debía haberse graduado en alguna de las tres Academias menores, alcanzando el rango de valedor, solicitando el traslado a esta posteriormente. Solo tras pasar por su arduo examen de admisión uno podía llegar a lucir la insignia de la Sede Hughs; la insignia original de la Academia a la que pertenecía el guerrero coronada por una V invertida color marrón.

El deber de los webergs era, en esencia, la defensa de las naciones. Dicha Academia se encontraba en la parte más céntrica de las tierras, en constante comunicación con todas ellas y en sintonía con los pueblos menores gracias a sus filiales estratégicamente repartidas. Por lo general sus misiones eran de defensa civil, ayuda humanitaria o captura de esclavistas. Por todos era sabido el tipo de comercio que regía las zonas rurales más empobrecidas y la presencia de los webergs era vital. De ahí su insignia, la lauréola rodeando su Academia en símbolo de la victoria de su virtud sobre las injusticias.

El Fowler amarillo que lucían los gravers, por su parte, era lo primero que estos podían ver en la mañana, el majestuoso pájaro bañado por los rayos del sol en su vuelo sobre Graver, más conocida como la Academia flotante. Esta no tenía una situación exacta ya que era una gran mole flotante que, como si de una isla movable se tratara, albergaba todo control sobre las aguas asegurando tanto las comunicaciones como el comercio en el mar Ambarino, proyectando así el máximo poder naval. Absolutamente nadie, civiles o miembros de otras Academias ajenas a Graver, tenía permitido adentrarse en el océano más de lo que la Academia fondeara.

El cometido de los evengargs fue inicialmente la de llevar a cabo cualquier acción bélica, sin embargo, dadas las circunstancias, se convirtieron en mediadores entre la ciudad de Hannagreth y Templanza, capitales de los Uhurens y Teurgios respectivamente. Ambas representaban el poder de dos sociedades completamente diferentes en continuas disputas. De los Uhurens se contaba que, antaño, eran hombres sabios envidiosos de los Teurgios por poseer lo que denominaron como «los dones de Lessa», sin comprender el por qué la gran Diosa otorgó tal poder a unos hombres que no sabían más que labrar y meditar. Memorizaron y estudiaron durante generaciones todo lo relativo en cuanto a medicina, astrología, lenguas o simbología. Con el tiempo estos tacharon a los Teurgios de oscuros hechiceros, violadores de las leyes naturales utilizándolas en beneficio propio. Sin descanso predicaban que todo avance cuanto habían conseguido fue gracias al despertar de los espíritus sombríos de la tierra y aún con ello los únicos que despertaron el mal fueron los mismísimos Uhurens, dando lugar a la Primera Gran Guerra de los Hombres.

Los Teurgios eran, generalmente, gente pacífica sin más preocupación que la de cuidar todo cuanto Lessa les hubo otorgado ya fuera el sol, agua, plantas o animales. Todos eran criaturas de la Diosa a sus ojos. Aunque, ante las continuas amenazas de los Uhurens, se defendieron con todas sus fuerzas causando más bajas entre las filas de los Uhurens que los que estos causaron entre las de los Teurgios. Muchas eran las personas de ambos bandos que no deseaban luchar por la causa común de sus tierras, convirtiéndose así en intermediarios de ambas. Las disputas duraron décadas, hasta que la situación fue insostenible y así, con un ideal de paz, nació la milicia de los comandos de competición. Su primera acción bélica oficial fue contra los ejércitos de Lexion, el hombre con las manos más manchadas de sangre que jamás caminó sobre la tierra. Al derrotarlo se decidió, de mutuo acuerdo, la creación de una tercera fuerza que velara por la seguridad de Uhurens y Teurgios, una Sede con el mismo poder que las dos grandes urbes de cada facción. Así fue como se creó Evengarg, a medio camino entre Hannagreth y Templanza. Un lugar repleto de jóvenes venidos desde todos los recodos de las tierras para entrenarse como soldados de la paz. Nombre no muy bien otorgado ya que el verdadero trabajo de los evengargs consistía en ser verdugos de las acusaciones y penas dictadas por ambos bandos, velando así por la transparencia y buena fe del tratado de paz. Por ello el escudo de la Academia Evengarg era representado por un rectángulo dividido en dos por una línea diagonal, una de las partes negra, representando a Hannagreth y la otra blanca simbolizando a Templanza; estando todo el escudo atravesado por una gruesa línea horizontal verde, figurando a Evengarg. Una línea que unificaba y protegía a ambas facciones. Por ello el escudo que los graduados debían lucir era representado por dos amplias líneas, una diagonal atravesada por otra horizontal. En su caso estas serían azules e irían cambiando de color a medida que ascendieran de rango, a saber: azul la infantería, rojo los tercios, cian los valedores, magenta la elite, amarillo para el comandante y blanco el adalid. Un símbolo representativo que otorgaba poder y prestigio no solo dentro de la Academia sino también más allá de las tierras de Xaimur. Aunque, en ocasiones, no resultaba fácil determinar el rango de un evengarg ya que la marca del escudo podía imprimirse en el lugar del cuerpo que el graduado deseara y algunos escogían los lugares más inverosímiles.

En aquellos momentos todos los graduados de aquel período se encontraban formados en el salón principal de la Academia, testigo de los momentos más memorables que el lugar había vivido, preparados para recibir en su cuerpo la marca por la que tanto se esforzaron. El adalid y la interventora repasaban cuidadosamente todos los nombres, susurrando junto a tres personas más; la Doctora Spinl y dos de sus ayudantes. Spinl era la encargada de marcar a los graduados ya que, en más ocasiones de las que le gustaría admitir, el proceso podía resultar doloroso. Los doscientos veinte evengargs graduados en aquel ciclo esperaban, perfectamente formados en filas exactas a lo largo del gran salón, que les fuera concedido su escudo.

Lei se encontraba en la penúltima fila, precedido por Braiz, el jocosos muchacho rubio causante del jaleo en el momento de su nombramiento y seguido por una chica menuda de alborotado cabello castaño a la altura de los hombros. Erguidos y orgullosos se mantenían con las manos a la espalda y la cabeza alta, sin embargo, a Braiz parecía costarle mantener la compostura. Lei podía ver cómo, de tanto en tanto, daba pequeños saltos al tiempo que intentaba reprimir sus ganas de sonreír, sin duda Braiz era el miembro más exaltado por su nombramiento en aquella promoción.

La Doctora Spinl se acercó al primero de los graduados, seguida por el adalid y Yidrianna, la cual vociferó el nombre del joven respondiendo este con inmenso orgullo. La doctora le preguntó el lugar en el que deseaba exhibir su escudo, él se desabrochó la camisa dejando su pecho al descubierto, señalando su pectoral izquierdo. La doctora acercó un instrumento semejante a un bisturí a la zona que el joven había señalado y con gran destreza seccionó la piel con dos profundos cortes, uno

diagonal cruzado por otro horizontal, el símbolo de Evengarg. La sangre corrió por el torso del joven sin que este mostrara el más mínimo indicio de dolor. Al acabar, Broten posó su mano en la herida, de su palma surgió una bruma blanquecina cubriendo por completo los cortes. El joven cerró los ojos apretando con fuerza los puños, eso parecía estar doliéndole mucho más que los propios cortes. Pocos segundos después el adalid apartó la mano y ahí estaba, el escudo azul sobre su pecho. Los asistentes de la Doctora Spintl lo ayudaron a llegar hasta la pared donde el joven se apoyó exhausto, ayudándole a limpiar la sangre mientras extendían un ungüento calmante sobre la zona. Así, uno a uno fueron pasando. Algunos realmente no pudieron contener sus gritos de dolor al ser marcados por Broten, quejidos tanto masculinos como femeninos inundaban la estancia a cada minuto. Lei había oído hablar acerca de aquel momento, pero ahora, viéndose prácticamente al final de aquella fila, todo se le antojaba más como un montón de animales esperando a ser marcados y llevados al matadero que una muestra de orgullo. Cuando los aspirantes eran marcados estos fueron abandonando la sala de modo que, cuando el adalid, la interventora y la doctora llegaron hasta Braiz, esta se hallaba prácticamente vacía. Yidrianna nombró al joven, Spintl preguntó cuál era el lugar en el que deseaba lucir la insignia y cuando comunicó el lugar donde deseaba exhibir su escudo todos quedaron atónitos.

—Estoy completamente seguro, doctora, hágalo sin miedo —declaró Braiz con convicción posando un dedo sobre su pómulo izquierdo.

La doctora miró a Broten esperando una respuesta a su petición, el adalid simplemente hizo un gesto de aprobación con la cabeza y ella, tragando saliva, acercó la cuchilla al rostro de Braiz. Desde el punto de vista de Spintl, el rostro de ese joven era lo suficientemente hermoso como para que marcarlo pudiera ser considerado un ultraje. Rápidamente la mujer sesgó el pómulo dando paso a Broten. Al poner su mano sobre la herida las piernas de Braiz temblaron, obligándole a inclinarse hacia delante rompiendo así su formación. Tan solo emitió un gruñido mientras una lagrима escapó furtiva, tras eso Broten se apartó y él cayó de rodillas al suelo.

Los asistentes de la doctora le ayudaron a levantarse, atendiéndolo, su ojo izquierdo estaba completamente inyectado en sangre y sobre su pómulo se dibujaba ya la insignia. Yidrianna dio unos pasos deteniéndose frente a Lei, este cogió aire con fuerza hinchando su pecho. Broten y Spintl llegaron a él.

—Lonhart, Alexein Severet —leyó Yidrianna de su inseparable pantalla—. Infantería 1505.

—¿En qué lugar deseas lucir tu escudo, joven?

La pregunta de la doctora le resultaba mucho más difícil de responder de lo que cualquiera podía imaginar. La respuesta que deseaba dar era: »En ninguno«. El solo hecho de poseer esa insignia en cualquier parte de su piel le revolvía las tripas, pero estaba obligado a prestar sus servicios a Evengarg hasta que tuviera el derecho de pedir el traslado, cosa que veía muy lejana. Para tener la libertad de escoger la Academia a la cual servir se debía alcanzar el rango de élite en la Academia de origen.

Tras meditarlo seriamente escogió el lugar que se le ocurrió menos cuestionable a su moral. Se desabrochó la camisa por completo, quitandosela mientras se giraba, dándoles la espalda.

—Omoplato derecho —respondió seriamente.

Si debía estar marcado de por vida con el escudo de Evengarg al menos que fuera en un lugar que no pudiera ver fácilmente, así lo pensó. La doctora se acercó a la robusta espalda de Lei, posando el filo sobre su bronceada piel. Con su ya demostrada maestría cercenó piel y carne, dándole paso a Broten. Ciertamente el corte dolía, sin embargo, lo que había visto en sus compañeros anteriormente era del todo cierto. El dolor que sentía ahora, al contacto con la mano del adalid, era inmenso

comparado con el de los cortes. Podía notar como un líquido pastoso recorría, con insoportable lentitud, cada milímetro de la herida, abrasándola. Había perdido la cuenta de las veces que fue herido en los entrenamientos, pero ninguno de los cortes, lesiones o golpes recibidos le hicieron sentir un dolor tan penetrante como aquellos insignificantes cortes.

Tras unos segundos que parecieron eternos Broten retiró la mano, dejando tras ella la marca del escudo. Como hacían normalmente los asistentes médicos fueron en su ayuda, sin embargo Lei volvió a ponerse la camisa sin darles tiempo a atenderle, ofreciéndole el ungüento con su consiguiente rechazo. Lei volvió a formar fila llevándose las manos a la espalda, manteniéndose erguido de nuevo. Fue el único que, tras haber sido marcado, volvió a su posición.

—Fausther, Ferbola. Infantería 1494.

Broten mantenía la mirada puesta en Lei mientras una asustada Ferbola tendía su brazo derecho a la doctora, mostrándole el antebrazo. La imprenta del escudo en la piel era dolorosa por lo que en absoluto resultaba común que, tras haber sido marcados, los graduados permanecieran en pie y mucho menos en imparable formación. Tan solo recordaba haber contemplado esa imagen una única vez a parte de aquella, el día en el que Lexx, actual comandante y hermano de Lei fue marcado. Ferbola gritó al tiempo que la doctora hundió la cuchilla en su piel, haciendo que todos los presentes la miraran, eran comunes los gritos a la hora de ser marcados por el adalid, pero no cuando la doctora realizaba aquellos débiles cortes.

Lei se mantuvo con la mirada fija en el gran ventanal que daba al océano, con la parte trasera de la camisa tiñéndose de sangre y un terrible dolor recorriendo el lugar donde había sido marcado; dolor que no deseaba olvidar jamás.

Vienderan

En aquel tiempo era difícil encontrar mujeres sanas y fértiles. Los hombres marcharon años atrás uniéndose al frente en la guerra, mientras sus mujeres y niños quedaron ocultos en los pueblos. Los ejércitos de Washyubem recorrieron las aldeas asesinando a todo aquel que encontraran a su paso, fuese anciano, mujer o niño. Numerosas zonas quedaron completamente diezmadas.

Cuando los pocos hombres que sobrevivieron regresaron a sus hogares se encontraron solos, sin familias y ni una sola mujer. Durante los primeros años de la gloriosa nueva era, las pocas féminas que lograron huir fueron tratadas por sus padres y esposos como el más preciado de los tesoros. Sin embargo, con el paso del tiempo, cuando la comida y el agua comenzaron a escasear, se convirtieron en la más valiosa moneda de cambio. Maridos que prestaban a sus mujeres a cambio de carne, padres que vendían a sus hijas por unos puercos, hermanos que se dedicaban a mirar a otro lugar. Sobrevivir como mujer en aquella época se convirtió en todo un reto, obligándolas a subsistir con un cruel destino sin opciones.

En algunas bastas y apartadas poblaciones como Foriet, en la costa este de las tierras de Xaimur, los lugareños llevaban a rajatabla unas arraigadas costumbres que, durante años, les dieron buenos resultados en sus cosechas. Costumbres que se celebraban con la llegada de la primavera, cuando las flores blancas y rosadas de los almendros cobraban vida, sosteniendo los aldeanos la creencia de que la unión amorosa estimulaba el crecimiento de las plantas. Así fue bautizada, la tercera noche de la primera semana tras el florecimiento de los almendros, como la noche del rito de la fertilidad. Dicho rito consistía en que cuando se plantaban las semillas se seleccionaba a determinadas personas, siempre mujeres no puras, para realizar el acto sexual entre los campos recién labrados. Los lugareños creían sinceramente que su prosperidad dependía del rito.

Todos los convocados al rito estaban obligados a participar en él y solo tres tipos de personas estaban exentas; los niños, los ancianos y las inmaculadas. Estas últimas eran mujeres, normalmente jóvenes, que conservaban su pureza. En la aldea de Foriet tan solo había dos adultas inmaculadas, la vieja Vermun y la joven Vienderan, hija de Neten Davoli. Eran muy pocas las formas de garantizar la pureza y una de ellas era ser la protegida de la mayor autoridad del lugar y gracias a Lessa, Vienderan corrió esa suerte al ser entregada a Neten.

El rudo hombre la encontró al llegar a su hogar, tras la guerra. Una pequeña niña en el interior de su casa junto a Kaer, su propio hijo, llorando desconsoladamente sobre el cuerpo de su esposa. Al ver como aquella desconocida niña se deshacía en lágrimas mientras su hijo biológico no mostraba el más mínimo ápice de pesar por la pérdida de su madre hizo que tomara la decisión de que, en adelante, viviría por y para la pequeña niña que bautizó con el nombre de su difunta esposa, Vienderan.

Neten era con diferencia el hombre más rico de la aldea, dueño y señor de la mayoría de tierras, hecho que le garantizaba, incluso en aquella angosta época, una vida acomodada. Un hombre que sobrepasaba la cincuentena, totalmente calvo y portador de una prominente barriga que le acarreaba numerosos problemas de salud a pesar de haberle salvado la vida ya que, gracias a ella, fue enviado a

las dos semanas del comienzo de la guerra de nuevo a su casa dada su pésima condición física, haciendo que el resto de su patrulla se retrasase continuamente. Un hombre vago y de ideas retrógradas pero que consideraba a Vienderan como el mayor de sus tesoros. Por la aldea se contaba que una vez le cortó la mano derecha a uno de sus vecinos al intentar tocarla cuando ella tan solo tenía doce años, aunque Vienderan no recordaba nada al respecto, convencida de que aquello no era más que una absurda batallita inventada.

Neten era el propietario de la única taberna del pueblo, cosa que lo convertía en una persona influyente. Su hijo Kaer, con el tiempo, se convirtió en un hombre rudo y gigantesco. Aún no había desarrollado la barriga ni la calvicie de su padre, pero parecía ir a sufrir su mismo destino. Medía cerca de dos metros y al igual que su padre era uno de los más respetados en el pueblo, aunque no por las mismas razones. Kaer no solo era vago y de malas maneras, cosa que parecía ser hereditaria, también violento y un completo depravado. No eran pocas las jóvenes que decían haber sido tomadas contra su voluntad por él, pero eso no le importaba a nadie. Vienderan sentía respeto hacia Neten. Lo único que era capaz de sentir por Kaer era terror.

La mañana del día en que se celebraría el rito Vienderan se hallaba encaramada en lo alto de un fuerte almendro contemplando sentada a horcajadas sobre una gruesa rama, como el sol se proponía a coronar el cielo en una hermosa mañana despejada. Los aldeanos, jubilosos, iban de un lado a otro dando los últimos retoques para cuando llegara el atardecer, momento en que el rito daría comienzo. Sin embargo, muy lejos de compartir aquel sentimiento, ella dejaba que el sol bañara su cuerpo transportándola a un lugar muy lejano a aquel, acompañada por la suave brisa y el delicioso aroma dulzón de las flores. Un año más se hubo librado de participar en el rito. A su parecer aquella costumbre no era más que un acto en el que la gente no haría más que cumplir sus sueños más oscuros e impensables sin temor a malas miradas. El único día del año en el que el desenfreno y la pasión con cualquiera que viniera en gana estaba permitido.

Vienderan suspiró profundamente recostándose en el tronco, gozando de su tan preciada soledad. En momentos como aquel, aunque solo fuera una fantasía, se sentía libre. Siempre fue considerada como una de las mujeres más vivaces de Foriet, aunque jamás, ningún hombre a excepción de Kaer, mostró interés en ella. Más alta que el resto, de esbelta figura, turgentes pechos, estrecha cintura y sinuosas caderas. Nunca se hubo cortado el cabello, por lo que este caía salvajemente a lo largo de su espalda y trasero. Una maraña sedosa, ondulada y castaña que alcanzaba sus rodillas, enmarcando un rostro de facciones menudas y redondeadas. Sabía que aquel no era su lugar de nacimiento y no solo por la gran diferencia en cuanto al aspecto físico respecto al resto de habitantes, fuertes y de baja estatura. Neten le contó en su día que sus verdaderos padres murieron, pero por mucho que lo intentara jamás logro recordarlos. Ni a ellos ni nada anterior al día en el que se encontró repentinamente junto a Kaer, en el interior del hogar semi-derruido de los Davoli. Estuvo años preguntándose el por qué le era imposible recordar nada anterior, pero jamás encontró respuesta. Neten simplemente la acogió, pero los continuos tormentos que sufría por parte de Kaer y las escenas de desprecio que había presenciado hacia el resto de las mujeres que la rodeaban la hicieron convertirse en una persona, como su «padre» decía, un tanto peculiar. De convicciones claras, mente ágil y fuerte carácter; Neten se sentía realmente orgulloso de ella.

Vienderan, que hasta ese momento había vivido en la total inopia, jamás imaginó que en esos momentos una cuenta atrás había comenzado y que su vida jamás sería la misma.

—¡Baja ahora mismo de ahí arriba! —la riñó Neten portando a cuestas una gran cesta repleta de coles.

—Voy con cuidado —ella se incorporó sobresaltada.

—¡No lo digo por eso, insensata! ¿Es que acaso quieres esterilizar a ese pobre árbol?

—Lo lamento.

La joven bajó del árbol arrastrándose por el tronco. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender la gente pensaba que si una inmaculada tocaba con su sexo un árbol frutal este moriría, cosa que ella sabía incierta ya que, por más de diez años, se hubo encaramando a ese árbol sin que este sufriera mal alguno. Al tocar la tierra con sus pies descalzos se dirigió rápidamente hacia Neten, agarrando una de las asas de la pesada cesta y caminando junto al hombre hacia su hogar.

Neten esparció las coles por la cocina, sobre la mesa. Cinco grandes patatas reposaban junto a un cuchillo, esperando ser peladas y cortadas. Ese día Vienderan debía cocinarlas junto a las coles para bañarlas en salsa de raíces. Tras vaciar la cesta el hombre se la cargó a la espalda y volvió a encaminarse hacia el enorme huerto. Vienderan se recogió el larguísimo cabello escondiéndolo bajo un gorro de tela blanca, atándoselo a la nuca. Colocó dos coles sobre la mesa, llenó un pequeño caldero con agua para ponerlo después al fuego en el interior de la chimenea y salió de la casa.

Caminó por la calle poco más de dos minutos en los que se vio rodeada de grandes y coloridas guirnaldas junto a ornamentales candelabros que iluminarían el camino que recorrerían los hombres, mientras las afanadas mujeres daban los últimos retoques a sus cuerpos y vestimentas. A pocos metros del hogar de la anciana Vermun, a donde se dirigía, un grupo de jóvenes de su misma edad hablaban y reían mostrándose los vestidos que durante tantos meses tejieron para la ocasión. Al verla todas se detuvieron, apartándose y murmurando. No le hacía falta escuchar lo que estaban diciendo, lo sabía perfectamente. Hacía ya unas semanas que ninguna mujer quería acercarse a ella exactamente por la misma razón por la cual Neten la hizo bajar del árbol. Temían que si Vienderan no se mantenía a una distancia prudencial esta las convertiría en estériles y no había mayor desdicha para una mujer de Foriet que ser estéril. Si eso ocurría se veían condenadas al ostracismo por parte de la comunidad, la mayor de las deshonras.

Entró en casa de la vieja Vermun sin llamar. Esta consistía en una sola habitación donde, en un reducido espacio, se hallaba todo lo indispensable para vivir. Cama, cocina, lavadero, mesa y dos mullidas butacas. La anciana era una mujer alta para su edad, extremadamente delgada y arrugada que se encontraba removiendo el interior de un viejo caldero con una larga vara de madera. La casa, como siempre, estaba inundada por aquel olor dulce y pastoso tan característico de la vieja Vermun.

—Hola, cielo —saludó la anciana que se giró al instante, mirando a Vienderan con sus ojos cristalinos—. ¿Olvidaste las raíces?

—Sí —respondió ella.

La muchacha pasó junto a la mujer acariciándole el brazo, dirigiéndose hacia la cocina donde, en el interior de un paño, reposaban algunas raíces negras. La anciana se levantó con dificultad dejando la vara en el interior del burbujeante caldero, extendiendo la mano y palpando la butaca tras ella hasta dar con una pesada pastilla de jabón rosada.

—A Neten le encantan estas raíces. Gracias, Güela —le agradeció Vienderan con ese apodo que ella misma le había dado.

—No hay de que niña. Ten —la mujer le tendió el jabón—. Kaer me dijo que últimamente no olías muy bien y deduje que se te había acabado.

—¿Eso dijo Kaer? —Vienderan cogió la pastilla mientras la anciana afirmaba con la cabeza.

—Y creo que tiene razón —la anciana comenzó a reír ante la joven que se sonrojó—. Soy ciega, pero mi sentido del olfato es más sensible por cada día que pasa.

—Lo siento —se disculpó sonrojada.

—Sí, sí. Ahora entiendo cómo has logrado conservar tu pureza tanto tiempo —la risa de la anciana se convirtió en carcajada—. ¡Ahuyentas a los hombres con tu mal olor!

—Debo irme —Vienderan, avergonzada, se dirigió a la puerta.

—No, cielo, espera —la vieja correteó por la casa tropezando con una banqueta, Vienderan la cogió a tiempo de evitar que se estrellara contra el suelo—. Lo siento, no quería ofenderte, es solo que de vez en cuando no puedo evitar salir por la vía fácil, ya me conoces.

—Sí, Güela, te conozco —la joven resopló, ayudando a la anciana a sentarse en una de las butacas—. No te preocupes.

—Ya estoy mayor, Vienderan, y hay veces en las que no controlo mis palabras. Ya ni mis jabones son lo que eran.

—No digas tonterías —intentó animarla ella, quitándole peso a la situación—. Aun te quedan cientos de jabones por hacer.

—Y siempre los haré mientras tú los necesites para no ir apestando a la aldea —esta vez fueron ambas mujeres las que rieron—. Ahora en serio, cielo, tú no siempre estarás aquí.

—Por supuesto que sí. ¿Dónde quieres que vaya, Güela?—preguntó poniendo los ojos en blanco. No era la primera vez que escuchaba aquellas palabras.

—No, este no es tu lugar. Foriet no es para ti más que un lugar de paso. Algo me dice que Lessa tiene un futuro mucho más decoroso para un ser celestial como tú, Vienderan.

—Es cierto, Güela —rió la joven—. Ya no controlas tus palabras.

—Haz el favor de escucharme. Eres una gran mujer y tu destino no es estar bajo el yugo de un hombre como Kaer —la anciana acarició el rostro de Vienderan—. Un gran futuro te espera, estás destinada a una leyenda, mi niña, un líder. Puedo verlo.

Por unos segundos ambas quedaron en completo silencio, Vienderan observaba con atención los vidriosos ojos de la anciana. Realmente amaba sus historias.

—Vaya —Vienderan sonrió—. ¿Y dónde está ese amado mío que tanto se hace de rogar? —preguntó irónica.

—¡No te rías de mí, necia niña! —la anciana se levantó con asombrosa rapidez, señalándola.

—Lo siento...

—¡Deja de disculparte, solo los fracasados lo hacen y ahora márchate de mi casa, estoy demasiado ocupada para perder el tiempo hablando con alguien que se niega a escuchar! —la regañó la mujer.

Vermun se dio media vuelta dirigiéndose de nuevo hacia el caldero del cual comenzaba a rebosar su contenido. Vienderan, algo descompuesta, observó como la mujer continuaba con su tarea como si nada de modo que, tras comprobar que la anciana no tenía intención de retomar la conversación, salió de la casa.

De regreso a la cocina de los Davoli la muchacha se dejó llevar por sus ensoñaciones, recordando las palabras que tantas veces había vaticinado la anciana. Era cierto que, desde hacía unas semanas, Güela había comenzado a comportarse de una manera un tanto extraña. Perdiendo facultades mientras sus palabras se volvían menos acertadas. Sin embargo, la idea de que Lessa le tuviera preparado un brillante e insospechado futuro en el que entraba en su vida un enamorado destinado a ser líder le agradaba enormemente. No podía evitar imaginarse en brazos de un hombre dulce y caballeroso, de rizada cabellera rubia ondeante al viento; tantas veces había fantaseado con esa imagen...

Al llegar el mediodía Kaer y Neten regresaron al hogar para comer. Sobre la mesa ya les esperaba un plato en el que las coles y las patatas se teñían de negro. Comieron y descansaron, puesto que les esperaba la noche más ajetreada del año, mientras Vienderan permanecía encerrada en su habitación,

en la parte más alta de la casa mirando por la ventana. Incluso a esas horas, las más calurosas del día, la gente iba de un lado a otro retocando la decoración hasta el punto en que la impaciencia se transformaba en angustia por no acabar los preparativos a tiempo. Sin embargo, ya no fantaseaba ni se preguntaba que grillos tenían todas esas muchachas en la cabeza para sentirse tan joviales en aquel día ya que, al regresar a su habitación tras la comida, encontró una nota sobre su cama. Una nota escrita por Kaer que hizo que las tripas se le revolvieran.

En ella se inscribía la peor frase que jamás leyó: »Esta noche te haré mía«.

9

El rito de la fertilidad

La noche comenzaba a hacerse presente sobre el pueblo de Foriet. Los hombres, en su ya tan arraigada costumbre anual, se hallaban en el río que cruzaba el pueblo, bañándose desnudos para purificar sus almas de los pecados cometidos el último año. Así daba comienzo el tan ansiado rito de la fertilidad.

Hacía ya horas que los niños estaban en los hogares de los más ancianos, durmiendo ajenos a la festividad, mientras las mujeres esperaban ansiosas la llegada de los hombres encendiendo las antorchas que guiarían al hombre que más hijos hubiera engendrado aquel año. Neten, tras haber limpiado su cuerpo y su espíritu a conciencia, salió del agua para encaramarse a una roca, llamando la atención del resto de hombres.

—¡El saber se encuentra en nuestras cabezas, el sentimiento en el corazón y el instinto en el estómago! —gritó con fuerza golpeándose cada una de las partes del cuerpo a las que se había referido—. ¡Dejad que vuestro instinto libere lo que durante estas estaciones ha estado apaciguando, que vuestro estómago ruja a los cuatro vientos!

Los hombres bramaron una especie de cántico victorioso, saliendo de las aguas y encaminándose hacia el centro de la aldea sin pudor alguno por su desnudez. Vienderan, asomada tímidamente a una de las ventanas de su casa, observó como las mujeres secaron con sus ropas al hombre encargado de dar comienzo al rito. Su nombre era Marrin, un joven poco mayor a Vienderan que contrajo matrimonio hacia tan solo un año. Fruto de esa unión nacieron unos rosados y rollizos trillizos varones haciéndole así el hombre más fértil de Foriet durante aquel año. Su esposa, al igual que él, había sido preparada por las mujeres más ancianas para aquella noche. La lavaron cuidadosamente, trenzaron sus largos cabellos y rodearon el lecho conyugal con hermosas flores blanquecinas. Aquella noche su marido era el único autorizado a tomarla.

Tras haber secado a Marrin a conciencia, los hombres lo cogieron, alzándolo sobre sus cabezas cual héroe victorioso conduciéndolo a su hogar al ritmo del hueco sonido de las panclas, un rustico instrumento musical formado por dos palos que entrechocaban unidos a una misma base. Portaron al hombre ante su esposa Zuta, la cual se mantenía a la espera en lo alto del porche de su hogar,

sonriente. Una vaporosa y transparente tela cubría el cuerpo de la muchacha, dejando a la vista la insinuación de su desnudez.

Vienderan mantenía sus ojos clavados en ella, el corazón se le desbocaba tan solo con pensar lo que estaría sintiendo la esposa de Marrin. Todos esos ojos observando su cuerpo semidesnudo, aquellos hombres adorándola y las mujeres envidiándola. Observó con detenimiento los portentosos pechos de Zuta. Esta siempre fue una joven robusta, sin embargo, ahora sus pechos eran considerablemente más grandes de lo normal, supuso que el hecho de estar amamantando a tres bebés los había transformado. Sin siquiera darse cuenta Vienderan se encontró palpando sus propios pechos, tratando de compararlos con los de Zuta. Aunque hacía ya algunos años que se hubo desarrollado, su cuerpo era diferente al de resto de las mujeres de Foriet. En la aldea las mujeres eran por lo general voluptuosas, de generosas caderas, grandes pechos y carnosos muslos. Incluso sus pieles eran diferentes. Mientras la del resto de mujeres tenían un aspecto áspero y un ligero tono oliva, la piel de Vienderan era blanca y suave. Toda su fisonomía era diferente, notablemente más alta y delgada, de largas piernas que siempre fueron motivo de burla. Jamás una falda se acercó a la altura de los tobillos, mientras que a las demás mujeres les llegaban hasta los pies. En su adolescencia los jóvenes la acorralaban diciendo que nunca ningún hombre querría tomarla, dado que solo daría hijos raquíticos. Vienderan solía permanecer invisible a ojos de los varones, excepto a los de Kaer. Como había ansiado que los ojos de Marrin se posaran en ella, aunque hubiera sido una sola vez. Sin embargo, ahí se encontraba, escudriñando a hurtadillas como este se disponía a entrar en su hogar junto a su fértil esposa para dar comienzo al rito mientras los aldeanos se alejaban dirección a la plaza central.

Cuando la calle quedó despejada Vienderan se aventuró a salir. Neten se mantenía en que si no consentía formar parte del rito o entregar a un hombre su pureza no tenía derecho a ser testigo de este. Pero aquella tradición le provocaba cierta curiosidad que se despertó hacia más estaciones de las que estaba dispuesta a admitir. Por una parte, le aterraba la simple idea de perder su estatus de intocable, quedando a merced de un hombre, un hombre que muy seguramente sería Kaer. Pero ese acto que a tantos lograba congregarse le atraía más que cualquier otra cosa en el mundo, provocándole una quemazón que no podía explicar. Silenciosamente se dirigió al centro de la aldea, escondiéndose bajo la ventana del dormitorio de la anciana Vermun que roncaba sonoramente. Con el corazón palpitando fuertemente en su pecho, a sabiendas de estar haciendo algo prohibido, aguardó en espera de que la festividad diera comienzo.

Alrededor de una enorme hoguera los hombres y mujeres comían, bebían y se divertían, bailando y escogiendo a las que serían sus parejas durante la noche. Dos enormes cerdos daban vueltas sobre una hoguera más pequeña, empalados. Los habían estado asando durante horas dejando en el ambiente el delicioso aroma de su carne asada. El vino corría sin cesar, ningún vaso debía estar vacío aquella noche. Vienderan pudo reconocer a la gran mayoría de personas. Mujeres felizmente casadas ahora se sentaban sobre el regazo de otros hombres, dándoles de beber de sus propias bocas. Maridos abnegados desabrochando sagazmente los vestidos de jóvenes que podrían ser sus hijas, gozando de sus esplendorosos pechos. Todos, unos junto a otros, sin ningún reparo.

Neten se levantó apartando de su lado a una mujer no mucho mayor a Vienderan, caminando pesadamente hasta una destartada base de madera que le hacía quedar sobre el resto de los asistentes. Carraspeó levantando los brazos, llamando la atención de todos los presentes.

—Hermanos, hoy es un gran día, un día que hemos estado esperando con ansia. A partir de mañana, nuestros campos rezumarán vida, nuestras almas estarán limpias y nuestros estómagos llenos —la gente comenzó a vitorear a Neten, este apaciguó a las masas como un auténtico líder—. No

debemos olvidar que Lessa es divina, compasiva y bondadosa. Pero también infame, opresiva y reparte agonía. La naturaleza es una fuerza que guía nuestro camino y debidamente usada nos aliviará todo mal. Esperemos que con el culto que hoy le ofrecemos las sequías y hambrunas lleguen a su fin.

La gente aplaudió y gritó con fervor, algunos abalanzándose ya sobre sus parejas mientras otros continuaron bebiendo, festejando una victoria inexistente. Neten bajó las manos agarrándose con fuerza el pecho; se contaban ya por años el tiempo transcurrido desde que su cuerpo no le permitía continuar más allá de la iniciación del rito. Se puso sobre los hombros una mugrienta manta tapando su desnudez, caminando cabizbajo entre los jóvenes que felices y lujuriosos cumplían su cometido. El hombre marchó a paso lento hasta desvanecerse en la oscuridad de las calles. En los últimos meses su salud se había ido deteriorando de forma alarmante, aunque Vienderan no le dio la más mínima importancia hasta el día en que comenzó a esputar sangre al toser. Desde ese momento valoró cada una de las cosas que hacía junto a su padre como si fuera a ser la última.

La multitud congregada comenzó a formar una masa de cuerpos descontrolados. Hombres despojando salvajemente de sus ropas a mujeres, mujeres peleando por un mismo hombre, cuerpos embistiéndose entre sí. Aquella visión fue totalmente reveladora para Vienderan. Habían sido muchas las veces que oyó hablar sobre el rito de la fertilidad y la anciana Vermun, aunque intocable, se esmeró en explicarle con detenimiento los detalles del acto sexual. La imagen que Vienderan se había formado en su mente distaba mucho de la que estaba contemplando. Según relataba Vermun, la unión sexual era un acto que encarnaba el amor, un vínculo único entre la pareja. Lo que presenciaba poco tenía que ver con esa descripción. Ahí no había cabida para el respeto ni el amor y mucho menos el culto a la naturaleza, como Neten le había relatado una y otra vez.

Aquella situación comenzó a incomodarla, incluso a escandalizarla, pero aun así no podía apartar la vista. Los hombres penetraban con dureza a sus compañeras mientras estas proferían unos gritos ahogados que jamás había escuchado. Otras se recreaban arrodilladas, deleitándose con cosas que Vienderan no imaginó que fueran a poder introducir en sus bocas. Mujeres siendo asaltadas por diferentes hombres mientras se complacían entre ellas. Un grupo de muchachas más jóvenes, recién perdida su pureza, lloraban intentando escapar de sus amantes sin éxito, siendo tomadas a la fuerza y sin piedad. Precisamente en uno de esos grupos se encontraba Kaer, embistiendo salvajemente a una joven a la cual doblaba en tamaño, alentado por dos hombres más mientras la desamparada chica llamaba a su padre sin éxito, ya que este se encontraba demasiado ocupado satisfaciendo a otra mujer. Vienderan se sobrecogió cuando sus ojos se toparon con los de ella, extendiendo una de sus manos, rogando ayuda. Kaer miró en dirección a la que lo hacía la joven, descubriéndola agazapada entre las sombras. Una tosca sonrisa se dibujó en su cara. Sin más miramiento se levantó dejando a la joven mujer a merced de sus dos compañeros. Vienderan, al ver como Kaer se dirigía hacia ella, huyó corriendo aterrorizada a través de las casas mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Recordaba la nota que había encontrado sobre su cama aquella mañana, la desesperación con la que esa muchacha la miraba y en su cabeza la voz de Kaer repitiendo una y otra vez: »Esta noche te haré mía«.

No tenía lugar al que huir, por mucho que se encerrara en su habitación sabía que él podía derribarla de un solo golpe. Lamentaba no haber pedido auxilio a la vieja Vermun cuando se encontraba bajo su ventana, ahora ese era un camino que no podía tomar. Un fuerte tirón en su cabeza hizo que cayera de espaldas al suelo. Kaer le había dado alcance y la tenía sujeta por el largo cabello. Tiró de él obligándola a levantar. Vienderan gritó de dolor, podía sentir como el cuero cabelludo se le desgarraba. La alzó hasta que sus rostros estuvieron uno frente al otro. Kaer, encorvado, la agarró por la cintura acercándola a él, tirando de su cabello obligándole a echar la cabeza hacia atrás, lamiéndole el cuello. Pudo sentir el olor repulsivo de su aliento, más propio de un

cadáver en descomposición que de un ser vivo, recorriéndole. La lengua áspera raspándole la piel y su erecto miembro presionándole el vientre. Chilló, chilló más de lo que nunca lo había hecho, pataleando y lanzando puñetazos al aire hasta que uno de ellos lo alcanzó. Kaer enfurecido la abofeteo fuertemente tirándola al suelo. Sintió como las piedras le arañaron los muslos y herían sus manos mientras el agrídulce sabor de la sangre corría por su garganta. Él se acuclilló junto a ella propinándole fuertes golpes hasta que Vienderan no pudo hacer más que pedir piedad. Satisfecho al comprobar como había logrado someterla, la cogió en brazos caminando en dirección a la taberna de su padre.

Pudo haber chillado pidiendo auxilio, pero no lo hizo. Nadie la hubiera ayudado, ni siquiera el propio padre de aquella muchacha que estaba siendo brutalmente violada ante sus ojos había ido en su ayuda. No iban a ayudarla a ella.

Al llegar a la taberna, la cual era la única noche del año en la que se hallaba cerrada, Kaer rompió la puerta trasera de una patada, entrando. La condujo hasta el salón donde se agolpaban una docena de mesas, tirando a Vienderan frente a la barra. Esta gateó hasta quedar apoyada en ella. No recordaba haber estado tan dolorida ni aterrada en su vida. Kaer la observaba con una maliciosa sonrisa en su cara, mostrando sus podridos dientes; realmente estaba disfrutando de aquella situación. Su padre le había prohibido tomar a Vienderan durante años, pero Kaer ya era lo suficientemente imponente como para disponer de ella como se le antojara. Verla en esa situación, sola y desesperada, con esa mirada de pánico dibujándose en su cara, hacía que se excitara aún más.

—No pienso esperar a que ese viejo muera para tener lo que deseo y por derecho me pertenece — dijo con voz profunda.

La agarró por los hombros obligándola a levantarse estrellando su espalda contra la barra. Un profundo dolor recorrió su columna entumeciendo todo su cuerpo. Kaer puso sus gigantescas manos sobre su pecho, rasgándole el vestido con violencia, dejando sus senos al descubierto. Ella intentó cubrirse en vano. Él la mantenía retenida, con una mano contra la barra mientras con la otra acariciaba su torso desnudo.

—Nunca entenderé cómo no pueden ver tu belleza. Ninguna de esas cebadas mujeres podría siquiera igualarte, hermana.

Era injusto que la llamara hermana en un momento como ese. Neten estuvo años intentando no solo que la llamara así, si no también que la tratara como tal sin éxito. Kaer siempre se negó a referirse a ella por ese nombre y ahora, en aquel preciso momento, se le había ocurrido llamarla hermana.

De nuevo la lengua de Kaer recorrió su piel, ahora sabía que eso no era lo peor que podía ocurrirle. Vienderan gritó a la par que forcejeaba, abalanzándose sobre su cuello e hincándole los dientes con fuerza. Kaer se apartó, maldiciéndola mientras se llevaba una mano al cuello. Un hilo de sangre cayó por su hombro. Al apartar la mano, examinando el rojo líquido, enfureció. La agarró fuertemente por el cuello, tanto que Vienderan pensó que moriría, obligándola a darse la vuelta e inclinándola en la barra, con la cara sobre esta y Kaer a su espalda. Giró la mano agarrándola por la nuca mientras con la otra rebuscó tras la barra hasta dar con un cuchillo oxidado de gran tamaño, pasando el filo sobre la garganta de ella. Vienderan no podía creer que lo último que vería en su vida serían las roñosas paredes de la taberna y un cuchillo oxidado. Los ojos se le llenaron de lágrimas y el recuerdo de la vieja Vermun inundó su cabeza: »Tu destino no es estar bajo el yugo de un hombre como Kaer. Un gran futuro te espera¿« .«Dónde está todo eso ahora Güela?» , pensó ella.

—No voy a matarte, al menos no de momento —él fue pasando el cuchillo del cuello a su rostro, dejando que el filo acariciara su mejilla.

—Kaer, por favor —Vienderan rompió a llorar.

—Tan hermosa... —susurró mientras con el cuchillo recogía una de sus lágrimas.

—Haré lo que me pidas, Kaer.

Su llanto desesperado hizo que Kaer sonriera más abiertamente de lo que jamás lo había hecho. Esas eran las palabras exactas que siempre deseó escuchar y por fin se formularon. Sin duda el momento más dichoso de su vida.

—Por supuesto que harás lo que te pida —le dijo al oído regocijándose en su triunfo—. Me perteneces, siempre me has pertenecido, pero me has hecho sufrir tanto para llegar hasta aquí. Debes ser castigada por ser tan obstinada. Te reduciré a lo más mínimo, hasta que lo único que puedas sentir sea tu cuerpo estremeciéndose por mí. Te despojaré de todo cuanto amas, de tu libertad, tus libros, de esa vieja. Hasta que solo yo inunde tu mente —Kaer le mordió el lóbulo de la oreja derecha con una turbadora delicadeza—. ¿Qué tal si comenzamos por tu hermoso cabello?

Vienderan ya no podía controlar en absoluto su llanto, estaba aterrorizada y Kaer la tenía completamente sometida a su voluntad. Él cogió su larga cabellera desparramada sobre la barra, a modo de burda coleta, apartó el cuchillo poniéndolo bajo el pelo y con un rápido movimiento el filo cortó cuanto encontró a su paso. En solo unos segundos contempló como, el cabello que durante tantos años había estado cuidando con esmero, caía sin más sobre el sucio suelo de la taberna. Kaer le dio media vuelta para tenerla cara a cara, ahora su cabello se agitaba de forma desigual a la altura de los hombros. Él, satisfecho, acarició su empapado rostro, mezcla de sangre y lágrimas. Era tal el gozo que sentía que no pudo evitar agarrar con fuerza sus mejillas, besándola. Ella intentó contener el miedo y las náuseas, debía perseverar si quería salir con vida. Neten siempre dijo que su inteligencia superaba con creces a la de su hijo y aquel era un momento crucial para demostrarlo. Kaer fue menguando la fuerza con la que la agarraba, dejando caer el cuchillo de su mano para poder acariciarla, disfrutando de lo que durante tantos años había deseado.

Una joven pareja en busca de un refugio para dar rienda suelta a su pasión entró en la taberna, interrumpiéndolos. Como si de una exhalación se tratara Vienderan dejó de besarla mientras recogía el cuchillo del suelo con asombrosa rapidez. En tan solo un instante Kaer se encontró frente a ella blandiendo descuidadamente el arma.

—¿¡Se puede saber qué crees que estás haciendo !?—gritó enloquecido.

—¡No voy a permitir esto, Kaer! —Vienderan empuñaba el cuchillo con fuerza.

—¡Vas a pagar por esto! —gruñó.

Kaer furioso se abalanzó sobre ella profiriendo los peores insultos que se le pudieron ocurrir. Vienderan, completamente aterrorizada, también se enfrentó a él gritando mientras estiraba los brazos.

Un impacto seco, un golpe contra el suelo, el sonido de los aterrados chillidos de los jóvenes amantes y después silencio. El tiempo se detuvo en un instante en el que los latidos de su corazón era el único sonido que podía escuchar. Las piernas le temblaron, dejándose caer al suelo. Kaer se encontraba frente a ella tendido en el suelo, con los ojos abiertos y la mirada perdida. En su vientre una profunda herida supuraba sangre sin cesar. El cuchillo aún estaba entre sus manos, fuertemente agarrado y con la totalidad de su filo cubierto de sangre. Parpadeó rápidamente recobrando el sentido al oír de nuevo los gritos de la pareja, mirándolo. Soltó el cuchillo extendiendo un brazo hacia él. No había un solo signo que demostrara que seguía con vida. Sus ojos se perdían mirando al fondo de la taberna y ningún movimiento parecía indicar que respirara. Ella extendió su mano y cuando estuvo a punto de alcanzarlo su pecho se hinchó. Kaer tomó aire con fuerza para después toser sangre sobre el suelo. Vienderan gritó asustada, como si de una orden directa a sus piernas se tratase se levantó

emprendiendo una huida desesperada. Lo último que vio al salir de la taberna fueron los negros ojos de Kaer fijos en ella, llenos de odio.

Ya no sentía el dolor de los golpes recibidos y continuaba sin oír más allá de los latidos de su propio corazón. En su cabeza una nueva idea se instauró, debía huir.

Corrió y cuando se topó con ambos jóvenes les arrebató una manta que llevaban sobre los hombros sin detenerse, abandonando la taberna. Saliendo de las tierras de Foriet para adentrarse por el camino más directo a la espesura del bosque de Dywyll, sin mirar atrás.

El Comando Litz

Era tarde, hacía frío y las ventanas estaban demasiado altas como para que pudiera cerrarlas, incluso si subía a las viejas camas de madera de Tenot no lograba alcanzarlas. Miró por una de ellas y vio el cielo completamente despejado. La luna llena lucía más grande que nunca, bañando con su luz toda la habitación. Estaba seguro de que, si extendía el brazo, podría incluso llegar a tocarla.

Una treintena de niños dormían plácidamente en sus camas, ajenos a lo que hubiera perturbado el sueño del pequeño Lei. Unos pasos recorriendo el pasillo exterior, tal como si un grupo de gente correteara de arriba abajo, le hizo salir de sus ensueños acerca de carreras en el agua. Cogió una vieja colcha que se encontraba apilada a los pies de su cama, pasándosela por los hombros y enroscándosela al cuerpo, su pequeño cuerpo de cinco años. Con cautela bajó de la cama silenciosamente para no despertar a su amiga; a pesar de tener cada uno su propio lecho la gran mayoría de noches esa niña insistía en dormir junto a él. Se dirigió hacia la puerta con pasos cuidadosos, evitando que la madera chirriara bajo sus pies, hasta llegar a ella para abrirla lentamente. La puerta era pesada y apenas lograba alcanzar el picaporte, siempre creyó que la señora Shalk era mala persona por poner las cosas tan altas. Cuando logró abrirla lo suficiente como para deslizarse a través de la abertura salió al pasillo. Aún podía escuchar las apresuradas zancadas que durante noches lo despertaron, sin comprender como nadie más, a parte de él, veía perturbado su sueño ante aquel correteo nocturno. Estaba asustado, pero aun así su curiosidad por saber que era lo que paseaba, desde hacía varias noches, por los corredizos era mayor.

Caminaba deprisa a través de la oscuridad del pasillo, guiándose tan solo por el resplandor de la luna, colándose por los ventanales. Llegó al final del pasadizo girando a la izquierda, por donde los pasos desaparecieron, cuando vio algo moverse entre las sombras. Dio unos pasos atrás, asustado. El corazón le palpitaba con violencia y la respiración se le entrecortaba. De la penumbra surgió un pequeño cachorro que Lei no supo identificar, lamentándose. Corrió hacia él para auxiliarlo, arrodillándose a su lado. El animal era pequeño, rechoncho y con dos minúsculos cuernos que sobresalían de su cabeza. La criatura le lamió la mano, su lengua amarillenta estaba caliente y mojada. Lei sonrió acariciándole el lomo cuando el animal dio media vuelta comenzando a trotar torpemente en dirección a las sombras, él se levantó corriendo tras la cría hasta el exterior.

La puerta principal estaba abierta, algo extraño puesto que la señora Shalk se cercioraba en cerrar a conciencia todas las puertas cuando caía la noche. Salió de la casa quedándose en el porche de madera, mirando a su alrededor desde lo alto de los escalones, hacia la linde del bosque, en busca del animal que desapareció nada más cruzar el umbral del portón. Bajó los primeros peldaños lentamente. Podía sentir la fría y húmeda madera en sus pies descalzos haciendo que un escalofrío recorriera su cuerpo hasta alcanzar la nuca. Cuando se encontró a tan solo un escalón de tocar el suelo sintió un estremecimiento que le erizó la piel. Advirtió en que lo único que podía escuchar en aquella aparentemente apacible noche era el sonido de su propia respiración. Súbitamente la sensación de encontrarse en peligro lo dominó. Dio media vuelta, corriendo peldaños arriba mientras

dejaba caer la colcha a los pies de las escaleras para toparse con la puerta totalmente cerrada, cayendo de bruces al suelo al golpearse contra esta. Se levantó sollozando, intentando abrirla, pero el pomo no hacía más que girar y girar en ambos sentidos sin llegar a abrirse.

—Lei... —una voz etérea susurró su nombre.

El pequeño, sin atender a la llamada, no cesó en su intento por abrir la tosca puerta. Tenía miedo, quería volver a entrar y acurrucarse junto a su amiga, la única capaz de disipar sus miedos.

Su llanto se hizo más desesperado, convirtiéndose en una desgañitada súplica. De repente un amasijo viscoso y de lentos movimientos comenzó a frotarse contra sus piernas. Gritó aterrorizado apoyándose con un fuerte golpe en la puerta. El cachorro se restregaba contra él, lamiéndole los pies. Conteniendo su miedo hizo el ademán de agacharse para volver a tocarlo, pero antes de poder hacerlo el animal huyó escaleras abajo, trotando en dirección al bosque y desapareciendo, esta vez, entre la maleza. Lei dio unos pasos hasta la parte izquierda del porche mientras secaba sus lágrimas con los puños de la camisola. Se asomó a la barandilla escudriñando el límite con el bosque, intentando localizar al cachorro.

—Lei... —a su espalda la fría voz volvió a hacerse presente.

Se dio media vuelta quedando frente a tres mujeres que permanecían estoicas frente a él. De rostro pálido, lacio cabello negro y ataviadas con vaporosas telas oscuras, casi transparentes que dejaban al descubierto sus demacrados y raquíticos cuerpos. Sus globos oculares, enteramente blancos, se clavaban en él obcecadamente mientras se acercaban con movimientos vagos, extendiendo sus huesudos brazos. El pequeño se dejó caer sobre el suelo colocándose en posición fetal, rompiendo a llorar de nuevo mientras oía, en el interior de su cabeza, como las mujeres seguían llamándolo sin mover sus labios. Se tapó los oídos con fuerza observando con terror como se abalanzaban sobre él. Una cadavérica mano de largos y fríos dedos se posó sobre su mejilla. Al hacerlo la voz de las tres mujeres se volvieron una, manifestando insidiosamente:

—Vendrás con nosotras.

Lei se incorporó sobre su cama jadeando y con el corazón desbocado. Estaba empapado en sudor y era evidente que había llorado. Hacía mucho tiempo que su mente no recurría a aquella pesadilla para importunarle, desde que alcanzaba a recordar siempre fue el sueño más extraño y el que más le aterrorizaba. Jamás vio más allá del momento en el que las mujeres se abalanzaban sobre él, aunque tampoco estaba del todo seguro si deseaba comprobar que sucedía a continuación. Se recostó de nuevo sobre la cama, secándose el sudor de la frente e intentando calmar su respiración, se sentía estúpido cada vez que era importunado por aquellas pesadillas. Un leve zumbido le devolvió de nuevo a la realidad. La Unidad Central de Procesamiento, o UCP como solían llamarla, tenía un aviso para él. Perezosamente se levantó de la cama dirigiéndose a la terminal que se hallaba incrustada en la pared frente a él, junto al escritorio. Una notificación parpadeaba en la pantalla, la asignación de su primera misión. Apenas doce horas después de su graduación ya le era concedido un primer encargo, inaudito. Cada vez que ocurría algo fuera de lo normal que le favoreciera le era imposible no pensar que Lexx hubiera tenido algo que ver en ello. Detestaba tener un trato de favor por el hecho de ser el hermano menor del comandante, pero, por mucho que se resistiera a ello, parecía ser inevitable. Entró en el lavabo, intento componer su cabello con los dedos sin conseguirlo y se dirigió al despacho indicado en la notificación.

La Academia contaba con un total de diecisiete alturas, cada una de ellas con sus correspondientes aseos, cafeterías y zonas de descanso. Las tres primeras, todas ellas subterráneas, estaban destinadas al hangar de vehículos, zonas de mantenimiento y maquinaria, almacenaje, lavanderías y calabozos. En la planta baja se ubicaba la entrada con su respectiva recepción, los accesos a los jardines, zonas verdes,

el centro de información y zonas de descanso. La primera planta estaba destinada al sector departamental y administrativo, en ella se encontraban las salas de reuniones, a una de las cuales Lei había sido convocado. En la segunda planta, la magnífica biblioteca en la que se atesoraban valiosos volúmenes históricos y la colosal aula magna con capacidad para unas mil quinientas personas. Una planta por encima se encontraba el centro médico dotado de la más innovadora tecnología, ofreciendo unos servicios médico-quirúrgicos completos sin necesidad de trasladarse a la ciudad tales como: consultorios, enfermerías, habitaciones para largas estancias, unidad de cuidados intensivos, quirófano, laboratorio, equipos de diagnóstico e incluso tanatorio. En la cuarta planta se ubicaba la cocina, en la que día a día se preparaban sin descanso las comidas de todos cuantos vivían en la Academia ya fueran guerreros, aspirantes o miembros del personal para, posteriormente, ser servidos tanto en las múltiples cafeterías dispuestas en las diferentes alturas como en el comedor principal, situado en esa misma planta. El quinto nivel estaba reservado para el personal civil, en donde todos los trabajadores de la institución hacían vida junto a sus familias, por lo que disponía de guarderías y aulas donde se impartía una educación no militar; el lugar donde vivían los niños que, como en el caso de Lei, entraron en la Academia con la edad insuficiente como para comenzar con su entrenamiento castrense. El sexto nivel era el más concurrido de todos, seguido por el comedor. La enorme zona deportiva, provista de amplios sectores para diversos entrenamientos ya fueran de fuerza, resistencia, elongación, velocidad, tiro o cualquier tipo de armamento, entre otros. El séptimo piso era donde los aspirantes pasaban la mayor parte de su tiempo, las aulas. En la octava y novena planta se hallaban las estancias de los aspirantes a formar parte de los comandos de competición, así como en el décimo, onceavo y doceavo nivel los dormitorios individuales de los evengargs. El décimo para la infantería, el onceavo para los tercios y en el doceavo los valedores, la élite y el comandante. Por último, en la treceava planta, la más menuda de todas, el despacho del adalid, junto a su alojamiento privado.

Tras un prolongado paseo Lei llegó desde la décima planta hasta el primer piso por las escaleras. A pesar de haber numerosos ascensores que llevaran de un nivel a otro tenía la costumbre de ir a pie, siempre que la situación se lo permitiera. Cuando estuvo frente al despacho, al cual fue convocado, un ligero deje de nerviosismo le invadió. Hubiera sido recomendado por su hermano o no, no excluía el hecho de que fuera a recibir su primer encargo real como miembro activo de Evengarg. Aquel era el momento exacto por el que durante tantos años se esforzaban los aspirantes. Cogió aire, armándose de valor y llamando a la puerta. Esta se abrió automáticamente, exhaló y decidido entró.

Muy contrariamente a como había pensado, Lexx no se encontraba en el interior. Los que sí estaban allí de pie frente al adalid, observándolo incrédulos, eran las mismísimas leyendas de la Academia, los miembros del comando Litz. Los aspirantes podían pasar horas hablando sobre sus legendarias misiones, soñando con poder alcanzar algún día la grandeza de la que gozaba el equipo más condecorado de Evengarg. Se decía de ellos que jamás fallaron en encargo alguno, a pesar de contar con más de cien trabajos en su haber, que su poder y disciplina solo estaban por debajo de la del comandante. Aquellas tres personas eran de los pocos evengargs de elite que existían, portadores de la inusual insignia color magenta que solo Broten tenía el poder de otorgar, al igual que la insignia amarilla del comandante. El comando estaba constituido por Yidrianna Hannah, interventora de la Academia, versada en gestión logística, análisis de planificación estratégica, procedimientos de actuación, seguridad y defensa. Kurt Stain, un joven alto, delgado y de larga melena castaña, experto en armamento y tiro. Su tercer y último miembro, Faunett Lauren Litz, líder del comando al cual daba nombre, de cabello, ojos y piel color avellana; experta en el combate cuerpo a cuerpo y pilotaje de todo tipo de vehículos.

—¡Lei, te estábamos esperando! Pasa hombre, pasa.

Broten le dio una cálida bienvenida levantándose de su asiento tras la mesa, en donde se apilaban numerosos expedientes. Intentando pasar desapercibidos, en el fondo del pequeño despacho, se encontraban también Braiz y Ferbola, los mismos que estuvieron junto a él en la ceremonia de asignación de insignias. Lei hizo una leve reverencia, entró y se colocó junto a Braiz el cual le saludó levantando las cejas. Súbitamente calló en la cuenta de que, aquel tío que jamás se molestó en conocer, podría llegar a caerle bien.

—Bien, como iba diciendo... —continuó el adalid apoyándose en la mesa, quedando frente a los presentes—. Supongo que como sabéis cada diez años la ciudad de Hannagreth celebra su ceremonia de los exiliados. Actualmente este es un punto caliente para los comandos de competición y la ciudad se encuentra en un momento difícil. La aversión de los desterrados crece mediante pasan los años por lo que se prevén altercados en la festividad de este período.

—Como en cada ciclo... —Kurt negó con la cabeza metiendo ambas manos en los bolsillos, Yidrianna contuvo una risita.

—Como cada ciclo —repitió Broten dándole la razón—. Es muy probable que los desterrados aprovechen la Luna de sangre que acontecerá esa misma noche para llevar a cabo alguno de sus ritos paganos en contra del sistema Uhuren.

—¿Quiere que les advirtamos a los ciudadanos que guarden sus cabras, señor? —la gracia de Kurt fue bienvenida esta vez. Todos, a excepción de los tres novatos, rieron.

—¡Kurt! —Faunett, intentando contener la risa, llamó la atención de su compañero.

—Podríaís, pero no —continuó el adalid—. Vuestra misión es ser el equipo principal y líder de la guardia que Evengarg destinará al lugar para la seguridad de la festividad. Se enviarán un total de ochenta y un evengargs en veintisiete equipos.

—Entendido, señor —la voz de Faunett ya no sonaba en absoluto divertida.

—¿Y ellos? —preguntó Yidrianna mirando a Lei, Braiz y Ferbola por encima de la montura de sus gafas.

—Ellos serán vuestra sombra —respondió Broten—. Quiero que vean de primera mano cómo trabaja un comando de élite. Que aprendan y absorban todos y cada uno de vuestros conocimientos.

—Como desee —Faunett reverenció a su líder.

—Sí, sí. Pero sin molestar —Kurt también hizo una reverencia, tras él Yidrianna.

Nerviosamente los tres inexpertos guerreros hicieron una torpe reverencia. A Faunett le fue entregado un dossier con la información necesaria y los seis abandonaron el despacho. Silenciosamente siguieron al Comando Litz hasta el hangar, pasando por un incómodo silencio en los ascensores, donde evitaron mirarse. Al llegar al hangar se reunieron junto a los veinticinco comandos restantes. Faunett informó a todos los presentes respecto a la misión que llevarían a cabo. Alguna que otra queja seguida por la resolución de dudas y los equipos formaron grupos de nueve personas por girodino, aeronaves de alas giratorias capaces de alcanzar los cuatrocientos kilómetros por hora.

Lei entró en una de ellas junto a Braiz, Ferbola, el comando Litz y tres hombres más. Sin mediar palabra Faunett se puso a los mandos, junto a ella Kurt. Encendieron motores, dieron unas ordenes por radio al resto de pilotos y pocos minutos después las nueve aeronaves alzaron el vuelo rumbo a la ciudad de Hannagreth.

Komorebi

Vienderan abrió los ojos lentamente, dejándose envolver por los cálidos rayos del Sol que se colaban a través de las hojas de los árboles. El cerebro le palpitaba con fuerza en el interior del cráneo haciendo que la vista se le nublara y los sonidos parecieran dispersos. Todo cuanto la rodeaba danzaba sin sentido. Con gran esfuerzo logró inclinarse sobre su brazo izquierdo, un agudo latigazo sacudió la parte derecha de su tórax, justo en las costillas. Lentamente los recuerdos de la noche anterior regresaban a su memoria.

Había corrido a trompicones durante horas sin pensar que adentrarse en el bosque era buscar una muerte casi segura, pero no le importó. Prefería morir víctima del bosque antes que condenada por defenderse. Si daban con ella la pena por agredir a Kaer sería la muerte, aun tratándose de un acto en defensa propia. Corrió hasta perder la noción del tiempo, hasta que no oyó absolutamente nada tras de sí. Corrió hasta que su cuerpo se rindió, hasta sentir que si daba un paso más sería el propio agotamiento el que la alcanzaría. Corrió hasta caer bruscamente a los pies de un monumental árbol, con todos sus sentidos alerta tan solo por el mero afán de supervivencia. Supuso que ese había sido el momento exacto en el que se fracturó las costillas.

No tenía ni idea de donde se encontraba ni a qué lugares conducía el bosque. Sabía que ningún habitante de Foriet se aventuraría a adentrarse en el bosque de Dywyll, un bosque que abarcaba cientos de kilómetros, el más grande conocido por el hombre. Numerosas eran las leyendas sobre este, contándose en centenares los guerreros y exploradores que hallaron la muerte en aquel lugar o, simplemente, desaparecieron. Decían que sus árboles eran tan inmensos y frondosos que, ni en los días más luminosos, los rayos del sol lograban atravesar su espesura. Cosa del todo incierta dado que en aquel instante lo único que la reconfortaba mínimamente eran los débiles rayos de luz colándose entre las hojas de las Sequoias. Dywyll estaba repleto por ese tipo de árboles gigantescos, capaces de alcanzar desde los treinta metros hasta los ochenta. En ocasiones escuchó que en lo más profundo del bosque se podían llegar a contemplar ejemplares que sobrepasaban los cien metros de altura. Siempre se preguntó la fuente de esa información dado que, según decían, nadie que hubiera llegado hasta allí regresó para contarlo. Aunque no eran solo Sequoias los gigantes que vivían en la antigua morada de la Diosa. También las acompañaban numerosas clases de Coníferas, árboles de tronco amplio, recto y cilíndrico; corteza suave y ramas ligeramente encorvadas hacia abajo, de copas coronadas por grandes hojas aplanadas de un verde oscuro.

Vienderan contemplaba el paisaje totalmente encandilada. A pesar de estar dolorida, herida y agotada, en su rostro se dibujó una sonrisa. Se sentía arropada por toda aquella espesura, libre. Cerró los ojos, dejándose llevar por los olores propios del lugar y sus sonidos; el pesado y húmedo ambiente, la calidez de los pequeños rayos de sol sobre su piel. Se le hacía difícil comprender el por qué tanta gente vivía temerosa de aquel lugar. Tras unos minutos se puso en pie a duras penas. Su vestido estaba hecho a jirones, alegrándose de haberle arrebatado la manta a aquella pareja la noche anterior ya que esta era la única que cubría parte de su desnudez. Una vez erguida se cercioró de su

lamentable estado. Numerosos rasguños y heridas sesgaban su cuerpo desde los pies hasta el rostro. Sangre seca delineaba su clavícula y manchaba, cual deslizables brochazos, sus extremidades. En su torso se dibujaba un oscuro moratón que le cubría parte de los pechos hasta la espalda; las rodillas y codos en carne viva y sus muslos y gemelos tan doloridos que apenas podían mantenerla en pie. Sintió lastima por su pobre cuerpo desvencijado en aquella huida en la que su vida estuvo en juego.

Observó a su alrededor. Por mucho que lo intentara no hallaba forma de orientarse; ni siquiera estaba segura de cuál era el camino por el que había llegado hasta ahí, nada de aquello lo era familiar. Condujo su mirada hacia el cielo intentando encontrar la posición del Sol, en vano. Ciertamente la luz que lograba filtrarse entre las densas copas de los árboles era demasiado débil como para descubrir su ubicación exacta. Aturdida caminó dejando atrás la enorme Sequoia que le dio cobijo durante horas. Cualquiera podría pensar que estaba aterrorizada, pero nada más lejos de la realidad. Desde que tenía memoria siempre estuvo tentada por aquel bosque que sabía prohibido. De niña pasaba horas sentada en la linde de este, forzando la vista para contemplar todos aquellos secretos que este estuviera dispuesto a rebelarle, pero, muy a su pesar, jamás vio nada que no pudiera contemplar en los mismísimos campos de Foriet. Las mismas aves, alimañas y algún que otro ciervo. Ahora podía caminar libremente en las entrañas del bosque de Dywyll y si este reclamaba su vida a cambio gustosa se la daría. Nada la esperaba más allá de su espesura; no al menos nada a lo que deseara ser correspondida.

El camino a través se le hizo desgarradoramente difícil. Jamás estuvo tan dolorida, ni siquiera en la época en la que Kaer jugaba sádicamente con ella a golpes, años atrás. Kaer, su imagen acudió rauda a su mente. Por mucho que le diera vueltas le costaba creer que por fin se hubiera librado de él. A pesar de su reticencia, una parte de ella siempre supo que, inevitablemente, Kaer conseguiría el permiso de su padre para convertirla en su esposa y entonces ya nada la protegería. Estaría sometida a él durante el resto de su vida, sin esperanza ni escapatoria. Habían sido tantas las noches que sucumbió al sueño entre lágrimas con aquella idea en mente que ahora, caminar por esa senda incierta, se le antojaba dulcemente liberador. Perseveró durante años, pero, en las últimas estaciones, había comenzado a preguntarse cuanto más podría llegar a soportar.

Inmersa en sus pensamientos llegó a una planicie en donde los árboles se disponían algo más separados de lo que lo hacían a su espalda. Cuanto más avanzaba más penetraba la luz, hasta llegar a un claro sobre el cual, candente y soberbio, reinaba el Sol sin rama alguna que lo eclipsara. Cogió aire hasta llenar sus pulmones, ignorando el dolor que la oprimió al hinchar su pecho, dejando que la luz bañara su cuerpo, exhalando aquella bocanada de aire como si fuera la primera de su vida.

Ante ella las ruinas de un viejo caserío de madera descansaban sobre la húmeda tierra. Una estructura de dos alturas en cuyo centro se alzaban los vestigios de lo que en su día debió ser una torre. Una construcción grande, en el interior de la cual podría haber tranquilamente más de una treintena de estancias de considerable tamaño. Las destartaladas escaleras de madera daban paso a la entrada principal, presidida por una tosca puerta de madera de doble hoja. Lentamente caminó hacia ella. Dudaba que pudiera estar habitada dado su lamentable estado, pero al menos podría darle cobijo mientras se recuperaba. A medida que avanzaba descubría más de la construcción. A su izquierda las ruinas de las cuadras; a la derecha un pequeño granero. Su mirada se posó en el torreón, con sus ventanas rotas y el techo destrozado, con las pocas tejas que quedaban completamente negras como si un rayo hubiera caído sobre ellas. Distráida llegó al pie de las escaleras casi sin ser consciente de estar moviéndose, como si su cuerpo conociera a la perfección cada paso que debía dar. Levantó un pie para posarlo sobre el primer escalón cuando una voz tras de sí la alertó.

—Es la hora —susurró suavemente con etéreas palabras.

Vienderan se giró bruscamente. De nuevo un latigazo en sus costillas la obligó a encorvarse. Tropezó con el escalón de madera cayendo sobre él, quedando tendida en la escalera. Ante ella la dueña de aquella voz, una pequeña niña de piel delicada y cetrina, cabello largo y enmarañado, de un rubio blanquecino que dejaba entrever diversas tonalidades de una amplia gama de colores; si hubiera tenido que apostar juraría que algunos de los cabellos eran finísimas raíces que nacían del mismo cuero cabelludo, semejante a un manto vegetal que cubría su cuerpo, haciendo difícil discernir si este formaba parte de su propio cuerpo o tan solo la cubría. Aunque lo que más llamó su atención fueron sus ojos, unos ojos total y absolutamente negros. A sus pies una pequeña ardilla olisqueaba el ambiente, nerviosamente.

—¿Quién eres? —preguntó Vienderan hechizada por aquellos oscuros ojos.

—Mi nombre es Yoyoban, si eso es a lo que te refieres —respondió la niña con una suave voz impropia de su aspecto—. Pero esa no es la pregunta que debes hacerte, la pregunta es: ¿Quién eres tú?

—¿Yo? —ella se incorporó costosamente—. Vienderan, soy Vienderan.

—¿Es eso cierto?

Yoyoban sonrió acercándose a ella al tiempo que la ardilla se posaba sobre sus dos patas traseras.

La niña extendió una mano hacia su rostro y lo último que Vienderan pudo ver antes de perder el conocimiento fue como los largos dedos de ese ser se acomodaban sobre su cabeza apaciblemente, tras ello oscuridad.

—Él vendrá, Squickzy —la niña apartó sus manos observando a la ardilla—. Lessa ha hablado. Tú, ahora, debes ir en busca de Herban.

La ardilla la observó durante unos segundos, moviendo su pequeña nariz. Respingó y salió corriendo, sorteando los grandes troncos de los árboles, desapareciendo entre la espesura del bosque. Yoyoban dirigió una última mirada hacia Vienderan, desmayada sobre las escaleras.

—Es el momento de que regreses a casa.

El olor a tierra mojada fue lo primero que percibió. El poderoso galope del Garamond atravesando el bosque, sus cascos hundiéndose con fuerza en la oscura tierra dejando atrás decenas de kilómetros fue lo siguiente. Sus sentidos estaban totalmente embotados, lo único que la hacía sentir real era la presión de unos fuertes brazos oprimiéndola. A su alrededor los árboles pasaban a gran velocidad. La noche era fría y la respiración que podía sentir sobre ella, pesada. Alzó la cabeza, un hombre la acunaba sujetándola con fuerza mientras cabalgaba al animal. El empapado cabello del hombre botaba pesadamente dejando caer las gotas de lluvia sobre su rostro. Tras un tiempo, ignorando si fueron minutos u horas, el hombre detuvo al Garamond, bajando con cuidado mientras la sostenía. Todo cuanto contempló no fue más que muerte y desolación. Un pueblo entero devastado por unas llamas ya extintas; el humo formando una espectral aura sobre lo poco que quedaba en pie, junto a los llantos de unos pocos supervivientes. Acongojado y sin poder apartar la vista del cadáver calcinado de una mujer sosteniendo a su bebe en brazos, aun humeante, el hombre se arrodilló recostando a una pequeña Vienderan sobre el suelo mojado. Había sido una suerte que el cielo descargará la tormenta sobre aquel pueblo, de lo contrario este hubiera ardidido hasta sus cimientos. Con delicadeza apartó el cabello del rostro de la pequeña, dándole unos suaves golpecitos en la mejilla para que abriera los ojos.

—Lo lamento mucho —el hombre la incorporó levemente mientras ella le observaba—. Esto es lo último que deseo, solo espero que algún día puedas perdonarme. Es lo único que puedo hacer por ti.

Posó su mano sobre el rostro de la pequeña murmurando palabras que no alcanzó a entender.

Tenía miedo. Podía sentir como, de la enorme mano del hombre, emanaba un calor que recorría su cuerpo, haciéndola sentir como si cayera por un abismo. Cuanto alcanzaba a percibir era ese candor que le hacía perder los sentidos junto a un desagradable olor que penetraba por su nariz, aferrándose al interior de su garganta, olor a quemado, esencia de putrefacción. Se llevó la mano al pecho en busca de su colgante, lo único que siempre la había acompañado, ese objeto que la hacía sentir reconfortada; pero hasta eso le fue negado. Su único tesoro ya no se encontraba donde siempre había estado y en ese instante recordó.

La luz de la torre, el zumbido que inundó la sala, esas imágenes en su cabeza y un grito. El grito aterrado de un niño, de su amigo, de Lei.

—Debes ser fuerte, pequeña May.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó del hombre. La calidez la envolvió por completo y todo cuanto la rodeaba desapareció. El olor, el miedo, la confusión, el recuerdo de la vieja casa, su colgante y finalmente el rostro de Lei.

Tras aquello su nueva vida, el despertar junto a un muchacho que la reconoció como su hermana. Un hombre que la acogió en su hogar, otorgándole el nombre de su difunta esposa. El nacimiento de Vienderan.

May se despertó tendida en los escalones del porche, respirando con dificultad y completamente empapada en sudor. Con toda la rapidez que su estado le permitió se incorporó, mirando a su alrededor. Ni rastro de esa bucólica niña que decía llamarse Yoyoban o de su ardilla. Por un momento creyó que todo aquello no había sido más que un extraño y desconcertante sueño, una pesadilla. Aún podía notar el candor de la mano del hombre sobre su rostro y el olor a carne quemada. Los jardines de su antiguo hogar, aquellos pasillos oscuros, las camas de paja, el poder del Garamond cabalgando a través de la espesura de aquel mismo bosque una oscura noche. Instintivamente llevó su mano al pecho buscando aquello que le fue arrebatado hacía tanto. Se alejó unos pasos dándose media vuelta. Una fuerte punzada atenazó su corazón. Aunque desmejorada, estaba ante la casa que la vio crecer. Las lágrimas inundaron sus ojos y su respiración se entrecortó, no podía creer que todo aquello estuviera sucediendo.

Unas poderosas zancadas la distrajeron y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. Del bosque surgió un extraordinario Garamond que se aproximaba a ella, orgulloso. Sin duda el mismo animal sobre el que se acababa de ver montada en su niñez. Su lomo negro resplandecía majestuosamente bajo el sol mientras el pelaje plateado se agitaba danzarinamente con cada movimiento. Al llegar hasta ella la rodeó, trotando juguetonamente, dándole algún que otro golpecito con el morro. May rio divertida intentando acariciarlo. Cuando el animal se calmó finalmente alcanzó a tocarlo, repasando cuidadosamente la cornamenta con sus dedos, al menos hasta donde lograba alcanzar. Aquella era una de las muchas criaturas que, decían, habitaban el bosque de Dywyll y que jamás se dejaban ver, por lo que aquella situación le resultaba sorprendente. El Garamond se inclinó, arrodillándose sobre sus patas delanteras. Al instante comprendió que lo que deseaba era que lo montara y sin pensarlo demasiado lo hizo. Como pudo alcanzó el lomo sentándose a horcajadas sobre él, aferrándose con fuerza a la larga crin. Vigorosamente el animal se alzó galopando a gran velocidad hacia el este, adentrándose de nuevo en la espesura del bosque, deslizándose por el con una gracilidad poco usual para su tamaño. En su cabeza retumbaban las últimas palabras que el hombre pronunció en su visión.

—Se fuerte, pequeña May.

Neten siempre había contado como, tras la guerra, dio con ella entre los escombros de su hogar y al no encontrar a nadie que la reconociera le otorgó el nombre de su esposa, Vienderan. Nunca había

pensado demasiado en todo aquello, dio por sentado que su familia fue aniquilada junto a la mayoría de la población. Pero ahora, por primera vez en su vida, alguien la había llamado por un nombre diferente a aquel. La había llamado May y supo que aquel sí era su verdadero nombre.

Aniversario

—Asegúrate de atar fuertemente el carro a los bueyes, Levin, no queremos otro altercado como el de la década pasada.

Le recriminó Boann al mayor de la familia Harana como muchas veces había hecho ya a lo largo del día. En la festividad anterior, diez años atrás, Levin no era más que un infante que no supo asir un nudo correctamente. Como consecuencia de ello uno de los bueyes se desató del carruaje que portaba a los más ancianos, haciendo que estos cayeran al suelo mientras la bestia corría desbocadamente a través de las calles. Largos fueron los minutos durante los cuales la guardia de la ciudad intentó contenerlo sin éxito, hasta que el propio animal quedó empotrado en el escaparate del taller de un trabajador de la madera. Afortunadamente no hubo que lamentar más daños que los destrozos materiales causados en la tienda y la del propio animal que días más tarde fue sentenciado a muerte por el Consejo de Hannagreth para subsanar el agravio.

Ahora años más tarde, a pesar del castigo infligido a Levin por aquel entonces y su consecuente reparo que duró cerca de una semana, esa era considerada como una de las anécdotas más graciosas con las que contaba el creciente pueblo. Levin adoraba contar aquella historia a los niños, dándole connotaciones mucho más épicas de lo que fue en realidad el suceso.

—Descuidad, Boann, si me propusiera sembrar el caos de nuevo me aseguraría de que fueran todos los bueyes los que escapasen —respondió Levin guiñándole un ojo a Ion que le ayudaba a sujetar a los animales.

—¡Poca broma, joven, o será a ti a quien cortemos el cuello si la ciudad pide sangre!

Boann frunció el ceño alejándose de ambos hermanos que reían divertidos. Normalmente Boann era un hombre jovial, pero, tal y como Ion ya había oído, se tornaba más y más serio ante la proximidad del festival. Según sabía, la madre de Mona huyó junto a él de la ciudad tiempo atrás. La hija no reconocida de un Uhuren y una aprendiz, a pesar de no estar permitida en su comunidad el mantener relaciones, maldita de nacimiento. Criada en el seno de la Orden y enamorada de un labriego con el que abandonó todo cuanto conocía. Al haber sido instruida en el arte Uhuren, era sabedora de múltiples formulas naturales por lo que, pese al peligro, recurría frecuentemente al pantano en busca de ingredientes. Una mañana, cuando Mona era aún lactante, la mujer no volvió a su hogar y jamás se supo de ella. Boann insistía en que Hannagreth había requerido su vida. El odio que ese hombre profería por la ciudad no era comprable al de nadie, ni siquiera al de Renoc.

Ion era capaz de comprender el porqué del rencor de Boann, pero ignoraba cuales eran las desazones que causaron el odio de su padre y mucho menos el orgullo que aquel desfile le proporcionaba. Quedaban pocas horas para el ocaso y debían afanarse en ultimar los detalles. Todos los que participaban en la comitiva iban ya vestidos con los tradicionales mantos color carmesí. De alguna manera aquel día transcurrió extrañamente lento. Aún no habían emprendido el camino hacia las murallas y ya estaba exhausto.

—Ion, cariño, acércate un momento —le llamó su madre saliendo de la casa junto a su padre. El pequeño corrió hacia ellos.

—Madre, padre —al llegar a ellos se atusó el pelo nerviosamente.

—Hoy es un gran día, pero aun así nada debe opacar la verdadera importancia de este día en nuestra familia —Elmira se arrodilló frente a él—. Feliz aniversario, hijo mío —Abrazó con fuerza a su pequeño a la par que Renoc se acuclillaba junto a ellos.

—Esto es para ti, hombrecito.

La mujer liberó a su hijo del achuchón, al hacerlo su padre le hizo entrega de un bulto de papel toscamente envuelto, un bulto que él se afaná en deshacer. En su interior unas riendas de cuero marrón. Ion las acarició y con una gran sonrisa miró a sus padres antes de salir corriendo al establo. En él un potrillo blanco parecía no encontrar su hueco para beber entre las vacas Sol y Luna.

—¿Es para mí? —preguntó Ion cuando sus padres lo alcanzaron.

—Todo tuyo —respondió el padre felizmente.

—Esto... Esto es...

Súbitamente los ojos se le llenaron de lágrimas, un caballo era todo cuanto siempre había deseado, aunque jamás imaginó que llegara a tener uno propio. Ninguno de sus hermanos poseyó algo así por lo que el hecho de que su deseo le fuera concedido se le antojaba imposible.

—¿Puedo montarlo? —rogó suplicante a sus padres.

—Hoy no, mañana con el alba podrás hacerlo si lo deseas —contestó su padre alborotándole el pelo—. Debemos emprender la marcha a la ciudad.

A regañadientes le dio las riendas a su madre, abrazándola con fuerza a lo que ella respondió besando la frente del menor de sus hijos. Ion se encaminó hacia la multitud mientras sus padres se despedían. Levin lo levantó en volandas, subiéndolo a la parte trasera del carro junto al resto de niños. Tras ello fue hacia su madre, al igual que Thomas, despidiéndose también. Shara, que ese año no participaba al tener que cuidar de los gemelos, les deseo suerte y Marie, la cual su madre no creía oportuno que participara, abrazó a sus hermanos. Todos cuantos debían partir se despedían entusiasmados de sus familiares y amigos en el único momento en el que se separaban durante tanto tiempo, tan solo una única vez cada diez años. Así Renoc, Levin, Thomas, Ion y Velmen partieron junto al resto en dirección a Hannagreth.

A los pocos minutos de abandonar el poblado Renoc se acercó a Ion que, en la medida de lo posible evitaba a Mona, la cual batalló duramente para sentarse junto a él. Su padre le tendió un vaso de madera con dos dedos de vino en su interior.

—Bebe si así lo deseas, pero que no se entere tu madre. Me rebanaría el pescuezo.

Antes de que el hombre acabara la frase su hijo ya había apurado el vaso por completo. Al instante comenzó a toser a causa de la rasposa sensación que el vino había dejado en su garganta, escupiendo una parte del líquido y enrojeciéndose por completo. Los que se encontraban a su alrededor rieron ante su inocencia.

—Feliz aniversario, hombrecito —le felicitó su padre entre carcajadas.

Tardaron algo más de una hora en llegar a las murallas, el tiempo suficiente como para que la noche les diera alcance. En el trayecto, aunque corto, a Boann le dio tiempo a sembrar en la mente de Renoc la idea de que, un matrimonio concertado entre Ion y Mona podría ser una alianza muy beneficiosa para ambas familias. Al oír esas palabras en lo único que Ion pudo pensar era que, cuando ese momento llegara, su caballo fuera ya lo suficientemente grande y fuerte como para poder huir de

Mona lo bastante lejos como para que no pudiera alcanzarlo jamás. Cuando se cansó de soportar el excesivo contacto físico que esta requería, dio un salto bajando del carruaje, continuando el camino a pie.

Al alcanzar el enorme portón de la ciudad se sintió incómodamente impresionado. Había visto esos muros en la distancia durante toda su vida, pero ahora, en pie frente a ellos, se daba cuenta de lo realmente imponentes que eran; ese sobrecogimiento que le había embargado era algo que le molestó enormemente. Cuando se encontraron a pocos metros de la compuerta esta se abrió, dejándolos entrar. En cabeza, haciendo su entrada en la ciudad, Boann y Levin junto a un grupo de jóvenes más. Sobre la muralla, en el adarve, un gran número de soldados observaban cautelosos la entrada de los desterrados. Intramuros un número aún mayor de habitantes aguardaban curiosos en las calles.

Ion se sintió abrumado, tanto que por un momento creyó estar a punto de caer al suelo; lo único que percibía como real eran sus crecientes ganas de orinar. Sin apenas darse cuenta había quedado rezagado respecto al resto del grupo, no estaba seguro de si realmente deseaba entrar en la ciudad.

Tras él el relinchar de un caballo lo alejó de su ensimismamiento. En la lejanía pudo oír como los cascos de unas poderosas patas chocaban violentamente contra el suelo. Al girarse su asombro fue incomparable al ver un animal galopando hacia él, surgiendo de la espesura del bosque sin estar seguro de que se tratara de un caballo realmente. El animal se detuvo en la lejanía levantando una abundante cantidad de polvo y tierra mientras relinchaba, alzándose sobre sus dos patas traseras. En ese momento advirtió en que el equino no estaba solo. Sobre su lomo, cabalgándolo, una mujer.

Renoc, al que poco parecía importarle aquel hecho, volvió en busca de su hijo, empujándolo para que caminara de nuevo. Ion, aún ensimismado, se dejó arrastrar murallas adentro sin perder de vista a la bestia domada por aquella mujer que hizo que el corazón le diera un vuelco mientras los tambores comenzaban a tronar en el interior de la ciudad.

13

Defensores

Lei oyó hablar mucho sobre Hannagreth y su conclusión al contemplarla con sus propios ojos fue que la gente tendía tremendamente a la exageración. Era extensa sí, pero en absoluto magnífica tal y como se la describieron. Tan solo una extensión de tierra amurallada en donde humildes casonas se apiñaban en torno a un exiguo palacete junto a una torre pétreo, más digna de un penoso anhelo de Lessa que de un templo de culto y conocimiento. Eso sin contar el olor, algo que en todos los relatos parecían haber pasado por alto, nada extraño teniendo en cuenta la cercanía del pantano. Simplemente no entendía como toda aquella gente podía convivir con tal hedor.

Al llegar aterrizaron con las aeronaves fuera de los muros, tras la Residencia Imperial, de ese modo quedarían a buen resguardo, lejos de ojos curiosos. Tras ello los guerreros se reunieron frente al palacete donde debían ultimar los detalles de su misión.

—Bien, estas son las órdenes —Faunett tomó su posición frente a los equipos—: Quiero a todos aquellos expertos en ataque a larga distancia dispuestos en la parte oeste de la muralla, junto al portón. Media distancia, vosotros estaréis apostados en las azoteas de las casas colindantes a las calles de paso de la comitiva. Corta distancia, vuestra tarea es mezclaros junto a los civiles, parecer gente de a pie. Debemos actuar ante cualquier altercado. Es muy probable que los desterrados tramen algo, siempre lo hacen. Ante cualquier indicio reducidos sin miramientos y apartadlos del grupo. Si estos se vuelven en vuestra contra todos los comandos entraremos en combate.

—¿Y en el caso de que sea un ciudadano de Hannagreth debemos actuar con la misma brutalidad? —la interrumpió Lei ante el asombro del resto.

—¿Brutalidad? —Faunett se abrió paso entre los presentes hasta él—. ¿Crees que actuamos con brutalidad?

—Con todo el respeto, es usted la que ha ordenado que ante cualquier indicio reduzcamos al enemigo sin miramientos —alegó él sosegadamente.

—¿Es eso lo que he dicho, comando? —preguntó ella gritando.

—¡Sí, señora! —vociferaron a una el resto.

—En ese caso miembro de infantería, no veo donde residen sus dudas —ella le lanzó una mirada glacial, tras ello volvió a su posición encabezando a la avanzadilla—. ¡Sea quien sea, ante cualquier altercado, indiferentemente de donde provenga, actuad!

—Espero que no esté alentando a sus combatientes a cargar contra los residentes de la ciudad, Élite Litz.

El Uhuren mayor bajó los escalones de la residencia del monarca, dirigiéndose a Faunett acompañado por los Altos iniciados y los Sabios de la ciudad. Tras ellos el Soberano, fuertemente escoltado por su guardia personal. Definitivamente todo cuanto se contaba respecto a Hannagreth no era más que una mentira. Ese gran monarca del que tanto se hablaba tan solo era una débil figura un palmo más menuda que Faunett, enclenque y delgado. A cada paso que daba descendiendo los escalones, podía oírse el tintinear de las finas cadenas de oro que adornaban su diadema engarzada en

metales preciosos, a modo de dos grandes alas abiertas a cada lado de la frente, sujetas a la parte trasera cubriéndole la totalidad del cráneo y cayendo por su espalda. Una suntuosa cabellera de oro. La máscara que cubría su rostro estaba confeccionada en una delicada porcelana blanca sobre la cual se asentaba la diadema, con la forma de los ojos ribeteada en dorado, los labios negros y un punto rojo en mitad de su frente y barbilla, evocando a la Luna de sangre. Su atuendo, mucho más discreto, constaba de una levita oscura hasta las rodillas, de mangas subidas y abombadas estrechándose por los hombros y cintura, con un ancho cuello vuelto y una fina capa cayendo por sus hombros; pantalones blancos abombados y botas de cuero negro hasta las rodillas.

Cuando el Soberano se detuvo frente al Uhuren, los comandos lo reverenciaron, algo absurdo a ojos de Lei puesto que aquella irrisoria figura no significaba nada para ningún evengarg.

—Esperamos que sus guerreros hagan mejor su trabajo en esta ocasión —reseñó el anciano a Faunett.

—Si es al incidente del buey a lo que se refiere, descuide. Contamos con francotiradores apostados en el adarve —respondió ella formalmente.

—¿Eso debería tranquilizarnos? —preguntó desconfiadamente el hombre.

—Mis combatientes saben bien contra quien o que deben cargar, no hay nada de lo que preocuparse —contestó Faunett con orgullo.

—Eso se verá —el Uhuren mayor pestañeó girándose hacia el monarca con gesto cansado—. ¿Magnificencia? —dijo cediéndole el paso al Soberano con la mano.

Este inclinó levemente la cabeza a modo de afirmación sin mediar palabra, haciendo tintinear de nuevo los hilos dorados. Ambos, junto a su comitiva marcharon en dirección al carruaje que los guiaría por las calles hasta el encuentro con la procesión de los desterrados. Faunett resopló perdiéndolos de vista volviendo a dirigirse a los comandos.

—¡Mis órdenes han sido claras! ¡Si alguno duda, este es el momento de hablar! —Lei comprobó cómo lo miraba directamente. Ella esperó unos segundos y ante el silencio continuó—: Tomad vuestras posiciones, no hay misión más simple que esta. Por esta noche seréis meros defensores.

—¡Sí, Élite Litz! —bramaron los evengargs.

Tras eso cada uno de ellos se encaminó en dirección a sus respectivas posiciones. Lei se aseguró de que la Layade, amarrada a su espalda, estuviera bien sujeta y enfundada. Cuando quiso darse cuenta Braiz caminaba alegremente junto a él.

—No creo que pases muy desapercibido entre la multitud con esa cosa a tu espalda —le dijo señalando la llamativa arma.

—Ni yo que tú lo hagas con el escudo tatuado en la cara —respondió Lei sin torcer el gesto.

Braiz le miró asombrado, al poco carcajeó haciendo que Lei se preguntara que era lo que encontraba tan gracioso. Se integraron entre la multitud de ciudadanos que comenzaban a agruparse curiosos en torno a las calles por donde desfilarían los desterrados en breve. Ambos evengargs decidieron tomar una posición en la parte central del itinerario, donde más gente se reunió. Los que les rodeaban no dejaban de murmurar, hablando unos con otros, frases tales como: «Deberían avergonzarse por sus pecados» «Es demasiada la benevolencia de nuestro monarca». O padres aleccionando a sus hijos diciéndoles: «Pase lo que pase no te acerques a ellos o te maldecirán».

Lei no alcanzaba a comprender la incultura de todas aquellas gentes. La fe era algo que siempre se le antojó quimérico. Jamás oró a figura alguna ni cumplió con los designios de la Diosa y ahí estaba, molestando con su simple presencia a más de los que desearía.

—Hoy es la Luna de sangre —declaró Braiz mirando la luna llena.

—¿La qué? —preguntó Lei confuso.

—Por Lessa... ¿En qué mundo vives? —suspiró el joven frotándose la frente, Lei se encogió de hombros—. La Luna de sangre, el principio del fin. O al menos eso dicen los creyentes. Es el peor de los augurios, dotado de agonía y aflicción. El momento en que el averno tomará las tierras.

—No es necesario que la luna se vuelva roja para ello —él miró a la luna.

—Tal vez. Pero hay cosas que escapan a nuestro entendimiento —Braiz también volvió a dirigir su mirada a la luna—. A veces no está de más creer.

—Yo solo creo en los hechos y consecuencias de mis propios actos —declaró Lei.

—Eso es triste —respondió Braiz.

Súbitamente el estruendo de los tambores inundó las calles. Según dijeron algunos de los que se encontraban a su alrededor, las puertas habían sido abiertas y los exiliados estaban haciendo su entrada en la ciudad.

—Subiré a una azotea —informó Lei a Braiz justo antes de desaparecer corriendo.

—¡No puedes! —gritó este con intención de detenerlo, pero ya se había marchado.

Lei se posicionó en lo alto de una de las casas cercanas, desde la cual podía divisar el gran pórtico principal. Atentamente fue testigo de cómo un centenar de personas rudimentariamente ataviadas se internaban en las calles, presididas por un orondo hombre acompañado de algunos jóvenes. Tras ellos, tres carretas tiradas por bueyes portaban algunos ancianos y pequeños.

Durante unos minutos hombres, mujeres y niños entraron mientras bailoteaban, acabando la comparsa con un niño que, mirando a sus espaldas, era arrastrado a trompicones por el que parecía ser su padre.

14
Luna de sangre

—¿A dónde me has traído?

Era la pregunta que May le hizo al Garamond, cogiendo aliento cuando este se detuvo a pocos metros de la muralla de Hannagreth. Cabalgó durante horas, desde el amanecer hasta el ocaso, sin descanso. El animal se agitaba nervioso. La había conducido hasta aquel lugar con total decisión, pero ahora el animal se negaba a avanzar. Tras unos segundos resistiendo en un intento por no caer de su lomo logró tranquilizarlo, bajando de él. En la distancia había visto como un grupo de personas atravesaba el gran pórtico de la muralla. Jamás se hubo alejado tanto de Foriet, ni contempló las tierras más allá de la porción del bosque Ladero que los guarecía, al menos no recordaba haberlo hecho. El Garamond se movió violentamente, dando vueltas sobre sí mismo. Parecía estar empeñado en que ella siguiera adelante, dándole leves golpes en la espalda con la cabeza. May miró en dirección a la muralla, después al animal y suspirando se despidió de este, acariciando su hocico dulcemente para después encaminarse en dirección al pórtico.

Poco podía imaginar que existieran lugares como aquel. Ignoraba de qué forma podían alzarse tamaños muros y tan espectaculares pórticos. La anciana Vermun compartió con ella vivencias de su juventud, relatos en los que tuvo el privilegio de visitar todas y cada una de las grandes ciudades imperiales; Hannagreth, Longa, Templanza y la ya desaparecida Erskine. De Longa narraba ser un lugar de ocio e inmoralidad con caminos de cristal, sede de las más avanzadas tecnologías y donde todo siempre tenía un precio. Cuando hablaba de Templanza sus ojos vidriosos lucían radiantes, denominándolo el lugar más bello de la tierra, la cuna del verdadero culto a Lessa. De Hannagreth, lugar místico, hogar de obsoletas y oscuras tradiciones. En último lugar Erskine, la más antigua de las ciudades, reducida a cenizas durante la Primera Gran Guerra de los Hombres, solo polvo quedaba de ella.

Observando la ciudad concluyó en que debía tratarse de Hannagreth puesto que aquel lugar no poseía ni la belleza con la que Vermun describía Templanza ni la fastuosidad que se suponía mostraba Longa. Cuanto más se acercaba a la puerta más la invadía el atronador ruido de los tambores. Agazapada en las sombras caminó bajo el enorme arco del pórtico, pasando desapercibida a los ojos de los guardias que la custodiaban, los cuales se mantenían observando con atención el paso de los desterrados.

Nerviosamente se anudó el destrozado vestido por detrás del cuello, a la altura de la nuca, cerciorándose de cubrir bien sus pechos. No estaba segura de que debía hacer, ni si tenía la opción de quedarse en aquel lugar. Observó nerviosamente a su alrededor intentando tomar una decisión.

—¡Tú! ¿Qué estás haciendo? —un guardia de frondosa barba se dirigió a ella, ballesta en mano.

—Yo... —May, acobardada, se incorporó.

—¿Eres una de ellos? —le preguntó el hombre al llegar junto a ella, mirando su cuerpo obscenamente.

—Esto... —ella intentó encontrar palabras que no la alcanzaban.

—¡Vamos!

El guardia la cogió fuertemente por el brazo, sacándola del amparo de la barbacana del portón. A grandes zancadas caminaron por el recorrido que los ciudadanos marcaban. A juzgar por la situación y los susurros de la gente a su paso, May no sintió que aquel fuera un lugar mucho más seguro que Foriet. A medida que caminaba se descubrían nuevas zonas de la ciudad: las apretujadas casuchas, los largos callejones, el palacio, la torre... La inquietó esa torre.

—¡No vuelvas a separarte del grupo! —la recriminó el guardia, empujándola hacia delante con tal fuerza que la hizo caer al suelo, llevándose a un niño por delante.

—Perdona —se disculpó May incorporándose dolorida.

Un muchacho rubio, de ásperos cabellos y grandes ojos marrones le devolvió la mirada, atónito. Al instante un robusto hombre lo alzó del suelo.

—¿Se puede saber qué es lo que pretendes!?

Le gritó al guardia que se alejaba, ignorándolos. Tras comprobar que su hijo se encontraba bien tendió una mano en dirección a May. Ella vacilante la tomó y él, con una amplia sonrisa, tiró de ella ayudándola a levantar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó observando con preocupación las heridas y contusiones que la marcaban—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Estoy bien —May soltó su mano nerviosamente—. Solo... No ha sido un buen día —respondió finalmente.

—No es de la ciudad, padre —dijo el niño tímidamente—. He visto como surgía del bosque cabalgando a una bestia cuando nos adentrábamos en la ciudad.

—¿Del bosque? —asombrado el hombre pasó de mirar a su hijo para mirarla a ella—. ¿Te has adentrado en el bosque? —repitió incrédulo a la par que ella afirmaba con la cabeza.

El hombre se alejó unos pasos susurrando palabras que no alcanzó a entender. Cerró los ojos con fuerza, golpeándose la cadera nervioso y, cuando pareció dispuesto a volver a dirigirse a ella, los tambores cambiaron el ritmo volviéndose más toscos y violentos. Se rasco la cabeza, farfulló algo más observando a la comitiva y regresó.

—Bien —dijo finalmente—. Ahora no hay tiempo, pero cuando todo esto acabe me gustaría que nos acompañaras hasta nuestro hogar. Me gustaría hablar contigo.

—Claro —respondió May confundida.

—Excelente. Hasta ese momento quédate con él. Es el menor de mis hijos, Ion —el hombre lo señaló.

—Ion —repitió ella mirándolo—. Yo soy Vien... —por un instante sus palabras quedaron silenciadas por el recuerdo—. May, mi nombre es May —rectificó.

Ella sonrió llevándose una mano al pecho en un intento de que aquella presentación fuera lo más amistosa posible, aun así, él se limitó a mirarla sin mediar palabra.

—No te alejes de ella, ¿entendido? —le ordenó su padre dándole unos suaves golpecitos en la espalda.

Tras eso el hombre se alejó entre el gentío que formaba la marcha hasta desaparecer de su vista. Por un momento Ion encontró la valentía suficiente como para mirarla, pero, cuando sus ojos se encontraron, tan solo hizo un gesto con la cabeza dándole a entender que debían seguirlo. De ese modo May se quedó con la única opción de acompañar a esas gentes.

Mientras caminaba fue observando, haciéndose una idea de lo que estaba ocurriendo. Dos grupos de personas claramente diferenciadas tanto en presencia como en vestimenta, los que conformaban las travesías, pulcros y solemnes; otros, los caminantes, rústicos y ufanos. Mientras

estos reían y festejaban al son de los tambores, los habitantes de la ciudad se dedicaban simplemente a murmurar y lanzar miradas de desprecio. No comprendió como aquellas gentes podían realizar tan felizmente esa extraña tradición. En Foriet tenían una costumbre semejante, pero con gallinas. Las hacían desfilar para, posteriormente, obligarlas a llenar su gástrico con vino dulce. Después las asían por las patas colgándolas boca abajo, matándolas a garrotazos. Cuando ya habían muerto las cocinaban y devoraban discutiendo sobre qué tipo de vino que les obligaron a ingerir hacía su carne más sabrosa. Ante aquel recuerdo el estómago se le revolvió entrándole ganas de vomitar, preguntándose qué era lo que iba a sucederles.

Todos los presentes, ciudadanos y desterrados, encendieron una antorcha. Ión le tendió una que ella sujetó con fuerza. Cuando la comitiva llegó al centro de su marcha se detuvo. Habían alcanzado el punto donde debían encontrarse con el séquito del monarca, aunque, desde la posición de May, solo podía distinguir en la lejanía los altos de la dorada calesa real. Los tambores dejaron de sonar, quedando todo sumido en un singular silencio. Serenamente todos y cada uno de ellos alzaron sus cabezas observando la luna. May también lo hizo, sin saber qué era lo que debía mirar pensando que, simplemente, aquellas gentes eran mucho más devotas de lo que lo eran las de Foriet.

Súbitamente todo comenzó a oscurecerse haciendo que el ambiente tomara tonos rojizos. Consternada alzó la vista de nuevo. Lo que vio la dejó sin aliento.

La luna llena estaba siendo invadida por el color de la sangre sin prisa, pero sin pausa. Muchos oraron a Lessa, en busca de su amparo en aquella hora oscura; otros cayeron de rodillas al suelo implorando piedad. Aquel hechizante suceso los cautivaba y aterrorizaba por igual. May dudaba en que alguien, tan solo una única persona en las tierras, pudiera dar una explicación a aquello; una explicación más allá que un designio directo de la Diosa. Miró a Ión el cual dibujaba en su rostro la misma expresión desconcertada que cuando la vio a ella.

Un estruendo se oyó en la cabeza de la comitiva, el lugar exacto en el que se hallaba el monarca. Tras la detonación una nube de fuego iluminó parte de la ciudad opacando el primor de la luna escarlata. Los gritos tomaron el lugar de los susurros y el caos hizo que todo orden habido hasta el momento se esfumase de un plumazo. Cuando May quiso darse cuenta Ión estaba fuertemente agarrado a su mano. Se miraron y juntamente, sin palabras, corrieron en dirección a donde se produjo el estallido.

Corrieron entre el gentío que se retiraba despavorido en todas direcciones. En tan solo unos segundos aquel acto clasista perdió toda diferenciación uniéndose, tanto ciudadanos como desterrados, en una única masa de personas con un único objetivo, la huida. Cuanto más se acercaban mayores eran los golpes que recibían. Se acababan de convertir en dos personas en contra de un río incesante de cuerpos tratando de sobrevivir.

En torno a ellos todo era confuso. Gritos y llantos invadían sus oídos; el polvo, la tierra y la pólvora les anegaban los pulmones obligándoles a toser tras cada bocanada de aire. Un sabor metálico se instauró en sus gargantas y una densa nube amarillenta no les permitía ver más de lo que se hallaba a pocos centímetros de sus cuerpos. A pesar de la dificultad Ión parecía decidido a alcanzar la cabeza de la comitiva. Corrían. Gritos y más gritos a su alrededor. El olor de la tierra, tierra metálica. Olor a sangre.

Por un momento May creyó entrar en una burbuja, todo cuanto podía ver y oír se le antojaba difuso, lejano. Otra explosión, esta mucho más cercana.

Ambos cayeron violentamente al suelo a causa de la onda expansiva, sin separar sus manos. Restos de piedras, tablas y escombros pasaron volando sobre ellos y un creciente calor hizo que la piel de su espalda se sintiera tirante. En la distancia más gritos. La muerte había encontrado su lugar en

Hannagreth.

—¡Vamos, levantal! —gritó Ion.

Lo único que May pudo percibir a parte de esas dos palabras, era el agudo pitido que invadía su mente por completo. Deseaba huir de aquel lugar, no quería ser testigo de lo que había más adelante, pero, inusitadamente, era arrastrada por aquel niño que hacía alarde de una fuerza excepcional.

Supieron que habían alcanzado el foco del asalto al tropezarse con un torso de sexo indeterminado tendido en el suelo. Un cuerpo que daba paso a un lienzo de sangre y cadáveres. Cuidadosamente avanzaron. Todo cuanto sus pies pisaban no era más que un amasijo de gelatinosos fluidos, inestable y resbaladizo. Con todo el cuidado que fueron capaces de tener avanzaron, evitando mirar a sus pies. En su desesperación el joven Ion comenzó a gritar nombres diversos. Ninguna llamada tuvo respuesta. Cuanto les rodeaba estaba sumido en una atmosfera rojiza e irrespirable. Tosieron al intentar coger aire, evitando tropezar con los cadáveres que obstaculizaban su paso. El reclamo de Ion se tornó sollozante. Tan solo su propio eco le brindaba respuesta.

Una fuerte explosión se desencadenó tras ellos seguida de una luz cegadora, haciendo que el suelo temblara tal como si la tierra fuera a partirse bajo sus pies. Ambos intentaron huir desorientados, tropezando con uno de los cuerpos sin vida y cayendo al suelo. Ion no pudo ver lo que sucedió puesto que cayó de cara al suelo, sin embargo, May, quedando torpemente sentada en el suelo, observó como una enorme llamarada se dirigía a ellos. Pudo sentir su calor creciente por milésimas de segundo, brillante cual estrella. La última bocanada de aire que tomó fue caliente, tanto que sintió como sus pulmones ardían. Exhausta cerró los ojos dispuesta a asumir su destino.

Se escuchó un golpe seco, chirriante. Aún sentía el calor sobre su cuerpo, pero este ya no le abrasaba. El fogonazo parecía no poder darles alcance.

Abrió los ojos con dificultad siendo testigo de cómo en pie ante ella, dándole la espalda, una vigorosa figura asiendo una gran espada había detenido el extraordinario volumen de fuego. El hombre bramó violentamente, moviendo el arma y haciendo que la llamarada se disipara por completo, desapareciendo en el aire. Tras extinguirlo hincó una rodilla en el suelo respirando abruptamente. May se incorporó dirigiéndose en cuclillas al extraño, tan solo a un par de metros. Puso una mano sobre su hombro al tiempo que él, sobresaltado, se giró empuñando el arma contra ella, posándola sobre su cuello. A pesar del peligro, cuando sus ojos se encontraron, May no sintió que fuera a correr riesgo alguno. Ella simplemente se limitó a contemplar ese rostro de formas angulosas, ojos rasgados y finos labios.

—Ayúdanos, por favor —le suplicó.

Por mucho que su apariencia la embelesara sabía que les había salvado la vida tanto a Ion como a ella y, aunque últimamente aquel era un término muy volátil en su existencia, de alguna forma creyó poder confiar en él.

—Corred —respondió con una inesperada y cortés voz, apartando de ella tanto el arma como su mirada, levantándose.

Sin decir más el extraño corrió alejándose de ellos, enfrentándose a un grupo de guardias de la ciudad que se dirigían al lugar de la explosión para rematar a los supervivientes. May por un instante se vio fascinada por la maestría con la que manejaba su arma. Al poco reaccionó ayudando a Ion a levantarse, que permanecía de rodillas llorando desconsoladamente, cubriéndose la nariz. Sin volver a mirar atrás, huyeron.

El niño gritaba entre llantos palabras que May no alcanzaba a comprender. Ella se limitaba a estirarlo sin miramientos, corriendo a través de las calles atestadas de guardias que cargaban contra cualquiera que le saliera al paso. Ion comenzó a forcejear con insistencia intentando liberarse. May se

detuvo en un alejado y oscuro callejón agarrándolo por los hombros.

—¡En medio de ese caos no hay nada que podamos hacer! —le reprendió ella nerviosamente.

—¡Déjame marchar! —gritó el niño resistiéndose a escuchar.

—¡Ion! —ella lo zarandeó con brusquedad.

—¡Tengo que ayudar a mi familia! —respondió él algo más calmado con los ojos cargados de lágrimas.

—Se habrán puesto a salvo. No hay nada que puedas hacer ahora. Debemos ponernos a salvo nosotros también.

El pequeño se rindió bajando la mirada, llorando silenciosamente. Aquello era algo que May jamás había experimentado; Ion, aunque no mucho más menudo que ella físicamente, necesitaba de su protección.

—Iremos a buscar a tu familia, lo prometo. Pero ahora debemos huir, este no es un lugar seguro —dijo ella enjugando sus lágrimas.

—Bien —musitó él.

Nuevamente May volvió a tirar de él cual saco, corriendo entre las callejuelas hasta dar con una boca de alcantarillado en la pared de la muralla, lo suficientemente rota como para que ambos pudieran escabullirse a través de ella. De esa forma, acompañados por las ratas, salieron al otro lado de la muralla, junto al pantano.

A medida que la rodeaban podían escuchar las explosiones que acaecían en el interior de los muros. Había tenido el presentimiento de que algo saldría mal cuando se internó en la ciudad, pero aquello había sobrepasado todos sus temores con creces. Como si de alguna macabra broma del destino se tratase, su vida se veía limitada a luchar por su supervivencia. No fue a eso a lo que se refería cuando pedía una y otra vez a la Diosa que le mostrara un camino diferente al que vivía en Foriet.

En la distancia, bajo la luz carmesí que aún ofrecía la luna, divisaron unos extraños y ruidosos artefactos. Dubitativos se dirigieron a ellos. Sobre aquellos aparatos dos enormes hélices giraban a gran velocidad. Entonces lo entendieron. Máquinas voladoras. Ambos hicieron alarde de sus últimas fuerzas corriendo tan rápidamente como pudieron.

Justo cuando el aparato más cercano a ellos alzó el vuelo, May saltó agarrándose a uno de los salientes en los bajos de la máquina, ayudando a Ion a sujetarse también. Los planeadores alzaron el vuelo con tal rapidez que los metros que los separaban del suelo podían contarse por decenas a los pocos segundos. Ninguno de los dos imaginó que fueran a verse en semejante situación, a metros de altura por encima del suelo que conocían, sujetándose con sus propios brazos sin más ayuda que la fuerza que estos pudieran soportar.

Tan sutil como el batir de las alas de una mariposa, los dedos de Ion resbalaron, dejándolo caer al vacío. May reaccionó rápidamente agarrándolo por la muñeca, quedando el peso de ambos en pos de la resistencia de un único brazo. Se acercaron a la luna, tan solo una pequeña porción de ella permanecía roja como recordatorio de la masacre que había traído. Ion gritaba aterrado mientras ella se desgañitaba dolorida. Sentía como si su brazo fuera a desprenderse en cualquier momento del resto de su cuerpo.

Un chirrido sobre ella la distrajo del dolor, haciéndola mirar hacia arriba. Por encima de su cabeza se abrió un hueco, la escotilla del planeador. Quien se asomó por ella fue mucho más que una mofa del destino. El mismo hombre que los protegió de la explosión en el interior de la ciudad le devolvía la mirada, sin salir de su asombro.

—Por favor... —volvió a suplicar ella, rompiendo a llorar.

Él gritó en dirección al interior del planeador. Al instante dos varones más acudieron a su llamada, cogiéndola por el brazo e introduciéndola en el aparato.

Lo último que vio antes de desmayarse fue como uno de esos hombres agarraba a Ion poniéndolo también a salvo.

Recompensa a los fieles

El humo y el destello de las llamas se apoderaban de la explanada central de la ciudad de Hannagreth. Era el momento de dar descanso a las almas que habían perdido la vida durante la revolución que los desterrados urdieron sin éxito. El recuento final concluyó en ciento treinta y tres muertos, de los cuales tan solo veintisiete fueron miembros de la guardia de la ciudad, sin tener que lamentar la muerte de ningún ciudadano. Los ciento seis cadáveres restantes, pertenecientes a los exiliados, habían sido ya repatriados a sus hogares para recibir así sepultura. Era obvio que la ciudad se vio obligada a defenderse ante los atentados de los impíos. Según se decía ninguno de los foráneos salió de la ciudad con vida. La pila funeraria por los cadáveres de la guardia ardía con fuerza antes miles de ojos. Con ello las almas serían purificadas y perdonadas por sus pecados para poder ser ungidas con la gracia divina de Lessa, encontrando así el descanso eterno.

En boca de todos estaba que el propio monarca halló la muerte aquella fatídica noche habiendo sido su carruaje plenamente alcanzado por la primera explosión. El Uhuren mayor, milagroso superviviente de la tragedia, pidió al pueblo que mantuviera la calma a la espera de su líder. Eran muchas las personas que aquella mañana lloraban a sus seres queridos. Madres, padres, esposas e hijos aunaban su pesar reclamando justicia contra las personas responsables de aquella traición. Aquellas que vivían fuera del amparo de las leyes de la ciudad. Aquellas que trajeron la desgracia a Hannagreth.

El Uhuren mayor se encontraba en cabeza de la comitiva de la totalidad de los Uhurens. Todos murmurando los rezos requeridos para el amparo y guía de aquellas almas perdidas. Aquel era el resultado esperado, sin embargo, al ver como los soldados recogieron de las calles las decenas de cuerpos sin vida, no pudo evitar sentir cierta culpabilidad. Rodeado por susurros, llantos y el nauseabundo olor a carne quemada recordó el momento exacto que le llevó a eso.

Había contemplado tantísimas veces aquel rostro en sueños que se le antojaba imposible que pudiera estar impertérrita frente a él. Observándole con una frialdad que le escalofriaba. Sabía que quería, pero ignoraba cómo fue posible que se adentrara en la torre, hasta sus aposentos privados sin ser vista. Ahí estaba, a los pies de su cama, observando silenciosa una mujer con el alma más oscura que la propia noche. Todo en ella, a excepción de su pálida piel, no hacía más que evocar la truculencia más profunda.

—¿¡Quién eres !?—preguntó el Uhuren gritando.

Sobresaltado salió de la cama cogiendo uno de los candelabros que reposaban en la mesilla de noche junto a él. Lo que la luz alumbró fue una figura alta y desgarbada, de lacio cabello negro cayendo más abajo de donde sus ojos pudieron discernir. Los grandes y oscuros ojos de la mujer se clavaban en el rostro del hombre inexorablemente.

—Soy todo por cuanto has estado suplicando anciano —respondió ella con una suave, femenina y gélida voz—. Soy la salvación de Hannagreth.

—¡Guardias! —reclamó el Uhuren nerviosamente moviéndose por la habitación en dirección a la

puerta.

—Solicitas de auxilio aun cuando la ayuda que tanto has ansiado llega a ti —ella sin moverse siguió el temeroso paso del Uhuren con la mirada.

—¡Guardias! —gritó nuevamente el anciano posando una mano sobre el picaporte de la puerta.

—Nadie vendrá —la mujer se dio media vuelta para quedar cara a cara con él.

—¿Cómo has entrado? —nerviosamente el hombre movía el picaporte sin éxito.

—Si haces todo cuanto te diga, Hannagreth será la nación más poderosa del mundo.

Ante aquellas palabras el hombre detuvo su forcejeo con el pomo de la puerta. Era imposible que aquella mujer supiera acerca de alguno de sus pensamientos y mucho menos respecto a la mayor de sus tribulaciones.

El resto de la noche pasó velozmente, tanto que parecieron solo unos minutos el tiempo transcurrido desde su aparición hasta el amanecer. A lo largo de la madrugada urdió junto a aquella mujer, que más tarde conoció como Maud, una de las confabulaciones más atroces que la ciudad había visto.

En adelante las reuniones con ella fueron breves y escasas, pero en todas ellas la información concisa. Un acto de fe a la Diosa, la supuesta muerte del monarca, el alzamiento de una ciudad creyente en su líder y un ejército. A cambio ella solo pidió la tenencia de las pequeñas porciones de tierra en posesión de los desterrados. ¿Cómo negarse?

Ahora, una vez llevado a cabo el objetivo, todo aquello se le antojaba monstruoso. Se le hacía difícil soportar todo aquel dolor que le rodeaba y tan solo estaba siendo testigo de las consecuencias de las pocas muertes habidas en pos de la ciudad. El dolor y sufrimiento propagado extramuros, en el hogar de los desterrados, era algo que se propuso ignorar desde un principio. Si algo creía saber acerca de los sentimientos era que el pesar era el mayor de ellos, pudiendo llegar a transformarse fácilmente en odio. De ahí a que este se tornara venganza era tan solo una mera cuestión de tiempo.

El Uhuren mayor se acercó al Uhuren novo Wearwood, el miembro más joven de los Altos Iniciados, susurrando unas palabras a su oído. El joven, incrédulo, le devolvió la mirada estupefacto. El anciano afirmó con la cabeza y Wearwood, tragando saliva, no tuvo más opción que dar media vuelta y marchar junto a un reducido número de guardias para cumplir las órdenes que su maestro acababa de darle. Cuando estos desaparecieron de la vista del Uhuren las trompas comenzaron a sonar reclamando la atención de los habitantes. Todos los presentes en la explanada dejaron de centrar su atención en la pila funeraria para llevar sus ojos en dirección al mirador de la estancia principal en la residencia presidencial, donde prendieron fuego a un notable número de antorchas. Con paso firme, el magnífico monarca de Hannagreth se presentó frente a su pueblo vestido de riguroso negro.

Los habitantes de la ciudad murmuraron desconcertados. Al parecer el rumor de que el monarca perdió la vida en el asalto se hubo extendido mucho más de lo imaginado. Numerosas eran las personas que vieron como el carruaje de su gobernante fue hecho trizas por la detonación. Los recelosos ciudadanos comenzaron a desconfiar sobre la figura que se mostraba ante ellos, les era difícil comprender cómo podía mostrarse tan tranquilamente dada la situación. Las formas que tenían para reconocer a su monarca eran mínimas, sin embargo, había una prueba irrefutable sobre su legitimidad y esa era su voz. La tranquilizadora y ambigua voz de Ivo Baruch. Justificación que no se hizo esperar dado que el monarca, acompañado por sus consejeros, alzó una mano en dirección a su pueblo, calmándolo. Con un previo y leve carraspeo comenzó a hablar.

—¡Ciudad de Hannagreth! Durante esta pasada noche y coincidiendo con una de las Lunas de sangre, nuestro hogar ha sido asediado por los impíos en el momento en que nuestra Gracia les bendijo con el

favor de posar no solo sus pasos, si no también sus descarriadas almas en nuestras calles. Su respuesta a nuestra benevolencia ha sido la traición. Por lo que me hago total y absolutamente responsable de las desgracias que han asolado nuestra bien amada patria.

Los ciudadanos transformaron sus murmullos en gritos de apoyo al reconocer tanto la voz de su regente como la fuerza de sus palabras hacia su pueblo. Repentinamente el dolor de los ciudadanos pareció tornarse odio cuando estos comenzaron a reclamar justicia. El monarca continuó con su discurso.

—Comparto vuestro pesar, hermanos. Por ello sabed que mi hogar y corazón estará abierto a todo aquel que necesite de ayuda mediante una audiencia directa, ya sea ante mi o cualquier miembro del Consejo. Sabed que este acto no quedara impune. ¡Los desterrados conocerán el dolor!

La gran mayoría de presentes aplaudieron sus palabras, otros vitorearon la idea que inspiraba ese juramento y un reducido grupo de personas continuaron susurrando, esta vez desaprobando las semillas que el monarca acababa de implantar en un gran número de corazones. El Uhuren mayor rio satisfecho.

—Es momento de retirarse, Excelencia —susurró el anciano a oídos del monarca—. El consejo espera.

Este hizo una leve afirmación con la cabeza, reverenció a su pueblo, el cual le despidió entre vítores, y entró en la residencia presidencial acompañado de su comitiva, rumbo a la sala donde se reunía el consejo.

Al llegar cada uno de los diecisiete miembros, dado que el Uhuren novo fue enviado extramuros por su maestro, ocuparon sus respectivos puestos alrededor de la mesa a excepción del Uhuren mayor, que quedó en pie junto al asiento de Ivo.

—Señores, ha sido una ardua tarea y el resultado mayor del esperado —la voz del Uhuren retumbaba risueña contra las paredes de la estancia—. Les felicito, Hannagreth está salvada.

—Tal vez la ciudad este salvada, pero... ¿Qué hay de nuestras almas? —el joven Aris Sly se levantó de su asiento colocándose el rubio cabello nerviosamente tras las orejas—. ¡Todas nuestras manos están manchadas de sangre! —sentenció con una mirada rebosante de culpabilidad.

—Será mejor que te sientes pusilánime, si no quieres que sea tu sangre la que manche mis manos —le amenazó uno de los gemelos Maildor.

—Calma, señores —intervino el viejo Quiroga—. No hay porqué crear desacuerdos en esta sala.

Kendal Maildor se recostó sobre su asiento entre gruñidos mientras su hermano no apartaba la vista de Aris. El Uhuren caminó sosegadamente hacia él, posando una mano en su hombro. El joven le miró y al instante comprendió que debía volver a tomar asiento.

—Mí muy estimado señor Sly —dijo el Uhuren—, creo recordar que no aportó objeción alguna en el momento en el que el este plan se expuso ante el consejo. ¿Puedo saber de dónde provienen ahora todas esas dudas?

Su mano se cerró con inusitada fuerza en torno al hombro del joven. Aunque anciano aquel hombre poseía una fuerza impropia para su edad.

—Sí. ¿De dónde provienen esas dudas, señor Sly? —preguntó una voz que no debería tener acceso al consejo—. Ilústrenos.

La apática mujer que irrumpió meses atrás en la alcoba del Uhuren mayor accedió a la sala del Consejo a través de una entrada oculta en una de las paredes de la habitación, entrada que ni tan siquiera el monarca conocía. Todos los presentes reaccionaron sobresaltados ante su presencia, levantándose de sus asientos. Los guardias que se hallaban en la sala la rodearon esgrimiendo sus armas contra ella. El Uhuren mayor, el único que no parecía sorprendido ante su presencia, pidió que

enfundaran sus armas y regresaran a sus puestos.

—¿¡Quién es usted!?!—gritó el soberano a modo de exigencia.

—Mantenga la calma, Excelencia, yo respondo por ella.

El anciano liberó de la presión de su mano el hombro del joven Sly, volviendo junto al monarca. La mujer sonrió fríamente. A juzgar por su atuendo esta parecía estar de celebración. No portaba ningún insulso ni llano vestido negro. Esta vez vestía un hermoso atuendo que se adornaba con delicadas filigranas bordadas con hilo de oro que ornamentaba la totalidad del vestido. Su cabello se recogía en un complicado trenzado coronado por una elegante diadema de oro. Embelesados, gran parte de los miembros del Consejo no podían evitar mantener sus ojos puestos en ella.

—De igual manera debería responder a su pregunta —añadió Teagan Taisei volviendo a tomar asiento—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Maud —se presentó la mujer finalmente— y soy la responsable de que vuestros anhelos vayan a satisfacerse.

—¿Esta es la persona de la que nos hablaste? —le preguntó Rhys Meagan al Uhuren mayor con cierto tono de decepción.

—Así es —respondió el anciano.

—¡No puedo creer que osaras convencernos tan solo por las palabras vacías de una mujer! —Alanis, unos de los miembros del Consejo de ancianos, se dejó caer en su asiento—. Esto es absurdo...

—¿Las palabras vacías de una mujer? —la voz de Maud se tornó más dura—. Le advertí de que si no era vuestra propia mano la que guiara estos actos entonces no veríais beneficio alguno. Nadie os ha convencido de nada, criatura decrepita.

Los miembros del Consejo se miraron unos a otros sorprendidos ante la insolencia de la mujer. El moribundo Alanis intentó volver a levantarse de su asiento, pero, al hacerlo, una cargada tos le impidió apenas incorporarse. Los gemelos Maildor rieron divertidos tomando asiento.

—Y hemos hecho lo que sugeristeis, señora —el Uhuren mayor intervino rápidamente intentando calmar el ambiente—. ¿Dónde está nuestro ejército?

—¿Ejército? —preguntó confuso el patriarca del clan Yann.

—Son tiempos complejos, señor Yann —respondió el monarca—. Toda nación que se precie necesita de un ejército.

—Ciertamente —Maud reafirmó las palabras de Ivo—. Y obtendréis lo acordado, pero antes... —la mujer tendió una mano en dirección a la puerta oculta aún abierta por la que había accedido a la estancia—. Aún hay alguien que espera gratitud. Todo diligente devoto merece ser recompensado.

Velmen, marido de Shara y cuñado de Ion, entró en la sala tímidamente. Los pocos miembros del Consejo que aún permanecían en pie tomaron asiento de nuevo, algo más tranquilizados, aunque no del todo confiados. Cuando Velmen estuvo junto a Maud la puerta del pasadizo se cerró con un golpe seco.

—Tus informes nos han sido de gran ayuda —dijo el Uhuren mayor dirigiendo su vista en dirección a Velmen—. Sin la información recibida jamás hubiéramos tenido la oportunidad de infligir un golpe tan certero en la organización de tu pueblo. Ahora eres un hombre libre de volver a Hannagreth.

Uno de los guardias le hizo entrega al joven de un pergamino sellado. Este al instante lo abrió leyendo su contenido. Su respiración se entrecorto y las piernas le flaquearon. Confuso, se dirigió con palabras atropelladas hacia él.

—Pero, mi señor, esto es solo un indulto a mi nombre. No dice nada en cuanto a mi esposa e hijos...

—Según tengo entendido, en ningún momento su esposa e hijos estuvieron incluidos en el contrato de repatriación —respondió el Uhuren.

Maud clavó sus ojos en Velmen, el cual dejó caer lágrimas por sus mejillas. Por su parte Aris Sly parecía haber sido directamente abofeteado por toda aquella situación dada su expresión. Había visto aquello muchas veces, como el Consejo se aprovechaba del miedo y la desesperación de sus habitantes a conveniencia. Velmen dio unos pasos atrás observando espantado los rostros de todos los presentes.

—¡Eso es mentira! —gritó enfurecido—. ¡Ese anciano me prometió la inmunidad a mí y a mi familia si le contaba todo lo que quería saber! —continuó Velmen acusando al Uhuren mayor mientras este hacía una señal a sus guardias para que lo apresaran—. ¡Ha acabado con mi suegro y todos mis cuñados! —los guardias redujeron al encolerizado joven—. ¡Ellos también eran miembros de mi familia!

—Daños colaterales —respondió el Uhuren desdeñosamente quitando peso a sus palabras—. Encerradlo.

Los guardias aceptaron la orden arrastrando a Velmen fuera de la sala ante la incomodidad del Consejo. Este continuó gritando y profiriendo insultos hasta que su voz se perdió en la lejanía de los pasillos. Maud frunció el ceño observando con severidad al anciano Uhuren que, tranquilamente, tomó asiento llevándose una copa de vino a los labios, dando un largo trago. Cuando hubo saciado su sed prosiguió.

—Como sabéis, los Teurgios no son solo la mayor amenaza para la ciudad, también lo son para el mundo y la honra a Lessa. Por mucho que nos pese debemos reducirlos.

—Eran desterrados. Hombres libres los que han perdido su vida, no Teurgios —habló Hugo Aswimi por primera vez en aquel día—. Tu fanatismo está empezando a cegarte, anciano.

—Será mejor que contengas tus palabras, Hugo —se defendió el Uhuren—. No recuerdo que nadie votara en contra de la Luna de sangre el día que os prometí grandes beneficios, no solo económicos, sino también territoriales, bélicos.

—Ninguno de nosotros se opuso a esto —declaró Kelian Maildor entre toscas risotadas—. No os creáis hombres nobles ahora.

—Tiene razón, dejaos de falsos remordimientos —Maud volvió a tomar parte en la conversación—. ¿Y mi parte? —preguntó mirando directamente al Uhuren mayor.

—Dalo por hecho —respondió el anciano—. He enviado a mi mejor hombre.

16

La flor de Lessa

En medio de la batalla pudo oír la voz de Faunett ordenando la retirada inmediata de la ciudad y Lei así lo acató. Rápidamente se deshizo de los dos guardias que le hacían frente, dejándolos malheridos. Tras ello utilizó los caminos asegurados que conducían a la zona exterior de la muralla donde se encontraban los girodinos, sin dejar de preguntarse qué era lo que estaba ocurriendo en aquel maldito lugar. Cuando todos los evengargs se encontraron en el interior, las aeronaves alzaron el vuelo abandonando la zona. Pocos segundos después un fuerte golpe, seguido por chillidos, llamó su atención. Abrió la escotilla de emergencia y contempló a los dos primeros polizones que se atrevieron a encaramarse a uno de los vehículos de un comando de competición.

Dos manos entrelazadas al filo de la muerte, pocos segundos diferenciando la supervivencia. En ese preciso momento sus ojos se encontraron con los de una joven que, suplicante, pedía auxilio.

Cuando ambos intrusos estuvieron a salvo, ella calló desmayada sobre el pecho de Lei. Hubo una pequeña discusión referente a que era lo que debían hacer con ellos, pero debido a que todos los ocupantes eran miembros de infantería se optó por llevarlos hasta Evengarg, allí los altos rangos decidirían. Lei posó a la joven en el suelo a la espera de que despertara, cosa que no ocurrió. Durante las más de tres horas que duró el trayecto, el niño no se apartó de ella ni se comunicó con nadie que intentara entablar una conversación con él. Tan solo lloriqueó aferrado a su mano con la mirada perdida.

Al llegar a la Academia ambos fueron trasladados al centro médico. Lei, por su parte, marchó a los acantilados cercanos a pie. Necesitaba algo de claridad en sus ideas y los paseos por aquella zona eran algo que lo reconfortaban enormemente. En los momentos que se sentía sobrepasado, molesto o tan solo con la necesidad de clarear sus pensamientos, acudía a ellos. Siendo tan solo un niño encontró una bajada por una de las paredes que daba a una pequeña y recóndita cala arenosa, en ella pasaba largas horas disfrutando de los rayos del sol o, simplemente, dejándose llevar por las danzarinas olas del mar que lo mecían tal y como lo harían los brazos de una madre amorosa.

Al llegar hasta la cala se sentó cansadamente sobre la arena, dejando la Layade junto a él y descalzándose para sentir en sus pies ese contacto que tanto le agradaba. Aún quedaban unas horas para que el sol saliera, pero el clima ya comenzaba a ser lo suficientemente cálido como para poder permanecer junto al mar de noche, sin pasar frío. Se tumbó observando el cielo estrellado mientras era arrullado por el suave sonido de las olas muriendo en la orilla, así sucumbió al sueño. La imagen que acudió a su mente fue la del rostro de la joven que se dejó vencer por el terror entre sus brazos.

Cuando despertó el sol ya se encontraba en lo alto del cielo. Tal vez no fuera aún mediodía, pero su hora no estaba muy lejana. Maldiciéndose por haber dormido más de la cuenta, cogió sus zapatos con una mano y el arma con la otra, regresando a la Academia. Frente a la puerta se calzó, ante la atónita mirada de unos alumnos a los que ignoró. Enfundó la Layade a su espalda y entró. Le perturbaba el hecho de haber soñado con ella, pero eso no hizo más que acrecentar su curiosidad de modo que, sin pensarlo demasiado, se encaminó al centro médico. Ahí le informaron

que ambos, tanto el niño como la mujer, se encontraban fuera de peligro y habían sido trasladados a una habitación de observación.

Al llegar al lugar comprobó como ella aún dormía mientras una vía intravenosa se encargaba de suministrarle los nutrientes necesarios para su recuperación. El niño, fuerte y sano, con tan solo algunas contusiones en su cuerpo, permanecía sentado sobre la cama mirando fijamente la pared que se encontraba frente a él. Cuando Lei irrumpió en la habitación ni se inmutó. Lo único que rompía el sereno silencio de la sala era el pitido de los marcadores de las constantes vitales de ella, impresas en la pantalla de la UCP. Se acercó para observar los resultados con más detenimiento. Según las anotaciones de la Doctora Spinl parecía sufrir de una severa anemia acompañada por agotamiento extremo.

Varios de los auxiliares intentaron que el niño hablara para al menos conocer sus identidades, pero este, nuevamente, no hizo el más mínimo ademán de comunicarse. Según dijo la doctora era algo completamente normal dada la situación vivida. Lei lo observó con cierta incomodidad. Sentado en la cama, con las piernas cubiertas por la áspera manta, perdiéndose en el interior de su mente presa de unos recuerdos que nadie estaba en posición de borrar. Con los ojos enrojecidos e hinchados, sin haber derramado una lagrima durante horas. Sin dirigirle la palabra se dio media vuelta para centrar su atención en la chica. Intentó encontrar una conexión entre ambos. Ella era joven o él muy mayor para ser madre e hijo y su aspecto demasiado diferente para tratarse de hermanos aun compartiendo solo una línea de parentesco. Incluso entre Lexx y él había las semejanzas suficientes como para poder intuir su consanguinidad.

A su mente acudieron imágenes difusas del sueño que le había acompañado en la playa. Se sintió estúpido por soñar con ella. Aún percibía el peso y candor de su cuerpo al desmayarse entre sus brazos. La examinó con más detenimiento ahora que estaba aseada. Su frente redondeada, las pestañas largas y pobladas, una nariz respingona y sus labios carnosos, del tamaño perfecto para hacer de su rostro una proporción que a Lei se le antojó hermosamente única. Mientras su cabello castaño se disponía desigual sobre la almohada, un fino mechón llamó su atención. Este se había pegado a sus labios, seguramente en un movimiento que ella misma hizo mientras dormía. Él levantó la mano, dispuesto a apartar el cabello de su rostro.

—No la toques —dijo por fin el niño con una inesperadamente ruda voz. Lei se giró sorprendido. Él le dirigió una mirada cargada de odio. Lei bajó la mano, dirigiéndose al niño mientras pulsaba un botón en la pantalla de la UCP que alertaría al personal médico.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el evengarg acercándose con cautela.

—No la toques —repitió.

Nuevamente se vio impresionado por la dureza en su tono de voz.

—¿Cómo te llamas? —preguntó deteniéndose junto a su cama.

—Ion... —respondió, apartando la mirada de los penetrantes ojos de Lei.

—Ion —repitió observando cómo los ojos del infante se llenaban de lágrimas—. ¿Y ella?

—May —contestó el niño, centrándose en ella—. Creo.

—¿Crees? Lei frunció el ceño confundido.

—Sí, eso me dijo antes de...

La mirada de Ion volvió a perderse en el vacío. Grandes lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas al recordar lo ocurrido. Cogió grandes bocanadas de aire entrecortadamente, en un intento por calmar los latidos de su corazón, consiguiendo todo lo contrario. El marcador de sus constantes vitales comenzó a subir y bajar rápidamente activando un aviso. Lei lo agarró por los hombros zarandeándolo. Por alguna razón pensó que aquello lo calmaría. No lo hizo.

Segundos después irrumpieron en la habitación la Doctora Spinl acompañada por dos asistentes. Esta reprendió a Lei obligándole a abandonar la sala de inmediato. Fuera se encontraba Lexx charlando animadamente con una de las auxiliares de la doctora. En aquel momento el comandante estaba concentrado en poner coquetamente un solitario mechón de pelo tras la oreja de la mujer. Lei puso los ojos en blanco yendo hacia su hermano el cual, tras advertir en él, se despidió de la asistente con una reverencia, a lo que ella respondió con una tonta sonrisa, marchándose sonrojada.

—Déjame adivinar, hermano —Lei le dio un golpecito en la espalda al comandante—. ¿Te has enamorado?

—No puedo evitarlo, no es mi culpa estar rodeado de tanta belleza —respondió Lexx llevándose una mano al pecho.

—Eres de lo peor —Lei bufó metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Ya me han contado que te has encargado de traer otra belleza a nuestro hogar —Lexx fue a la puerta tras la cual se encontraban May e Ion, escuchando.

—¿Cómo? —había entendido lo que su hermano quiso decir, pero, aun así, esa pregunta se escapó de sus labios.

—Vamos, hay algo de lo que quiero hablar contigo.

Ambos salieron del centro médico, paseando por los pasillos de la Academia, tranquilamente. Alumnos y graduados se detenían en mitad de sus conversaciones para poder saludar formalmente a su comandante, a lo que este respondía con un sutil movimiento de cabeza. Lei no comprendía como podía hacer gala de tal entereza cuando se dirigían a él con semejante admiración para después actuar tan atrevidamente, incluso de forma cómica, ante las mujeres por las que se interesaba. No podía evitar preguntarse si Lexx era realmente consciente de que todo el mundo podía ser testigo de sus cambios de actitud.

—¿Qué hacías en el centro médico? —le preguntó el menor al otro.

—Broten me envió. Quería que hablara con el niño y lo llevara a su despacho —respondió este.

—¿A su despacho? ¿Para qué? —Lei lo miró extrañado.

—Buena pregunta.

Quedaron en silencio, pensativos. El hecho de que Lexx fuera el líder belicista de los comandos de competición no significaba que estuviera al tanto de todo cuanto acontecía en la Academia. Evengarg tenía secretos incluso para su comandante.

Llegaron hasta uno de los jardines en donde muchos alumnos se sentaban sobre el césped, charlando animadamente. Aquellas semanas eran de pleno júbilo para ellos. El verano estaba próximo, las pruebas de aptitud concluyeron una semana atrás y la selección de Academias ya había sido llevada a cabo.

—¿La recuerdas? —le preguntó Lexx en un tono mucho más bajo al normal para tratarse de él.

—¿Recordarla? —preguntó Lei entornando los ojos.

—A ella, la chica que trajisteis de Hannagreth.

Como si de un disparo se tratase, aquella pregunta impactó en el menor de los hermanos con un peso que desconocía. Ya le resultaba extraño el hecho de haber soñado con ella tras verla por tan corto período de tiempo y la pregunta de Lexx no hizo más que acrecentar su incertidumbre. El comandante le mantuvo la mirada y tras unos segundos suspiró, apartándola para dirigirla al suelo.

—Ya veo que no... —continuó Lexx con cierta decepción—. Siempre pensé que el día que nos reencontráramos tú la reconocerías antes que yo. Al fin y al cabo, tú eras quien la lloraba a escondidas.

—¿De qué mierda estás hablando?

Lei se apartó, invadido por un sentimiento mezcla de vergüenza y desconcierto. Lexx se rascó la

cabeza dándole espacio a su hermano.

—Quizá deberías mirar en ese baúl de los recuerdos que guardas en tu armario, hermanito.

Lexx forzó una media sonrisa. Golpeó con suavidad la espalda de Lei y cabizbajo, en una postura más digna de Lei que de él, se dirigió al portón de regreso al interior de la Academia, adentrándose en ella. Sus palabras quedaron retumbando en la mente de Lei. A Lexx le gustaba mofarse por el empeño que tenía en mantener a buen recaudo los recuerdos de su infancia, pero aquello no parecía haber sido una burla. Instintivamente salió corriendo en dirección al portón por el que su hermano entró, dirigiéndose a su dormitorio. Cuando llegó se deshizo de la Layade, aún amarrada a su espalda, dejándola sobre la cama. Abrió el armario, agarró el baúl poniéndolo junta al arma y, sentándose junto a él, lo abrió.

Sabía que era lo que buscaba. Eran pocas las pertenencias que atesoraba y menos aun las que pudieran tener que ver con ella. Tras poco rebuscar sacó la fotografía que estuvo contemplando apenas unos días atrás. Lexx y él siendo niños, sonrientes junto a una niña. Se acercó a la fotografía como si con ello fuera a revelar algo más que lo meramente impreso en ella. Estaba claro. Aunque el tiempo había pasado esa niña era la misma persona que acababa de ver en el centro médico. A eso mismo se refirió Lexx y al instante recordó lo que durante tantos años había olvidado. May, el nombre que el niño pronunció.

Sin dejar de mirar la fotografía metió la mano nuevamente en el baúl sacando el delicado colgante que tantos quebraderos de cabeza le dio. La hermosa flor de Lessa. Le avergonzaba el hecho de pensar que lo atesoró tanto tiempo para, algún día, tener la oportunidad de devolvérselo. Ahora, llegado el día, ya no le parecía tan buena idea. El hecho era que, durante años, había guardado un collar que acariciaba mientras miraba una vieja fotografía. Viéndolo desde esa perspectiva casi podía sentirse como una especie de acosador.

Se levantó nervioso, agitando la cabeza para disipar todos aquellos pensamientos. Jamás se había sentido tan estúpido como en aquel momento. Repentinamente alguien tocó a la puerta. Introdujo el collar en el interior del bolsillo derecho de su pantalón y se dispuso a abrirla. Al hacerlo una verborrea de palabras pronunciadas por Faunett le abofeteó.

—¡Maldito seas, hermano pequeño de Lexx! ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—Me llamo Lei —aclaró él con tranquilidad.

—¡Me importa una mierda cómo te llames! ¡¿Tienes idea del lío en el que nos has metido?! —la cara de Faunett se enrojecía por momentos—. ¡A mí! ¡A tu hermano! ¡A la Academia entera!

—¿De qué estás hablando? —preguntó confuso.

Ella, sin permiso alguno, empujó a Lei a un lado irrumpiendo en su habitación dejándolo a él en el umbral de la puerta, mirando hacia el pasillo. Lo último que quería era que el rumor de que Faunett Litz visitaba su dormitorio se extendiera.

—¡Puedo obviar el hecho de que no te encontraras en la posición asignada! —dijo ella observando curiosa el baúl—, ¡pero que atacas a miembros de la guardia real y, no contento con eso, no solo ayudarás a los fanáticos, sino que los traigas a la Academia! —Faunett volvió a mirarle—. ¡Eso! ¡¿Qué tengo que hacer respecto a eso?!

—Hice mi trabajo —respondió él.

—Entonces tienes muy poca idea de cuál es tu trabajo, Lonehart —respondió con un susurro amenazador.

Faunett lo miró severamente con el ceño fruncido. En su rostro se dibujaba la preocupación. Un sonido en el pasillo llamó la atención de Lei. Braiz, el cual tenía la habitación contigua a la suya, se asomó a su puerta alertado por los gritos. Aquello era lo que precisamente quiso evitar.

Angustiado, se debatió entre si era mejor responder a Faunett o aclararle la situación a Braiz, pero no tuvo ocasión de decidir. Una voz por megafonía dio una orden clara y concisa a todos los miembros de los comandos de competición. El sistema de emergencia había sido activado.

17

May Nouk

May se despertó en la enfermería, sobresaltada. Juraría haber oído un enorme alboroto a su alrededor. Miró a ambos lados. Nada. La cabeza le dolía terriblemente y sentía su cuerpo entumecido, tanto que, por un instante, no sabía si sería capaz de moverse. Costosamente se incorporó, sentándose sobre la cama mientras miraba a su alrededor. Aturdida observó la estancia, no tenía ni idea de donde se encontraba.

Era una habitación pequeña, totalmente vacía a excepción de las camas, la misma en la que se hallaba y otra más a unos dos metros, totalmente desecha. Con un leve gruñido causado por el dolor se irguió, intentando levantarse cuando algo tiró de ella.

Miró su brazo. Un esparadrapo cubría una aguja que se clavaba, justo en la flexura del codo. Pasó la mano sobre este, al hacerlo una leve punzada hizo que retirara la mano rápidamente, produciéndole apenas un ligero latigazo de dolor a la altura del hombro al tiempo que los marcadores de la UCP se dispararon. Siguió con la mirada el recorrido de los cables que sobresalían de la pared, conectándose a su cuerpo mediante ventosas adheridas a su pecho. Jamás vio tales artilugios. Retiró el esparadrapo descubriendo la aguja, agarró con fuerza la parte externa de la misma y con decisión estiró de ella. Dolió, aunque mucho menos de lo esperado. Cuando extrajo por completo la aguja la sangre comenzó a brotar de la herida, manchando las sabanas. Los marcadores en la pantalla volvieron a pitar.

Haciendo presión sobre su brazo se levantó de la cama con dificultad; estaba débil y mareada. El suelo de mármol se sintió frío bajo sus pies descalzos. Sus ajadas y sucias ropas habían sido substituidas por un camión largo color blanco en el que, en la parte izquierda del pecho, se dibujaba un emblema que no acababa de ver con claridad. Dio un par de pasos en dirección a la pantalla de la UCP. Al hacerlo las ventosas aferradas a su pecho se desprendieron sumando ya tres las alarmas generadas por el artefacto. Asustada se apartó de la pared, dejando de presionar la herida mientras la sangre caía sobre el impoluto suelo. Embotada y a trompicones se dirigió a la puerta que, para su sorpresa, se abrió automáticamente ante ella.

Salió de la habitación apoyándose en las pulidas paredes. Fuera se encontró con lo que parecía ser algún tipo de recibidor en el que había un largo mostrador totalmente de cristal. Se dirigió a su izquierda, donde un gran ventanal daba una hermosa panorámica de un vasto bosque que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Le era difícil saber si aquel bosque era el mismo por el que cabalgó a lomos del Garamond blanco. Una consecución de fulminantes imágenes acudieron a su mente. Hannagreth, explosiones, una densa polvareda, fuego y sangre. ¡Ion! Se giró mirando a su alrededor aterrorizada, debía encontrar a Ion.

Se dirigió a una puerta junto al mostrador, al estar frente a ella distinguió una docena de

habitaciones idénticas. Se acercó más a la puerta que, al igual que la anterior, se abrió automáticamente ante su presencia. Con desconfianza pasó a través de ella concluyendo que todas las puertas de aquel lugar tenían algún tipo de sistema que captaba el movimiento. Cuando hubo pasado a través de ella la miró, observando cómo se cerraba lentamente. Tropezó con sus propios pies cayendo al suelo, dándose un fuerte golpe que la dejó sin aliento contra la pared. Estaba exhausta, cansada de batallar, de seguir adelante; pero tampoco tenía lugar al cual regresar. Tan solo deseaba encontrar a Ion y marcharse lejos de toda aquella extrañeza. Se encogió sobre sí misma. Deseaba llorar, gritar con todas sus fuerzas, pero apenas le quedaba alguna. Era inimaginable lo que su vida había cambiado en pocas horas.

Sacando fuerzas de flaqueza se recompuso, repitiéndose a sí misma que aún había algo que hacer, debía devolver a Ion junto a su padre. Se levantó volviendo a caminar de nuevo. Si algo le había enseñado la vieja Vermun era que, incluso en el peor de los momentos, una mujer debía mantenerse en pie mostrando la dignidad y respeto de la cual se sintiera merecedora.

Llegó hasta lo que parecía ser una sala de espera repleta de gente que aguardaba sentada, una estancia luminosa y enorme, tal y como Güela le contó acerca de los lugares lejanos que visitó en su juventud. May jamás pensó que fuera a encontrarse en uno de ellos jamás.

El recinto se iluminaba gracias a unos potentes focos de luz blanca que surgían tanto del suelo como del techo y numerosos corredores daban acceso a las diferentes zonas. Las paredes se disponían ovaladamente y sobre ellas, cercana a donde se encontraba, una gran inscripción color verde se dibujaba. Esta rubricaba: »Centro médico«. Fueron muchas las personas que se cruzaron con ella sin tan siquiera mirarla mientras continuaban su camino. Otra cosa más que puso en la lista de rarezas de aquel sitio.

Unos metros por delante se topó con unas escaleras, únicamente en dirección ascendente. Resultó obvio, por cuando miró a través del ventanal, que no se encontraba en la planta baja de aquella estructura. Sin embargo, aún no había dado con la forma de poder dirigirse a las plantas inferiores, por lo que comenzó a subir peldaños aferrándose con fuerza a la barandilla hasta llegar al nivel superior. Mientras lo hacía se vio obligada a dejar de presionar su antebrazo de nuevo, cogiéndose con ambas manos para evitar caerse, dejando así un goteante rastro de sangre que iba escaleras arriba.

Al llegar a la planta superior se encontró rodeada de gente que caminaban apresuradamente, mezclándose unos con otros sin llegar a chocarse. Grupos de personas riendo ruidosamente o simplemente gritando para alzar sus voces por encima de las del resto. Personas que volvieron a ignorarla por completo.

Caminó entre la multitud con dificultad, apoyándose en las paredes, evitando tropezar contra alguien. Una de sus manos se posó sobre una superficie algo más rugosa que el resto del muro lo que la obligó a alzar la vista, descubriendo una nueva y gigantesca inscripción en la que se anunciaba: »Comedor«. En su despiste, examinando las enormes letras, se golpeó contra alguien, cosa que la hizo precipitarse de nuevo contra la pared ante el asombro del hombre contra el que tropezó. Un buen número de personas se giraron curiosas, haciéndose el silencio en el gran pasillo. May acababa de hacerse visible. Sin apartarse de la pared intentó continuar su marcha, con la respiración entrecortada y el corazón latiéndole a gran velocidad en el pecho. La sangre continuaba cayendo por su brazo hasta el suelo. Al ver aquello el hombre se dirigió a ella, cauteloso.

—Yo, lo siento... ¿Te encuentras bien? —le preguntó apurado, intentando ayudarla. Ella no respondió—. ¿Quién eres?

Los oscuros ojos del extraño se clavaron en May mientras ella evitaba a toda costa hacer cualquier tipo de contacto visual. En un intento vano por huir se tropezó contra un banco anclado al suelo,

cayendo nuevamente, a lo que muchos de los presentes reaccionaron con carcajadas y groseros comentarios. El hombre los reprendió ayudándola a levantar. May soltó su mano rápidamente, dándole la espalda y caminando como si nada hubiera ocurrido ante los atónitos espectadores. Cojeaba y algunas de sus heridas habían vuelto a abrirse, sangrando. Los alumnos, incrédulos, no podían apartar la mirada de ella. Podían haberla detenido cuando desearan, pero sentían curiosidad por saber que pretendía y hasta donde era capaz de llegar. Una niña no mayor de diez años, de leonina melena rubia, agarró con fuerza su muñeca, deteniéndola. La miró, clavando sus pequeños y oscuros ojos en May.

—El instructor Clix te ha hecho una pregunta. ¿No piensas responderle? —le preguntó con voz aguda—. ¿No sabes hablar?

Los presentes permanecieron expectantes ante una respuesta que no se dio. May se zafó de la mano de la pequeña, avanzando más rápidamente. Con paso firme pero seguro, continuó caminando entre el gentío que, para su sorpresa, le abría paso. Una suave música sonó en el pasadizo haciendo que todos dejaran de prestarle atención; tras ella una voz.

»Atención a todo el personal. Al habla la doctora Rebecca Spinl. Se ha producido una fuga del centro médico, sector F-1. Mujer caucásica, entre dieciocho y veinticinco años. Alrededor de un metro sesenta y cinco de estatura. Cabello castaño, a la altura de los hombros. Se encomienda su búsqueda a los comandos de competición, absténganse del uso de la fuerza. Estudiantes y personal civil manténganse al margen. En caso de entrar en contacto con ella acudan al superior más cercano a ustedes. Su regreso al centro médico es prioritario«.

May quedó desconcertada al escuchar aquel anuncio, tanto que ignoró como unos pocos de los presentes comenzaron a rodearla. La buscaban y el miedo volvió a invadirla. El hombre al que la niña se refirió como Instructor Clix se abrió paso hasta ella.

—No vamos a hacerte daño, ven conmigo —dijo tendiendo su mano en un tono que no la tranquilizó en absoluto.

Había luchado hasta aquel momento y no iba a darse por vencida por lo que, si pretendían detenerla, deberían luchar para conseguirlo. Clix se dispuso a agarrarla cuando ella lo esquivó, comenzando a correr en dirección contraria comenzando así una carrera casi cómica de seis hombres en pos de una solitaria muchacha.

Los alumnos, como bien se les había ordenado, se apartaban a su paso sin siquiera hacer el ademán de retenerla, observando divertidos la escena. Resultaba increíble ver como aquellos aguerridos hombres no podían dar alcance a una joven malherida en su propio hogar, una joven que resultó tremendamente rápida. Incluso le pareció escuchar algún que otro grito de ánimo a su favor. Por cada zancada que daba más atrás dejaba su miedo, no iba a permitir que le dieran caza y aunque su cuerpo se viera limitado en su mente el dolor había desaparecido.

Clix se sintió avergonzado, no podía permitirse el quedar en ridículo ante sus alumnos de una forma tan estúpida. Aceleró el paso cuanto pudo dejando atrás al resto de perseguidores, pisándole los talones a May. Ella miró atrás viendo cómo, muy probablemente, él no lograría alcanzarla. Una gran cantidad de sudor caía por la frente del instructor, ese hombre no iba a ser capaz de aguantar el ritmo de las carreras a las que Kaer la tenía acostumbrada. Por un momento May creyó tener alguna posibilidad de huida, creencia que se desvaneció al golpearse con fuerza contra una pared transparente. Todo su cuerpo chocó violentamente contra una superficie que no podía ver, dejándola tumbada en el suelo y más aturdida que nunca. Dolorosamente se incorporó llevándose la mano a la frente, ahora su cara también se estaba cubriendo de sangre.

El hombre, satisfecho, apretó el paso dispuesto a alcanzarla. May, con los sentidos embotados,

palpó a su alrededor. Más paredes invisibles. Súbitamente el suelo comenzó a temblar bajo sus pies. Clix, con el rostro enrojecido por la ira, se abalanzó hacia ella. Ante su nublada vista, algún tipo de lona transparente corrediza se deslizó entre el espacio que los separaba. El instructor estrelló su puño contra ella, gritando palabras que May no alcanzó a oír. Entonces lo comprendió, estaba encerrada. Palpó en busca de una apertura que no encontró. La gente comenzó a reunirse en el exterior, en torno a aquel extraño cilindro. Ella golpeó las paredes exigiendo entre gritos que la liberaran.

Una sensación de vacío se instaló en el estómago de May, el habitáculo zumbó y tras ello se alzó por encima de las cabezas de la gente en el exterior. Estaba subiendo en el aire a pesar de sentir como sus pies permanecían en contacto con el suelo. Comprobó incrédula como todos los que la persiguieron, se hacían cada vez más pequeños hasta que ya no pudo distinguir sus rostros.

El ascensor subió dos plantas hasta detenerse. Se giró en la dirección por donde había entrado, pero la compuerta no parecía abrirse. Su preocupación volvió a ir en aumento por lo que volvió a golpear el cristal. Un ruido tras ella la hizo mirar en esa dirección. Una compuerta por el lado opuesto se abrió, tras ella Lexx.

—Tú... —dijo el comandante sorprendido al verla.

May corrió hacia él, empujándolo e intentando esquivarlo, Lexx fue más rápido, agarrándola por la cintura y pegándola a su pecho, evitando así las múltiples patadas que ella intentaba propinarle. Soltó su cintura cogiéndola por las muñecas ante su rebeldía.

—Tranquila, no voy a hacerte daño —intentó calmarla Lexx—. Solo quiero ayudarte, May.

Ella detuvo su forcejeo mirándolo atónita. Fuera quien fuera sabía su nombre, su verdadero nombre. A su alrededor todo acontecía tan deprisa que apenas tenía tiempo para asimilarlo. Sin darse cuenta dejó escapar unas lágrimas que corrieron raudas por sus mejillas. Él sonrió dulcemente, dos hoyuelos se le dibujaron en ambas mejillas. Por un momento el poderoso atractivo de aquel hombre la había encandilado. Deshaciéndose de la visión de su encanto, May forcejeó de nuevo.

—¡Para! —le ordenó él aun sonriendo.

—¡No! —gritó ella intentando morder una de sus manos.

—Así que sabes hablar —rio Lexx divertido como si de un juego se tratase.

—¡No! —repitió.

—¿No? —esta vez el comandante carcajeó mostrando su perfecta dentadura—. Escucha, te soltaré si te tranquilizas. Solo queremos curarte esas heridas —declaró mirando su ceja sangrante.

—No... —May se dejó caer levemente.

—Sí, y ahora te llevaré de vuelta al centro médico —Lexx aflojó la presión sobre sus muñecas.

—¡No!

Aprovechando el descuido de Lexx ella se deshizo de sus manos, liberándose. Él al instante se lanzó contra ella con la intención de cargársela sobre los hombros. May, intuyendo sus próximos movimientos, reaccionó como tantas veces lo hubo hecho con Kaer. Agarró las solapas de su chaqueta y, cogiendo impulso, le propinó un fuerte rodillazo en la entrepierna; esa misma técnica la había salvado en incontables ocasiones. Lexx cayó cual peso muerto sobre el suelo. May saltó por encima de él y tan solo unas zancadas después se topó con un reducido grupo de personas con cuerpos grandes y fibrosos, tras ellos el rótulo que marcaba el lugar en el que se encontraba. »Zona deportiva«. Estos al ver a su comandante tendido en el suelo cargaron contra ella. Nerviosa observó a su alrededor. A su izquierda un gran ventanal que daba al mar, un mar que podía ver extenderse bajo sus pies gracias al suelo cristalino. En cualquier otra situación se hubiera detenido a contemplar tal maravilla, pero aquella no era la ocasión. A su derecha unos grandes estantes sobre los que reposaban

numerosas pesas. Estaba claro, había tomado una decisión.

Cogió la pesa más cercana a ella, una sorprendentemente pesada para su tamaño, y la estrelló contra el cristal que se partió en cientos de pedazos, dejando entrar un poderoso vendaval. Una ruidosa alarma se activó, sonando por toda la Academia. Lexx se incorporó dolorido, gritando palabras que no entendió y los forzudos corrieron hacia ella. May no dudó. Tomó aire, cerró los ojos y corrió hacia el ventanal destrozado, saltando.

El vacío la abrazó mientras el viento azotaba su cuerpo; abrió los ojos. Realmente estaba cayendo y no al mar como pensó. Bajo ella una gran formación rocosa sobresalía del agua preparada para darle la bienvenida. En ese instante supo que aquella no había sido la mejor de sus decisiones. Vencida aceptó que no sobreviviría a aquella locura. Cerró los ojos de nuevo y dejó que simplemente aquel momento pasara lo más rápidamente posible.

Sintió como impactaba contra lo que parecía ser una cama elástica invisible, haciendo que rebotara para acabar el resto de su descenso rodando sobre sí misma hasta detenerse prácticamente a ras de agua. Si eran pocas las cosas que entendía sobre aquel lugar aquello era, con mucho, lo más extraño. Se desmayó tirada sobre aquella invisibilidad, inmóvil. Siendo lo último que percibió el sonido del mar abalanzándose sobre unas rocas que, al menos aquel día, no se cobrarían su vida.

Un profundo zumbido intermitente fue el que le indicó que aún estaba viva, el sonido de unas voces lejanas las causantes de que recobrar el conocimiento y el contacto de una mano aferrándose a la suya la que le obligó a abrir los ojos.

Ion estaba sentado en una silla junto a su cama. Este al ver como despertaba se levantó sonriente, apretando su mano con más fuerza. May, al verlo, se incorporó todo cuanto el dolor le permitió. Aunque apenas lo conociera aquel era el rostro más familiar y cercano que tenía actualmente. Habían vendado todas sus heridas, incluida la del brazo y suturado el corte de la ceja. Ella agarró las mejillas de Ion comprobando que se encontraba bien. Él sonrió y antes de poder dirigirse la palabra la puerta de la habitación se abrió. Broten, la doctora Spintl y Lexx entraron. En el umbral de la puerta Yidrianna cruzó unas palabras con el adalid, insistiendo en que debería estar presente. Broten no opinó lo mismo, por lo que cerró la puerta dejando a la enfadada supervisora fuera; su máscara de eterna cumplidora de las normas no había surtido efecto.

El interés de Broten era evidente solo con ver su mirada mientras la Doctora Spintl, por su parte, se dirigía a la pantalla de la UCP, ignorándolos. Lexx le lanzó una mirada rápida torciendo el gesto, May pensó que tal vez aún sentía cierto dolor en sus partes. Aun así, el comandante dio unos pasos quedando frente a los pies de la cama. Ion, sin soltar la mano de May, se arrimó a él sin ningún temor en gesto de valentía y protección. Lexx respondió a ello con una descarada sonrisa.

—Mi nombre es Lexxon Lonehart, comandante en jefe de la honorable academia de comandos de competición dedicada a Terrance Evengarg —se presentó.

Ion y May quedaron impresionados ante semejante título y más aún cuando les reverenció. Ellos hicieron un leve movimiento de cabeza dando a entender que lo habían comprendido.

—Por lo que sabemos, tu nombre es Ion Harana —continuó refiriéndose al niño—, Y tú... May... —la voz de Lexx se entrecortó—, May Nouk.

—¿Nouk? —repitió ella. Había podido recordar su nombre de pila, pero no su apellido.

—Sí, Nouk. Como bien le he dicho a mi superior, nos conocimos en su día.

Broten dio unos pasos adelante sin apartar la vista de May. Ella, ante semejante revelación, soltó la mano de Ion incorporándose en la cama. Al hacerlo comprobó que sus pies también habían sido vendados.

—¿Me conoces? —preguntó ella asombrada.

—Te conocí, hace tiempo —él pestañeó confuso—. ¿Tú no me recuerdas?

—Yo... —ella frunció el ceño como si aquel gesto fuera a ayudarle a recordar—. Es todo muy confuso para mi ahora mismo, lo siento.

—Entiendo —en la voz de Lexx se dejó entrever cierta decepción.

—Dejad los reencuentros y anécdotas para más adelante y vayamos a lo que nos ocupa —interrumpió Broten.

Su rostro no era ni por asomo tan conciliador como resultaba el del comandante. Tal y como dijo, no permitió que May se dirigiera más a Lexx, el cual se quedó a un lado de la habitación escuchando la historia que Broten le obligó a relatar con la esperanza de que, tras hacerlo, se le permitiera conversar algo más con aquel hombre que sabía más sobre su pasado que ella misma.

De ese modo May, junto a un callado y cabizbajo Ion, relató todo lo ocurrido en Hannagreth, obviando a conciencia lo previamente acontecido en Foriet. A su entender cualquier cosa era mejor a Foriet. Cualquier cosa era mejor a Kaer.

18

El líder de la manada

—¡Ordenadamente y en única fila! ¿Cuántas veces hay que repetirlo? —chilló uno de los muchos guardias que caminaban hostigando a los aldeanos.

—¡Las cartillas en la mano! ¡No nos hagáis perder el tiempo! —vociferó otro, golpeando a un anciano que decía haber extraviado la suya.

En las pequeñas poblaciones como Eatobe la vida no era fácil. Las antiguas poblaciones pertenecientes al imperio caído de Erskine aún seguían pagando las consecuencias de la guerra. Sin tierras fértiles ni pastos suficientes como para subsistir por si solas, estas se veían obligadas a vivir gracias a las donaciones que las grandes capitales aportaban; en ese caso Hannagreth. Por ello eran imprescindibles las cartillas de racionamiento; documentos que acreditaban las raciones semanales que debían otorgarse a cada hogar en función de los miembros que residieran en ella.

Los martes era el día establecido en el que los guardias repartían los víveres, sellando la correspondiente celda de la cartilla al entregarlo. Las trifulcas eran comunes en las filas, sin embargo, la actuación de la guardia solía ser desmesurada, recurriendo a la agresión física con demasiada facilidad.

—Deberías ser más cuidadoso con tus acciones, joven.

Un hombre cercano a la sesentena salió de la fila posando una fina vara de madera sobre el hombro del guardia, reprendiéndole por haber agredido al anciano.

—¡Métete en tus asuntos, viejo Sión!

El guardia soltó al anciano, dejándolo caer al suelo para dirigirse al hombre. Loco Sión lo llamaban, así era como se conocía al huraño que vivía en una cabaña a las afueras, rodeado por una jauría de perros. Aquel extranjero había decidido instalarse en la localidad al finalizar la guerra.

Nadie sabía de dónde venía, pero todos tuvieron la esperanza de que tal como había llegado, algún día marcharía. No fue así. Solía causar problemas a cualquiera que osara acercarse a él o a alguno de sus perros y el acceso a su casa estaba completamente vetado. Eventualmente los niños se aventuraban hasta su hogar para tirar piedras contra ella. Cuando eso ocurría la jauría de perros con la que convivía salían fieramente por las ventanas siempre abiertas, persiguiendo a los infantes entre feroces ladridos, aunque jamás los atacaron. Estaban entrenados para ahuyentar sin causar daño.

—¿Acaso me estás amenazando? —se envalentonó el guardia cuando dos de sus camaradas se unieron a él.

—¿Pretendéis impresionarme? —preguntó el hombre riendo a modo de burla—. Porque si es así, siento comunicaros que seguís estando en una importante desventaja numérica.

Silbó fuertemente mientras los lugareños ayudaban al anciano tendido en el suelo a ponerse en pie. Al instante, de entre la maleza, surgieron siete perros de gran tamaño con paso acechante, mostrando con fiereza su dentadura al gruñir. Un clan mestizo, mezcla de tantas razas que hacía imposible concluir cual fue su origen. Todos ellos de un pelaje corto que iba de tonos castaños a negro a excepción de una, la hembra más anciana, de un hermoso blanco perlado. Como ella cuatro hembras más y tres machos completaban la manada que respaldaba al loco Sión.

—Tse... No vale la pena —concluyó el guardia haciendo una señal con la mano a sus compañeros, marchándose.

—Eso pensaba —susurró para sí mismo el hombre, levantando una mano en alto.

Los perros se detuvieron, los guardias marcharon y la fila para recibir los víveres continuó normalmente. Tras unos minutos los canes se apartaron de la gente, aguardando tranquilamente al amparo de la sombra que los árboles daban. Nadie agradeció al hombre su intervención, ni siquiera el anciano al cual defendió, un hecho tristemente común. Poco más de una hora después le hicieron finalmente entrega del saco con las provisiones necesarias para pasar la semana. Se dirigió a su familia, acarició la cabeza de la hembra de pelaje blanco, Fera y marcharon juntos en dirección a su hogar.

Los habitantes de Eatobe se preguntaban como aquel hombre era capaz de alimentar a semejante jauría con las escasas raciones de alimentos que repartían, la respuesta era simple. Su manada estaba integrada por un par de buenos cazadores entre los cuales él mismo se incluía, por lo que aquella minucia que le daban no era en absoluto necesaria. Aunque en ocasiones, sobre todo en los largos meses invernales, agradecía las raciones de arroz, harina y legumbres.

Al llegar a la cabaña los perros se acomodaron entre los muchos jergones repartidos en el suelo mientras revisaba el contenido de la bolsa, vaciándola sobre una ruda mesa de madera.

—¿Hay azúcar? —preguntó una suave voz nasal tras él.

El hombre suspiró riendo. Con las manos abiertas, mostrando sus palmas vacías, se giró hacia quien formuló la pregunta. Ante él una criatura de patas y brazos menudos le observaba con unos enormes y brillantes ojos, ansiosamente. La totalidad de su cuerpo estaba cubierto por un pelaje corto de una gran gama de marrones a excepción del pecho y barriga, siendo estas partes blancas. Finas trazas de pelo negro perfilaban tanto sus ojos como su nariz otorgándole una gran expresividad. Curiosa, se acercó al hombre con pasos rápidos pero torpes, moviendo con rapidez su nariz olisqueándole las manos. Su pequeño tamaño la obligó a ponerse en puntillas para poder hacerlo correctamente ya que, a duras penas, rozaba la altura de su cadera. El hombre soltó una fuerte risotada lo cual hizo que ella extendiera dos grandes pares de orejas, unas en la parte alta y las otras a cada lado de su cabeza, vigilante. Cuando se dio cuenta que este no portaba nada en sus manos el segundo par de orejas cayó lánguidamente, permaneciendo el par más alto en alerta.

—Sabes muy bien que el azúcar solo se entrega a principio de mes y estamos a día once —el hombre volvió a girarse continuando con el recuento de la comida—. Te dije que lo racionaras, Philpha.

—¡Pero yo quiero azúcar! —gritó ella pateando con sus rechonchas patas.

—Si continúas así me veré obligado a ponerte a dieta.

Ante tal amenaza detuvo sus quejas quedando petrificada. Tres de los perros lloriquearon como si asumieran que aquella decisión fuera a afectarles a ellos también.

—Mira lo que estás consiguiendo... —refunfuñó Philpha señalando a los perros.

—No los metas a ellos en esto —respondió él, divertido.

—¡Prométeme que nunca, jamás, me volverás a poner a dieta! —amenazó entrecerrando los ojos.

—¿Qué ocurrirá si lo hago?

—Pues... —ella corrió hacia uno de los colchones, cogiendo un papel y mostrándoselo—. ¡Que no voy a darte esto!

—¿Qué es eso? —preguntó él curioso, dando unos pasos adelante.

—Algo que han tirado bajo la puerta cuando estabas fuera.

—Dámelo, Philpha —dijo antes de arrebatárselo de entre las manos.

Philpha saltó en un intento vano por evitar que se lo quitara, pero él lo cogió sin ningún tipo de problema. Ya no tenía nada con lo que poder negociar en contra de su futura dieta. El hombre observó atentamente el húmedo y roído pedazo de tela escrita que alguien había colado bajo su puerta.

—¿Has intentado comértelo? —le preguntó desconcertado.

—¡No me juzgues! —gritó ella.

La culpabilidad invadió a Philpha dejándola sin más opción que ir a buscar refugio junto a la más anciana de la manada que descansaba plácidamente. Se sentó junto a Fera acariciándole el lomo cuidadosamente. El hombre tomó una silla, apartándola de la mesa y sentándose. Cuidadosamente desdobló la tela untada en babas, dispuesto a leer el mensaje.

»Herban, de algún modo que no logro entender, he fracasado en mi tarea. Ya no se encuentra bajo mi amparo. Ruego acudas a mí con la máxima presteza posible«.

—Han puesto tu verdadero nombre en esa tela —añadió Philpha sin dejar de acariciar a Fera.

—Así es... —la voz del hombre se tornó temblorosa.

—¿Es Ágata? —preguntó preocupada, levantándose y volviendo junto a él.

—No, esta no es Ágata —aquel pedazo de tela parecía haberle hipnotizado, no podía apartar la mirada de él—. Jamás olvidaría esta escritura.

—Hacía mucho que nadie te llamaba por tu verdadero nombre —las palabras de Philpha sonaron suaves y tranquilizadoras.

—Sión también es mi nombre —él cerró los ojos con fuerza arrugando la tela.

—Tu tercer nombre —puntualizó ella.

—¿Por eso te la has intentado comer? —le preguntó pensativo.

—Lo que dice no es bueno para ti —Philpha se frotó los ojos nerviosamente intentando ocultar unas lágrimas de culpabilidad.

Herban le rascó la cabeza dejando escapar un agradecimiento por su preocupación. Repasó la nota nuevamente, atento a todo detalle. El tacto de la tela, el olor de la tinta, el tamaño de las letras, su inclinación, la presión ejercida, la tosquedad utilizada en todas y cada una de las acciones. Después de tantos años, por primera vez, Vermun había fracasado.

Rápidamente hizo un zurrón con todo lo necesario para el viaje, ordenándole a Philpha que hiciera

lo mismo con sus pertenencias. Comprobó a conciencia el estado de los perros, le preocupaba el hecho de que Fera no estuviera lo bastante fuerte como para afrontar el camino. Puso a buen recaudo los víveres que acababan de darle en su bolsa, cargando a Philpha con los panes, único alimento que no estaba dispuesta a devorar por mera gula. La cubrió con la gruesa capa de tela marrón con la que la ocultaba las pocas veces que abandonó la cabaña. Al parecer era el único espécimen de su raza que se hubiera visto por aquellas tierras y siempre creyó sensato cubrir su extrañeza a ojos de los hombres.

En un instante la cabaña quedó completamente vacía, sin más signos de haber sido habitada que los viejos jergones. Abrió la puerta observando a la camuflada Philpha. Cuando se dispuso a abandonar la casa los perros comenzaron a ladrar, alertándolo.

Todos, incluida Philpha, miraron al suelo con extrañeza, justo en el umbral de la puerta. Herban también lo hizo y al reconocer a aquella pequeña ardilla posada sobre sus dos patas traseras, observándole, no pudo hacer más que llevarse las manos a la cabeza.

—No, Squickzy, tú también no...

19

El palacio de cristal

Cuanto más pasaban los días más le costaba conciliar el sueño. Remi se revolvió en el interior de su cama, molesto por no haber sido capaz de hallar ni un solo minuto de paz aquella noche. Como el Uhuren novo Wearwood del Consejo de la ciudad de Hannagreth que era, contaba con sustanciosos beneficios. Pero aun así, con demasiada frecuencia, esos beneficios no podían equipararse a sus obligaciones, opacando con creces los pequeños placeres de los cuales gozaba. Aún en contra de sus principios se veía frecuentemente obligado a llevar a cabo órdenes que detestaba. Su credo le obligaba a acatar los deseos de sus maestros sin cuestionar una sola de las palabras, pero la última petición del Uhuren mayor había ido demasiado lejos. Aunque, de igual modo, la acató.

Un bulto de mantas junto a él se movió. Alejando aquellos pensamientos de su mente se recostó sobre el lado izquierdo de su cuerpo, apartando una de las sabanas para poder contemplar a su acompañante. El joven Aris Sly se estiró junto a él, desperezándose. Los ondulados y rubios cabellos se enortijaban salvajes enmarcando su delicado rostro. Remi acarició una de sus mejillas, acercándose y besando con ternura al primogénito y heredero de una de las familias más acaudaladas de la ciudad. Sabía que si su relación con Aris trascendía el castigo que se le impondría sería la muerte, no solo por el hecho de amar a otro hombre, sino también por quebrantar su juramento de celibato. Juramento fácilmente quebrantable para la gran mayoría de miembros de la Orden Uhuren, excepto para el Uhuren mayor. A este jamás se le hubo reconocido o atribuido escándalo alguno. Pero, a pesar del riesgo, Remi no estaba dispuesto a renunciar a Aris. Ese joven era la única persona en el mundo capaz de aportar algo de luz y serenidad a su vida. El único capaz de hacerle sentir algo de felicidad.

—Buenos días, gran señor Sly —le saludó sonriendo.

—Remi... —gimoteó Aris intentando abrir los ojos—. ¿Qué hora es?

Aris era una de las pocas personas que sabía el nombre del Uhuren novo. Estos, al entrar en la orden,

eran despojados de su pasado ya fuera familia, bienes, recuerdos e incluso el mismo nombre. Cuando uno era nombrado Uhuren pasaba a adoptar el nombre de la barriada en la que nació. Wearwood era un barrio de clase media, como la mayoría en Hannagreth. Muchos olvidaron su propio nombre en los largos años de adoctrinamiento, Remi no lo hizo.

—Pronto —le respondió—. Acaba de salir el sol.

—¿Has podido dormir? —preguntó Aris incorporándose, apartando las mantas y dejando su cuerpo desnudo al descubierto.

—Algo, poco en realidad —respondió mientras se recreaba ante el cuerpo de su amante.

—Tienes que olvidarlo —el joven acarició el corto y negro cabello de Remi—. Sé que es difícil, pero tienes que hacerlo.

Aris se acercó a él tirando de las sábanas, dejándolo expuesto también mientras se mordía el labio inferior ante la visión del musculoso cuerpo de Remi. Un físico impropio para un Uhuren, muy diferente al cuerpo delgado y sin demasiada masculinidad de Aris.

—¿Olvidarlo? —Remi se incorporó sobre la cama—. ¿Cómo quieres que olvide algo así? ¡Soy un monstruo!

—No, jamás digas eso —Aris se sentó junto a él—. Solo haces lo necesario para sobrevivir, como todos.

—Aun así, nada cambiará lo que he hecho...

Los remordimientos que guardaba en su interior eran tantos que le era imposible contenerlos, dejándose llevar fácilmente por el miedo y la ira. No entendía como Aris podía seguir estando ahí, apoyándole a pesar de saber hasta donde era capaz de llegar.

Con un gruñido agarró su rostro, besándolo tal y como si aquella fuera la última ocasión que tuviera para hacerlo. El joven Sly, dándole una total bienvenida a aquel gesto, se impulsó para poder sentarse a horcajadas sobre el regazo de Remi, tocando sus cuerpos desnudos con caricias cada vez más íntimas. Las preocupaciones desaparecieron de su mente hasta que alguien tocó a la puerta desde el exterior.

—¿¡Qué!?!—gritó Remi.

—Ilustre Uhuren novo Wearwood, ha sido convocado a una reunión urgente del Consejo, señor.

Ambos se miraron, Aris sonrió y saltó de la cama buscando su ropa por el suelo. Remi, maldiciendo y muy a desgana, recogió su ropa también, vistiéndose. Se separaron antes de abandonar la habitación, cerciorándose de no ser vistos.

Era inusual que se convocara un pleno del Consejo sin previo aviso, pero dados los últimos acontecimientos tampoco le sorprendió en demasía. Cuando entró en la sala todos los miembros, incluido Aris, habían tomado asiento, a excepción de un puesto vacío a parte del suyo propio. El lugar del silencioso Mur, miembro del Consejo de ancianos. Los presentes observaron al Uhuren novo severamente. Disculpándose se dirigió hacia su asiento tomando posición entre, en esa ocasión, los diecisiete de Hannagreth.

El Uhuren mayor, sentado junto al monarca, parecía más inquieto de lo normal, unas grandes ojeras se dibujaban en su demacrado rostro. Era obvio que alguien había pasado una noche peor a la de Remi.

—Aunque nuestros encuentros sean siempre un placer. ¿Puedo preguntar cuál es el motivo de tan apremiante reunión? —preguntó irónicamente Rhys Meagan.

—¡Eso! Me habéis sacado de la puta cama —Kendal Mairdor alzó su voz en exceso, mostrando su enfado—. Ha sido la primera noche que comparto con mi nueva esposa.

—¿Te refieres a esa pobre niña que compraste y muy seguramente has tomado a la fuerza? —el jefe

del clan Yann se frotó las sienes molesto.

—No son de extrañar tus celosías dada la mierda de mujer que tienes —Kelian salió en defensa de su hermano toscamente.

—¡Basta! —gritó el monarca.

Pocas veces se oyó su voz tan alta como en aquella ocasión. Los asistentes callaron, aunque Yanis Yann no parecía haberse molestado lo más mínimo por el comentario de Kelian.

La política era algo que aburría terriblemente a Remi y a juzgar por el rostro de Aris este compartía su mismo interés en ella. Aun así, esta misma, era la única responsable de que todos aquellos hombres no se dieran muerte en esa misma sala. Observó más atentamente al monarca, aún vestía de negro a pesar de haber transcurrido los días de luto oficial establecidos. Su inmaculada máscara blanca era lo único que aportaba algo de vida a su atuendo. El Uhuren mayor tosió junto a él, haciendo que los ojos de Remi pasaran de su Soberano a este.

Recordaba a la perfección la primera vez que vio al anciano Uhuren siendo él tan solo un infante, aunque por aquel entonces no era tan anciano. Lo recordaba con la misma claridad como si tan solo hubieran sido días el tiempo transcurrido. El Uhuren mayor irrumpió en su hogar una tarde, apartándolo de una madre beoda que le culpaba de su desgracia, golpeándole hasta quedar exhausta para caer después inconsciente sobre el suelo. El mismo Uhuren fue el que lo levantó del suelo a la edad de cinco años, sacándolo de aquella pesadilla y llevándolo al Liceo. Remi jamás volvió a saber de su madre.

Le dieron el nombre de Wearwood y aprendió todo cuanto los Uhurens estaban dispuestos a enseñarle, pasando los años en compañía de otros niños que eran, al igual que él, aleccionados. Cuando finalmente se ordenó Uhuren su gran maestro comenzó a cambiar. Ya no había amor o fe en sus ojos, todo cuanto estos reflejaban no era más que puro miedo. Al hacerse hombre y para su deleite, se le otorgó el título de hombre de confianza del Uhuren mayor, pero su felicidad fue fugaz. Al poco se le empezaron a encomendar tareas cada una más cruenta que la anterior. Su gran maestro era capaz de requerir absolutas atrocidades para contentar a la Diosa.

Ahora, el anciano que se sentaba junto al monarca, no era ni la sombra del hombre que en su día conoció.

—Yo mismo he sido el que os ha mandado llamar —informó el soberano—. ¿Algún problema, señor Maildor?

—No, mi señor —el rostro del hombre se enrojeció al verse obligado a contenerse.

—Bien, ahora que estamos todos, hay algo de lo que debo informaros —continuó el Uhuren mayor—. Ayer, al ocaso...

—No estamos todos —le interrumpió Aris. El corazón de Remi se agitó violentamente ante su atrevimiento—. ¿Dónde está Mur?

—Muerto —respondió el Uhuren mayor fríamente.

Los líderes de los grandes clanes comenzaron a murmurar entre ellos, muy al contrario que el Consejo de Altos Iniciados y el de los grandes Sabios, del cual el silencioso Mur era miembro.

—Pero... —intentó replicar Aris cuando Hugo Aswimi le acalló.

—Lo cual, mi querido señor Sly, nos lleva directamente al asunto principal de esta asamblea —el Uhuren mayor se levantó de su asiento dirigiendo la mano hacia la puerta principal, la cual se abrió—. Os presento al décimo octavo miembro del Consejo de la ciudad de Hannagreth, Olionala Maud.

En esta ocasión el murmullo que inundó la sala fue generalizado. Los Uhurens medianos se levantaron escandalizados. Maud, fría y sonriente, entró en la sala escoltada por cinco guardias reales. Con mucho aquel era el hecho más inaudito que jamás aconteció en el Consejo. No solo se había

dado la prematura muerte de uno de sus miembros, si no que este fuera a ser tan rápidamente substituido sin la pertinente votación de los miembros restantes. Una extranjera, una mujer.

Los gemelos Maildor se levantaron antes de que Maud pudiera llegar a la mesa.

—¡Esto es una afrenta a nuestra tradición! —bramó Kendal golpeando la mesa—. ¡Una mujer nunca ha sido ni será miembro del Consejo!

—Por lo que tengo entendido esta asamblea toma sus decisiones mediante votación, señor Maildor —dijo Maud alzando su ceja izquierda—. No a través de los deseos personales de sus miembros.

—¡No vamos a votar algo como eso! —Kelian se unió a la protesta de su hermano.

—Esta vez y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con los Maildor —Rhys Meagan se frotó el mentón sin apartar la vista de Maud.

—Desde los principios de este Consejo, los miembros que la constituyen han sido electos a través de voto cantado —dijo el monarca.

La voz del soberano surgió de su boca tan débil y distante que ni siquiera parecía haber sido él mismo quien formulara aquellas palabras.

—Así sea pues —dictaminó el Uhuren mayor—. Alzaos y emitid vuestro voto, señores.

Todos se alzaron de sus asientos, algunos de ellos visiblemente confusos ante la situación, con su mirada prudentemente baja mientras otros dejaron mostrar su aversión. Remi buscó los ojos de Aris, este parecía tan confuso como él.

—Comencemos —el monarca se dirigió al anciano—. Uhuren mayor, como miembro de los tres órganos que conforman esta asamblea, ¿su elección?

—A favor —respondió este. Tras ello tomó asiento.

—Prosiguen los Altos Iniciados —esta vez el monarca se dirigió a su izquierda—. Uhuren mediun Zenit, ¿su elección?

—A favor —el hombre tomó asiento tal como lo harían también el resto tras dar su respuesta.

—Uhuren mediun Pont, ¿su elección? —continuó el monarca que diría uno a uno los nombres de todos los presentes para que pudieran emitir su voto.

—A favor.

—Uhuren mediun Wearwood, ¿su elección?

El tercero de los Uhurens mediun nació en el mismo barrio que Remi por lo que lo único que los diferenciaba a la hora de dirigirse a uno u otro era el título de mediun o novo.

—A favor.

—Uhuren mediun Pago, ¿su elección?

—A favor.

—Uhuren novo Wearwood —aunque el rostro de su soberano estuviera cubierto, pudo notar como sus ojos se clavaron en él—, ¿su elección?

Un sudor frío nació en la base de la nuca de Remi cayendo por su espalda, haciendo que un escalofrío recorriera su cuerpo. Tantos ojos sobre él, presionándole hacia una respuesta que no estaba seguro de dar. Por gusto personal hubiera votado en contra, sin embargo, su condición de Uhuren novo dentro de los Altos Iniciados no le dejaba lugar alguno al libre albedrío.

—A favor —respondió finalmente con un nudo en la garganta.

—Habiendo votado la totalidad de los Altos Iniciados, los resultados preliminares son de seis votos a favor, cero votos en contra —el monarca se dirigió a los hombres frente a él—. Es el turno de los Iniciados Seglares. Cabeza de familia Rhys, ¿su elección?

—En contra —respondió el hombre aun observando a Maud, sentándose.

—Cabeza de familia Maildor Kelian, ¿su elección?

—¡En contra! —gritó quedando en pie, observando a su hermano.

—Cabeza de familia Mairdor Kendal, ¿su elección?

—En contra —tras su respuesta ambos hermanos tomaron asiento.

—Cabeza de familia Teagan, ¿su elección?

—En contra —Tansei miró con severidad a los Uhurens.

—Cabeza de familia Yann, ¿su elección?

—En contra, alteza.

—Cabeza de familia Faye, ¿su elección?

—No quisiera ir en contra de mis camaradas, mi señor. En contra.

—Cabeza de familia Aswimi, ¿su elección?

—En contra.

—Cabeza de familia Sly, ¿su elección?

—Yo, esto... —en la suave voz de Aris podía palpase el miedo—. En contra —concluyó casi en un susurro, sentándose y evitando la mirada de la mujer.

—Bien, habiendo votado la totalidad de los Iniciados Seglares, los resultados preliminares son de seis votos a favor, ocho votos en contra —en último lugar el monarca se dirigió a los hombres a su derecha—. Es el turno del Consejo de ancianos. Sabio Quiroga, ¿su elección?

—A favor —el anciano no dudó ni por un segundo en su respuesta. Tras ella tomó asiento, costosamente.

—Sabio Alanis, ¿su elección?

—A favor —respondió este con voz ronca y entrecortada.

—Habiendo votado la totalidad del Consejo de ancianos los resultados preliminares son de ocho votos a favor, ocho votos en contra.

Con todos los miembros de vuelta a sus asientos, a excepción del monarca y Maud, el ambiente se volvió excesivamente tenso. Tan solo quedaba por emitir el voto del mayor mandatario de la ciudad y sus elecciones solían ser imprevisibles. Este se llevó las manos a la espalda, entrelazando los dedos e irguiéndose todo cuanto le fue posible. Tomando aire se dispuso a anunciar el voto que desempataría tan considerable elección.

—Yo, Ivo Baruch de Dorian tercero y Sión, soberano de la honorable ciudad de Hannagreth, hago uso de mi derecho a voto decretando mi apoyo a Olionala Maud como miembro del Consejo, votando a favor de su admisión a este —dictaminó con su ambigua voz.

Los cabezas de familia murmuraron entre ellos teniendo que calmar a los gemelos Mairdor que, por un momento, olvidaron su obligación a la hora de mantener obediencia absoluta al líder de la capital.

—Por lo que, habiendo votado la totalidad del Consejo, los resultados finales son de: nueve votos a favor, ocho votos en contra —continuó el monarca haciendo caso omiso a los Iniciados Seglares—. De este modo, decreto que Olionala Maud pasará, a partir de este momento, a formar parte del Consejo de ancianos con el nuevo nombre de Sabia Maud, tomando su papel así entre los dieciocho de Hannagreth.

Finalmente, a los cabezas de familia, aunque indignados, no les quedó más remedio que aceptar el resultado que su Soberano había dispuesto. Maud, arrogantemente, se dirigió a su nuevo asiento en el Consejo, justo entre el moribundo Alanis y el Uhuren mayor. Era obvio para Remi que aquello no había sido más que una trama bien urdida en la que el resultado estaba más que claro, antes incluso de que el mismo Consejo supiera que debía votar. Esos hombres eran altamente predecibles en sus ideas y decisiones.

El Consejo de ancianos siempre estuvo compuesto precisamente por eso, ancianos, no por extranjeras que sobrepasaban la treintena de poco. Como guardianes de la economía de la ciudad y directivos de la administración territorial, ser miembro del Consejo de ancianos otorgaba jurisdicciones demasiado valiosas como para ser puestas en manos de una desconocida. Hacía ya tiempo que a Remi le preocupaba la insensatez de su gran maestro y esta estaba ya alcanzando límites más que peligrosos para el bienestar de una ciudad a la que juraron proteger.

—No puedo expresar con palabras el tremendo honor que representa para mi ser parte de esta asamblea, señores —dijo Maud dejando caer sus parpados sensualmente.

—¿¡Dónde está mi ejército !?—gritó el Uhuren mayor acercando su rostro al de ella.

—Pronto, muy pronto —Maud acarició el rostro del anciano ante la sorpresa del resto.

—Llevo demasiado tiempo escuchando eso —el hombre se apartó de ella, recostándose nervioso sobre su asiento.

—¿Acaso no confiáis en mi palabra? —la mujer cruzó sus largos dedos, apoyando los codos sobre la mesa y la barbilla sobre sus manos—. ¿Cuándo no he cumplido con mi palabra?

—¡El tiempo se acaba! —volvió a gritar el Uhuren mayor.

—Entonces acompañadme y os mostraré vuestro ejército —Maud volvió a dibujar una sonrisa en su rostro.

—¡No! No puedo abandonar la ciudad —las palabras del Uhuren se atropellaron unas a otras en su boca.

—¿Cómo convenceros entonces de que os digo la verdad? —ella parecía estar disfrutando de la angustia del anciano.

—Yo... ¡Ya se! —el Uhuren mayor se levantó de su asiento señalando a Remi—. ¡ Él te acompañará!

—¿Yo? —Remi dio un leve brinco, sorprendido.

—¿Él ?—pregunto Maud mirándolo.

—Si, él es mi hombre de confianza —el Uhuren mayor parecía eufórico de haber encontrado una alternativa que se le antojó perfecta—. Él te acompañará.

—Que así sea —concluyó Maud observándolo atentamente.

Remi poco pudo hacer ante aquella decisión que su gran maestro tomó. Tras más de media hora en la que se discutieron en la mesa asuntos varios sobre la comandancia de la capital, se vio obligado a partir junto a aquella mujer que había sido capaz de encolerizar a la totalidad de los cabezas de familia. Sin ocasión para despedirse de Aris, marchando a un lugar mucho más lejano de lo que jamás había estado.

Contra todo pronóstico, esa mujer tan interesada en formar parte de una asamblea en la que las viejas costumbres predominaban por encima de las nuevas tenía en su poder una de las tecnologías más asombrosas de la época. Una gigantesca aeronave que había tomado tierra a pocos kilómetros de la ciudad reposaba en uno de los claros. Los habitantes de Hannagreth, aún a sabiendas del avance tanto tecnológico como logístico que el mundo estaba viviendo, se resistían al cambio, viendo con malos ojos todo rastro de ella. Por ello era común que los visitantes de otras regiones ocultaran por los alrededores todo ápice de avance. Pero aquel armatoste distaba mucho de lo que Remi podía entender como avances tecnológicos.

La Iriade. Así fue como la presentó Maud al estar frente a ella, tal y como si de un ser vivo se tratase. Una imponente aeronave comprendida por cinco alturas de amplios niveles en los que bien podrían vivir una docena de personas. Su parte delantera era más fina y alargada que el resto del cuerpo, casi puntiaguda, tal y como si su labor fuera ensartar el propio cielo. En la parte trasera un

enorme grupo moto—propulsor era el encargado de mantenerlo en el aire. El fuselaje se disponía completamente liso, sin ninguna ventana o abertura, combándose en todas sus formas como si fuera una única pieza, de un color y material inaudito, ya que la misma propiedad refleja del material hacía que todo cuanto la rodeara se reflejará en su casco cual espejo, otorgándole un excelente camuflaje.

Ascendieron a ella a través de una rampa que se desplegó bajo un acceso invisible a simple vista desde la altura más baja de la nave, la bodega de carga. Sin que Remi se diera cuenta la Iriade encendió sus motores y alzó el vuelo silenciosamente, sin ningún movimiento ni cambió de presión en el interior. Fue cuando llegó al puesto de mando cuando tomó conciencia de ello, en la parte más delantera del cuarto nivel. Maud quedó en pie frente al enorme ventanal que gobernaba la zona de control, observando sin decir palabra alguna a las personas que pilotaban.

Pasaron horas hasta que la Iriade comenzó a frenar su velocidad. En un tiempo inconcebible para Remi habían sido capaces de sobrevolar una buena parte de Dywyll, llegando a acercarse al desierto de Gurk e internándose en el inhóspito mar Ambarino, donde prosiguió su marcha sobre el inexplorado océano hasta llegar a un enorme peñasco que sobresalía del mar. Altos acantilados y grandes arcos naturales resaltaban la figura del islote, en el que un enorme agujero se adentraba en la tierra cientos de metros. La Iriade, cual abeja, se coló a través de la abertura descendiendo por ella, generando un leve zumbido que rebotaba en las cavernosas paredes. Por un momento la oscuridad total les abrazó, al poco y para sorpresa de Remi, un destello en el fondo del abismo los guio.

En lo más profundo de aquel agujero alguien se había tomado la molestia de alzar una inesperada construcción. Un edificio de largos y puntiagudos techos que amenazaban a la inmensidad del cielo con dureza. La aeronave, ahora mínima ante la inmensidad del lugar, penetró en él a través de una abertura formada por enormes estalactitas cristalinas, algunas de las cuales ya se unieron formando robustas columnas. La Iriade golpeó una de ellas en su entrada, haciendo que una pequeña porción de esta se partiera para después regenerarse en un instante ante la incredulidad de Remi. Si alguien le hubiera hablado acerca de la existencia de semejante lugar jamás lo creería de no haber sido testigo directo de ello.

Tras tomar tierra en una de las plataformas de aterrizaje Maud le hizo un gesto para que la siguiera y él así lo hizo. Al tener los pies en tierra la mujer tomó aire, a Remi aquel gesto se le antojó tal y como reaccionaría alguien al encontrarse en su hogar.

—Bienvenido al Palacio de cristal, Uhuren novo Wearwood —dijo ella sonriente.

Aquel lugar no podía tener un nombre más apropiado, ciertamente toda aquella estructura parecía ser un único y enorme pedazo de cristal. Poco después comprobó, una vez más, que las apariencias no hacían más que engañar. En el interior de dicho Palacio todo eran lúgubres y tenebrosos pasillos que se entrelazaban unos con otros sin sentido. Estaba seguro de que, si no fuera por Maud y su escolta, se perdería en aquel lugar por mucho que intentara seguir una consecución de pasillos.

Caminaron hasta llegar frente a una robusta puerta negra de doble abertura, la escolta la abrió y ambos entraron en la sala a la que les dieron paso. Tras ello cerraron con un fuerte golpe dejándolos solos en la sala, vacía si no fuera por un gran trono negro frente a un pedestal cubierto por una larga tela roja en el centro de la estancia. Maud se dirigió al trono sentándose en él, Remi fijó su atención en ella por primera vez. Observó su delicado y regio vestido negro, el largo y oscuro cabello recogido en un contundente moño, sus largas uñas tamborileando sobre el reposabrazos del asiento. La mujer dejó caer sus parpados con sutileza, dejándole ver unas largas y pobladas pestañas.

—Debo decir, Uhuren novo Wearwood, que me encantó tu trabajo —dijo ella con una voz mucho más suave y pausada a la que le tenía acostumbrado.

—¿Disculpe? —Remi desvió la mirada, incómodo.

—Lo que hiciste con los desterrados —Maud abrió los ojos, mirándole—. Estaba en mi conocimiento la alta estima en la que el Uhuren mayor te tiene, pero no había tenido ocasión de comprobar la razón.

—Hice lo que se me ordenó, Sabia Maud —Remi agachó la cabeza.

—¡Sabia Maud! —ella soltó una carcajada seca y rápida—. No creo que me cueste acostumbrarme a ese nombre, sin embargo, tú puedes llamarme solo Maud. Tengo grandes planes para ti, Remi.

—¿Cómo? —una punzada de terror golpeó su estómago—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Sé mucho más a parte de tu nombre —ella se levantó del trono dando unos pasos hacia el pedestal.

Suavemente alargó las manos posándolas sobre la tela hasta prácticamente rozarla. Un leve zumbido emergió bajo esta, reflejando en el suelo un débil destello, muestra de que lo que se encontraba bajo la tela era algo completamente desconocido para él. La mujer torció su gesto levemente para poder observar a Remi, su delicado rostro era el más frío que jamás hubo contemplado.

Lentamente Maud apartó sus largos y delgados dedos del pedestal, desapareciendo tanto el zumbido como el resplandor. Caminó grácilmente hacia él, con los bajos de su vestido acariciando el suelo de mármol negro, deteniéndose únicamente al quedar cara a cara con Remi.

—Sígueme —le ordenó acariciando su incipiente barba—. Y te mostraré lo que tu gran maestro tanto ansía poseer.

Abandonaron la estancia dirigiéndose a la planta más baja del lugar, escoltados por los guardias que esperaron pacientemente tras la puerta. Descendieron hasta que los pasillos dejaron atrás las pocas formas pulidas y translucidas que se alzaban en la superficie. Adentrándose tanto en la base del palacio que incluso la luz proveniente del exterior se extinguió. Hasta que la completa, fría y tenebrosa oscuridad los abrazó, tan solo guiados por la exigua luz de las antorchas que los guardias portaban.

Cuanto más se acercaban a su destino con más claridad podía percibir lo que parecían ser una serie de bramidos, tal vez gruñidos, que no alcanzaba a identificar. A lo lejos del interminable pasadizo un saliente que hacia la función de balconada daba paso a una gigantesca caverna en el interior de la mismísima tierra, iluminada por la luz de las muchas hogueras que ardían en la inmensidad de esta. Remi tuvo que afinar su vista para comprender que era lo que estaba viendo. A sus pies centenares de seres, tal vez miles, se apiñaban mientras gritaban, peleaban o preparaban armas y armaduras junto a los géiseres que cargaban el ambiente con una húmeda y caliente atmosfera.

Remi podía sentir como el corazón le latía con violencia en el interior de su pecho. La garganta se le secó y por un momento creyó que incluso las piernas estaban a punto de fallarle. Jamás en su vida estuvo tan aterrado como en aquel momento; ante unas huestes de seres tan altos como un hombre y medio, de fuerte complexión y marcada musculatura. Su piel era visiblemente áspera y de un desgastado color grisáceo, sobre sus cuerpos no podía apreciarse rastro de vello o cabello. En la mayoría de los casos, en sus figuras se distinguían cicatrices, deformaciones e incluso amputaciones de todo tipo. Tatuajes tribales, exagerados aros y adornos dispuestos en sus grandes orejas, nariz y torso servían como única ornamentación dado que, la gran mayoría, permanecían completamente desnudos sin muestra del más mínimo pudor.

Uno de esos seres subió por una rudimentaria escalera de madera, quedando junto a Maud que se veía ridículamente menuda ante su inmensidad. Al contrario que el resto, este si portaba unos pantalones que parecían haber sido confeccionados con algún tipo de piel de animal. De sus grandes fauces sobresalían cuatro colmillos, dos superiores y dos inferiores, que agrandaban aún más su

cuadrada mandíbula. Remi puso toda la atención que pudo en él, evitando que este notara su interés.

Había oído de la afición de algunos hombres y mujeres en la ciudad de Longa a los que su desmesurado culto al cuerpo los llevó a desarrollar en exceso músculos que en el resto de los humanos podían no ser siquiera visibles. Pero en el cuerpo de aquel ser se marcaban músculos que Remi dudaba que un humano tuviera en su fisonomía. Las venas hinchadas recorrían los contornos de sus brazos y parte del vientre. Al fijar la vista en ellas comprobó cómo en algunas zonas su piel se cuarteaba y secaba hasta formar capas que profundizaban en la carne.

—Mi señora —la reverenció el ser con una voz ronca y profunda.

La sorpresa de Remi fue máxima al comprobar que aquellos seres podían comunicarse en el mismo idioma en el que ellos lo hacían.

—Kornak —le respondió ella con una sutil caída de ojos—, él es el Uhuren novo Wearwood, será nuestro enlace con Hannagreth.

El ser al que Maud se refirió como Kornak lo observó mientras dejaba escapar un leve gruñido. Remi juraría haber visto el aire que surgía de su nariz al hacerlo.

—¿Están listos? —le preguntó Maud a Kornak.

—Aún no, mi señora —respondió este volviendo a poner su atención sobre la mujer—. Pero están listos para escucharte.

—Excelente —Maud sonrió satisfecha.

La mujer dio unos pasos quedando al borde del saliente, alzó los brazos y miró a sus pies extasiada. Lentamente los seres fueron callando y deteniéndose en sus quehaceres prestándole atención, hasta que la caverna quedó sumida en un insólito silencio frente al alboroto de hacía unos segundos. Remi no podía creer que todo cuanto estaba presenciando fuera real, tan solo deseaba huir y jamás regresar a aquel lugar maldito.

—¡Poderosos Heidans! —gritó Maud refiriéndose a ellos, con una potente voz que retumbó en todas las paredes del lugar—. Somos una estirpe en decadencia, avocados a la extinción. El gran señor ya no atiende a nuestras plegarias —algunos de los seres gruñeron—. ¡Pero escuchad! Todos aquellos que aún creáis en su gloria. ¡Vosotros! Conscientes de que el tiempo nos ha arrebatado lo que por derecho natural nos pertenece. ¡Alzaos y caminad conmigo hacia el mundo que os ofrezco! —los gritos de apoyo comenzaron a escucharse a sus pies—. Porque la Era que tanto habéis anhelado está a punto de alzarse.

Los gritos y bramidos tomaron el lugar de las palabras de Maud, inundando la caverna. Ella, con los brazos aún en alto, se regocijó en su éxito ante un inflexible Kornak y un asustado Remi. La mujer hinchada por aquel baño de masas se giró, mirándolo y añadiendo unas últimas palabras a su discurso. Unas palabras solo perceptibles para Remi.

—Contempla, venido de Hannagreth, a una pequeña parte del célebre ejército de Washyubem

La debilidad de Yidrianna

—Los representantes de la Sede Hughs requieren tu presencia de inmediato —susurró Lexx a su oído.

Eso fue cuanto Yidrianna necesitó para despedirse de Kurt y Faunett, marchándose junto al comandante sin dudar.

Ambos se dirigieron a uno de los hangares inferiores donde los representantes de Hughs se disponía a tomar el transporte de regreso a su hogar. Broten, junto al resto de miembros del Comité disciplinario, se despedían de tan ilustres invitados.

—¡Ah, interventora Hannah! —exclamó Broten advirtiéndoles.

—Señores —saludó esta, haciendo una reverencia que ninguno de los presentes le devolvió.

—Permítame que le presente a los instructores Logan y Bevan, miembros del Consejo disciplinario de la Sede Hughs.

Anunció el adalid refiriéndose a los hombres junto a él, ambos con el mismo corte de pelo reglamentario y la indumentaria oficial de la estricta Hughs. Aquellas personas representaban a la perfección el estándar del órgano principal de los comandos de competición, en donde todo tenía un orden y lugar milimétricamente establecido.

—Por lo que tengo entendido tienen una interesante propuesta que ofrecerle a la supervisora Hannah —añadió Broten sonriente—. ¿No es así?

—Así es —el mayor de ellos, Bevan, dio un paso adelante—. Su excelente trayectoria no ha pasado desapercibida para nosotros. El líder de adalides, Shem Eamonn, se enorgullece en poder brindarle uno de los puestos de supervisora en la mismísima Sede Hughs.

—¿Cómo? —alcanzó a balbucear Yidrianna con voz entrecortada.

—No se inquiete, interventora Hannah —continuó Logan—. Somos conscientes de la magnitud de dicha decisión, por lo que no se le exige una respuesta inmediata.

—¡Cierto! —exclamó Broten eufórico—. Tal vez un descanso de sus obligaciones le ayude a despejar la mente —él la miró con un brillo especial en sus ojos—. Es un miembro muy importante para esta academia, Yidrianna, pero debe decidir sabiamente qué es lo mejor para su futuro.

Yidrianna no supo qué responder, por lo que se limitó a reverenciar, una y otra vez, a ambos instructores mientras estos, minutos después, marchaban para regresar a su lugar de origen.

Pálida, abandonó el hangar dirigiéndose a su despacho, dejando su inseparable UCP personal sobre el escritorio al entrar y derrumbándose sobre el cómodo asiento. Suspiró cerrando los ojos con fuerza mientras se quitaba las gafas, dejándolas también sobre la superficie de la mesa. La proposición que acababan de hacerle era sumamente tentadora y no del todo inesperada. El siguiente y más lógico paso en su escalada en pos de una brillante carrera. Supervisora en Hughs. Ese era un honor que muy pocos tenían el placer de disfrutar. Sin embargo, aquella última frase de Broten aportó un peso en su conciencia difícil de ignorar. Yidrianna sabía cuán importante era su puesto en Evengarg, pero, aun así, no era su gratitud hacia la Academia que la vio crecer lo que más atribuía a dejar atrás.

Una llamada a su puerta la hizo volver al mundo real.

—Adelante —dijo mientras se erguía en su asiento entrecruzando los dedos.

—Interventora —saludó Lexx entrando y cerrando la puerta tras de sí.

—Ahora no... —ella abandonó su indiferente posición frotándose los ojos, cansadamente.

—Solo quería darte la enhorabuena —se defendió él con las manos en alto—. Parece que después de tantas quejas tu trabajo está dando sus frutos.

Yidrianna le lanzó una férrea mirada que no opacó la sonrisa del comandante.

—¿Has venido a convencerme? —preguntó ella recelosa.

—He venido a ratificar lo buena idea que me parece —puntualizó él.

—¿Es lo único que tienes que decir respecto a todo lo que ha pasado?

Yidrianna se echó atrás en el asiento, haciendo que las ruedas se desplazaran alejándola ligeramente de la mesa. Lexx se acercó hasta quedar frente a ella, sentándose sobre el escritorio, con las rodillas desnudas de ella entre sus piernas.

—Me encargaré personalmente de averiguar qué es lo que ocurrió en Hannagreth —declaró él—. Tengo demasiados intereses puestos en ese suceso.

—No pienses que podrás proteger a tu hermano eternamente, Lexx —suspiró ella.

—No es solo a Lei a quien quiero proteger.

—Mi comandante, tan diplomático como siempre —Yidrianna le mantuvo la mirada sin poder controlar los latidos de su corazón.

—Ya me conoces —puntualizó Lexx sonriendo.

—Sí, te conozco. Y... —ella cambió de tema intentando mantener una actitud distante—. ¿Respecto a mi candidatura a Hughs?

—¿Qué es lo que quieres que diga respecto a eso? —susurró él dulcemente, acercándose más.

—No quiero que digas nada —respondió ella malhumorada, notando cómo sus mejillas se enrojecían.

Yidrianna giró la cabeza, rompiendo así el contacto visual. A pesar de todo continuaba poniéndola nerviosa su cercanía, la cercanía del estúpido Lexx. Este se estiró agarrando los reposabrazos de la silla, atrayéndola hacia él hasta que los rostros de ambos quedaron a apenas unos centímetros. Ella, agitada, fue pasando la mirada de los ojos de su comandante a sus labios.

—¿Quieres que te diga que no lo aceptes? —susurro él—. ¿Que no te vayas?

—¡No seas idiota! —chilló ella intentando zafarse.

—No te vayas —añadió.

Lexx cogió su nuca, acercándose y besándola. Yidrianna cesó en su intento por alejarse, dejándose llevar por la única persona capaz de hacerle olvidar el brillante futuro con el que siempre había soñado. La única persona capaz de retenerla en Evengarg.

Tu memoria, mi corazón

Aunque hubieran transcurrido unos días desde el incidente de Hannagreth, Lei solo fue capaz de ver a May en una única ocasión y fue cuando, tanto ella como Ion, se hallaban en el interior del despacho de Broten, acompañados por Lexx. Él se encontraba en el pasillo junto a Braiz, curiosos por aquellos extraños, cuando May alzó su cabeza mirando al exterior, encontrándose con los ojos de Lei. Al hacerlo la joven esbozó una sonrisa e incluso le pareció ver como un leve rubor aparecía en sus mejillas. Lei sintió un repentino vacío instalándose en la boca de su estómago y, automáticamente, dirigió la mano hacia el interior del bolsillo en el que guardó el collar. Por un momento se vio arrollado por un sinfín de sentimientos que le incomodaron hasta que Broten cerró la puerta, rompiendo el contacto visual entre ambos. Tras aquello no volvió a verla.

Por otra parte, era común que Ion se escabullera para curiosear por lugares de la Academia en los que no debería estar, cosa que le hubo costado ya más de una reprimenda.

Por mucho que se empeñara en preguntar a sus superiores sobre sus dos nuevos residentes las respuestas que recibía eran pocas. Pero si algo quedó claro era que, el hecho de que Evengarg estuviera dando cobijo a aquellos dos desterrados de Hannagreth, les estaba acarreado serias consecuencias. Días atrás, cuando May e Ion llevaban poco más de dos días ahí, un miembro del Consejo de la ciudad se personó escoltado por una veintena de guardias reales. Se presentó como Mur, uno de los miembros del Consejo de Sabios de la asamblea. El tiempo que estuvo en Evengarg fue corto, pero el suficiente como para llevar a cabo acciones de las cuales Lexx no quiso hablar. Lei no era estúpido y sabía que algo estaba ocurriendo en la Academia concerniente a ambos desterrados, algo que muy probablemente él mismo había provocado salvando sus vidas.

Aquella mañana, un aviso entrante en su UCP personal le convocó al despacho de Broten. Jamás, desde su llegada a Evengarg siendo niño, había vuelto a ser requerido en el despacho del adalid y a pesar de temer las razones de su citación jamás imaginó la naturaleza real de la misma.

—Sí, entrenarla —declaró Broten alzando la vista de los papeles dispuestos sobre su mesa—. Quiero que te hagas cargo del entrenamiento de May Nouk. ¿Hay algún problema en ello?

—No, señor —Lei, con las manos a la espalda y en pie frente a su superior, replicó—, pero ella no es un miembro de la Academia. No ha recibido conocimientos previos en ninguna de las materias necesarias y en el hipotético caso de que se aceptara a alguien de su edad, esta debería comenzar con clases teóricas, al igual que los niños.

—¿En el hipotético caso? —Broten se quitó las gafas, levantándose—. No estás aquí para formular hipótesis, miembro de infantería 1505. Estás aquí para acatar órdenes, sin peros ni preguntas.

—Sí, señor —Lei bajó la cabeza.

—No es inteligente ir en contra de las órdenes directas que un superior te da y parece ser algo que tiendes a hacer con suma facilidad —el adalid caminó hacia él, rodeándolo—. Si quieres imponer tus ideas trabaja duro, sin excusas. Ascende y el día que puedas mirar a tus superiores como a un igual,

ese día, alza tu voz por encima de las del resto.

Aquellas palabras confundieron a Lei mucho más de lo que lo motivaron, siempre y cuando esa hubiera sido su intención. El hombre se detuvo frente a él, suspirando.

—Escucha, Lei, esto no es ningún tipo de castigo si es eso lo que estás pensando —las palabras de Broten sonaron como si pudiera leer sus pensamientos—. Por lo que a nosotros respecta, tanto la joven como el niño, son protegidos de Evengarg y como bien sabrás nadie puede vivir entre estas paredes sin cumplir una función en ellas. Ambos han demostrado grandes aptitudes en cuanto a supervivencia, sería un desperdicio avocarlos a tareas civiles.

—Entendido —Lei volvió a mirar a Broten.

—Como bien has recalcado, el entrenamiento debe comenzar por su fase teórica y así será en el caso del niño Harana —el adalid cogió uno de los papeles sobre la mesa, mirándolo—. El caso de May Nouk es algo diferente. No podemos mezclarla con los infantes, por lo que requerirá de una atención más personalizada.

—¿Una atención más personalizada por mi parte? —Lei se sintió incómodo con aquella idea.

—¡No solo por tu parte! —Broten rio divertido—. Habrá otros que también se encarguen de su entrenamiento, como el comando Litz, por ejemplo.

—¿Y en qué facción debo centrar mi entrenamiento con ella, señor? —preguntó ignorando lo que le pareció tan gracioso a su superior.

—Obviamente en la parte teórica no —Broten volvió a reír ante el molesto Lei—. No te enfades, chico —suspiró el hombre—. La verdad es que me gustaría que hicieras un informe preliminar referente a su condición física.

—¿Condición física? —las palabras de Lei se atropellaron mientras el adalid volvía a su mesa.

—Sí, esa chica estuvo corriendo durante horas adentrándose en el maldito bosque Ladero, llegar a las inmediaciones de Dywyll y acabar cabalgando un ser extinto hace décadas —el hombre dejó escapar un bufido de incredulidad—. Un animal que la llevaría hasta las puertas de Hannagreth, entrando sin problemas en la ciudad y viéndose en mitad del asedio. Salvando no solo su vida sino también la de ese niño para, finalmente, encaramarse a uno de los vehículos de un comando de competición —Broten se sentó removiendo los papeles sobre su mesa—. ¿Realmente no despierta en ti ni el más mínimo ápice de curiosidad?

—Bueno, dicho así... —era la primera vez que recibía información detallada sobre lo ocurrido y esta lo dejó estupefacto.

—Bien, puedes marcharte —le ordenó el hombre. Él hizo una reverencia y se dirigió a la puerta—. ¡Lei! Una última cosa... —le detuvo el adalid—. Resulta molesto lo reservada que está siendo respecto a su procedencia e historia anterior a Hannagreth y la razón por la cual se adentró en el bosque. Averígualo.

Tras aquella orden el hombre volvió a sumergirse en sus papeles. Lei abandonó el despacho con la mente repleta de preguntas. Esa chica estaba envuelta en muchos más misterios de los que hubiera imaginado. Ni siquiera estaba seguro si él mismo sería capaz de adentrarse en Dywyll en mitad de la noche. Lexx seguro lo haría.

Preguntó a la asistente personal de Broten, con su mesa dispuesta a las puertas del despacho, donde podría encontrar a May.

—Nivel 9. Dormitorios de aspirantes, ala este, habitación 9-37 —le informó la mujer apáticamente.

Con una curiosidad que se negaba a aceptar, se dirigió al lugar indicado mientras sopesaba lo que Broten acababa de contarle. ¿Criaturas mitológicas extintas? ¿Pernoctaciones en un bosque que quitaba el sueño a los comandos más aguerridos? Lo único que tenía por seguro era como, tanto ella

como Ion, lograron sobrevivir al asedio de la ciudad, ya que fue el propio Lei el que se interpuso entre ellos y una gigantesca masa de fuego que los habría calcinado al instante. Pero aquel era un hecho que aún no se decidía a compartir dada la falta de confianza que se depositaba en él por sus reservas a la hora de acatar órdenes que creía inadmisibles.

En la puerta el panel informativo marcaba la presencia de May en la habitación, pero no estaba sola. Ion, a pesar de tener su propio dormitorio y deber estar acudiendo a una de sus clases en ese momento, se encontraba también en el interior. Apartando la inquietud que le acompañó todo el camino tomó valor y tocó a la puerta. Esperó unos segundos, no hubo respuesta. Volvió a tocar. Se escuchó un fuerte golpe seguido de unos pasos que se dirigían a la puerta, abriéndose. May quedó inmóvil frente a él, mirándolo. Lei sintió como aquella irritante desazón volvía a instalarse en la boca de su estómago, lugar al que parecía haberse acomodado. Ion permanecía en pie frente a la cama, unos metros por detrás de ella, con las manos a su espalda y visiblemente nervioso.

—Mi nombre es Aleixein Severet Lonehart, miembro de infantería 1505 —las palabras de Lei surgieron a gran velocidad de su boca—. He sido enviado aquí por orden directa del eminente adalid Alef Broten, líder y protector de la honorable Academia de comandos de competición dedicada a Terrance Evangarg, con la finalidad de llevar a cabo un informe de pruebas preliminares para el conocimiento de las aptitudes físicas de la candidata May Nouk.

—¿Que? —May no pudo ocultar su confusión ante tanta palabrería.

—¿Eres tú May Nouk? —preguntó Lei manteniendo la seriedad en su tono de voz.

—Sí —respondió ella sonriendo.

—Mi nombre es Alei...

—Aleixein Lonehart, miembro de infantería 1505 —le interrumpió ella divertida—. Lo he entendido.

—Bien... —Lei apartó la vista de ella, avergonzado—. Debes acompañarme.

—¿A dónde? —preguntó Ion—. ¿Para qué?

—Tú no deberías estar aquí —respondió Lei mirándolo. Por un momento se había olvidado de la presencia de Ion—. Por lo que tengo entendido, deberías estar acudiendo a una de tus clases.

—Estaré donde me dé la gana —respondió el niño con voz grave.

—¡Ion! —le reprendió May.

—Como decía antes de ser interrumpido —continuó Lei—, así como él debería estar recibiendo sus lecciones teóricas, tú debes venir conmigo para que pueda dictaminar el punto desde el que debemos comenzar con tu entrenamiento.

—¡No voy a ir a ninguna clase! —Ión alzó su mano derecha mostrando una gran llave inglesa que mantenía bien sujeta.

Corrió hacia Lei gritando con la intención de abalanzarse sobre él. Cuando estuvieron lo bastante cerca el uno del otro, Lei agarró su camisa a la altura del pecho. Con una sola mano y un único y rápido movimiento pasó su pierna derecha tras él, empujándolo, mientras con la mano libre agarraba la llave inglesa desarmándolo y dejando a Ion tirado en el suelo, a sus pies.

—¿¡Estás loco !?—le recriminó May arrodillándose junto a él.

—¡No pienso quedarme aquí !—gritó Ion cubriéndose la cara con el brazo para no mostrar sus lágrimas—. ¡Ni yo, ni ella!

—¿Y se puede saber cuál era tu plan para evitarlo? —preguntó Lei arrogantemente mostrando la herramienta.

—Solo está asustado —le excusó May acariciando los rubios cabellos de Ion—. Ambos lo estamos...

—No vamos a haceros daño. Creo que ya os lo han dejado suficientemente claro —Lei abrió los

brazos como si quisiera abarcar la habitación entera con ese gesto.

—¡Yo no quiero estar aquí! —Ion se levantó, reponiéndose.

—A mí no me importa en absoluto lo que tú quieras —contestó Lei fríamente lanzando una mirada que no solo intimidó a Ion.

—¿Acaso tienes idea de todo por lo que ha pasado? —preguntó May duramente levantándose también del suelo—. ¿De lo que ha tenido que ver?

Realmente lo que Ion hubiera visto, vivido o sentido no era de la incumbencia de Lei, pero la inquisitiva mirada de May hizo que se avergonzara de la crueldad de sus palabras.

—Tan solo quiere volver a su casa —continuó ella—. ¿Tan difícil es eso de comprender para ti?

—¿Volver a su casa? —repitió Lei.

—Sí —May miró a Ion posando una mano en su hombro, el cual luchaba aún por mantener sus lágrimas bajo control.

—¿Le has hecho llegar tu petición a nuestro adalid? —preguntó Lei, Ion se limitó a negar con la cabeza—. ¿Por qué no? —preguntó esta vez dirigiéndose a May.

—Os teme —respondió ella—. Ambos lo hacemos...

—Ya os he dicho que no vamos a haceros mal alguno —repitió Lei suspirando—. Solo queremos ayudaros.

—Eso no suena muy convincente cuando nos habéis hecho prisioneros —añadió ella.

—¿Prisioneros? —Lei comprendió que algo se le escapaba en toda aquella situación.

—No nos dejan irnos —dijo Ion hipando tras el largo silencio.

—Hasta donde yo sé, Hannagreth os busca y Evengarg os protege —comunicó él. Sin embargo, en el rostro de ambos pudo apreciar un miedo real—. Por ello se os ha admitido como aspirantes en esta academia.

—¡Nosotros no queremos eso! —volvió a gritar Ion—. ¡Yo solo quiero volver a mi casa, con mi madre! —las lágrimas finalmente escaparon de sus ojos.

—Está bien —Lei se frotó la nuca—. Esto es un centro de formación y convivencia de comandos de competición, no una cárcel. Averiguaré lo que está pasando.

Tanto May como Ion lo miraron desconcertados. Lei tenía claras cuáles eran sus obligaciones y la de carcelero no era una de ellas. Puede que Broten le hubiera dado unas órdenes directas, pero no estaba dispuesto a llevarlas a cabo hasta no estar seguro de que era lo que estaba ocurriendo.

—Te doy mi palabra de que hablaré personalmente con el adalid para que te dejen ver a tus padres —Lei se llevó una mano al pecho—. Lo prometo.

Formular aquellas simples palabras amistosas se le antojó tremendamente difícil. Se sintió idiota teniendo que dar tal inconveniente muestra de afecto, pero aquello pareció contentar al niño que dejó de llorar, accediendo a la petición de Lei.

Los tres abandonaron la habitación y tras comprobar como Ion realmente acudía al aula a la cual debería estar asistiendo, May y Lei se encaminaron al sexto nivel. Allí se encontraban las salas de entrenamiento, siendo parte de la zona deportiva. Al pasar junto a la vidriera a través de la cual May saltó días atrás intentando huir, ella miró distraída en dirección contraria.

—Hubieras muerto —dijo Lei con la mirada al frente.

—No tenía pensado hacerlo —May clavó sus castaños ojos en él.

—Si no hubieran activado el sistema de emergencia habrías muerto contra el despeñadero —aclaró él.

—¿Así que eso es lo que era? —May se frotó el brazo dislocado, ya curado—. ¿Un sistema de emergencia?

—Sí —Lei la miró directamente por primera vez—. ¿En qué estabas pensando para hacer algo así? Fue prácticamente un suicidio.

Ella se limitó a torcer el gesto, apartando su mirada para posarla distraídamente sobre un panel informativo en el que se detallaban las diferentes secciones del área deportiva.

—Al contrario que Ion, yo no quiero marcharme de aquí —contestó con un tono de voz tan bajo que Lei se vio obligado a acercarse para poder escucharla—. Hay cosas peores que la muerte...

De todas las respuestas que esperó recibir aquella fue la que menos esperaba. No concebía que podía ser tan terrible como para preferir la muerte.

La observó con detenimiento, estudiando cada uno de sus gestos por ligeros que fueran, tomándose el tiempo necesario mientras ella leía en voz alta lo descrito en el panel. Concentrada en cada letra, cada línea. Sus labios interpretando las palabras, sus manos apartando el cabello de su rostro para acomodarlo delicadamente tras sus pequeñas orejas, emanando con cada sutil movimiento un dulce aroma.

—¡Ey, mira, si son los »sin«, juntos! —exclamó un atlético joven pasando junto a ellos mientras sus acompañantes reían jocosamente.

May dejó de leer, mirándolos. El grupo de chicos susurró algo inaudible para ellos desde esa distancia, marchándose en dirección al ascensor. Ella volvió a dirigirse a Lei que se mantenía inmerso en el panel informativo, como si en ningún momento hubiera estado pendiente de ella.

—¿Qué es eso de los »sin«? —preguntó ella—. Ya me han llamado eso antes...

—Es una tontería, no les hagas caso —respondió él sin mirarla.

—Quiero saberlo —insistió May.

—Está bien —Lei suspiró mirándola de nuevo—. La gente de aquí se refiere a ti como »la sin memoria« —él se sintió violento pronunciando aquellas palabras.

—La sin memoria... —repitió ella pensativa—. ¿Y tú?

—Es una estupidez —Lei bufó introduciendo las manos en el interior de los bolsillos del pantalón.

—Tú sabes porque yo soy la »sin« algo —May sonrió—. Yo también quiero saber qué es lo que te falta a ti.

—¡A mí no me falta nada! —un fuerte latido tambaleó el temple de Lei—. Por aquí me llaman »el sin corazón« —confesó ante su insistente mirada.

—Así que yo soy »la sin memoria« y tú »el sin corazón« —May carcajeó divertida—. Están hechos todos unos poetas.

Aquel comentario junto a su sonora y fresca risa hizo que Lei se sintiera más cómodo ante la situación. De un modo extraño, May parecía tener la facilidad de quitarle peso e importancia a determinadas situaciones y eso era algo que él apreciaba enormemente en aquellos momentos. El sosiego que sentía por sus palabras era solo equiparable a la inquietud que su presencia le proporcionaba. Un contraste de sensaciones al que creía que jamás podría acostumbrarse.

—Será mejor que comencemos con el entrenamiento —concluyó Lei finalmente.

Ella divertida y él levemente sonrojado, se dirigieron a una de las salas de entrenamiento.

Aunque en un principio May se mostró reticente en llevar a cabo algunos de los ejercicios propuestos, finalmente accedió, convirtiéndose más en un juego para ella que en un entrenamiento. Poniendo a prueba tanto su velocidad como su fuerza, resistencia y agilidad.

Durante aquella semana las horas de entrenamiento se intensificaron mediante pasaban los días, confiriendo unos excelentes resultados que impresionaron a Lei. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más sencillo les era entablar conversación el uno con el otro, aunque la mayoría de las veces era May

la que se limitaba a hablar y Lei, simplemente, a escuchar.

Una mañana, tras ser testigo de cómo fue capaz de trepar por una cuerda suspendida en el aire asida tan solo por una argolla clavada en el techo, a quince metros de altura, se aventuró a preguntarle cual era la causa de su buena forma física. May le habló sobre las largas jornadas de trabajo recogiendo el grano de los campos, de los enormes árboles a los que debía trepar para poder alcanzar sus frutos, de las ardientes mañanas en las que caminaba kilómetros para conseguir el agua clara y limpia del río más cercano. Cuanto más narraba sobre su pasado, más parecía avergonzarse de su humilde origen. A Lei todas y cada una de sus historias le resultaron fascinantes. Pero aun así, con la predisposición de May por ofrecer respuestas, no logró averiguar la razón que la hizo huir de tan idílica vida a sus ojos.

Pasados unos días Lei finalmente logró reunirse con el adalid para poder cumplir su promesa con Ion. Broten insistió en que, si sus padres hubieran estado interesados en dar con su hijo, se habrían puesto en contacto con la Academia dado que la ciudad de Hannagreth estaba al tanto de la ubicación del niño. De igual manera Lei insistió y Broten acabó accediendo a la petición con una condición. El propio Lei, acompañado por otro evengarg, debían acompañar al niño y escoltarlo en todo momento.

Cuando le comunicó la noticia a Ion, este no cabía en sí de felicidad. May insistió en acompañarlos y Broten, al no encontrar impedimento, lo permitió. Lei se enfrentó así al siguiente paso, encontrar a algún miembro de los comandos de competición que deseara acompañarlos. Su primera y única opción fue Lexx, el cual declinó la oferta alegando estar demasiado ocupado para ello.

Ya entrada la noche se dirigió a una de las salas del pabellón deportivo con la Layade entre sus manos; necesitaba desahogarse y una buena sesión de entrenamiento parecía ser la mejor de las opciones para conseguirlo. Ese era uno de los pocos niveles que permanecían abiertos las veinticuatro horas del día, sin embargo, no era muy común encontrarse con alguien de madrugada y aquella noche alguien más a parte de él parecía haber sentido la necesidad de desconectar. Curioso fue hacia las estancias de combates de donde provenían los gritos de esfuerzo. Braiz estaba solo en el interior de una de ellas practicando violentos movimientos de asalto.

Lei se quedó tras el cristal que hacía la función de pared, observándolo. Había escuchado sobre el tremendo arte con el que Braiz ejecutaba sus golpes. Incluso en alguna ocasión, las pocas que coincidió con él en las clases de defensa personal, fue testigo directo de su habilidad no solo con las manos, sino también con sus piernas. Sus destrezas habían mejorado enormemente desde la última vez que lo vio competir, fruto de las largas jornadas de práctica y un talento innato. Braiz había hecho de su cuerpo una perfecta y letal arma.

Cuando reparó en Lei su rostro cambió mientras detenía sus movimientos. En donde hacía unos segundos se apreciaban unos ojos tenaces y unos labios fruncidos por el esfuerzo, ahora se dibujaba una amplia sonrisa de blancos dientes y mirada afable. Lo saludó a través del cristal, efusivamente. Cogió una toalla secándose el empapado cabello rubio, pasándosela después por el torso desnudo eliminando el sudor mientras abría la puerta.

—Es todo un desfogue, ¿no crees? —dijo Braiz haciendo un movimiento con la mano que invitaba a Lei a entrar.

Este aceptó la invitación, entrando. A pesar de no haber entablado grandes conversaciones con él le resultaba sencillo aceptar su cercanía. Caminó unos pasos hasta apoyar la Layade en la pared. Braiz, al instante, se sintió atraído por ella, intentando agarrarla torpemente haciendo que esta resbalara a punto de golpear el suelo. Lei reaccionó cogiéndola justo a tiempo.

—¡No es un juguete! —le riñó él.

—Lo sé, lo siento —se disculpó Braiz—. Es solo que he oído muchas historias sobre ella.

—¿Ah, sí? —Lei la desenfundó comprobándola, poniendo especial atención en el filo.

—Sí, he oído que es mágica —el joven la observaba como si estuviera hechizado por ella.

—¿Mágica? —Lei soltó un peculiar gruñido pretendiendo burlarse de esas palabras—. ¿Qué clase de tontería supersticiosa es esa?

—Era solo una forma de hablar —se defendió rascándose la cabeza—. Bueno, entonces, si no es más que una espada normal y corriente, supongo que no te importará que te rete a un duelo.

—¿Un duelo? —Lei lo miró frunciendo el ceño—. ¿Estás loco?

—En absoluto —respondió Braiz jovialmente alzando los puños.

—¿De verdad me estás retando, Donovan? —preguntó Lei nuevamente bajando la Layade.

—¿Acaso tienes miedo a perder, Lonehart? —Braiz sonrió mostrando su perfecta dentadura.

—No puedes haber dicho eso en serio —Lei apoyó el arma contra la pared de nuevo el tiempo suficiente para quitarse la chaqueta, quedándose con la camiseta sin mangas que llevaba debajo—. ¿Perder yo? ¿Contra ti? —volvió a sostener la Layade entre sus manos.

—¿Entonces aceptas? —preguntó Braiz comenzando a dar pequeños saltos, moviéndose.

—Por supuesto —él se alejó unos pasos de su contrincante—. Elige modalidad.

—Libre, cada uno su especialidad —Braiz lanzó un puñetazo al aire—. Tu espada mágica contra mi cuerpo.

—Debes estar de broma —Lei no pudo evitar arquear las cejas ante aquello.

—¡Vamos, guapito! —exclamó Braiz moviendo sus pies con más rapidez.

Lei suspiró alzando su Layade, dispuesto a comenzar el duelo, convencido de que aquello era una absoluta locura. Braiz ni siquiera lograría acercarse a él con sus manos desnudas.

Ambos, como si hubieran sido alertados por un pistoletazo de salida, se abalanzaron el uno sobre otro. Lei se sorprendió ante la extraordinaria maestría con la que Braiz esquivaba cada uno de sus ataques sin demasiado esfuerzo. A pesar de su robusto tamaño, sus movimientos estaban dotados de una inusitada gracia.

Lei alzó la Layade con un desplazamiento circular, dispuesto a golpear las piernas de su oponente. Sin embargo, este, al intuirlo, saltó dando una voltereta lateral en la misma dirección que lo hacía el arma, quedando fuera de su alcance y utilizando los pies para golpearle a la altura del estómago, haciéndole perder el equilibrio. Desconcertado corrigió su postura volviendo a ponerse en guardia. Braiz sonreía satisfecho ante su hazaña. Retomó su posición, atacándole y obligándole a retroceder ante los golpes, esquivando cuanto podía mientras intentaba encontrar un punto débil en su estrategia de combate.

Lei lo había subestimado. Su gran Layade suponía una desventaja ante las habilidades de Braiz ya que esta le obligaba a que sus movimientos fueran mucho más lentos y rudos que los de su compañero. En una pelea justa en el campo de batalla, Lei no tendría más opción que cercenar los miembros de alguien con esas aptitudes para poder doblegarlo, en un entrenamiento sus alternativas eran nulas.

Cuando quiso darse cuenta, Braiz lo tenía acorralado contra la pared y en cuanto su espalda chocó contra ella aprovechó para propinarle un fuerte puñetazo en el estómago. Lei soltó la Layade que golpeó el suelo con un fuerte chasquido, llevándose las manos al estómago. Braiz detuvo sus movimientos acercándose a él con preocupación.

—Tío, ¿estás bien? —Braiz puso una mano sobre su hombro, con preocupación—. Lo siento...

—Eres bueno —dijo Lei curvando la comisura derecha de sus labios, lanzándole una vigorosa mirada.

—Estás loco —Braiz rio tranquilizadamente mientras le golpeaba la espalda, apartándose de él.
—Tengo una misión no retributiva que llevar a cabo, fácil y rápida —dijo Lei recogiendo el arma del suelo e incorporándose—. ¿Te apuntas?
Braiz no respondió, simplemente se limitó a sonreír mientras le guiñaba un ojo.

Lo que Patrice nunca vio

Tras días de camino a pie y numerosos berrinches por parte de Philpha, llegaron a Foriet. Aquel lugar lucía agradablemente diferente a la última vez que estuvo en él. En otro tiempo, en una noche oscura y tormentosa, con el pueblo devastado por las llamas e impregnado por el característico olor que solo la guerra dejaba. Le dolió en el alma dejar a la pequeña May abandonada en aquel lugar olvidado, pero, a su entender, una villa ya asediada era el mejor escondite. Ahora, por primera vez, pudo comprobar cuan acertada fue su corazonada. El pueblo había sido reconstruido, levantando humildes y acogedoras casas de madera con jardineras en las que crecían flores de múltiples colores. Caminos de tierra cuidadosamente dibujados daban acceso al más recóndito de los rincones y los árboles, aunque jóvenes, decoraban toda la estampa. Aquella mañana el sol brillaba en lo alto del cielo completamente despejado creando al paisaje una imagen casi idílica.

Herban se giró con la intención de dirigirse al resto de su comunidad, pero el miembro más conflictivo de esta ya no se encontraba en el mismo lugar en el que estaba segundos atrás. Los perros, juguetones, saltaban y ladraban en torno a un enorme almendro. Fue hacia ellos alzando la mirada en dirección a la copa del árbol, comprobando como Philpha se hubo encaramado para coger alguno de sus frutos. De alguna forma que Herban no lograba entender Philpha tenía una gran facilidad para trepar pese a sus menudas extremidades.

—Baja de ahí. ¿Quieres? —la reprendió Herban suspirando.

—Solo una más —insistió ella mientras se estiraba todo cuanto podía.

Al parecer se había empeñado en coger una gran almendra que era obvio no estaba a su alcance. Aferrándose al tronco puso una de sus patas sobre una endeble rama e imprudentemente se impulsó dando un pequeño salto. La rama cedió y ella cayó sin llegar a alcanzar el ansiado fruto. Herban corrió con los brazos abiertos, sin llegar a cogerla. Philpha cayó con todo su peso sobre la espalda de Herban, quedando ambos tendidos en el suelo con los perros ladrando a su alrededor mientras la pequeña ardilla huía del bolsillo del pantalón del hombre para cobijarse tras el árbol.

—¡Ya está bien, Philpha! —gritó él.

Herban se levantó enfurecido quitándosela de encima. Era mucho el amor que sentía por ella, pero en ocasiones le desquiciaba su comportamiento. La cogió por los hombros alzándola para ponerla en pie y mirarla directamente a los ojos. Las orejas de Philpha se doblaron hacia atrás, pegándolas a la cabeza a modo de sumisión. Al momento Herban se sintió culpable por haberle gritado.

—Escúchame muy atentamente —comenzó a decir con un tono de voz mucho más suave—. Tengo que ir al pueblo, será un momento —Philpha puso sus ojos en él—. Vosotros. ¡Todos vosotros! —recalcó mirando a los perros que dejaron de ladrar—. Iréis a la cueva que hemos encontrado un kilómetro atrás y esperaréis a que regrese sin montar ningún escándalo. ¿Ha quedado claro?

—Yo quiero ir —replicó Philpha con su aguda voz mientras uno de los perros gimoteaba.

—Sabes que no podemos dejar que los hombres te vean.

—Pero... —los ojos se le llenaron de lágrimas mientras sus orejas temblaban ligeramente.

—No, Philpha —insistió él—. Recuerda lo que ocurrió la última vez que te vieron.

Ella afirmó con la cabeza sorbiendo los mocos que comenzaron a caer por su nariz; Herban la soltó acariciando su brazo. Fue hacia Fera, le acarició también la cabeza dulcemente y esperó a verlos partir hacia la pequeña cueva, prometiendo que pronto se reunirían de nuevo para encaminarse después al pueblo.

Cuanto más se adentraba en él, más se reafirmaba en la idea de lo mucho que cambió aquel lugar con los años. En los rostros de todos con cuantos se cruzaba se veía júbilo, felicidad. Para su sorpresa un gran porcentaje de los habitantes eran niños, preguntándose como ese pueblo logró florecer de tamaña manera.

Preguntó a tres jóvenes las indicaciones necesarias para que le condujeran al hogar de Vermun. Sus explicaciones fueron confusas por lo que se guió como buenamente pudo entender. Al llegar al lugar indicado observó la fachada. No parecía ser un lugar donde ella viviría, pero igualmente se aventuró y tocó a la puerta. No hubo respuesta, pero las voces que oía en su interior eran muchas, por lo que decidió entrar directamente.

Como hubo imaginado aquel no era el hogar de Vermun, sino posiblemente la taberna más concurrida de la región. Enseguida supo que los forasteros no eran comunes por ahí. Estuvieran bebiendo, charlando o simplemente dormitando, todas y cada una de las personas presentes dejaron de hacer lo que les ocupaba para centrar su atención en él. La impresión de Herban acerca de la localidad cambió radicalmente al entrar en aquel lugar. Cerró la puerta tras de sí y se dirigió a la barra con el suelo de madera crujiendo bajo sus pies a cada paso que daba. El ambiente estaba cargado por un penetrante olor mezcla de alcohol, tabaco y sudor; una desagradable combinación. Tras la barra un orondo hombre del que muchas veces oyó hablar, incluso en Eatobe, se afanaba por dar un pobre brillo con un trapo a los vasos recién enjuagados. Su nombre era Neten Davoli, el hombre más conocido en Foriet y las tierras aledañas de Morbet, Etheram, Clucad e incluso Eatobe.

Herban recogió un taburete tirado sobre el suelo para sentarse en él, frente a Neten.

—*Whisky* —pidió.

Neten cogió un vaso tras de sí sin apartar su vista de él, al parecer no estaba dispuesto a ensuciar los que acababa de limpiar. El silencio era impropio de una taberna. Neten agarró una botella sin etiquetar y vertió dos dedos de dorado líquido en el vaso, tendiéndoselo. Herban lo vació de un solo trago. El brebaje pasó por su garganta tan duramente como lo haría un papel de lijar, pero eso no evitó que demandara otro.

—¿Está buscando algo, amigo? —preguntó Neten rellenando el vaso.

—Ahora que lo dices... —Herban volvió a apurar el vaso de un solo trago haciendo que un hilo de alcohol cayera por su barbilla y cuello desapareciendo bajo su camisa—. ¿Dónde está May?

—¿Quién? —el tabernero frunció el ceño.

—La niña que dejé en tu destrozado hogar años atrás —Herban dijo aquellas palabras apurando su bebida sin mirar al hombre.

—¿Vi... Vienderan? —tartamudeó Neten aún botella en mano con el gesto crispado.

—Eso he dicho —la mirada de Herban se endureció.

—¿De qué la conoce?! —gritó el tabernero dejando la botella en la barra con un sonoro golpe.

Neten insistió una vez más en que respondiera a su pregunta, dando otro fuerte golpe sobre la madera, haciendo que esta crujiere. Los asiduos del lugar se levantaron amenazadoramente,

rebuscando en el interior de sus raídas ropas cualquier navaja oxidada de la que pudieran echar mano. Herban observó de reojo analizando la situación, estaban en obvia desventaja por lo que no encontró razonable comenzar una pelea.

—¿Dónde está mi hija!—preguntó Neten enfurecido agarrando a Herban por la camisa.

—¿Tu hija? —respondió soltando una carcajada—. No me hagas reír.

—Serás... —Neten levantó el puño en alto.

El tabernero estaba tentado en estrellarlo contra su cara con toda la furia que guardaba dentro, pero el semblante de Herban ni se inmutó ante la inminente amenaza. Ambos hombres mantenían sus ojos el uno clavado sobre el otro. Suspirando y con las manos temblorosas por la ira, Neten lo soltó. Sabía que aquel día llegaría tarde o temprano.

—Sea como sea llegas tarde —dijo finalmente en un suspiro.

Neten cogió otro de los vasos para continuar pasando el trapo, como si nada de lo anterior hubiera ocurrido.

—No he dado a conocer mis intenciones como para que puedas prejuzgar mi cometido. —respondió Herban.

—Bla, bla, bla... —se mofó Neten sin tomarse siquiera la molestia de mirarlo—. Cuánta palabrería.

Los hombres de la taberna continuaban pendientes de él, observando y midiendo cada uno de sus movimientos, aún con las manos ocultas bajo sus ropas.

—Ella era todo lo que me quedaba en este mundo —la voz de Neten sonó frágil, su aflicción ante la pérdida de May, o Vienderan, como él la llamaba, era real—. Mi hija ha desaparecido —continuó, poniendo especial énfasis en la palabra «hija»—. Hace cosa de dos cambios de luna. No hay nada más que pueda decirte, salvo tal vez que hables con la vieja Vermun.

—Así lo haré —contestó Herban en voz baja, levantándose del taburete.

Está en mi hogar. Al salir, primera casa a la izquierda —le indicó volviendo a centrarse en el vaso.

—Gracias —Herban dejó un puñado de pequeñas monedas de cobre sobre la barra.

—La vieja está cuidando de mi hijo, Kaer —añadió Neten.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Herban sin mucha curiosidad.

—Vienderan. Ella intentó matarlo —la voz del hombre se entrecortó—. O al menos eso es lo que él dice.

Sin decir más Herban le dio la espalda a Neten, pasando entre los clientes de la taberna con la mirada fija en la puerta, preparado para defenderse si alguno era lo suficientemente insensato como para atacarle. No lo hicieron, simplemente se dedicaron a seguirle con la mirada hasta que cruzó la puerta, desapareciendo de su vista.

Mientras se dirigía a la casa del tabernero no pudo evitar pensar en lo que dijo. La última vez que vio a May no era más que una pequeña niña inocente e indefensa, preguntándose que podría haberla llevado a actuar así.

Al encontrarse frente a la puerta de la casa respiró hondo. Hacía demasiado tiempo que no veía a Vermun, mucho más del tiempo transcurrido sin ver a Ágata. Nervioso se decidió a aporrear la puerta. Cuando su antigua camarada abrió su impacto fue descomunal. Ahora entendía porque todo el mundo se refería a ella como «la vieja Vermun». A pesar de ser más joven que Herban el tiempo había sido inclemente con ella. Recordaba como perdió la vista aquel día que no osaba evocar a menudo; el precio que tuvo que pagar la más formidable de los miembros de la antigua compañía había sido muy caro.

—¿Eres tú, Herban? —preguntó ella asomando la cabeza por una estrecha abertura de la puerta—.

Enorme pedazo de mierda.

Aquella frase le apuñaló de una forma que había olvidado hacía tiempo. Aunque su cuerpo y rostro eran muy diferentes, aquella era la misma insensible y ruda Vermun que siempre había sido.

—Sí, Patrice, soy yo —respondió él con una sonrisa.

—¡Ah! —chilló Vermun agarrándole la manga de la camisa obligándole a entrar—. ¡Nunca jamás vuelvas a llamarme así!

Herban carcajeó entrando en la casa mientras Vermun se aseguraba en cerrar bien la puerta. Se detuvo para observarla más atentamente, reafirmando en la idea de cuan detestable fue el pacto que sellaron.

Todo lo fuerte e imponente que en su día fue Patrice se había esfumado sin dejar rastro. Su cuerpo se había encorvado de una forma casi imposible de imaginar teniendo en cuenta la excelente fortaleza física de la cual gozó en otro tiempo. Sus ojos, vidriosos y apagados, no eran más que una de las muchas cosas que mostraban la decrepitud en su rostro. Incontables arrugas surcaban lo que un día fue uno de los rostros más hermosos que contempló, aunque jamás más bello que el rostro de Lesberla. Su corazón se tambaleó al pensar en ella. Agitó la cabeza haciendo que aquel recuerdo desapareciera, centrándose en Patrice y la mugrienta cocina en la que se encontraba.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Herban mirando a su alrededor.

—Sinceramente, no tengo ni idea —respondió ella.

Vermun caminó unos pasos hasta la mesa. Le costaba enormemente moverse por aquella casa que apenas conocía. Cogió una porción de tarta de manzana que se encontraba sobre la mesa y se la ofreció.

—No creo que sea el momento adecuado para comer tarta, Patrice —dijo él rechazando la comida. ¡No me llames así! —gritó la mujer tirando el pedazo de tarta sobre la mesa, haciendo que se esparciera por toda la superficie.

—¿Dónde está May? —preguntó el hombre ignorando su comportamiento.

—No lo sé y Kaer se niega a hablar —suspiró ella.

—¿Está consciente? —Herban se acercó también a la mesa.

—Así es. En realidad, no ha perdido la conciencia pese a la gravedad de su estado —Vermun se sentó en una de las sillas, lamiendo los restos que la tarta había dejado en sus dedos.

—¿Qué ocurrió? —insistió sentándose también.

—Al parecer ella le agredió la noche del rito —relató la mujer.

—¿El rito de la fertilidad? —Herban se sorprendió.

—Así es —afirmó Vermun—. Según he podido sonsacarle, Vienderan. ¡Oh, May! Disculpa... —rectificó—. Le siguió hasta la taberna cuando Kaer se retiraba.

—No puedo creer que estén echando mano de una fábula tan absurda como el rito de la fertilidad... —la interrumpió el hombre.

—Como sea —Vermun frunció los labios molesta—. Al parecer ella aprovechó la distracción de Kaer mientras bebía solitariamente para apuñalarlo.

—¿Y crees que eso es cierto? —a Herban le costaba tremendamente creer aquella versión de la historia.

—Obviamente no —Patrice se reclinó en la silla—. Conozco bien a esa niña, es lo más compasivo que habita en este lugar olvidado de la mano de Lessa. Aunque sé que sería capaz de hacerlo si se viera obligada a ello.

Ambos quedaron en silencio, reflexionando sobre ello. Tras unos segundos Vermun cerró los ojos frotándose las sienes.

—No ha sido culpa tuya, Patrice —declaró él con tono conciliador.

—¡Herban! —chilló la mujer abriendo sus blanquecinos ojos, clavándolos en su amigo—. ¡No me llames así!

La mujer se levantó con un rápido movimiento impropio de su estado, intentando ocultar sus ojos llenos de lágrimas.

—Por supuesto que es culpa mía. Debería... —Vermun hizo una pausa cogiendo aliento—. Debería haberla obligado a quedarse en mi casa esa noche, como cada año.

—¿Y por qué este año no lo hizo? —preguntó Herban curioso.

—¿Bromeas? —ella enjugó sus lágrimas, soltando una risotada—. ¿Acaso tienes idea de los años que han pasado? ¿Acaso sabes algo sobre las jóvenes de su edad? Bastante tardía ha sido...

—Pues... —Herban se quedó pensativo. Ciertamente lo que sabía sobre las jóvenes mujeres era más bien poco, por no decir nada.

—Es curiosa y tiene muchas preguntas —Vermun caminó nerviosamente por la cocina, tropezándose con los muebles—. De seguro su cuerpo ya es el de una mujer totalmente adulta por lo que sus inquietudes no deben estar muy distantes a ello.

—Oh... Comprendo...

Aquel tema era incomodó para Herban. Era consciente del paso del tiempo, pero le costaba imaginar que la pequeña May fuera ya una mujer.

—Lo que daría por haber sido capaz de ver su rostro tan solo una vez —los ojos de la mujer volvieron a brillar fruto de las crecientes lágrimas—. Lo siento, Herban.

—Ey —él se levantó ,abrazando a su vieja amiga—. No te preocupes más. La encontraré y la traeré de vuelta.

—¡No! —la mujer lo empujó, apartándolo—. Encuéntrala, pero, pase lo que pase, jamás vuelvas a traerla aquí. Kaer es peligroso.

Herban frunció el ceño confuso. Miró a su alrededor buscando el lugar donde se encontraba el hijo del tabernero.

—Está en su habitación, escaleras arriba —explicó Vermun como si hubiera visto la reacción del hombre.

—No te entiendo. Crees que le hará daño si vuelve, sin embargo, curaste sus heridas y permaneces junto a él, velándole —él miró en dirección a las escaleras—. ¿Por qué?

—¿Qué otra opción tengo? Yo no puedo huir bosque a través como hizo ella —suspiró Vermun—. A veces la mejor forma de contener a tus enemigos es tenerlos lo más cerca posible.

—Pero aun así... —Herban caminó unos pasos para mirar a través de una pequeña ventana—. No puedo llegar a entender toda esta situación.

—Escúchame, viejo —el tono de Vermun se endureció—. Solamente tienes que entender que hemos perdido la única cosa que asegura nuestras vidas. ¡Y sí, puede que esto sea mi culpa! —sus palabras se convirtieron en gritos—. ¡Pero maldito seas! No estaríamos en esta situación si en su día hubieras tomado las responsabilidades que te tocaban.

Para cuando acabó la frase ya se había arrepentido de cuanto dijo. Herban soltó una larga exhalación intentando liberar parte del peso que acababan de poner en él. Cabizbajo se dirigió a la salida de la casa.

—Tú solo preocúpate de que ese tal Kaer no abandone el pueblo —dijo él fríamente abriendo la puerta.

—Herban, yo... —la mujer dio unos pasos tropezándose con una silla.

—La encontraré y tomaré responsabilidad por mis actos.

Vermun se detuvo en seco. Hace años no le hubiera importado lo más mínimo herir a aquel

hombre, pero eran muchas las cosas que habían cambiado.

—He estado pensando y creo que, tal vez, lo haya encontrado —añadió ella mientras Herban le daba la espalda.

—Es ahí a donde me dirijo. Espero volver a verte algún día, Patrice.

Tras aquello Herban cerró la puerta tras de sí, dejando a una devastada Patrice Vermun en el hogar de los Davoli.

Con el corazón encogido se encaminó colina arriba, abandonando el pueblo y dirigiéndose a la cueva donde el resto de sus acompañantes le esperaban. Una vez se hubo reunido con ellos y sin intercambiar demasiadas palabras con Philpha, puso a Squickzy en uno de los bolsillos de su bolsa de viaje y partieron lejos de aquel lugar, hacia la costa. Hacia un lugar que los adoradores de Lessa evitaban. El lugar donde el »él« al que Vermun se refirió estaba.

De aquel modo, Herban, Philpha, Squickzy y la manada de canes tomaron camino en dirección a Evengarg.

El llanto de un alma inconsolable

—¿Estás completamente seguro de que sabes cómo pilotar esto? —le preguntó Lei a Braiz con preocupación.

Lei había tomado asiento en el lugar del copiloto, por alguna razón estar frente a los mandos le daba cierta seguridad. Por su parte Braiz parecía tremendamente confiado en sus acciones, activando botones que se iluminaban tintineantes mientras movía palancas que se deslizaban a través del panel de mandos, haciendo que el motor rugiera. Ion miró a May mientras se aseguraba de tener bien atado el cinturón de seguridad, estirando con fuerza las correas hacia abajo. El vistoso piloto se atusó su dorado cabello, pasando ambas manos para cerciorarse de que no perdía ni un ápice de su rigidez, Lei lo observó con gesto de desaprobación. Braiz activó un último pulsador y las puertas del hangar se abrieron de par en par mientras la aeronave comenzaba a deslizarse con delicadeza rumbo a la libertad.

Ion observó cómo ambos evengargs se acomodaban en sus asientos lo cual le tranquilizó, la vibración que sentía bajo sus pies debía ser del todo normal. La última vez que estuvo en el interior de una de esas máquinas se encontraba sumido en tal estado de conmoción que ni tan siquiera era consciente de lo que sucedía a su alrededor. Ahora batallaba con sus sentimientos, mezcla de miedo y excitación a partes iguales.

Lo que más deseaba era volver junto a su familia, pero le entristecía el hecho de tener que separarse de May. Ella había sido buena con él, siempre dispuesta a mostrarle una gran sonrisa aun cuando sabía que estaba tan asustada y perdida como él. Incluso se había aventurado a imaginar cómo sus padres, en agradecimiento, la permitían quedarse a vivir junto a ellos. Tal vez él fuera joven para May, pero estaba seguro de que Levin sería muy feliz junto a ella y de que a su madre le agradaría mucho más de lo que lo hacía Lenia.

Cuando la aeronave abandonó el hangar May se emocionó en exceso, articulando una especie de quejido lastimoso que obligó al resto de ocupantes a girarse para observarla. Ella no reparó en que se había convertido en el centro de atención, tan solo continuó mirando a través de la ventanilla, observando vivamente todo cuanto les rodeaba. Ion había tardado poco en darse cuenta de lo fácilmente impresionable que era.

El motor rugió con fuerza a la par que la velocidad del aparato aumentaba sobre la pista. Todo a su alrededor comenzó a temblar: el suelo, las paredes, incluso el propio asiento. Habían despegado.

La aeronave se tambaleó con brusquedad. Lei gritó a su compañero el cual se afanaba por tomar el control del vuelo, ayudándole mientras cogía los mandos del copiloto. Ion se asustó ante aquel descontrol, los gritos e improperios de ambos evengargs rivalizaban con el potente sonido que emitía el motor. Una incómoda sensación de vacío se instaló en la boca de su estómago y una horrible presión le atenazaba el pecho. Su respiración pasó a ser pesada y entrecortada. Podía sentir como el desayuno se revolvía en su estómago, deseoso por salir al exterior. Cuando ya apenas podía contener el vómito sintió la mano de May junto a la suya, apretándola con fuerza. Ion la miró y ella le sonrió tranquilizadamente, dándole a entender que todo iría bien.

A los pocos minutos ambos pilotos tomaron el control del aparato, calmando así su irritación. Por primera vez Ion tomó consciencia real de lo lejos que se encontraba de su casa, siendo testigo de cómo atravesaban grandes extensiones de tierra verde y frondosos bosques. Incluso, por un momento, le pareció divisar a lo lejos las recónditas y peligrosas tierras arenosas de las que tanto oyó hablar a su padre.

Cuando se cansó de mirar por la ventanilla, tanto él como May desabrocharon sus cinturones de seguridad, moviéndose libremente. Ella encontró una mochila en cuyo interior se guardaba un paracaídas. Curiosos comenzaron a jugar con este pese a las advertencias de Lei de que, si lo desplegaban, ellos mismos deberían hacerse responsables de volver a plegarlo. A excepción de esa vez, Lei no volvió a dirigirse hacia ninguno de ellos, aunque Ion juraría haberle visto observar a May de reojo en más de una ocasión. A Ion no le agradaba Lei.

Al llegar a las tierras colindantes con Hannagreth evitaron sobrevolar la ciudad y las zonas donde los desterrados levantaron sus hogares. Cuando tomaron tierra lo hicieron a poco más de un kilómetro de la casa de Ion. Los cuatro abandonaron la aeronave, Lei y Braiz intercambiaron opiniones acerca de lo buen o mal piloto que este último era mientras Ion salía corriendo en dirección a su casa, obligando al resto a perseguirlo.

Pasaron frente a la arboleda a la que todos ignoraron a excepción de Lei, este se detuvo unos segundos deleitándose ante aquella bucólica estampa. Las ramas de los sauces se mecían danzarinamente con la suave brisa del norte que hacía de aquel camino, bajo el prematuramente ardiente sol de final de primavera, un ameno recorrido.

El olor que provenía del poblado pudo apreciarse minutos antes de llegar a él. Un olor que ninguno de los cuatro supo reconocer y que jamás olvidarían. El olor de la putrefacción.

Caminaron entre los dispersos hogares sin escuchar sonido alguno. Supuestamente en aquel lugar vivían más de un centenar de personas que parecían haber enmudecido súbitamente. Ion, a pesar de lo incómodo de la situación, continuó corriendo a través de los rudimentarios caminos en dirección a su hogar. Fueron pequeños los detalles que el niño ignoró por completo pero que pusieron a ambos evengargs en alerta. Las puertas de todas las casas se encontraban abiertas de par en par, con algunos útiles domésticos dispuestos en el suelo sin razón, esparcidos en mitad de las calles. Sin contar el olor, aquel olor que cuanto más avanzaban con más frecuencia les obligaba a proteger su nariz. Cuando finalmente alcanzaron la parte central del lugar, la estampa con la que se encontraron fue horripilante. Una pila de cuerpos amontonados unos sobre otros, formando una gigantesca pilastra de cuerpos humanos, quemados e infectos.

Ion quedó petrificado ante aquella visión. El olor dejó de ser perceptible para él, tan solo tenía conciencia de su propio sentido de la vista, rebuscando en cada palmo de aquel lugar. Metros de cadáveres apiñados, muertos sin razón ni dignidad alguna. Entre todos aquellos rostros avocados al olvido, distinguió los de Filis y Temn, las ruidosas amigas de su hermana Marie. En ese instante recordó la razón por la que se encontraba allí. Su familia.

Corrió hacia su casa, seguido de cerca por el resto. Aquella situación no tenía sentido para él. En las últimas semanas se había afanado por olvidar cuanto ocurrió en la festividad de la Luna de sangre. Las imágenes acudieron raudas a su mente; gritos, sangre y explosiones se repitieron una y otra vez. Por mucho que se hubiera negado a reconocerlo sabía que era imposible que su padre y hermanos sobrevivieran a aquel infierno, sin embargo, no podía permitirse pensar lo contrario. Esa idea era lo único que le hacía seguir adelante.

Pasaron frente al hogar de Perigot el panadero, este había sido reducido a cenizas hasta los mismísimos cimientos. Tres cadáveres calcinados e irreconocibles yacían frente a esta, con sus

ennegrecidos huesos estirados, como si su última esperanza de vida hubiera sido huir reptando de su propio hogar. Lei desenfundó la Layade observando con detenimiento cada pequeño detalle de toda aquella vida ya extinta.

—Será mejor que regresemos —dijo Braiz golpeando con ligereza el hombro de Lei—. Debemos informar de esto.

Lei hizo un gesto de afirmación con la cabeza observando a May, la cual se había perdido en algún rincón de toda aquella barbarie. Muda y con los ojos inundados por las lágrimas, acuclillada frente al cadáver carbonizado de lo que fue un bebe amparado por alguno de sus padres, abrazándolo en un intento vano por protegerle.

Pese a las advertencias de Braiz, Ion cerró los ojos con fuerza, intentando recomponerse. Con decisión continuó corriendo dispuesto a alcanzar su hogar sin detenerse en el camino. Lei, pese a saber que su obligación era la de ir en busca de refuerzos comprendió la necesidad de Ion por encontrar a su familia por lo que, ignorando a su compañero, agarró la mano de May ayudándola a levantar siguiéndolo. Braiz, a sabiendas de que aquella no era la mejor de las decisiones, maldijo por lo bajo imitando a sus compañeros.

A su paso solo encontraron más muerte y desolación.

Cuando finalmente los ojos de Ion divisaron la figura de su casa un débil haz de esperanza inundó su corazón. En la lejanía la granja de los Harana no parecía haber sido incendiada. Corrieron a través de los campos por los que Renoc y sus hijos habían labrado con esmero durante tantos años, pisoteando los brotes nacientes a su paso. En el momento en el que Ion alcanzó la valla de los establos se detuvo en seco. Sus amadas vacas Sol y Luna, junto al potro blanco que sus padres le regalaron y al que nunca tuvo oportunidad de dar nombre, yacían muertos y destripados sobre el suelo. Con sus cuerpos en un avanzado estado de descomposición, víctimas de los carroñeros. Ion, pese al dolor, se afanó en correr con todas sus fuerzas una vez más rodeando la pared oeste de la casa.

Al encontrarse frente a la puerta principal, dándole la espalda al acantilado desde el cual podía contemplarse Hannagreth, el niño cayó de rodillas al suelo incapaz de emitir sonido alguno.

May gritó, soltando la mano de Lei mientras retrocedía horrorizada, tropezando y cayendo al suelo.

Lei bajó su Layade sintiendo como el peso del mundo se acomodaba sobre sus hombros.

Braiz cuanto pudo murmurar fue una débil plegaria a Lessa.

Frente a ellos colgaban ahorcados los cuerpos sin vida de Elmira, madre de Ion, sus hermanas Marie y Shara y junto a ellas Lenia, la prometida de su hermano Levin. Desnudas y con los ojos arrancados. Cruelmente mecidas por el viento haciendo que las sogas chirriaran a excepción de la de Elmira, la cual había sido ahorcada con un objeto diferente, un objeto que Ion rápidamente reconoció. Las riendas de cuero que ella misma le entregó antes de que este partiera a la ciudad. A sus pies, más concretamente a los pies de Shara, los dos pequeños cadáveres de sus sobrinos aun envueltos en las mantas se fundían con el follaje de la entrada.

Con el corazón latiendo ferozmente en su pecho, Ion emitió el grito más primitivo y devastador que se había escuchado en aquel lugar desde mucho tiempo atrás, ensordeciendo los aterrados gritos de May. Descargando las lágrimas más pesadas y dolorosas de las que jamás había sido portador mientras en su cabeza retumbaba la voz de su padre: »Lo hacemos para recordarles que seguimos aquí, quieran o no«.

Palabras que se repitieron una y otra vez mientras el niño Ion desaparecía, para siempre.

De naturaleza oscura

A Remi se le revolvía el estómago cada vez que pensaba en las huestes que Maud le mostró. Por mucho que el Uhuren mayor no hubiera cabido de gozo al darle la noticia, él consideraba que una porción de las mismísimas huestes de Washyubem no favorecerían a su cometido en absoluto. Esos seres fueron los causantes de la masacre que desoló las tierras ancestrales, aquellos que dejaron a miles de personas sin hogar y a tantos niños sin padres. Los llamados devoradores de hombres.

Ahora, caminando por los impolutos pasadizos exteriores abovedados que rodeaban el patio principal del Liceo de los Uhuren, todo aquello parecía muy lejano. Era consciente de que tan solo era conocedor de la proporción de verdad que a su gran maestre le convenía que supiera para lo que él denominaba: «el designio divino que solo a él le fue entregado». Le molestaba el hecho de estar viviendo dos vidas completamente diferentes; por una parte, la del Uhuren novo Wearwood, hombre de confianza del líder de su credo y su máxima vocación; por otra, la del precavido Remi, siempre traicionado por su propia conciencia, penitente de sus actos, cobarde.

Ya estaba acostumbrado a convivir con aquel oscuro y perturbador ente que había encontrado un hogar permanente en su interior. El mismo que le recordaba, cada vez que un ápice de felicidad aparecía en su vida, que no era digno de ella; por mucho que Aris se esforzara en convencerle de que era la mejor persona que jamás conoció. Compadecía a Aris cada vez que pronunciaba esas palabras y envidiaba su inocencia al ser capaz de creerlas.

El Liceo, donde los Uhurens ya diestros instruían a sus discípulos, se dividía en dos únicas alturas de una amplia edificación junto a la torre hueca. La planta baja, en donde se situaban el excepcional patio principal que ahora bordeaba y dos algo más menudos al oeste. La biblioteca, atestada por librerías de caoba en las que descansaban antiguos libros, pergaminos y manuscritos de arcaicas materias tales como antiguas deidades ya olvidadas, teorías acerca del comienzo del mundo y su desarrollo, extraños viajes de dudosa veracidad, perturbadores vaticinios jamás acaecidos, descubrimientos que no debieron ser revelados al saber humano y muchos otros que jamás se mostrarían, puesto que fueron escritos en una lengua hacía centurias extinta. Finalmente, formando parte de los patios y jardines del oeste, la botica y salas de destilación dedicadas a la producción de ungüentos, preparados y remedios. En la primera planta del edificio se disponían los múltiples salones en los que los mentores ilustraban a los jóvenes con su saber.

Por lo general los discípulos solían ser discretos y obedientes, haciendo siempre gala de sus impecables maneras, aunque, si bien desde hacía un tiempo, algunos de ellos se congregaban en reducidos grupos dejando brotar susurros que se perdían cuando algún Uhuren hacía acto de presencia. Siempre existieron subversivos, iría en contra de la propia naturaleza humana que no fuera así, incluso en aquel lugar de normas regias y pensamientos restrictivos. Pero aquella libertad estaba durando demasiado y los susurros, lejos de extinguirse, eran cada vez más numerosos.

Remi comprendía la preocupación de los Uhurens. En los aprendices radicaba la existencia de su dogma y si estos dudaban nada les aseguraba la perpetuidad de la misma. Años atrás él mismo fue

uno de esos jóvenes testarudos que se negaba a aceptar cualquier explicación o respuesta que se le antojara absurda, simplemente porque uno de sus maestros así lo dijera. Tal vez había sido aquella misma bravuconería la causante de que el Uhuren mayor, poco antes de ser nombrado como tal, lo escogiera como su pupilo arrebatándolo del lado de su maestro, no sin que este batallara en vano para evitarlo. Desde ese día las preguntas de Remi no obtuvieron nunca más una única y universal respuesta. El Uhuren mayor siempre le animó a formular cuantas hipótesis creyera necesarias para que él mismo fuera el que encontrara las resoluciones que creyera correctas a cada una de sus inquietudes, enseñándole con ello una de las lecciones más importantes de su vida. Remi aprendió que nada, por pequeño que fuera, era absoluto. Con el tiempo comprendió que lo que el gran maestro le había enseñado era a mantener su entendimiento independiente e individual. El Uhuren mayor convirtió a Remi en un hombre de mente libre.

Su gran maestro era un buen hombre o al menos lo había sido. Ahora ya no estaba seguro de lo que era; incluso dudaba en que él mismo lo supiera ya. Una brecha, la más grande de su historia, se había abierto en el Liceo de Hannagreth.

Remi se detuvo junto a uno de los pulcros arcos que conformaban el pasadizo, observando el amplio patio empedrado. Uno de los Uhurens instruía a sus discípulos como normalmente lo hacían, con tediosos coloquios que siempre creían transcendentales para el correcto desarrollo del saber de los jóvenes. Pero aquella lección se estaba impartiendo con una peculiaridad de la cual solo había oído hablar. Sobre un taburete, en el centro de los discípulos asentados en el suelo y frente al maestro que los aleccionaba, una joven despojada de sus ropas y con el cuerpo completamente cubierto por una espesa pintura negra escuchaba con atención las disciplinas impartidas. Él no tardó en reconocerla como la discípula Faydee.

Eran muy pocas las mujeres que lograban acceder al Liceo y muchas menos las que obtenían el título de Uhuren. Remi solo recordaba haber oído hablar tan solo de una de ellas. Una joven que, según las palabras del gran maestro, demostró los dones más puros que Lessa jamás concedió a ningún mortal. Se referían a ella como «la Iluminada por la Madre». Apenas una joven mujer que, al poco de ser ordenada como Uhuren, desapareció sin dejar rastro. La explicación del Consejo ante tal infortunio fue que esta había sido reclamada por la mismísima Diosa para caminar junto a ella. Remi se había dejado encandilar por aquellas historias hasta que advirtió en la facilidad que tenía la Diosa para reclamar a su lado a aquellos incondicionales a Hannagreth. La misma explicación que también dieron por la desaparición del silencioso Mur; él no estaba dispuesto a ser tan fácilmente reclamado junto a Lessa. En contra de todas las creencias inculcadas Remi tenía demasiado aprecio por su vida terrenal.

Uno debía saber muy bien el lugar que ocupaba dentro del Liceo, y Faydee parecía haber aprendido rápidamente como eran las cosas allí. La última gema sin pulir del Uhuren mayor, escogida por él mismo. Remi sabía a ciencia cierta que, imponiéndole tal coyuntura, aquella era más una prueba de fe para los discípulos varones que la rodeaban que para ella misma. En el sistema Uhuren el pecado de la carne era uno de los más peligrosos llegando a la creencia de que si se acostumbraba a los hombres más jóvenes a la visión directa del cuerpo femenino estos no sufrirían de su ferviente tentación. En ese caso la pintura negra era una no muy sutil manera de segregar en sus mentes la idea de que las formas femeninas eran dañinas. Remi conocía muy bien las tentaciones de la carne y aún con eso no hubiera surtido efecto alguno en él aquella ridícula asociación de ideas. En sus años de adoctrinamiento no había necesitado más que la visión de los discípulos que lo rodeaban, secándose el sudor que caía por sus cuellos y pecho a causa de las ásperas togas que cubrían sus cuerpos en las calurosas mañanas veraniegas. Suspirando apartó de

su mente esos recuerdos que le hacían dibujar una nostálgica sonrisa en su rostro.

Cuando quiso darse cuenta la iniciada Faydee mantenía sus ojos clavados en él. Remi dejó caer sus párpados junto a un sutil ladeo de cabeza a modo de saludo. Ella no inmutó su gesto. De algún modo que le costaba descifrar aquella muchacha le incomodaba desde el mismo día en el que entró al Liceo. Con sus inquietantes ojos oscuros penetrando en todo cuanto se posaran. De cuerpo menudo, facciones angulosas enmarcadas por un cabello lacio y una piel pálida y fina. Faydee era la viva imagen de la ambigüedad. Remi apartó la mirada incómodo, continuando su camino a través de los pasadizos.

No alcanzó a dar más que unos pasos hasta encontrarse con un niño que, con la voz entrecortada por haber corrido hasta allí, le hizo entrega de una ajada nota torpemente escrita.

»Savemos que ases y lo que buskas si quieres ver mas al senyorito Sly tu tendras que vienir gon nosotros en el varrio de Orelle a la taverna beleur en antes de que oy anocheca«.

Remi, tras haber leído la nota tres veces, miró confuso al niño que, al instante, salió corriendo. Un sudor frío comenzó a caer por su frente. A pesar del despropósito tanto ortográfico como gramatical, era consciente de que aquel día muy probablemente llegaría. El día en el que saldría a la luz su relación con Aris. Aun así, por mucho que lo hubo intentado, no estaba preparado para afrontar las consecuencias de sus deseos.

Arrugó la nota mirando al horizonte, no quedaba mucho para el ocaso, el tiempo justo para llegar al barrio de Orelle. El lugar más lejano al Liceo y el más próximo al pantano. La peor parte donde nacer, la que los canallas más adoraban y el último lugar donde se podría uno encontrar con Aris Sly. Jamás había existido ningún Uhuren Orelle en toda la historia.

Se recogió los bajos de su túnica, caminando rápidamente por los pasadizos del Liceo. Cuando abandonó el lugar comenzó a correr, intentando no llamar demasiado la atención, en dirección a la odiosa barriada a la que fue convocado. Muchos de los habitantes lo observaban curiosos, no era muy común ver a un Uhuren tan apresurado atravesando las calles. Cuando finalmente cruzó el ruinoso puente de piedra que daba acceso al barrio de Orelle, el mismo niño desaliñado que le entregó la nota le esperaba.

—*Cera mehor que debes ese vestido tuyo aki. No keremos jente con esas ropas aki* —dijo el pequeño, visiblemente desdentado, haciéndole entrega de un cajón.

Remi torció el gesto molesto y concluyó que aquel pequeño prácticamente analfabeto había sido el que escribió la nota. Miró el interior del cajón. Unos pantalones y camisa marrones semejantes a la tela de un saco era cuanto había en su interior.

Observó al niño con cierta reticencia. No tenía más opción que deshacerse de su carísima túnica púrpura y vestir esas ajadas ropas si quería encontrar a Aris. El roce que la camisa provocaba sobre su cuerpo era terriblemente molesto, en los pantalones prefería ni pensar, estaba seguro de poder sentir como las pulgas habían comenzado a corretear por sus piernas. El niño se deshizo de la túnica lanzándola a través de una abertura hacia el alcantarillado, cogiendo su mano y conduciéndole a través de las más repulsivas calles de Hannagreth.

Tras pocos minutos en el que la fetidez de las alcantarillas y los efluvios del pantano impregnaron hasta su alma, se detuvieron ante un gran caserón de madera toscamente construido. Sobre la puerta un viejo cartel de madera rezaba: «Beleure taverna no fiamos». El ruido, así como el hedor que provenía del interior era más que evidente. El niño costosamente abrió la pesada puerta utilizando todo el peso de su cuerpo. Súbitamente Remi creyó estar entrando en otro mundo.

El olor a alcohol barato y humedad abofetearon sus sentidos dejándolo momentáneamente

aturdido. La luz en el interior de la taberna era opaca y dispersa, enturbiada por el humo de los cigarrillos de dudosa legalidad de los parroquianos. Contra todo pronóstico, el lugar estaba atestado por personas de ambos sexos y todas las edades. Remi pasó entre las abarrotadas mesas siguiendo al pequeño. Una niña cantaba dulces melodías marineras mientras algunos ancianos la escuchaban entre gritos, arrojándole alguna que otra moneda que ella se afanaba en recoger. Junto a la barra unos hombres comenzaron a pelear, lanzando vasos y botellas por los aires mientras la achacosa tabernera blandía un gran garrote de puntas metálicas, amenazándolos. Era tal el alboroto del lugar que Remi apenas podía oír sus propios pensamientos. Estaba claro que Hannagreth era, al igual que todas las grandes ciudades, un lugar de contrastes.

Al fondo de la taberna se hallaban unas escaleras que conducían a una segunda altura bien custodiada por dos enormes patanes de relucientes calvas. Enseguida reconoció a aquellos hombres que, al llegar frente a ellos, entregaron al niño una moneda de plata. Este, emocionado, salió corriendo, perdiéndose entre el gentío. Ambos brutos miraron a Remi, riendo. Aunque habían intentado camuflarse entre toda aquella gente portando las mismas harapientas ropas que ellos, los hombres del clan Maildor siempre resaltaban.

—Estás guapo, supremo Uhuren novo Wearwood —dijo riendo el hombre de la derecha mirando sus ropas.

—Será mejor que pases, hay alguien esperándote —añadió el otro.

Remi bajó la mirada pasando entre ambos. Como bien imaginó, en un segundo piso que daba una perfecta vista de la planta baja, estaban los gemelos Maildor, cada uno sentado a la cabeza de una mesa rectangular. A su alrededor una decena de sus mejores hombres los custodiaban. Entre ambos hermanos. Frente a las escaleras, Aris permanecía sentado con las mismas ropas harapientas, un moño recogiendo su dorado cabello y los ojos hinchados por haber llorado.

—¡Por fin, Uhuren! —exclamó Kendal levantándose—. Unos minutos más y tendríamos que haber empezado a cortar los bonitos dedos del fino Aris.

Ambos gemelos rieron mientras Aris sollozaba, frotándose las palmas de las manos sobre su regazo. Remi dio unos pasos con gesto amenazador.

—Tranquilízate, Uhuren —dijo Kelian tendiendo la mano hacia una silla vacía frente a Aris—. Siéntate, por favor.

—¿Qué pretendéis? —preguntó él tomando asiento sin apartar la vista de su compañero.

—¡Salvar la ciudad! —gritó Kendal con euforia tomando asiento también.

—Oes, ponle algo de beber a nuestro invitado —ordenó Kelian a uno de los hombres a su espalda.

Este se afanó en poner un vaso frente a Remi llenándolo de un líquido dorado con un fuerte olor a alcohol. Los vasos del resto de comensales fueron rellenados también. Ambos gemelos se llevaron sus respectivos tragos a la boca al instante. Remi lo cogió mojando sus labios, cuando el líquido entró en contacto con ellos le ardieron. Aris ni se molestó en beber.

—¿Debo asumir que habéis secuestrado al señor Sly? —preguntó él.

—¿¡Secuestrar !?—Kendal casi escupió su bebida por toda la mesa—. ¡Por Lessa, no!

—El señor Sly vino con nosotros por voluntad propia —añadió Kelian—. ¿No es así? —le preguntó mirándolo.

—Sí —respondió este tímidamente con la cabeza baja.

—Entonces, ¿la nota que me hicisteis llegar? —preguntó Remi confuso.

—Pensé que algo de dramatismo haría más interesante nuestro encuentro —contestó Kelian—. Además, Uhuren novo, ¿habrías acudido tan rápidamente si no te hubiésemos chantajeado con la vida de tu amante?

El corazón de Remi se detuvo por un instante. No entendía como aquellos dos ineptos podían haber descubierto el secreto que tan brillantemente había logrado ocultar. Sus peores temores estaban haciéndose realidad y de la mano de quien menos hubiera imaginado. Aris enjugó sus lágrimas con el dorso de la mano. Remi no pudo hacer más que tragar saliva intentando no dejarse llevar por el pánico.

—Tranquilo, tu secreto está a salvo con nosotros, Uhuren —Kendal volvió a beber de su copa—. De momento.

—Esto es un chantaje... —Remi se levantó lentamente de su asiento.

—Nada más lejos de la realidad, Uhuren novo Wearwood —añadió una voz tras él.

Por las escaleras apareció Hugo Aswimi que, tranquilamente, comenzó a quitarse los carísimos guantes de cuero negro de la mano. Remi advirtió en que, al contrario del resto, su vestimenta no era la de alguien del barrio de Orelle. Los gemelos Mالدor se revolviaron molestos en sus asientos.

—Necesitamos de su ayuda, mi señor. El joven Sly nos aseguró que colaboraría —dijo el patriarca del clan Aswimi.

Remi se giró en busca de Aris observando como este se había levantado de su asiento reverenciando a Hugo. Entonces comprobó, con el vello erizado, como en el dulce rostro de Aris ya no existía temor alguno, tan solo ira.

El mensaje de la reclusa parda

—¿Sabe lo que es el verdadero poder, Uhuren novo Wearwood? —preguntó Calista Sly, madre de Aris, caminando sutil pero rigurosamente por el despacho que un día perteneció a su difunto marido.

—Aunque creía saberlo, mi señora, siento que mi talento para reconocerlo dista de la realidad —respondió Remi en pie, en mitad de la sala.

Desde que recibió la nota de manos de aquel descuidado infante en el Liceo Uhuren, las cosas se fueron tornando más y más extrañas. Tan solo pasaron un par de horas desde aquel momento y sentía como su vida había cambiado por completo.

Cuando Hugo Aswimi pasó a formar parte en la conversación de la taberna en Orelle, la situación dio un giro trascendental. Lo que en un principio había tomado como un secuestro resultó ser una firme confabulación por parte de un considerable número de miembros del Consejo de Hannagreth en contra de los restantes, no presentes en ese momento. Le hablaron acerca de asesinatos encubiertos, estafas a los grandes señores, rituales funestos y prácticas paganas poco ortodoxas en busca de respuestas. Nada que Remi ya no supiera. Pero, incluso después de las palabras de Hugo evocando la paz de un mundo utópico, él no se dejó convencer. Al menos no hasta que Aris se levantó de su asiento declarándose como el artífice de aquel movimiento. Remi se quedó sin palabras, por lo que se limitó a escuchar a aquellos conspiradores hasta que dieron la conversación por acabada. Cuando los asistentes se fueron marchando, el patriarca del clan Aswimi se acercó a él haciéndole entrega de un más que curioso elemento. Confuso y algo asustado Remi cerró a conciencia el fardo, agarrándolo con fuerza. Hugo se marchó sin decir más. Tras ello, Aris le rogó que lo acompañara hasta su casa, lugar vetado para él. En todo el tiempo que duró el camino, ninguno de los hombres se dirigió la palabra, lo único que realmente le preocupaba era el contenido del pequeño saco. Cuando llegaron a la mansión Sly, Aris le instó a que entrara en el despacho de su padre sin dar más explicación. Al hacerlo el joven cerró la puerta a su espalda, dejándolo a solas con su madre la cual le esperaba mientras disfrutaba de la calidez del fuego que prendía en la enorme chimenea, sentada en una lujosa butaca orejera de terciopelo rojo.

Al advertir en su invitado la mujer se puso en pie dando comienzo a la conversación.

—El verdadero poder radica en dominar la vida de los demás —continuó la mujer deteniéndose junto a una portentosa mesa de madera—. El verdadero poder es influir en las vidas y decisiones de los demás. El verdadero poder es realizar malas acciones que parezcan buenas y que, aunque el mundo lo sepa, te aplauda solo por ser tú quien lo haga —la mujer deslizó los dedos sobre la superficie, arañándola con sus largas uñas—. El verdadero poder es tener información que nadie más tiene. El verdadero poder va más allá de una orden y que esta sea cumplida al instante —la señora Sly se detuvo observando a Remi mientras alzaba sus dedos con sutileza—. El verdadero poder, señor Nimos, es que baste con escribir un garabato en un papel para destruir toda cultura, toda esperanza, toda vida.

Aquella última frase heló su sangre. La fuerza y convicción que esa mujer ponía en sus palabras

eran de mucha más importancia que las absurdas alusiones rebeldes de los señores de los grandes clanes. Por primera vez aquella noche se sintió en verdadero peligro. No solo la carga de las ideas de la señora Sly eran peligrosas, también el hecho de que fuera conocedora de su apellido familiar, Nimos. Muchos eran los años que habían pasado desde que alguien se refirió a él de aquella forma y últimamente fueron dos las personas que lo repitieron. Era obvio que la mujer sabía mucho más de lo que debería.

—Mi señora, le agradecería que fuera algo más concisa en referencia a mi presencia aquí —dijo Remi con serenidad intentando no mostrarse aludido por sus palabras.

—No me tome por estúpida, Uhuren novo Wearwood —respondió la mujer sonriendo perspicazmente—. Son tiempos de cambio y nuestro lugar en la historia depende de la posición que vayamos a tomar justo ahora.

Remi caminó lentamente por la habitación, observando los retratos del padre de Aris, tan diferentes el uno del otro. Aunque fue un hombre de baja estatura y endeble complexión sus facciones resultaron rudas, acentuadas aún más por la espesa barba y denso bigote que siempre portó con orgullo.

—Estoy muy al tanto de sus aptitudes —la mujer se puso unas finas gafas de media luna mientras tomaba asiento tras el escritorio, leyendo de unos desgastados papeles—. Es un hombre de principios y, lo que es más importante, de palabra.

—Soy una persona muy ocupada, señora Sly —la interrumpió él—. Si pudiera ser más concisa en su ofrecimiento, se lo agradecería.

—¿También exiges tanta premura en tus asuntos con mi hijo, Uhuren novo Wearwood? —la mujer le observó por encima de las gafas.

Remi quedó aturdido ante la inquisitorial mujer. Al fin había dejado al descubierto sus verdaderas intenciones haciéndole saber que estaba al tanto del tipo de relación que mantenía con Aris.

—¿Otro chantaje? —preguntó él con entereza.

—Nada más lejos de la realidad —la mujer soltó una risita despectiva—. Estoy pidiéndole ayuda.

—¿Mi ayuda? —tras aquellas palabras Remi se sintió algo menos alterado, aunque confuso.

—Como iba diciendo... —la señora Sly volvió a mirar los papeles entre sus manos—. A pesar de sus muchas cualidades, parece que su lealtad ha estado flaqueando y con razón.

—No sé de qué me habla —se excusó él.

—No hay razón alguna por la que deba mentirme, no a mí, Remi —la mujer le miró esbozando una tensa sonrisa—. Lo que sea que haya hecho está olvidado a nuestros ojos.

—¿Nuestros? —él frunció el ceño—. ¿Quiénes son?

—Más de los que imagina, de eso estoy segura.

—¿Y qué es lo que quieren de mí? —preguntó Remi molesto.

—Digamos que estaríamos encantados de apoyar su candidatura como nuevo Uhuren mayor —ella se levantó dejando los papeles sobre la mesa, acercándose a él mientras se ajustaba las pequeñas gafas—. Está claro que el actual ya no se encuentra en posición de ostentar tal cargo.

—¿Acaso tiene idea del procedimiento que debe llevarse a cargo para el nombramiento de un nuevo Uhuren mayor? —él se revolvió nervioso en el lugar—. Tan solo soy el Uhuren novo, hay muchos otros por delante de mí merecedores de semejante puesto. Jamás me otorgarían el título.

—Parece ser que no me ha estado escuchando con suficiente atención —Calista alzó su mano haciéndole callar—. El mundo está cambiando y con él sus leyes, costumbres e incluso la propia vida. Es tiempo de grandes cambios.

—Le debo mi vida al Uhuren mayor —rebatía él—. ¿Qué le hace pensar que no solo no vaya a apoyarles, sino

también delatarles ante el Liceo?

—Pues que, si lo hace, Aris será de los primeros en pagar las consecuencias —respondió ella astutamente.

Remi se apartó de la mujer sin retirarles la mirada. Tal y como habían acontecido las cosas sabía muy bien que no lograría salir airoso de aquella casa y la señora Sly no parecía tener ningún miramiento en utilizar a su propio hijo en pos de la causa.

—Por lo que sé, el señor Aswimi le ha hecho entrega de lo necesario para hacerle saber si apoyará nuestra empresa —añadió ella fijando la vista en el saquito que él sostenía en su mano derecha—. Si acepta nuestra oferta tan solo deberá liberarla. Por el contrario, si la declina, asegúrese en darle muerte; por su propio bien.

La mujer regresó hasta la butaca aterciopelada, sirviéndose una generosa taza de té de una humeante tetera dispuesta sobre la mesa, sentándose de nuevo en el mismo lugar donde se encontraba antes de la irrupción de Remi.

—Que pase una buena noche, Uhuren novo Wearwood —se despidió sin mirarlo, poniendo especial énfasis en aquellas tres últimas palabras.

Sin brindarle los mismos deseos Remi abandonó la habitación, dirigiéndose directamente hacia la puerta principal. Ni siquiera deseaba despedirse de Aris ya que, llegados a ese punto, incluso dudaba de la veracidad de sus palabras y los sentimientos que este le dedicó durante el último año. Conocía a Aris desde que era niño cuando acompañaba a su padre el cual le aleccionara en lo necesario para cuando el legado familiar recayera sobre sus hombros. Legado que obtuvo con demasiada premura. El patriarca de los Sly falleció prematuramente en un accidente durante sus prácticas matutinas de equitación, cayendo de su caballo y rompiéndose el cuello. Su interés por el joven Sly siempre estuvo presente, sin embargo, este no parecía haberlo percibido hasta hacía poco tiempo atrás. Remi no se detuvo a pensar en las razones o consecuencias de su amor cuando este fue correspondido. Ahora se cuestionaba hasta la última de las palabras de su amante.

Posó la mano sobre el picaporte de la puerta principal dispuesto a abandonar aquella casa. Giró con determinación la manilla y deseoso por encontrarse a la intemperie salió, tropezándose con una joven y distinguida joven de largos y ondulados cabellos rojizos, piel sonrosada y grandes ojos verdes. Entre sus manos portaba una rústica, pero cuidada cesta de mimbre blanca con algunos pergaminos enrollados en su interior, asidos por un delicado lazo de seda celeste.

—¡Uhuren novo Wearwood! —exclamó ella sobresaltada.

—Señorita —saludó Remi esquivándola.

—¡Es una suerte que esté aquí! —la joven se apresuró en detenerlo—. Permítame que me presente, mi nombre es Yovita Noboa, prometida del señor de la casa Sly —ella cogió uno de los pergaminos del interior de la cesta, tendiéndoselo con timidez—. Sé que no es del todo usual, pero mi prometido y yo nos sentiríamos dichosos si pudiéramos contar con la asistencia del Uhuren mayor el día de nuestro enlace y con la suya, por supuesto.

Remi aceptó el pergamino sin siquiera ser consciente de sus propios movimientos. Al hacerlo la joven mujer sonrió mientras, prácticamente a brincos, entraba en la casa cerrando la puerta tras de sí, dejándolo en la oscuridad más absoluta ante la señorial mansión Sly.

Conmocionado se alejó, adentrándose en las opulentas calles que conducían hasta la torre hueca. El escaparate de la tienda de ropajes del señor Olem iluminaba buena parte de la calle. Remi se detuvo frente a este, contemplando la nueva colección de nupcias que tanto se afanaba en vender. Sacudiendo la cabeza observó el pergamino y tomando aire deshizo el delicado lazo, revelando el texto.

»Motivados por el amor que nos profesamos y con la alegría y bendición de la Diosa y nuestros progenitores, tenemos el gusto de comunicarle el próximo enlace matrimonial del señor Aris Sly, cuarto patriarca de la honorable casa Sly, y la señorita Yovita Noboa, primogénita de la señora Nasnari-Aswimi.

Por lo que le invitamos a participar en la ceremonia nupcial que tendrá lugar el último día de esta, nuestra estación, en el Palacio Real, al mediodía.»

Para la gravedad de las circunstancias, aquello se le antojaba irreal, como si no fuera más que un horrible sueño. La impotencia y el desconcierto se asentaron cual acero en su pecho oprimiéndole los pulmones sin dejarle respirar. Turbado hincó una rodilla en el suelo cogiendo aire. Desde esa posición las luces del escaparate se posaban sobre su persona generando lóbregas sombras que enfatizaban su mano derecha con la que arrugaba la invitación la misma en la que, colgando de su muñeca, pendía el pequeño saco que Hugo le entregó. Remi se enderezó tirando el pergamino a un lado, abriendo la bolsa con decisión y extendiendo la mano izquierda para aceptar su contenido. De su interior, caminando con soltura gracias a sus ocho patas apareció uno de los arácnidos más peligrosos jamás conocidos, una *Loxosceles* también conocida como araña reclusa parda. Aquel era un ejemplar anormalmente grande dado que su tamaño natural era de unos dos centímetros frente a los nueve con los que esta contaba. De un color ceniza — verdoso, con manchas en ambos dorsales de su tórax que formaban una línea negra, un animal difícil de localizar. Ágil y veloz, cuya picadura era considerada la más tóxica sabida siendo su acción necrótica, llegando incluso a causar la muerte. Aunque generalmente su comportamiento no resultaba agresivo hacia los seres humanos esta podía atacar si se veía amenazada. A Remi jamás se le ocurrió pensar que un día se viera obligado a interactuar con semejante criatura. Pero ahí estaba, dispuesto a hacer uso de tal insecto mortal como mensajera de una aceptación aún más fatídica que el ser que la representaba. Con una insólita seguridad, extendió la mano junto al suelo. La araña saltó, corriendo a una sorprendente velocidad y desapareciendo de su vista por la polvorienta calle.

Remi se recompuso, suspirando. Echando un último vistazo al escaparate antes de emprender de nuevo el camino hacia su hogar, sin saber cuan nefastas serían las consecuencias del acto que acababa de llevar a cabo.

La desconfianza de Faunett

Faunett recordaba, agitando la cucharilla en el interior de su taza de café, sentada a solas en una de las grandes mesas del comedor, como había permanecido estoica ante el comité regulador de la Academia.

A su derecha, Kurt; a su izquierda, Yidrianna. El comando Litz había sido convocado en cuanto regresaron del lugar donde los desterrados encontraron la muerte, ordenando darles sagrada sepultura. Cuando Lei y Braiz regresaron, junto a May e Ion, relatando lo hallado en las tierras del joven Harana, les fue difícil creerles. Solo pudieron hacerlo al comprobarlo con sus propios ojos. Aun así, tras su regreso, a pesar de haber llevado a cabo la reglamentaria entrega de informes, eso no parecía haber contentado a los altos mandos designando aquella convocatoria del todo improcedente. En la sala de audiencias, sentados en torno a una mesa dispuesta a modo de semi círculo los interrogaron Broten, convenientemente escoltado por Lexx, cuatro miembros de instrucción y dos representantes de la Sede Hughs.

—No es de su exitosa incursión a las tierras del exilio por lo que se encuentran aquí, Élite Litz — interrumpió uno de los enviados de la Sede Hughs sacando al equipo de dudas—. Si no por la desastrosa actuación de sus equipos en la protección de Hannagreth durante su festividad.

—Hasta donde sabemos, no se le dio permiso para ordenar la retirada de sus tropas —añadió el segundo representante, algo más joven que su compañero—. ¿Me equivoco?

—¡Fue una emboscada! —se defendió Faunett—. ¡Todos los comandos hubieran muerto!

—Conténgase, Litz. —le advirtió el adalid.

—¿Una emboscada? —preguntó curioso uno de los miembros del profesorado—. ¿Acaso está insinuando que Hannagreth, una ciudad bajo el reglamento de la Organización por la Paz Mundial, ha atentado contra esta nuestra sede?

—No sé qué pretendía Hannagreth —se defendió la capitana del equipo—. Pero lo que sí tengo claro es que los miembros de la guardia real estaban advertidos en cuanto a lo que iba a ocurrir y lo que acabamos de presenciar en la tierra de los desterrados...

—¡Cómo se atreve! —el representante de Hughs de más edad se levantó del asiento con indignación—. ¡Hannagreth perdió a su soberano aquella noche!

—No estoy diciendo que no hubiera bajas en sus filas, señor —respondió ella convenientemente.

—¡Por supuesto que las hubo! —el hombre la señaló acusadoramente—. Los desterrados urdieron despreciable artimaña en contra de la ciudad que ellos mismos decidieron abandonar. ¡Ciudad que siempre ha velado por el bienestar de sus allegados! —la cara del hombre enrojeció por la ira—. ¿Cómo puede siquiera insinuar que tamaña barbarie fuera perpetrada en nombre de una de las capitales imperiales?

—Con todo el respeto, señor, tan solo... —intentó aclarar Faunett sin tener oportunidad.

—¡Guarde silencio, elite Litz! —le ordenó Broten mientras Lexx, tras este, se mantenía con la mirada fija en el anciano.

Como evengarg de alto rango que era, Faunett no había alcanzado su posición dejándose llevar por juicios ajenos, insustanciales pretextos ni palabras crédulas. Las cosas que pudo comprobar antes de la

festividad, de lo que fue testigo durante la misma y cuanto tuvo que responder tras ella le confirieron una certeza sobre lo ocurrido y el haberla enviado a descolgar y enterrar a todas aquellas gentes la obligaron a tomar una decisión. Sabía que las consecuencias no habían hecho más que empezar. Dijera lo que dijera aquellas personas ya habían dictaminado su sentencia. A excepción de su adalid y el comandante, todos esos hombres la estaban haciendo responsable de la retirada de las tropas de los comandos de competición, dejando a Hannagreth indefensa ante el ataque de los desterrados.

Tras una serie de acusaciones enmascaradas de preguntas que no le dieron opción a responder la dejaron marchar junto al resto de su equipo, a los cuales no se molestaron en dirigirles la palabra.

Desde que aquella reunión aconteció no hacía más que darle vueltas a la cabeza, rememorándola. Poniendo especial atención a cada una de las tonalidades y palabras. Aquella mañana, antes de bajar a la cafetería, recibió algo que la desorientó aún más, acrecentando sus sospechas. Desdeñosamente dejó la cucharilla sobre el plato de porcelana sonoramente. Se sentó adrede en una de las mesas lo suficientemente apartadas de cualquier otro lugar ocupado, cerciorándose de no ser víctima de ojos u oídos indiscretos. Sacó su UCP portátil del interior de la chaqueta verde del uniforme, abriendo el mensaje y releyéndolo.

»Comando de competición X-808, Élite Faunett Lauren Litz:

Mediante la presente le notificamos que, para el cumplimiento de la legislación profesional, se le otorgaran las vacaciones respectivas por un período de veintiocho horas con inicio día 11 del presente mes a las 8:00 horas con destino a la ciudad de Longa, siendo su reincorporación día 12 del presente mes a las 12:00 horas.

*Cordialmente,
Alef Broten.*

Adalid de la Academia dedicada a Terrance Evengarg.»

Cuando la hubo repasado por tercera vez Kurt apartó la silla frente a ella, llamando su atención. Ni siquiera advirtió en la presencia de su compañero mientras permanecía inmersa en sus pensamientos. Cuando este se hubo acomodado Faunett le mostro la pantalla.

—Lo sé —dijo él tirando su UCP personal sobre la mesa con un mensaje idéntico—. También me ha llegado.

—¿Qué significa esto? —Faunett frunció el ceño como si con ello fuera a obtener respuestas.

—La única información que he podido recabar es que los representantes de Hughs le han hecho a Yidrianna una oferta difícil de rechazar —Kurt se frotó la nuca a la par que acariciaba los cabellos sobre esta.

—Oh, Kurt... —ella suspiró echándose atrás en su asiento—. ¿En qué nos hemos metido?

—Dirás en qué nos han metido —los ojos del evengarg escudriñaron con recelo las mesas más cercanas—. No podemos confiar en nadie, ni siquiera en nuestro propio adalid —añadió bajando considerablemente el tono de voz.

—Esas palabras podrían costarte un juicio por alta traición —Faunett tomó una postura más rígida en su asiento.

—Al igual que tus pensamientos —Kurt recogió su UCP agitándola ante ella—. Se nos acusa de alevosía, incumplimiento del deber y tentativa de segregación imperial. ¿Y se nos asignan vacaciones inmediatas? —preguntó retóricamente—. Vamos, Faunett, sé que eres más inteligente que todo esto.

—Mantén los ojos bien abiertos y procura no llamar la atención —respondió ella con cautela—. Haremos cuanto se nos ordene, por el momento.

La cuenta que se dio por perdida

Cuando Herban vislumbró la Academia Evengarg a lo lejos le pareció estar ante la más maravillosa de las visiones. El camino hasta allí, aunque no en exceso complicado, se le hizo eterno en compañía de su manada. Ya estaba acostumbrado a las continuas quejas de Philpha, pero, a lo largo de aquel viaje, incluso los perros comenzaron a protestar tirándose bajo cualquier árbol lo suficientemente grande como para dar sombra, negándose a continuar el camino. Si no fuera por el liderazgo de Fera y su mal genio, dudaba en haber sido capaz de guiar a su familia hasta allí. Ciertamente los había consentido en demasiado.

—¡Quiero que sepas que te odio, todos lo hacemos! —gritó Philpha al llegar a lo alto de la colina, respirando con dificultad—. ¡Todos lo hacemos! —repitió.

—Ya hemos llegado —declaró Herban señalando la Academia.

Tanto Philpha como los canes fijaron la vista en el empinado camino que llevaba hasta la entrada del gran edificio. La ardilla Squickzy se asomó desde uno de los bolsillos interiores de la chaqueta del hombre, olisqueando.

—¿Crees que si me tiro seré capaz de llegar rodando hasta la puerta? —preguntó Philpha tomando en seria consideración la idea.

—Venga, vamos —dijo Herban rascándole la cabeza sonriendo.

Cuando atravesaron las puertas automáticas que daban acceso al interior quedaron petrificados. Ninguno había tenido la ocasión de caminar por los pasillos de los edificios que se alzaban en aquella nueva era. La última vez que Herban contemplo Evengarg esta no era más que los cimientos de lo que ahora le rodeaba.

—¡Alto! —les ordenó un hombre ataviado con el reglamentario uniforme verde de la Academia—. No están permitidos los animales en el recinto.

—¿Disculpe? —preguntó Herban confuso.

—Los animales —recalcó el vigilante señalando tanto a Philpha como a los perros—. No están permitidos, señor.

Ante el asombro de Philpha, Herban accedió a la petición sin rechistar. El objetivo de su visita era encontrar a May y si para ello debía ocultar a su familia una vez más así lo haría.

A poca distancia del lugar hallaron una recóndita cala en la cual Herban creyó que estarían a salvo de miradas indiscretas y, pese a las reticencias de Philpha, se despidió de ellos hasta que pudiera hablar con Broten, no sin antes asegurarse de que la pequeña Squickzy estaba bien resguardada en el interior de su abrigo.

Cuando regresó a la Academia, se dirigió al mismo evengarg que le advirtió acerca de los perros, pidiendo una audiencia con el adalid. Jamás imaginó que fuera a encontrarse con tantas trabas para conseguirlo. Muy contrariamente a lo que hubiera pensado en el pasado del imprudente y petulante Broten, este parecía haber obtenido todo cuanto se propuso. Tras rellenar multitud de papeleo durante más de una hora referente a su nombre, procedencia, motivo de la visita, duración de esta y

antiguas relaciones con la Academia, entre otros, le hicieron pasar a una pequeña habitación con un escritorio y dos sillas. Herban se sintió como un acusado al que iban a interrogar. No se equivocó.

Largos minutos después entró en la habitación Yidrianna. Cuando abrió la puerta pudo comprobar como dos evengargs permanecieron fuera a la espera, montando guardia en la puerta. La joven pasó junto a él sin mirarlo, absorta en la pantalla que llevaba entre sus manos. Se sentó frente a él, carraspeó y levanto la vista, clavando sus ojos azules en Herban.

—Señor Nadiriumar, dígame —la joven comenzó a hablar con tono frío y semblante serio—. ¿Cuál es el motivo de su visita a Evengarg?

—Ya lo he escrito como una docena de veces en vuestros informes —respondió exhausto—. Soy un viejo amigo de vuestro adalid.

—Comprendo —Yidrianna volvió a sumergirse en los datos que se mostraban en la pantalla—. No tenemos constancia de ningún Herban Efolen Sion Nadiriumar en el círculo cercano del adalid.

—¿Acaso le has preguntado eso tú misma? —preguntó Herban frotándose el mentón, tantas formalidades habían comenzado a ser molestas.

—Estoy muy bien informada acerca de nuestro adalid, no hay nada que yo no sepa —la joven se mostró visiblemente molesta por la pregunta.

—¡Estoy seguro de que sí! —Herban carcajeó sonoramente ante la absurda afirmación de la mujer.

Yidrianna volvió a carraspear pasando la mano nerviosamente por el dispositivo portátil. Claramente era una persona de maneras sutiles y paciencia limitada, no le resultaría difícil deshacerse de ella.

—Escúcheme, señorita —Herban suspiró, haciendo un esfuerzo para encontrar las palabras adecuadas—. Sé que tan solo está cumpliendo con su cometido en este lugar y, si me lo permite, hace usted un excelente trabajo.

—¿Quién es usted? —preguntó Yidrianna frunciendo el ceño.

—Sin embargo, lo que me ha traído hasta aquí está fuera de sus competencias —continuó él ignorando su pregunta—. Necesito hablar con Alef Broten y necesito hacerlo cuanto antes. Si usted no es la persona que puede hacer eso posible entonces ambos no estamos haciendo más que perder el tiempo —su calmado tono de voz cambió súbitamente, tornándose rudo—. Si es así, tan solo levántate, niña, y ve a buscar a alguien con la suficiente potestad en este lugar como para poder hacerlo.

—Mucho me temo, señor, que debo pedirle que abandone la Academia —Yidrianna se levantó sin ocultar su indignación, yendo hacia la puerta e indicando a los evengargs tras esta que entraran—. O nos veremos obligados a usar la fuerza.

Herban sopesó la situación. Dos hombres y una mujer permanecían frente a él con tan solo su propia convicción en poder derrotarlo. Pesadamente se levantó de su asiento a la par que los hombres se ponían en guardia. Metió la mano en uno de los muchos bolsillos de su raído abrigo sacando una redondeada piedra aplanada.

—No pretendo haceros daño ni hacérselo a vuestro adalid —expuso él tendiéndole la piedra hacia Yidrianna—. Tan solo te pido que le hagas entrega de esto diciéndole que Herban necesita verle. Si se niega a recibirme marcharé sin rechistar.

Ella le miró recelosa y tras meditarlo corto tiempo agarró el guijarro, arrebatandoselo de la palma de la mano y abandonando la sala. Herban detestaba tener que utilizar aquel tipo de objetos que tan solo eran capaces de evocar una época maldita. Pero el tiempo apremiaba y la pequeña May correría peligro si no lograba dar con ella cuanto antes.

Si hubiera sabido de la efectividad de aquella piedra a la hora de concederle audiencia con Broten,

hubiera entrado con ella por delante nada más atravesar las puertas de Evengarg. Yidrianna no tardó más de cinco minutos en volver a aparecer, esta vez acompañada por seis evengargs de alto rango para escoltarlo hasta la última planta, el lugar donde todas las decisiones que afectarían a los que vivieran entre esos muros se tomaban. El nivel privado del adalid.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron se encontró con un lujoso vestíbulo de paredes color esmeralda que conectaba con un salón igualmente fastuoso. Aterciopelados sofás verdes se distribuían frente a un gigantesco mirador en el que se exhibía el esplendor del océano, dejando que los suaves rayos de luz centellearan con sutileza en los dorados candelabros que colgaban del techo. Dignamente sentado en el más amplio de los sofás le esperaba Broten, mucho más desmejorado de lo que cabía esperar y tras este, notablemente cambiado dado el paso del tiempo, el inconfundible niño serio y testarudo que un día conoció; Lexxon Lonehart.

—Herban... —pronunció Broten casi como una exhalación sin apartar la vista del guijarro, acariciándolo—. Veo que definitivamente el tiempo ha sido benevolente contigo.

—¿Así es como tú lo definirías? —respondió él mirando a su alrededor.

—Podéis dejarnos —ordenó el adalid dirigiéndose a Yidrianna y sus escoltas.

—Pero señor... —intentó replicar ella.

—Está bien, interventora Hannah —la interrumpió Lexx impertérrito tras el adalid—. Yo me ocuparé de su seguridad en adelante.

—Sí, comandante —Yidrianna le reverenció a desgana.

La mujer se dio media vuelta, entrando en el ascensor junto a los evengargs y desapareciendo del lugar. En cuanto lo hicieron la atmósfera en la sala se tornó incómodamente tensa. Broten se levantó del sofá dirigiéndose al ventanal, mirando a través de este y luego a la piedra, así en repetidas ocasiones mientras Lexx, con las manos a su espalda y postura orgullosa, no apartaba la vista del visitante. Cuando ambos cruzaron la mirada Herban sintió como la culpabilidad regresaba a él galopante, apuñalándole las entrañas. Squickzy abandonó la comodidad del bolsillo al que tanto adoraba, saltando al suelo y correteando hacia el sofá. Subiéndose de un brinco para impulsarse, saltando sobre el brazo de Broten. Lexx intentó cazarla al vuelo sin éxito. En un principio el adalid se sobresaltó, pero después, tras comprobar que era lo que se había abalanzado sobre él, una sonrisa se asomó en su rechoncho rostro. Extendió la mano que tenía libre y, al instante, la ardilla se posó sobre su palma.

—Squickzy —los ojos se le iluminaron mientras acariciaba el lomo del animal con ternura, dejando caer la piedra que Lexx recogió rápidamente del suelo—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Vino a buscarme, Broten. Y sabes tan bien como yo lo que eso significa —dijo Herban dando unos pasos en dirección a ellos—. ¿Está aquí?

—¿Quién? —preguntó el adalid absorto en la ardilla.

—¡Ya sabes quién! —Herban había olvidado la quietud con la que Broten podía expresarse a veces—. ¡Ella, May!

—Oh, May —el adalid volvió a centrarse en él—. Sí, lo recuerda todo. Volviste a fallar en tu cometido.

—¿Todo? —preguntó nervioso.

—Bueno, tal vez todo no. Es convenientemente despistada —Broten le lanzó una mirada cómplice—. ¿Quieres verla?

—Te lo agradecería, amigo mío —Herban sintió como una leve chispa de dicha luchaba por hacerse hueco en su interior.

—No te confundas, tú y yo nunca hemos sido amigos, Herban —aclaró Broten duramente pasando junto a él, dirigiéndose al ascensor.

—¿Está bien que él esté aquí? —apuntó Herban en referencia a Lexx, tras ver cómo lo seguía.

—Es mi hombre de confianza —puntualizó el adalid—. No tengo secretos para él.

—¿Estás seguro de eso, Alef? —cuestionó tan duramente que incluso Lexx se detuvo.

—Sigues siendo el mismo charlatán de siempre Herban —respondió Broten dándole la espalda—. Haz lo que hayas venido a hacer y márchate sin más demora.

Los tres hombres entraron en el ascensor dirigiéndose hasta el piso inferior, ahí preguntó a uno de los valedores que aguardaban algo imperceptible incluso para el agudo oído de Herban. Tras ello y nuevamente escoltados descendieron hasta la cuarta planta en un incómodo trayecto amenizado por la discordante melodía del hilo musical del habitáculo.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo comprobó como una marabunta de jóvenes iban de un lado a otro de la gigantesca sala. Charlando y riendo animados mientras algunos formaban colas en espera de su turno, mientras otros disfrutaban ya de su desayuno. Se encontraban en el comedor principal de la Academia y en esa hora punta el lugar estaba atestado por famélicos estudiantes y aspirantes. Apenas recordaba cuando fue la última vez que contemplo tanta energía junta en un mismo lugar, tantísima juventud. Los augurios comenzaban a hacerse palpables. El futuro se estaba abriendo paso y lo hacía en el interior de las Academias de los comandos de competición.

Mientras caminaba entre ellos sintió como la esperanza crecía en él, necesitaba ver con sus propios ojos como la vida era capaz de abrirse paso, incluso ante la mayor de las adversidades. Si toda aquella vitalidad seguía existiendo en el mundo tal vez si hubiera una última oportunidad para él mismo. Conmovido comprendió que aquella construcción era el lugar donde la manada más grande que jamás vio había formado su hogar.

Súbitamente calló en la cuenta de algo que, aunque obvio, no se había parado a pensar. El tiempo. Había pasado mucho desde el día que vio a la pequeña May por última vez, tanto que no era capaz de calcular con exactitud los años transcurridos y una gran pregunta lo asaltó. ¿Y si la pequeña May no era ya una niña?

—No debías haberte hecho la idea de que me había convertido en un simple empresario. ¿Cierto? —preguntó Broten deteniéndose entre las mesas, obligando al resto a hacerlo también.

—¿Cómo dices? —Herban abandonó los pensamientos que momentáneamente le turbaron la mente.

—¡Contempla en qué se ha convertido el proyecto de Hughs! —exclamó el adalid orgulloso—. He hecho de este lugar algo que él jamás hubiera soñado.

Por mucho que intentara enterrar el pasado, Herban debía hacer enormes esfuerzos por no abalanzarse sobre Broten y darle una bien merecida lección de humildad. Estaba totalmente seguro de que Frederick no sentiría orgullo alguno de aquel lugar. Broten había convertido su sueño en la más poderosa de las armas.

—No sé lo que buscas ni pretendes a estas alturas, Herban —Broten se dirigió a él entre susurros, obligándole a agacharse para poder oírlo dada la diferencia de altura entre ambos—. Pero deberías haber ido en busca de Ágata si lo que quieres son respuestas. Aquí no encontrarás nada.

Herban no respondió a aquel consejo. Ni él mismo sabía que era lo que esperaba con exactitud de aquel encuentro.

—Ahí la tienes —puntualizó Broten señalando hacia una mesa a unos metros de ellos.

Sentada, junto a tres personas más, estaba ella. Hermosa, sana y sonriente. Sus temores eran reales, la pequeña May ya se había hecho mujer. Herban sintió como todo el aire de sus pulmones escapaba

sin intención de regresar, dejándose inundar por un dulce sosiego. Incluso a aquella distancia podía oír a la perfección el sonido de su risa, cándida y vibrante. Una risa que jamás en la vida podría olvidar, la más pura melodía de la felicidad de Lesberla.

Poco duró la paz de Herban. Tan solo el tiempo que tardó en posar su mirada sobre el joven sentado junto a ella. Había sentido aquella extraña sensación desde hacía días, intensificándose cuanto más se acercaba a la Academia, asumiendo que se debía a la cercanía de May. Nuevamente erró en sus conjeturas. Ahora comprendía porque Squickzy acudió a él con tanta premura, entendiendo que la situación era mucho más complicada de lo que hubiera esperado.

Inmóvil, sordo ante las palabras de Broten y olvidando el ansiado reencuentro, Herban no podía hacer más que mantener su mirada fija en Braiz Donovan.

Miel y almendras

—¡Querida, ya estoy en casa! —exclamó un jovencísimo Lexx abriendo una puerta invisible, aunque real para él.

May, que apenas sobrepasaba la edad de siete años, corrió hacia él sonriente. La verde vegetación de la meseta que rodeaba los viejos muros del orfanato era gentilmente acariciada por la suave brisa veraniega. El sol, siendo solo una sutil caricia a esas horas de la tarde, calentaba el terreno lo suficiente como para que los infantes pudieran jugar sin sofocarse.

—¿Has tenido un buen día, querido? —preguntó ella cogiendo una de las manos de Lexx.

—¡He cazado tres ogros en el interior de sus propias cuevas mientras dormían! —respondió él dándose aires de grandeza—. Y de camino a casa he recogido estas flores para ti —vergonzosamente le entregó un pequeño ramo de flores silvestres.

—¿Para mí? —May aceptó el regalo sonrojándose.

—¿¡Ya puedo venir !?—interrumpió Lei gritando mientras se acercaba correteando a cuatro patas.

El pequeño gateó torpemente hacia ambos sin abandonar en ningún momento la incómoda posición, con el oscuro y alborotado cabello cayendo por su cara y hombros, cubriéndole el rostro por completo e impidiéndole ver. Saltó bruscamente entre ambos, emitiendo un fino gruñido. Se agarró a los brazos de May, arañándola y haciendo que las flores cayeran desperdigadas sobre el suelo.

—¿¡Qué haces, inútil?! —le gritó Lexx empujándolo con fuerza, haciéndole caer al suelo.

May se agarró el interior del antebrazo izquierdo donde Lei parecía haberla herido más de lo imaginado, sangrando. Lexx dio un rápido vistazo a la herida intentando calmar su llanto. Agarró la mano de May y miró con dureza a su hermano, aún en el suelo, esforzándose por contener las lágrimas entre pucheros.

—Yo solo quería jugar —balbuceó Lei—. ¡Nunca me dejáis jugar!

—¡Porque siempre le haces daño! —le recriminó el mayor—. ¡Ni siquiera sirves para ser un perro!

Tras aquellas duras palabras Lexx se encaminó hacia la casa llevándose a May con él. Pasó un tiempo hasta que Lei dejó de lloriquear, levantándose del suelo y recogiendo las flores esparcidas por el suelo. Mientras lo hacía se quedó absorto ante la imagen de una sencilla flor rosada manchada por la sangre de May. Aquello se le antojó monstruosamente bello.

Ciertamente Lexx tenía razón al decir que May solía acabar herida cuando estaba junto a él, aunque el daño pocas veces fuera infligido por su propia mano. De una forma u otra ella sufría como consecuencia de sus actos. Hubo un día, no hacía aún un año, en el que la animó a escalar a la copa de uno de los árboles más altos de la vieja casa. Cuando ella ya había casi alcanzado su destino una de las ramas sobre las que se sostenía cedió, haciéndola caer desde una considerable altura, rompiéndose la clavícula. O la vez en que la retó a correr campo a través por la linde del bosque, zona prohibida para ellos, en donde May se perdió durante horas. A pesar de su corta edad y la diferencia de esta misma entre ellos, Lei comprendía que de alguna forma resultaba peligroso para ella, pero detestaba que esa misma condición fuera la que le separaba de May acercándola más a su hermano. Lexx siempre estaba

allí para ayudarla, dándole de comer cuando tuvo su brazo inmovilizado; encontrándola a pocos metros de la entrada del bosque, sola y asustada, o reconfortándola cuando estaba herida.

Fue a la habitación común donde dormía junto a su amiga, su hermano y una veintena de niños más. Con toda la delicadeza que pudo recompuso el maltrecho ramo, dejándolo sobre la cama de May. Tras ello se acurrucó bajo su propia cama, el lugar al que más le gustaba recurrir cuando se sentía asustado, molesto o simplemente aislado del resto; el lugar que más le reconfortaba en el mundo. Se había despertado más veces bajo la cama que sobre esta. Y así, escondido y derrotado, lloró hasta sucumbir al sueño una vez más.

—Lei —escuchó junto a él. Un dulce susurro junto a una caricia que le apartó el cabello de los ojos lo desveló—. Lei, despierta.

Costosamente abrió los ojos. La habitación se hallaba ya sumida en la penumbra y el sonido de las pausadas respiraciones, junto a algún ronquido disperso, le indicaron que la noche había llegado y que sus compañeros ya dormían. May estaba junto a él, echada bajo la cama mientras continuaba acariciando su frente en un intento vano por apartar los rebeldes mechones de pelo. Las ganas de llorar lo invadieron de nuevo al ver parte de su brazo vendado.

—Estoy bien —dijo ella mirando también el vendaje—. Solo es un rasguño. Aunque la señora Shalk dice que como sigas así, en vez de uñas, tendrás garras cuando seas hombre —rio silenciosamente.

—Siempre te hago daño —Lei escondió su rostro contra el suelo, apenado.

—Bueno, no voy a romperme por algo como esto —respondió May rebuscando a sus pies para poder acercar las flores silvestres—. ¿Lo has dejado tú en mi cama? —preguntó mostrándoselo.

—Es el regalo de Lexx —contestó él levantando la cabeza.

—Y ahora también el tuyo. Se habrían marchitado sobre la tierra si no las hubieras recogido —May las acarició con delicadeza.

En los últimos meses May había empezado a hablar de una forma que, en ocasiones, le costaba entender. Incluso a veces se enfadaba por hechos o situaciones que eran de lo más habituales. La señora Shalk la excusaba diciendo que su vida estaba sufriendo cambios y que, en pocos años, dejaría de ser una niña. Aquella explicación tan solo logró confundirle aún más, preguntándose que era en lo que se convertiría su amiga. Siempre, desde que tenía uso de razón, habían sido ellos tres jugando sin preocupación alguna, viviendo el día a día como el más precioso de los regalos. Ahora Lexx y May se habían vuelto más cercanos y Lei no podía hacer nada para remediarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó May.

—No —fue la tajante respuesta que Lei le dio.

—Sabes que puedes contarme lo que sea, no se lo contaré a nadie —declaró May cerrando el puño derecho extendiendo el pulgar—. Ni siquiera a Lexx.

—¿Ni a Lexx? —preguntó él observando la mano de su amiga con atención.

—Ni a Lexx —repitió ella enfatizando el gesto de su mano.

—Vale, está bien —Lei se incorporó levemente, tomando aire y armándose de valor—. May, te prometo que un día seré lo bastante alto para dejar de ser el perro y ser yo el que se case contigo —declaró él avergonzado.

—Entonces date prisa por crecer, Lei, estaré esperando por ello —respondió ella sonriendo con convicción.

Satisfecho, el pequeño Lei cerró también su puño derecho, extendiendo el pulgar y uniéndolo de forma inversa junto al de May en lo que para ellos era un gesto de juramento eterno.

Lei se despertó con el corazón palpitante bajo la molesta mancha de humedad. Aun habiendo olvidado el pasado durante años, los recuerdos iban acudiendo a su mente en forma de sueños desde la llegada de May y, aunque en cierta manera se sintiera nostálgico ante ellos, le incomodaban enormemente. La reaparición de la niña que un día desapareció años atrás estaba causando más estragos en su persona de los que estaba dispuesto a aceptar.

Se levantó de la cama observando la posición del sol en el cielo. Eran algo más de las diez de la mañana lo que significaba que, una vez más, se había perdido el desayuno. Los horarios de las comidas en la Academia eran estrictos y Lei adoraba dormir por lo que, con suerte, disfrutaba de solo dos desayunos a la semana. Por esa misma razón, cuando aún era un infante recién llegado a Evengarg, se vio en la obligación de buscar su propio sustento para la primera comida del día. Encontró la forma de escabullirse a la quinta planta donde se alojaba el personal civil, lugar normalmente restringido para los integrantes de los comandos de competición. Con el tiempo se convirtió en un cliente asiduo de un pequeño colmado ilegal, haciendo acopio de tostadas de trigo, galletas dulces, chocolatinas y chicles. A Broten debían resultarles tremendamente desagradables los chicles puesto que estaban terminantemente prohibidos en el interior de la Academia.

Abrió uno de los cajones del escritorio cogiendo un paquete de galletas blandas rellenas de jalea de frambuesa, devorándolas. Bajo los paquetes de galletas, ocultó en el cajón, brilló el colgante de May sobre la fotografía. Los recogió observando la imagen, está debía haber sido tomada en una época cercana al sueño que acababa de tener.

En ese momento la UCP le notificó la llegada de un mensaje entrante. Desinteresadamente palpó la pantalla, abriéndolo y leyéndolo.

»Comando de competición X-1505, miembro de infantería Aleixein Lonehart:

Mediante la presente le notificamos que, para el cumplimiento de la legislación profesional, se le otorgaran las vacaciones respectivas por un período de veintiocho horas con inicio día 11 del presente mes a las 8:00 horas con destino a la ciudad de Longa, siendo su reincorporación día 12 del presente mes a las 12:00 horas.

*Cordialmente,
Alef Broten*

Adalid de la Academia dedicada a Terrance Evengarg.»

Entornando los ojos cerró el mensaje, cogió dos galletas más llevándose las a la boca, guardó a buen recaudo las restantes y salió de la habitación llevándose con él tanto el retrato como el collar.

Fue a la zona deportiva donde May ya lo esperaba como cada mañana leyendo con atención uno de los libros que Yidrianna le obligaba a aprenderse: *Fundamentos de guerra. Parte uno: La Batalla por el Hierro*. Libro puramente histórico de contiendas llevadas a cabo tiempo atrás. No entendía que era lo que querían que May aprendiera de ello. Él ni siquiera acabó de leer ese mismo libro en su día, qué decir de su segunda parte.

—¿Sigues leyendo eso? —preguntó él acercándose.

—Es interesante. ¿Tú no lo leíste? —respondió ella con voz apagada, levantándose mientras cerraba el libro asegurándose de no perder el punto.

—Sí, lo hice —mintió Lei.

May sonrió abrazando el libro contra su pecho. Al hacerlo sus brazos quedaron a la vista de Lei dejándole ver claramente como, en el antebrazo izquierdo se dibujaba una fina cicatriz de unos cinco centímetros. Sin decir palabra comenzó a caminar rumbo a una de las salas de entrenamiento

mientras ella le seguía silenciosa. El sentimiento de culpabilidad que lo había inundado en sueños acababa de hacer acto de presencia y era un pesar que le irritaba poderosamente. Era absurdo que se siguiera sintiendo así por algo que ocurrió hacía tanto tiempo, pero más absurdo era el hecho de no ser capaz de contener semejante despliegue de emociones. Si le dieran a elegir escogería no volver a ver a May durante el resto de su vida.

Entraron en una de las salas en donde ella dejó el libro en una de las esquinas junto a la chaqueta negra de Lei. Broten estaba altamente interesado en que adquiriera cierta destreza en algún tipo de arma por lo que, en los últimos entrenamientos, se habían centrado en la búsqueda del arma con la que más cómoda se sintiera, sin éxito.

—Bien, escoge modalidad —le ordenó Lei señalando un panel sobre el que se almacenaban algunas armas.

May se acercó considerando sus opciones seriamente. Ya lo había intentado con un gran número de ellas. Sus primeras opciones fueron diferentes tipos de armas de filo como espadas, puñales e incluso machetes; Lei la desarmaba en pocos segundos sin apenas esfuerzo. Tras ello optó por armas a distancia tales como lanzas, látigos o arcos, pero no supo siquiera mantener ninguno de ellos en alto; hiriéndose ella misma con el látigo. Su última opción habían sido las armas de fuego, pero, por razones más que obvias, Lei desterró aquella opción.

—No escojo arma —concluyó tras meditarlo.

—Debo entrenarte en el manejo de un arma, así lo quiere el adalid —respondió Lei desenfundando su Layade.

—En ese caso haz de mi cuerpo un arma —May se acercó a él con una extraña seguridad en sí misma.

—Yo no puedo hacer eso —Lei se sintió ligeramente decepcionado—. Si pretendes formarte en la lucha cuerpo a cuerpo es con Braiz con quien debes hablar.

—¿Acaso tú no eres capaz de luchar sin tu arma? —preguntó ella acercándose.

—¡Claro que puedo! —respondió Lei bufando ofendido.

—Pues hagámoslo, luchemos con nuestros cuerpos —May alzó los brazos mientras cerraba los puños, adoptando una posición de ataque.

—No creo que sea buena idea... —Lei arrastró las palabras. Como fuera, aquella no era una buena idea.

—¿Acaso temes que te haga daño? —apuntó ella sagazmente.

Aquella pregunta le sorprendió. Ese carácter seguro y atrevido que May mostraba era algo con lo que no estaba acostumbrado a lidiar. Y le fascinaba.

Suspiró mientras se daba la vuelta enfundando la Layade, dejándola en el suelo. Si May quería una lucha cuerpo a cuerpo él no iba a ser quien se lo negara, aunque tan solo fuera a jugar. Volvió a posicionarse frente a ella, la cual seguía manteniendo aquella extraña y torpe postura. Se dispuso a alzar sus brazos para dar comienzo al »entrenamiento« cuando, sin apenas darle tiempo a reaccionar, May comenzó a lanzar puñetazos al aire cada uno más rápido e impredecible que el anterior. Lei retrocedió cubriéndose el rostro con los brazos. Era posible que ella no tuviera conocimiento previo en cuanto a ofensiva, pero sus ataques eran tan inesperados como básicos y la falta de estrategia no era siempre fácil de evitar. Lei, con movimientos suaves y seguros, apartaba los imprudentes manotazos y algún que otro puñetazo más certero. Le divertían las expresiones exageradas, incluso asustadas, que ella le mostraba. Sin apenas darse cuenta se encontró sonriendo ante tan absurda situación. Al hacerlo May adquirió más fuerza en sus golpes, llegando alguno de ellos a hacerle daño, incluso más de la necesaria para tratarse de un primer entrenamiento. Tal y como él se mostraba

tranquilo y divertido, ella había adquirido un semblante serio, volviéndose más y más ruda al atacar. La risa de Lei la habían molestado. May comenzó a utilizar el juego de pies en su técnica. Lei, viendo que aquello comenzaba a ser peligroso, se dispuso a detener la potencia de sus golpes agarrándola de las muñecas con firmeza. Cuando lo hizo ambos se detuvieron por un instante, no más de un segundo, pero sí el tiempo suficiente para que él viera como los ojos de May estaban completamente encharcados en lágrimas. Dentro de ese mismo segundo Lei quiso decir cientos de cosas y hacer cientos más para reconfortarla, pero no tuvo tiempo siquiera de decidir si realmente deseaba consolarla. May se acuclilló, utilizando el peso de su cuerpo para que la soltara, creando un movimiento circular con su pierna derecha a modo de barrido haciendo que él tropezara cayendo de espaldas al suelo. Ligeramente conmocionado Lei se incorporó, atónito. Era impensable, por no decir bochornoso, que hubiera sido capaz de derribarlo. Molesto, se dispuso a restablecer su orgullo, pero lo que vio le dejó sin palabras y con su ego volando muy lejos de aquella sala de entrenamiento.

May estaba agazapada en el suelo, con la cabeza hundida entre sus propios abrazos que reposaban sobre las rodillas, compactándose de una forma que él dudaba poder lograr. Lloraba, lloraba de la forma más extraña que jamás vio, silenciosa pero desconsoladamente. Lei se arrodilló avanzando hacia ella con cautela. Siempre había huido de situaciones comprometidas y aquella resultaba una bastante incómoda. Aun así, la idea de abandonar la sala no se le pasó por la cabeza en ningún momento. Apartó el desigual cabello que la ocultaba, con cuidado. Cuando su mano rozó accidentalmente la mejilla de May esta levantó la mirada temerosa. En sus ojos Lei pudo ver el terror más puro.

—¿Qué te ha pasado? —alcanzó a preguntar él.

May no contestó, tan solo se limitó a levantarse. Fue hacia la esquina donde dejó el libro, estirando la chaqueta de Lei para poder cogerlo. Al hacerlo, el colgante calló con un sonido tintineante sobre el suelo. Lei se incorporó observando como ella lo recogía, poniendo en el toda su atención mientras secaba sus lágrimas.

—¿Qué es esto? —preguntó ella mostrándole el collar a Lei.

—Hay algo sobre lo que debemos hablar —repentinamente Lei se sintió exhausto.

Ambos recogieron sus pertenencias sin cruzar palabra alguna. Tras ello abandonaron la sala y después el nivel, dirigiéndose a la planta baja para poder pasear por los jardines en busca de un poco de claridad. Al menos a Lei le pareció una buena idea. Eran muchas las preguntas que le asaltaban en torno a la misteriosa May, pero él parecía ser el único con respuestas que ofrecer.

Caminaron a través de uno de los bucólicos caminos empedrados que atravesaban los jardines, extrañamente uno de los lugares menos frecuentados por los alumnos pese a su belleza.

—¿Quieres que nos sentemos aquí? —preguntó May señalando un banco de piedra blanca rodeado por una espléndida variedad de tulipanes.

—Como quieras —respondió él secamente.

El sol era cálido, pero aún no lo suficiente como para resultar molesto el sentarse bajo sus rayos. Desde ese lugar podía escucharse el fluir del agua de la gran fuente de piedra del patio central.

—Hablemos —dijo ella mostrándole el colgante de nuevo.

Lei no sabía cómo digerir aquella situación ni por dónde empezar, por lo que optó por poner todas las cartas sobre la mesa. Introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón mostrándole también la arrugada fotografía de su infancia. Sin más se la entregó, dejando que ella se tomara el tiempo necesario para examinarla con detenimiento.

—Este soy yo —puntualizó Lei señalándose a sí mismo—. Este es mi hermano Lexx, el comandante —continuó pasando el dedo sobre la imagen de este—. Y esta...

—¡Soy yo! —concluyó ella emocionada.

—Sí —Lei suspiró, sintió como acababa de quitarse un enorme peso de encima.

—¿Cómo es posible? —preguntó May acariciando la fotografía.

—No lo sé —Lei se rascó la cabeza agitando su cabello—. Solo sé que crecimos en el mismo orfanato y un día te fuiste. Eso te pertenece —recalcó él señalando la fotografía—. Y esto también —añadió dando un leve golpecito al colgante que se balanceó.

—Ojalá lograra recordar algo de todo aquello —se lamentó ella—. Todo lo que recuerdo son fragmentos dispersos y confusos.

Ambos quedaron en silencio, ella observando la fotografía y él evitando mirarla a ella.

—Al parecer tuvimos un pasado juntos —dijo May rompiendo el silencio, sonriendo abiertamente.

—Sí y fue un gran pasado —respondió Lei risueño—. Lo pasábamos en grande.

—Te envidio por poder recordarlo —se lamentó May—. Tú tienes recuerdos felices a los que recurrir cuando los necesites y, después de lo de Ion, me encantaría tener algo bueno a lo que recurrir.

Desde que regresaron del extrarradio de Hannagreth y tanto Braiz como Lei entregaron sus respectivos informes a sus superiores, ninguno volvió a saber del tema. Ion se había recluso en su habitación, negándose a mantener contacto alguno con quien fuera. Ni tan siquiera estaban seguros de que se estuviera alimentando adecuadamente.

—Lo que le ha tocado vivir a Ion es algo que nunca se olvida, May, por miles de buenos recuerdos a los que puedes recurrir —discurrió Lei seriamente—. Y no descansaré hasta que ese niño obtenga la justicia que se merece.

—Es reconfortante saber que no soy la única que se preocupa por él —May suspiró tranquilizada.

De lo que fue testigo en el hogar de los Harana era algo para lo que ningún miembro de los comandos de competición estaba preparado, algo que difícilmente olvidarían. Pero fueran cuales fueran las razones de semejante barbarie, sus actos no quedarían impunes y eso era algo de lo que estaba muy seguro.

Una suave brisa comenzó a danzar entre las ramas de los árboles, transportando un aroma que inundó los sentidos de Lei, una hechizante mezcla de dulzor y melosidad. Cautivado por aquella fragancia hizo acopio de todo el aire que podía en una sola inhalación, siendo testigo de cómo May disfrutaba de aquel momento igual que él lo hacía. Con los ojos cerrados, respirando pausadamente; tomando conciencia de cada segundo. El aire se levantó con algo más de fuerza y Lei pudo comprobar la procedencia de tan embelesador aroma. Los cabellos de May se agitaban por el suave viento, emanando un delicioso aroma a miel y almendras capaz de hipnotizarle.

—¿Crees en el destino? —preguntó ella súbitamente sacándolo de su ensimismamiento.

—Pues, yo... —Lei intentó buscar las palabras adecuadas a trompicones—. Nunca lo he pensado, pero supongo que no —él se detuvo pensativo unos instantes—. ¿Tú?

—No lo sé. Conocí a alguien que sí creía en él y estaba empeñada en que yo también lo hiciera —May se perdió momentáneamente en sus recuerdos, acariciando la fotografía—. Es lo más parecido que he tenido a una familia en toda mi vida. O al menos lo era...

—No quiero faltar al respeto de la memoria de esa persona, May —Lei intentó escoger las palabras que iba a decir cuidadosamente—, pero sería triste que nuestro paso por este mundo nos viniera predeterminado por nacimiento.

—¿Predeterminado? —preguntó ella acercándose.

—Bueno, eso es lo que opinan aquellos que creen en el destino, ¿no? —Lei permaneció tenso ante su cercanía—. Todos elegimos el camino que vamos a tomar y las elecciones que vamos a realizar.

—¿Y qué hay de aquellos que perdieron su vida víctimas de las guerras? —preguntó ella

mostrándole el libro de historia—. ¿O los que sufrieron la masacre de la Luna de sangre? ¿O la familia de Ion? —A cada nueva pregunta que formulaba más se acercaba a él—. ¿Tuvieron ellos la opción de elegir?

—¡May! ¡Estás aquí! —les interrumpió la voz de Lexx.

El comandante fue hacia ellos con paso rápido, atravesando el empedrado camino. Ambos se levantaron para recibirlo, Lei reverenciándolo y May sonriéndole. Al llegar, Lexx le dio una fuerte palmada en la espalda a su hermano y se dirigió a May.

—Debes acompañarme, son órdenes del adalid —le informó este.

—Bien —respondió ella confusa, encogiéndose de hombros.

Miró a Lei haciendo una encantadora mueca, introdujo la fotografía en el interior del libro y puso a buen recaudo el colgante en el interior del bolsillo trasero de su pantalón. Se despidió de él, al igual que Lexx y ambos marcharon hacia el interior de la Academia charlando animadamente. Lei se sintió ligeramente molesto con su hermano. La realidad era que no sabía cómo manejar el cúmulo de sentimientos que se estaban apoderando de él y todas las discordancias en torno a ellas. Se rascó la cabeza vigorosamente, despeinándose, como si con ello fuera a alejar todas aquellas ideas de su mente. Derrotado optó por retirarse a su pequeño paraíso, donde las aún frías aguas actuaban en él como la mejor de las medicinas.

De camino hacia la cala se dio cuenta que, de alguna forma, se había hecho a la idea de que cuando consiguiera devolverle el colgante a May eso funcionaría como si su alma hubiera sido liberada de la carga. Ahora no solo no había obtenido la reacción esperada por parte de ella si no que, no conformándose con su antiguo collar, también se había llevado la fotografía; su único recuerdo de una época más feliz. Afortunadamente para él, sus pies se hundieron en la arena a tiempo para que la desazón no se uniera al resto de sentimientos del día. Aquel lugar gozaba de un aura mágica.

La paz duró poco, solo el tiempo que tardó una jauría de perros en abalanzarse sobre él, tirándolo al suelo. Perros que incomprensiblemente lo único que deseaban era cubrirlo de caliente y pegajosa baba con cada uno de sus lametones.

Lo que el agua posee

May siguió a Lexx que la condujo hacia una de las aulas en donde se impartían las asignaturas que los instructores enseñaban a sus alumnos, un aula desocupada en aquel momento. Allí se encontraron con un hombre que se presentó como Herban, acompañado por dos evengargs más. Un hombre que, apresuradamente y de forma confusa, le explicó como él mismo la recogió del orfanato siendo niña dejándola luego en Foriet, según aclaró por su propio bien y que ahora había sentido la necesidad de encontrarla. En condiciones normales hubieran sido miles las preguntas con las que May le avasallaría, pero su mente había quedado completamente en blanco. De igual manera tampoco sabía hasta qué punto estaba dispuesto aquel hombre a contarle, ni si eran ciertas sus palabras. Le daba información a cuentagotas y mayoritariamente en forma de preguntas que ella respondía con monosílabos, lanzándole furtivas miradas de extrañeza a Lexx el cual se limitaba a sonreírle tranquilizadamente, marcándose en su rostro esos encantadores hoyuelos. May comprendió que el comandante estaba allí para protegerla y eso no hizo más que acrecentar su incomodidad. El hombre solo parecía estar interesado por su estado de salud mientras se sorprendía, una y otra vez, sobre lo mucho que había crecido. Tras pocos minutos Herban se despidió, haciéndole saber que estaría unos días en la Academia y que, si lo deseaba, podría dirigirse a él en busca de respuestas cuando deseara.

Lexx y May abandonaron la sala primero.

—Acompáñame, hay algo más que quiero enseñarte —dijo Lexx sin dejar de sonreír, guiñándole un ojo.

—No sé si podré soportar más sorpresas por hoy —May se frotaba las sienes con movimientos circulares.

—Confía en mí —añadió el comandante con seguridad.

Caminaron mientras charlaban animadamente sobre banalidades, dejando atrás lo que acababa de ocurrir por muchas que fueran las cosas que May deseaba preguntarle, dirigiéndose a la doceava planta, lugar limitado a los evengargs de más alto rango.

Giraron numerosas esquinas y atravesaron largos pasillos hasta llegar a un gigantesco balcón que ofrecía una magnífica panorámica oceánica. May contempló maravillada como bajo sus pies podía ver con total claridad, a través del suelo cristalino, como las olas rompían furiosamente contra los peñascos que sostenían la Academia. Por muy fuera de lugar que se encontrara, aquel sitio tenía la facultad de maravillarla por momentos. Una bandada de Fowlers revoloteaban juguetones en la distancia, entonando alegres melodías. El cantar de esas majestuosas aves era algo que no había podido disfrutar hasta su llegada a Evengarg y ahora se había convertido en algo que no deseaba dejar de escuchar jamás. Fue hacia la barandilla de seguridad, apoyándose contra ella y cogiendo aire poderosamente, un aire salado que anegó sus pulmones. Lexx se acercó, observando satisfecho como disfrutaba del momento.

—No debes preocuparte por ese hombre —dijo él apoyándose también en la barandilla.

—No me preocupo —respondió May sin apartar la vista de los Fowlers—. Tan solo no sé cómo

reaccionar ante ello.

—En ocasiones es mejor mantener el pasado en el pasado —puntualizó el comandante con cierto halo de misterio.

May abrazó el libro de historia que había paseado ya durante un buen rato, sopesando las palabras de Lexx. Suspiró y sacó la fotografía que Lei acababa de entregarle tendiéndosela al mayor de los hermanos.

—En ocasiones el pasado es la respuesta a las preguntas que nos formulamos —añadió May.

—¡Por Lessa! —Lexx cogió el retrato con cierta emoción—. ¿De dónde has sacado esto?

—Lei me la ha dado —respondió ella vergonzosamente.

—¿Ah, sí? —preguntó él escéptico.

—Sí, junto a esto —May le mostró también el colgante.

—Es increíble que se haya deshecho de ellos... —Lexx suspiró negando con la cabeza—. Eran dos objetos muy preciados para él.

—¿Debería devolvérselos? —cuestionó ella acariciando el collar.

—¡No! —Lexx no pudo evitar reír sonoramente—. Conociendo a mi hermano como lo conozco, si le devuelves cualquiera de estas dos cosas se ofenderá enormemente.

—¿Ofenderle?

May no entendió porque Lei debería ofenderse si ella le regresaba aquellas cosas, al fin y al cabo, le habían pertenecido más tiempo a él que a ella.

—Recuerdo perfectamente esos días —Lexx miró una última vez la fotografía antes de devolvérsela—. En esa época solías ser algo parecido a una damisela en apuros —sonrió divertido—. Nuestros juegos se reducían a que un villano te mantenía retenida en alguna fortaleza embrujada y ambos peleábamos por ser el que te liberara. Obviamente siempre ganaba yo —él continuó riendo, entornando los ojos con nostalgia—. Recuerdo como una noche Lei intentó ahogarme con una manta. Afortunadamente su cuerpo aún era menudo en aquel tiempo —al recordar aquello su sonrisa se transformó en carcajada.

—¿Intentó ahogarte? —preguntó May con horror. Esa anécdota no le parecía tan graciosa como a él.

—Así es —Lexx dejó de reír recogiendo una lágrima que cayó por su mejilla—. Justo antes de que lo hiciera le había dicho que, cuando fuéramos mayores, él jamás volvería a verte.

May guardó el colgante poniendo también a buen recaudo la fotografía entre las páginas del libro, sopesando aquellas palabras. Los resquicios del pasado iban acudiendo a su mente con lentitud, pero aquella época se presentaba reacia a ser recordada. Alguna vez, en contadas ocasiones, los rostros de niños se hacían presentes en sueños, aunque no el tiempo suficiente como para poder retener sus rasgos. Pero de lo que sí estaba segura era de que Lexx y Lei aún no hicieron acto de presencia.

—Señor, el adalid reclama su presencia —uno de los guardias personales de Broten apareció en el balcón.

Lexx le agradeció al valedor el comunicado, se despidió de May con una elegante reverencia y marchó hacia el interior de la Academia, dejándola sola y confusa en aquel esplendoroso mirador.

En los años que estuvo en Foriet aprendió a no dejarse llevar por los sentimientos ya que un solo paso en falso alimentado por algún tipo de deseo desbocado, le habría acarreado un pago más alto de lo que estaba dispuesta a pagar. Finalmente optó por apartar las atrevidas palabras de Lexx de sus pensamientos centrándose en lo que mejor se le daba, los demás. Ion acudió raudo a su mente. Por mucho que Broten y otros rangos superiores les aconsejaron no dejarse llevar por la crueldad que presenciaron en el hogar de los desterrados, May no podía borrar la terrible imagen de Ion gritando devastado ante los cadáveres de su madre y hermanas. Cuando regresaron a Evengarg, tanto Lei

como Braiz tuvieron que pasar por un largo interrogatorio para que no se perdiera ni el más mínimo detalle de cuanto presenciaron. Tras ello la Academia envió un gran equipo dirigido por Faunett para la recuperación de los cadáveres y el rescate de posibles supervivientes.

No hubo supervivientes a los que rescatar.

Ion se encerró en su habitación y los muertos fueron incinerados sin más ante la imposibilidad de su reconocimiento, ya que Hannagreth decía no tener constancia alguna del número o condición de los desterrados. A parte de eso May no supo más del tema.

Llegó a la habitación de Ion donde el panel informativo en la puerta confirmaba su presencia en el interior. Llamó con delicadeza y permaneció a la espera de respuesta, sin éxito. Golpeó la puerta de nuevo, más enérgicamente. Nuevamente sin respuesta. Su tercer intento ya fue un aporreo directo.

—¡Ion, sé que estás ahí! ¡Abre! —gritó ella con impaciencia—. Ion, por favor. No vas a ganar nada alejando a los que se preocupan por ti —dijo suavizando el tono de su voz en un intento por convencerle—. Déjame ayudarte.

—¿¡Tú quieres ayudarme !?—gritó el niño tras la puerta.

—¡Sí! —May sintió cierto desahogo al escuchar su voz—. Abre la puerta, Ion.

—¡Todo esto es culpa tuya! —gritó él furioso—. ¡Si tú no hubieras aparecido, nada de esto habría ocurrido!

—Eso... —esas palabras fueron como una puñalada en el corazón de May—. Eso no puedes saberlo, Ion...

—¡Claro que lo sé! —por el tono de su respuesta supo que había comenzado a llorar—. ¡Si no me hubieras retenido, yo habría muerto con mi familia y ahora no estaría pasando por todo esto!

—Ion... —el dolor que aquellas palabras infligieron en May era algo que jamás experimentó con anterioridad.

—¡Es todo por tu culpa! ¡Yo debería estar muerto! ¡Así es como debería haber sido! —Ion empezó a descargar toda su rabia contra la puerta a base de patadas y puñetazos—. ¡Márchate! ¡No quiero volver a verte jamás!

May se alejó unos pasos de la puerta, mirándola con consternación, escuchando el fruto de la desesperación e impotencia del desamparado niño. Eran tantas las cosas que sucedieron en tan poco tiempo que no se tomó momento alguno para sopesar las repercusiones de su presencia en la vida de Ion. En absoluto se sentía culpable por lo sucedido en Hannagreth, ni por la masacre del poblado, ni por las muertes de los familiares de Ion. Pero él si la creía culpable.

Las palabras de Ion actuaron sobre ella tal y como lo haría una sentencia. La culpabilidad fue apoderándose de sus entrañas, abrasándole los pulmones y obstruyéndole la garganta con un desagradable sabor metálico. El oxígeno parecía no desear formar parte de su cuerpo, negándose a entrar en el para dejarla respirar. Temblorosa se dio media vuelta mientras los golpes del niño se convertían en eco y, aunque sus piernas se sentían más como dos pesados sacos de arena que como las ligeras piernas que eran, comenzó a andar atontadamente en dirección a la puerta principal. Cuando quiso darse cuenta su caminar se tornó huida. Necesitaba respirar aire fresco, sentirse libre de aquellos gruesos muros mientras su mente divagaba con absurdas ideas de huida por la inesperada responsabilidad hacia Ion. Lo único que deseaba era poder vivir una vida libre y tranquila. Al pasar junto al control de acceso, los guardas de la puerta no intentaron retenerla. Tan solo observaron sorprendidos como pasaba corriendo junto a ellos, alejándose en dirección a los acantilados. Tras ello ambos hombres se miraron encogiéndose de hombros y regresando a sus asientos.

A pocos metros de la Academia, atravesando un angosto caminito de roca y arena junto al acantilado, May dejó de correr. Exhausta se apoyó sobre una de las rocas, recuperando el aliento.

Aquella vida, las crueles situaciones acontecidas, toda la ruina que parecía llevar a su paso; todas aquellas cosas distaban mucho de sus ensoñaciones en cuanto a su existencia tras abandonar Foriet. Cuanto más tiempo pasaba más se afianzaba su idea de alejarse de aquel lugar antes de que algo terrible ocurriera ahí también.

Una enérgica carcajada la distrajo de su desánimo. Interesada, agudizó el oído para saber su procedencia. Segundos después la risotada volvió a escucharse no muy lejos de allí, una risa acompañada de un sinfín de ladridos. Al instante su tristeza pareció retirarse a un lugar más profundo, dejándole paso a la curiosidad, enderezándose y continuando a través del cada vez más abrupto camino en busca de los causantes de semejante alboroto. Con cuidado de no resbalarse por la pared del acantilado continuó por aquel escabroso sendero, agarrándose a las rocas que sobresalían y atravesando unos grandes matorrales hasta dar con una escarpada cuesta que daba acceso a una pequeña y deliciosa cala. Lo que le esperaba en ella era algo que jamás imaginó.

Lei corría alocadamente sobre la arena seguido por siete perros, todos ellos trotando de un lado a otro, intentando atraparlo mientras ladraban. May descendió unos metros para poder guarecerse tras unas enormes rocas, a una distancia prudencial para que él no pudiera descubrirla, pero ella si fuera capaz de observarlo. Nunca imaginó que Lei fuera a tener aquella faceta juguetona, ni que sus carcajadas resultaran tan plenas y joviales. Ensimismada contemplaba como, eufórico, el Evengarg era acosado por aquellos perros; haciéndole tropezar y caer al suelo para abalanzarse sobre él, estirándolo de la ropa y lamiéndolo. Sus carcajadas volvieron a inundar el lugar mientras May sonreía vergonzosamente. Ser testigo de aquello la hizo sentirse afortunada. Lei se incorporó quitándose las botas como pudo ante la insistencia de los animales. Cuando lo logró, se puso en pie quitándose también la camiseta, tirándola sobre la arena para después deshacerse también de sus pantalones. Cuando comenzó a desabrochárselos May se escondió tras las rocas, apoyando su espalda contra estas, exaltada. Aunque Lei se hubiera girado en dirección a donde ella se encontraba no la hubiera visto dado el considerable tamaño de las piedras, pero, aun sabiéndose invisible, su corazón latía agitadamente. Sus mejillas se enrojecieron como si toda la sangre de su cuerpo se estuviera concentrando en su cara, pero aun así, a pesar de la vergüenza, su curiosidad se impuso. Cautelosamente se asomó contemplando como Lei, totalmente desnudo, se dirigía hacia el agua. May vio muchos cuerpos la noche del rito de la fertilidad, pero ninguno de los hombres de Foriet podía equipararse al físico que Lei exhibía; ni siquiera la figura de Marrin al que tanto había admirado. El evengarg era poseedor de un cuerpo de formas atléticas, espalda fuerte y amplia, brazos y piernas con músculos definidos y torso tonificado. Un físico que May consideró merecedor de ser esculpido. Los perros le siguieron, a excepción de la más anciana que se estiró sobre la arena. Continuando con sus juegos, zambulléndose y chapoteando mientras el mar los abrazaba. Tras unos minutos, los necesarios para que May comenzara a sentirse como una acosadora, huyó del lugar sigilosamente volviendo al peligroso sendero y regresando a Evengarg.

Al llegar a su habitación se dejó caer boca abajo sobre la cama, hundiendo su rostro en la almohada. Era tal el bochorno que sentía que tenía la sensación de que cualquiera podría adivinar lo que había visto con tan solo mirarla a los ojos. La imagen del cuerpo de Lei había dejado una impronta en ella, un pensamiento que tan solo al recordarlo hacía que el corazón se le agitara. Pataleando se revolvió en la cama en un intento por apartar esa imagen de su cabeza. Contrariada se levantó yendo hacia el baño, dispuesta a tomar una reconfortante ducha que alejara todo aquello de su mente. Abrió ambos grifos, el de agua caliente algo más que el de la fría, dejando que corriera para obtener la temperatura deseada mientras se desvestía. Cuando estuvo desnuda observó su propio reflejo en el enorme espejo que colgaba de la pared, frente a la ducha. Una por una fue posando su

mirada y dedos en cada una de las cicatrices impresas en sus brazos, muslos y torso. Con amargura se dio media vuelta para hacer lo propio con la espalda. En Foriet los espejos brillaban por su ausencia y aún más espejos de tamaño medida, por lo que la imagen que este le devolvió la abrumó. Hasta el momento solo fue consciente de las marcas que podía ver con sus propios ojos y, desde su llegada a Evengarg, no había logrado reunir el valor suficiente como para enfrentarse a ello. La imagen que el espejo le devolvió ratificó otra de las razones por las que ningún hombre de Foriet jamás se interesó en ella. Kaer se había tomado muchas molestias en dejar su impronta a lo largo de los años. Apartó la vista de su cuerpo, entrando en la ducha mientras dejaba que la calidez del agua cayendo sobre su cabeza se llevara aquellos recuerdos. Dejándose llevar por la imagen de Lei; feliz, sonriente, perfecto.

Molesta, gritó para apartar aquel manto de autocompasión que ella misma se había puesto encima y, aunque su pesar continuó quedándose ahí, si hubo algo que se retiró. El agua que brotaba desde el mango de la ducha directa hacia su cabeza fluía ahora formando una línea curva, cayendo a su alrededor sin tocarla. Tal y como si una fuerza invisible la recubriera, haciéndola caer para desaparecer normalmente por el desagüe, evitando el contacto con su cuerpo.

El error de Philpha

Philpha sollozaba mientras huía patizamba del desconocido que irrumpió en la cala donde Herban les ordenó esperar. Sabía que él la regañaría enormemente al enterarse de que había incumplido la promesa que le había hecho, pero si algo le molestaba más a Herban que el que no le obedeciera, era que olvidara la norma más importante de todas. Lo de que nunca, bajo ningún concepto, debía ser vista o interactuara con otro hombre que no fuera él. Por ello, cuando el varón humano llegó hasta donde se encontraba junto a los perros, Philpha se escondió entre la maleza sin ser vista gracias a que los canes captaron toda la atención del hombre. Ella deseó que sus compañeros lo atacaran sin dejar pedazo de carne entero, deseo del todo impropio en ella, pero, en ocasiones, el pánico nublaba por completo su buen juicio. Los canes, lejos de acometer su deseo, comenzaron a jugar y retozar en torno al extraño. En ese momento lo tuvo claro, debía huir.

Correteó colina arriba bajo el amparo de la maleza, huyendo sin rumbo trazando círculos en torno a sí misma en más de una ocasión, alejándose del lugar lloriqueando. A trompicones alcanzó la parte más alta del barranco, continuando su huida junto a la linde del acantilado. Herban le había hablado sobre las atrocidades que los hombres eran capaces de acometer y de lo extraña que ella resultaría a sus ojos, una combinación altamente peligrosa para su seguridad. Sumida en esos pensamientos y distraída de su camino, tropezó. El golpe que recibió contra el suelo fue duro y el desnivel del terreno la hizo caer sobre su costado izquierdo, haciéndola rodar hasta despeñarse por el enorme acantilado. En su descenso tan solo pudo gritar cubriéndose los ojos.

El impacto contra las frías aguas oceánicas la obligaron a abrir la boca intentando coger aire, pero lo único que inundó sus pulmones fue el propio mar y su salinidad. La mayor punzada de dolor que jamás sintió atenazó su pecho, tal y como si un río de lava corriera por sus vías respiratorias, mareándola.

Difícilmente logró abrir los ojos bajo el agua, solo para ver como unas gigantescas fauces repletas de enormes dientes la engullían.

Los recuerdos de Broten

Alef Broten jugueteaba con el singular guijarro que Herban le hizo llegar entre sus dedos, caminando altivo por los pasillos del séptimo piso donde los alumnos formaban solemnes a su paso. Había pocas cosas que le satisficieran más que la devota admiración que aquellos adolescentes le profesaban.

Eran muchos y no todos nobles los actos que tuvo que llevar a cabo para lograr su actual título, sin embargo, hacía ya mucho que no debía verse en una encrucijada moral para mantenerlo. Los comandos de competición eran la fuente neutral que mantuvieron el equilibrio entre las naciones tras la Primera Gran Guerra de los Hombres. Encargados de llevar a cabo las penas y condenas dictaminadas tanto por Uhurens como Teurgios actuando a su vez de mediadores entre ambos. Ciertamente era que, con el tiempo, los comandos comenzaron a perder su imparcialidad decantándose a favor de los Uhurens y su Liceo olvidándose, en cierta medida, de su deber hacia los Teurgios. Broten estaba seguro de que eso era algo que algún día se verían obligados a compensar. Poco importaba lo que el adalid de Evengarg opinara respecto al tema ya que se encontraba continuamente sometido, él y el resto de los adalides, a la voluntad del Prior Eamonn y a su fiel comandante Labide, paladín de los cuatro ejércitos. Broten siempre fue un hombre ambicioso, incluso ya en la época en la que aquel tipo de pequeñas piedras formaban parte de su día a día, cuando solía soñar con poseer su propio rebaño. La época en la que conoció a Herban. La época en la que conoció a Nilosclou. Sin embargo, las órdenes que había estado recibiendo los últimos meses desde la Sede eran cada vez más extrañas y confusas. Órdenes que le obligaban a disponer de muchos y concretos evengargs para la salvaguardia de una aparentemente inocente festividad con su consiguiente retirada y la diseminación de algunos equipos. Órdenes cada una más díscola que la anterior.

Cuando llegó al final del pasillo por el que había estado caminando se dio media vuelta, observando al cerca de centenar de estudiantes que iban de un aula a otra. Cuando el último de ellos desapareció tras las puertas el adalid se permitió unos momentos de soledad, contemplando la piedra mientras sopesaba sus opciones. Sabía que, hasta la más pequeña decisión que tomara en adelante, acarrearía unas consecuencias que no alcanzaba a augurar. Tenía la certeza de haberse inmiscuido en algo mucho mayor de lo que era capaz de discernir y la ignorancia era algo que detestaba con todo su ser. Aún con eso había algo de lo que sí estaba seguro y era de que, en última instancia, su ocupación sería hacia los suyos.

El objetivo de Maud

La Iriade surcaba sigilosamente el cielo sobre las tierras cercanas a Hannagreth. El lugar donde hasta hacia poco los desterrados de la ciudad habían alzado sus hogares. Tan solo los cimientos carbonizados de unas pocas casas evocaban la felicidad que en algún momento reinó ahí. Los dos pilotos de la gran aeronave, cercanamente vigilados por Maud, sobrevolaban cuidadosamente los restos. La rutilante mirada de la mujer y su arrogante sonrisa evidenciaba que, donde el resto del mundo solo veía dolor y destrucción, ella era capaz de contemplar el cuadro más hermoso que jamás pudiera trazarse. El mundo que siempre soñó se hacía presente ante sus ojos.

—Mi señora, lo hemos encontrado —informó Kornak con voz ronca, irrumpiendo en la cabina.

—Amigo mío, vas a hacer de este día el más feliz de mi vida —respondió ella, girándose elegantemente.

La incomodidad de la tripulación ante la presencia de Kornak fue palpable en cuanto este se acercó al puesto de mando. Este se dirigió hacia Maud con grandes y sonoras zancadas para unirse junto a ella en la plataforma que se elevaba frente a la luna principal, en el centro de la estancia.

—Hemos dado con una inestabilidad en el terreno, en uno de los puntos cercanos a los que nos indicó —continuó el ser al llegar junto a ella.

—Bien, bien —Maud no escondió la satisfacción en su tono de voz—. ¡Tripulación, pongan rumbo al destino que el oficial les ordene!

—¡Sí, señora! —respondieron sus subordinados al unísono.

Colmada de dicha Maud permaneció junto a su fiel camarada mientras daba las indicaciones pertinentes a los pilotos. Fueron muchos los años transcurridos hasta llegar a aquel punto, incontables los sacrificios realizados y numerosas las trabas halladas en el camino. Por fin la culminación de su obra estaba a punto de acontecer.

La Iriade tomó tierra en el lugar al que Kornak ordenó dirigirla. Maud abandonó la aeronave en primer lugar, sin esperar a que la rampa de descenso se hubiera desplegado por completo. De un salto se posó sobre el escarpado terreno recogiendo con presteza los bajos de su vestido, corriendo en dirección al maravilloso estanque subterráneo. Una abertura de unos ocho metros de altitud tallada sobre la piedra daba acceso a una profunda caverna formada naturalmente por la erosión del suelo y que se adentraba en las entrañas del mismísimo bosque de Dywyll. Un pasadizo que convergía en un imponente cenote a cielo semiabierto. Un refugio de agua fresca y cristalina con una vasta variedad de flora que le otorgaba una apariencia de lo más exótica, con numerosas formaciones de piedras moldeadas a lo largo de miles de años, dejando formas dignas del mejor de los artistas.

Sin poder contener sus emociones, los ojos vidriosos de Maud se dirigieron a Kornak cuando este la alcanzó, una cincuentena de sus soldados bordeó las aguas comenzando a perforar la piedra del lado contrario por el que entraron.

—Señora, si me permite —requirió Kornak mirando en dirección a la abertura del techo—. No somos precisamente una especie conocida por nuestra empatía, pero aun así me pregunto si era realmente necesario el exterminio de los desterrados.

—Sus muertes fueron designio directo de los Vypra —respondió ella con dureza—. Ellos lo exigieron para el advenimiento de nuestro Amo.

—Los Vypra... —susurró para sí mismo.

—¿Hay algo que desees compartir conmigo referente a mis planes Kornak? —preguntó Maud retóricamente.

—En absoluto, mi señora, yo jamás pondría su fe en entredicho —se apresuró a responder Kornak.

—Nuestra fe —puntualizó ella clavando su dura mirada sobre él, imperiosamente.

—Por supuesto, nuestra fe —corrigió—. Sin embargo, debe comprender que mis familiares son olvidadizos y en su naturaleza está el no creer en aquello que ellos mismos no pueden comprender.

—Su naturaleza debería llevarlos simplemente a acatar las órdenes que se les da, independientemente de los límites de su comprensión.

—Mi señora, tu idea estaba en verdad —les interrumpió otro de los seres, reverenciándole mientras intentaba comunicarse con cierta dificultad—. Haber otra gruta más allá, tras esas rocas —añadió señalando en la dirección donde la horda se había amontonado, haciendo uso de ruidosas máquinas para abrir un nuevo camino en la antigua piedra.

—Bien, seguid perforando —ordenó ella con regocijo—. Es el lugar.

Con un elegante movimiento de mano ordenó, tanto a Kornak como a su subordinado, que marcharan. Maud cerró los ojos tomando aire pausadamente. Al poco, a la mezcla de olores del lugar se añadió el de la piedra quemada. Abrió los ojos, dirigiéndose con tranquilidad hacia el abismo que se abría paso ante ella, dejándose bañar por la luz del sol que penetraba a través de la abertura, deleitándose en la idea de que finalmente sus deseos se harían realidad.

Sin que ninguno prestase atención un naciente riachuelo procedente de las perforaciones comenzó a verter, en el estanque interior del cenote, un oscuro fluido que se mezclaba con las limpias aguas, tiñéndolas de rojo.

Todo cuanto a un niño le queda

Dos camisetas.

Dos pantalones, uno de media pierna y otro largo.

Tres calzoncillos.

El cepillo de dientes y un tubo de pasta dentífrica.

Un jersey.

Tres porciones generosas de pan.

Tres porciones no tan generosas de cecina.

Una manta.

Repasó Ion para sí mismo mientras introducía cada una de las cosas en el interior de la mochila. Eran poco más de las cuatro de la mañana, tanto evengargs como aspirantes aún dormían y los miembros que se encargaban de la vigilancia ya llevaban auestas el cansancio de toda una noche en vela. El cambio de guardia en la puerta principal estaba a punto de darse, el momento perfecto para zafarse de aquel lugar y marcharse para siempre.

En una de sus incursiones nocturnas a los niveles inferiores de la Academia fue testigo de un suceso que le resultó utilísimo. Oculto tras una de las esquinas de los muchos pasadizos de aquel piso descubrió como Lei, sin ser demasiado cuidadoso en sus movimientos, abría uno de los conductos de ventilación dispuestos a ras de suelo, al final de un apartado pasillo. Abertura lo suficientemente grande como para que el Evengarg pasara, con cierta dificultad, a través de ella. Lei desapareció por aquel agujero colocando el respiradero de nuevo. Ion esperó pacientemente a su regreso que no se hizo esperar más de diez minutos. Igual de torpemente a como había entrado, salió y colocando de nuevo la portezuela desapareció después en la oscuridad del pasillo con una bolsa de papel entre las manos. Cuando Ion se aseguró de encontrarse solo fue hacia la trampilla, desprendiéndola de la pared y entrando en el respiradero; arrodillándose para pasar a través de ella. No tenía ni idea de hasta donde se extendía aquel claustrofóbico túnel ni si formaba parte de un único sistema que recorría toda la Academia. Tras unos agobiantes metros y alguna que otra empinada pendiente en sentido descendente se encontró con otra trampilla ya forzada desde el interior, esta daba a uno de los pasadizos del quinto nivel perteneciente al personal civil, tal y como leyó en uno de los carteles en la pared frente a él. Cuantos más días pasó caminando al caer la noche a través de aquella planta vetada para él, evitando al también furtivo Lei, con más confianza urdía el plan que le permitiría escapar de Evengarg. Esa iba a ser su vía de escape, los conductos de ventilación ya estaban forzados hasta aquel punto, la única cosa por la que estaba agradecido a Lei ya que estaba seguro de que el evengarg fue el que abrió aquellos caminos durante años. Desde allí podría utilizar las entradas y salidas que los civiles usaban, diferentes a los del personal castrense.

Cogió la mochila acomodándosela a la espalda. Abrió la puerta, se asomó y comprobó que el lugar se hallaba tranquilo. Con seguridad corrió lejos de la que fue su habitación durante pocas semanas, atravesando los pasillos que ya había memorizado, silenciosamente. Se arrodilló frente a la rendija, la

abrió penetrando en el interior de la cavidad y volvió a cerrarla tras de sí. Gateó a través del respiradero, esa era la parte más costosa; en aquellas aventuras nocturnas descubrió lo poco que le agradaban los lugares cerrados. Salió por la abertura del quinto piso, corriendo por el camino que tan bien memorizó para salir de la Academia. Aquella era la única de todas las alturas que disponía de un acceso directo hasta la planta baja a través de unas escaleras exteriores adheridas a la fachada. Apenas unos metros más y llegaría hasta el acceso a las escaleras de servicio. Ya podía ver la puerta frente a él.

—¿A dónde vas?

Ion se detuvo en seco, con el corazón palpitando fuertemente en su pecho. De todas las veces que ensayó aquel proceso ninguna de ellas se topó con nadie a excepción de Lei al que, maestramente, siempre esquivaba. El mismo que ahora se hallaba tranquilamente apoyado en la última de las esquinas antes de alcanzar la puerta que llevaba al exterior, bajo el amparo de la oscuridad.

—¿Acaso crees que podías engañarme? —añadió el evengarg con una autoritaria mirada cruzando los brazos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ion nerviosamente.

—Creo que eso es lo que yo debería preguntarte a ti —Lei se separó de la pared dando un paso hacia él—. ¿De verdad crees que no me di cuenta cuando me seguías?

—¿Y por qué me dejaste hacerlo? —Ion alzó la voz nerviosamente.

—Curiosidad —Lei arqueó una de sus cejas molesto—. Y será mejor que bajes la voz si no quieres que todo el mundo sepa que quieres escaparte, niño estúpido.

—¿Y qué más da que todo el mundo lo sepa? —Ion se rindió dándose media vuelta—. Ya me has pillado. Venga, llévame ante tu adalid.

—No voy a llevarte ante nadie —Lei suspiró.

Ion volvió a mirar al evengarg que había tomado una posición menos agresiva, rascándose la nuca mientras iba hacia él, con la mirada baja. Aquella era la primera vez que era testigo de una reacción emocional por su parte.

—Si quieres marcharte de aquí, créeme, no soy la persona más adecuada para detenerte —Lei puso una mano sobre el hombro derecho del pequeño—, pero debes estar seguro de la decisión que vas a tomar.

—Jamás he estado más seguro de nada en mi vida —respondió Ion con convicción.

—Bien —Lei retiró la mano, apartándose de su camino—. Espero que encuentres tu camino, Harana.

Por unos segundos quedó inmóvil sin saber cómo reaccionar. Ya nada se interponía camino a la puerta de salida, entre él y su libertad. Miró a Lei una vez más, el cual no apartaba sus ojos de él. Sin decir una palabra más Ion corrió de nuevo hacia la puerta. Al llegar a ella se dispuso a quitar los cierres de seguridad, pero para su sorpresa estos ya habían sido inutilizados. Sorprendido miró una última vez a Lei el cual se limitó a levantar la mano a modo de despedida. Ion le sonrió y con un golpe seco abrió la puerta, corriendo escaleras abajo sin volver a mirar atrás. El frescor nocturno secó su rostro sudoroso, dándole una agradable tregua de toda aquella presión. Aún debía enfrentarse a la última de las trabas. La vigilancia de la puerta principal en la planta baja.

Como bien había planeado, los evengargs de bajo rango que se encargaban de custodiar la puerta de acceso principal durante la noche ya estaban lo suficientemente cansados como para no advertir en él mientras se zafaba en cuclillas. Pasó bajo el mostrador de entrada, arrodillado ante las puertas automáticas ahora desactivadas. Sabía que, tras la recepción, había una segunda puerta manual que los tercios utilizaban para sus rondas nocturnas en el exterior. Entre sus propios bostezos, los evengargs encargados de la seguridad no fueron capaces de escuchar el leve chasquido de la puerta al abrirse. La

abrió lo suficiente como para que su delgado cuerpo pudiera escurrirse a través de ella. Corrió alejándose de la Academia colina arriba, dejando atrás no solo el lugar en sí, sino también a todas las personas que él consideraba culpables de su desgracia.

Caminó durante horas, más allá del amanecer, hasta que el sol alcanzó su cúspide en el cielo. Descansó pocos minutos en los que comió un pedazo de pan y dos trozos de cecina para después continuar su incierto viaje. Algo más calmado reflexionó sobre lo ocurrido. Por peligrosa que fuera su decisión se auto convencía en que era la correcta. En Evengarg era incapaz de pensar con claridad. Toda su vida había gozado de libertad para andar por donde deseara o correr todo lo lejos que sus piernas pudieran llevarle. En la Academia cada paso que daba, cada palabra que pronunciaba, estaban meticulosamente medidos y, por ende, vigilados. Algo de lo que May era incapaz de darse cuenta. Y luego estaba Lei. Aunque su última acción le sorprendió gratamente eso no iba a hacerle cambiar de opinión respecto a él. Su padre le advirtió respecto a los perros de Hannagreth, aquellos que decían velar por la paz común siendo siervos y cómplices del régimen de los Uhuren. Decía de los comandos de competición, que eran la orden más obcecada al sistema de la ciudad. Lo único de lo que Ion se sentía realmente culpable era de haber culpado a May de lo ocurrido en la ciudad. Pero la despreocupación y confianza de ella ante su actual situación le resultaba irritante. May no parecía ser consciente de que eran los únicos supervivientes de un conflicto en manos del enemigo, en calidad de sus “invitados”. Si ella no estaba dispuesta a escucharle Ion tenía que aceptarlo, pero él no iba a quedarse en aquel lugar a la espera de que los Uhuren fueran en su busca. Absorto en aquellos pensamientos se adentró en la espesura del bosque y la noche le alcanzó. Hacía horas que dejó atrás el océano, pero la humedad inundaba el ambiente haciendo que su cuerpo se sintiera mucho más fatigado de lo normal. Ya entrada la noche la temperatura calló, tanto que hubo de echar mano del jersey sin que este le sirviera de mucho. Tiritando de frío, sacó la manta de la mochila poniéndosela por encima de los hombros.

Cayó rendido ante el agotamiento. Necesitaba descansar y esperar a que el sol volviese a salir puesto que su visión se veía limitada en esa zona desconocida. Buscó un lugar propicio para su reposo y al poco lo encontró. Un robusto árbol de tronco corto pero grueso y espeso follaje junto a una gran pared de piedra parecía un buen lugar donde resguardarse hasta el amanecer. Pesadamente se dejó caer a los pies del árbol. Se quitó la mochila abrazándola contra su pecho, acomodándose la manta hasta quedar completamente tapado, acurrucándose sobre sí mismo cuanto pudo y lloró. Habían sido tantas las veces que anhelo junto al barranco de su casa el vivir intrépidas aventuras que ahora toda aquella situación parecía ser un castigo por albergar tales deseos. Todo cuanto era capaz de sentir no era más que dolor y arrepentimiento. Cuanto daría por volver a aquellos días en los que quedaba dormido entre los brazos de su madre, arrullado por la profunda voz de su padre, escuchando los cuchicheos de sus hermanos en las habitaciones contiguas.

—Eso no va a volver...

Se dijo a sí mismo antes de caer rendido al sueño entre lágrimas.

Despertó junto al amanecer, empapado por el rocío de la mañana. Su cuerpo estaba tan frío y entumecido que el simple hecho de parpadear se le hizo doloroso, sintiendo como una fina capa de hielo se rompía y hendía en su joven piel. Se incorporó con los brazos y piernas agarrotados de haber estado toda la noche en la misma posición y miró confuso a su alrededor. Por un segundo y bajo el amparo de sus sueños que le transportaron dulcemente de regreso a su hogar, había olvidado su actual situación. De vuelta a la realidad debía enfrentarse a una de las situaciones que jamás imaginó vivir, la soledad.

Se levantó sacudiendo la manta, haciendo que finas gotas de agua salieran disparadas en todas direcciones. La enrolló y guardó en el interior de la mochila. Sacó el último pedazo de cecina junto a algo de pan y volvió a tomar asiento a los pies del árbol, comiendo. Mientras masticaba observó su copa, cosa que no pudo estudiar durante la noche. Un follaje de matices rojizos contrastaba con las hermosas flores blancas que se abrían en aquel instante. Fascinado por la belleza de aquel hecho, se dejó llevar por un dulce embotamiento. Dejó caer la comida de entre sus manos, centrándose tan solo en el árbol y sus brotes. Una agradable sensación de paz le invadió, alejando de su mente cualquier inquietud que lo atribulara, aquel lugar le aportaba toda la armonía que necesitaba en aquellos momentos. Sin duda había encontrado el lugar indicado para él. Un extraño sentimiento se apoderó de su cuerpo, una calidez que creyó no volver a sentir jamás. La belleza del lugar lo encandilaba y mecía dulcemente. Poco le importaba ya a donde le llevaría su camino, si May lograría abrir los ojos o si su familia obtendría la justicia que se merecía.

—¡Ion! —escuchó levemente en el interior de su cabeza—. ¡Ion, reacciona! —volvió a repetirse, está vez junto a una ligera presión en sus brazos—. ¡Ion! —la voz de May se hizo clara.

El niño parpadeó tomando una gran bocanada de aire. No tenía explicación alguna para la situación en la que se encontraba. La mitad inferior de su cuerpo estaba completamente absorbido por la tierra, rodeado por las raíces del árbol que lo hundían en ella. De su copa surgieron numerosos y fuertes zarcillos que se enroscaban alrededor de su torso, estrangulándolo y arrastrándolo con una fuerza brutal hacia el interior del suelo. May y Braiz se afanaban en estirarlo de los brazos intentando separarlo de aquellos tallos mientras Lei, junto al tronco principal, levantaba su Layade en alto descargando con fiereza su embestida contra él. La tierra tembló a sus pies y el árbol produjo un sonido impropio de una planta, chilló. Los zarcillos lo liberaron, retirándose rápidamente y desapareciendo en el interior de la copa mientras las raíces volvían a tomar su lugar en el interior de la tierra. May y Braiz estiraron nuevamente de él, desenterrándolo.

—¿Estás bien? —preguntó May agarrándole con fuerza la cara.

—¡Suéltame!

Íon se apartó a trompicones. Lei les indicó que se movieran mientras el árbol comenzaba a sumergirse por completo en la tierra. Braiz desconfiado y May asombrada observaron como este desaparecía totalmente para dejar tras de sí un gran orificio en el suelo. En cualquier otra ocasión aquello también hubiera impresionado a Ion, pero ahora se hallaba demasiado confuso y enfadado como para apreciar tal monstruosidad de la naturaleza.

—¡Me mentiste! —Ion acusó a Lei en la distancia—. ¡Dijiste que no ibas a detenerme!

—Y no lo he hecho —respondió él seriamente.

—¿Y esto qué es? —Ion recogió su mochila nerviosamente.

—Un rescate.

La frialdad y seriedad con la que el evengarg se expresaba le resultaba insoportable, se sentía estúpido por haber confiado en él.

—Le obligué a que me lo contara —reconoció May.

—¿Le obligaste? —bufó Ion incrédulo.

—Fue bastante insistente, créeme —añadió Braiz rascándose la cabeza.

—Regresa a la Academia, por favor —le suplicó May acercándose, tendiéndole una de sus manos.

—¡No pienso volver ahí! ¡Ya no me queda nada! —gritó el niño—. ¡Me asombra que estés viva, ni siquiera eres capaz de darte cuenta de lo que te rodea!

Ion golpeó la mano de May, apartándola de él sonoramente. Lei fue hacia ambos con gesto amenazador.

—Obviamente no puedo saber por lo que estas pasando —expuso ella frotándose el dorso de la mano—. Ninguno de nosotros puede. Pero te equivocas si crees que no soy consciente de la realidad. Cada uno aclara sus ideas a su manera Ion.

—Yo... —él se sintió culpable al instante.

—Solo me preocupo por ti y no creo que vaya a ser bueno que huyas y menos solo, dejando tu suerte al azar —añadió ella—. Aunque creas que Evengarg no es el mejor de los lugares, pienso que es el mejor lugar en el que ahora podemos estar. El quedarte en él es decisión tuya, pero quiero que sepas que estás equivocado —May sonrió ligeramente—. Sí te queda algo, te quedo yo. Y yo estaré en Evengarg.

Antes de que May acabara de hablar, él ya sabía que era lo que iba a decir. No paraba de repetir ese tipo de cosas constantemente y más aquellos días en los que llamaba a su puerta insistentemente. May tenía una gran facilidad para decir sin tapujos cosas que cualquier otra persona se avergonzaría de expresar, para declarar con dignidad sus sentimientos. Aunque aquel tipo de cosas pudieran resultarle en ocasiones molestas, las apreciaba enormemente. Necesitaba sentirse querido y ella era la única persona viva que estaba dispuesta a demostrárselo. Ion lloró abiertamente, sin ocultar su rostro. Braiz sonrió satisfecho golpeando el hombro de Lei, el cual se limitó a enfundar su Layade emprendiendo el camino de vuelta al transporte que los llevó hasta ahí mientras May acariciaba su rostro, enjugándole las lágrimas. Sin separarse de May se dirigió hasta el girodino que los llevaría de vuelta a la Academia. Durante el trayecto Braiz les habló a ambos acerca de la existencia de los muchos seres que vivían por las zonas aledañas a Dywyll. Seres como el que había atacado a Ion, el «árbol carnívoro» lo llamó, atrayendo a hombres y animales con su belleza, encandilándolos con la sustancia que sus flores emanaban hasta absorberlos por completo bajo sus raíces.

Cuando estuvieron de nuevo en Evengarg, el niño se ganó una buena reprimenda por parte de Broten y, tras disculparse una y otra vez, le fue permitido regresar a su habitación. Allí se aseó y meditó sobre las últimas veinticuatro horas y cuáles eran sus opciones en adelante. Se durmió pronto y lo hizo durante horas. Al despertar parecía haber descansado una eternidad y la totalidad de ese día lo dedicó a acompañar a May a donde fuera, disculpándose una y otra vez hasta que ella le advirtió en que se detuviera o realmente la molestaría. Ella compró un bocadillo de carne y mostaza que ambos compartieron y al acabarlo, con la barriga llena y el espíritu recompuesto, recibieron por parte de Broten una invitación que no podían rechazar. Una visita de un día a la ciudad más prodigiosa que pudiera existir, Longa.

34

Despertar

—¿¡Dónde está Philpha?! —gritó Herban irrumpiendo en el despacho de Broten.

Al verlo, el adalid se levantó apresuradamente de su asiento frente al escritorio, intentando ocultar nervioso los papeles esparcidos sobre esta.

—¿Sigues viajando con ese apestoso bicho? —preguntó acercándose a él con celeridad.

—¿Qué es todo eso?

Herban lo apartó de su camino dirigiéndose a la mesa a grandes zancadas, cogiendo un puñado de papeles y examinándolos. Eran los registros personales de diversos evengargs y sobre ellos una larga lista con sus nombres junto a los que se adscribía la palabra »destituido«. Herban agarró la lista, repasándola con la mirada hasta encontrar el nombre que temía leer; Aleixein Severet Lonehart.

—¿¡Se puede saber qué estás haciendo?! —preguntó enfadado sacudiendo la lista ante Broten.

—Lo que juré hacer, proteger a Evengarg —respondió este con orgullo.

—¿A costa de qué, Alef?

—Llevas demasiado tiempo fuera, Herban —el adalid se le encaró—. ¡No te atrevas a juzgarme!

Herban se abalanzó sobre él, golpeándolo contra la pared mientras le asfixiaba con el antebrazo, presionando su garganta. Lexx, acompañado por otros dos valedores, invadieron el despacho alertados por el alboroto.

—No deberías haber vuelto. Estabas perfectamente perdido en el mundo, con tus perros y ese saco de pulgas —le susurró Broten antes de que los evengargs se lanzaran sobre él separándolos, pero no antes de que Herban lograra propinarle un puñetazo que lo dejó sentado en el suelo.

—¡Sacadlo de la Academia! —ordenó Lexx asistiendo a su adalid.

Los valedores intentaron agarrarlo, pero el hombre se zafó de sus manos colocándose las ropas y abandonando el despacho. Cuando estuvo frente al ascensor escuchó las últimas palabras que Alef le gritó con rabia desde su despacho.

—¡No deberías haber vuelto! ¡Todo es culpa tuya!

Herban, cabizbajo, entró en el ascensor y abandonó Evengarg otra vez. No sabía dónde estaba Philpha y eso era algo que le desquiciaba, hacía años que no separaron sus caminos, pero ahora había algo que requería toda su atención. Necesitaba encontrar a Ágata a toda costa. Se dirigió a la cala, recogió a su manada y se encaminó con premura en dirección a la casa en donde recogió a May años atrás, el último lugar en el que vio a la única persona en la que podía confiar. Philpha tendría que esperar.

Caminó apresuradamente dejando atrás la Academia, el camino que dirigía a los pueblos y se adentró en el bosque Ladero. Lo supo durante años, lo supo y lo ignoró. El tiempo había pasado lento a su parecer, aunque no lo suficiente. Sosegado pero seguro el futuro lo había alcanzado y él aún no estaba preparado para afrontarlo. Inconscientemente sus pasos se tornaron grandes zancadas que le hacían cruzar los caminos corriendo, desatendiendo los quejidos de Fera tras de sí. Aquello no podía estar sucediendo, no aún, no podía ser real. Broten tenía razón, durante toda su vida lo estuvo

haciendo todo mal.

—Espero que no creas que vas a encontrarla en esa casa abandonada.

La etérea voz que pronunció aquellas palabras era una que hacía mucho no escuchaba. Herban se detuvo cogiendo aire con atropello. Por un momento creyó volver a escuchar la voz de Lesberla.

—No soy ella, Herban.

El tiempo no había pasado para la perpetua Yoyoban, tan frágil y menuda. Rodeada por aquella maleza que la conformaba.

—Tú... —alcanzó a decir él recuperando el aliento.

—Hace años que nadie vive en esa casa, desde la noche en que la visitaste por última vez —declaró tranquilamente la niña—. Tal y como si la desventura no pudiera dejar de perseguirte.

—Necesito encontrarla, a Ágata — el tono del hombre se tornó desesperado.

—Estoy segura de que así es.

—¿Y dónde está !?—gritó impaciente.

—Esa es una respuesta que no estoy en posición de darte.

—Por Lessa... —Herban se dejó caer de rodillas al suelo frente a ella, mientras los perros se alejaban temerosos, gruñendo.

—Deberías poner rumbo a Templanza, el sabio desea hablar contigo.

—¿El sabio?

—Así es —afirmó ella con delicadeza.

Herban se levantó, aún con un pequeño rayo de esperanza en su ser. Puede que no fuera a encontrar a Ágata tan fácilmente, pero, la última vez que el Sabio de Templanza requirió su presencia, la ayuda que les brindó resultó inconmensurable.

Almas antiguas

Cuando Philpha despertó lo hizo en una playa con la única imagen de la arena extendiéndose en todas direcciones y caminó durante horas adentrándose insensatamente en ellas. Perdió tanto en el pasado que ahora, habiendo vivido acomodadamente durante años, le parecía imposible volver a encontrarse en aquella situación. Su tribu, Martha, Frederick y ahora Herban... Cuanto más pensaba en ellos más enfadado parecía estar su corazón. Siempre recordaba con añoranza los momentos felices y con aplomo los más duros, así era como logró seguir adelante tantos años. En el tiempo que llevaba viviendo entre los hombres cada caricia la había convertido en más humana y cada golpe en más fuerte. Como Herban solía decirle, ella era una superviviente.

El calor era insoportable, acababa de descender por una tortuosa duna que parecía querer tragársela a cada paso que daba, arrastrando sus pies hasta una planicie que se le antojó infinita, jadeando con la lengua fuera. A sus espaldas el montículo pareció moverse y ella, alertada por su extraordinario oído, se puso a cuatro patas extendiendo sus dos pares de orejas mientras husmeaba el aire con el hocico, esperando que este le revelase los misterios de aquel inhóspito lugar. Un movimiento más evidente en la duna la hizo brincar hacia atrás. Un profundo gruñido semejante a un bostezo hizo que bajara las orejas a modo de sumisión. Un enorme Kaivian surgió ante ella, estirando sus poderosas patas delanteras mientras se desperezaba, escurriéndose la arena en torno a él. Sacó su enorme cabeza semejante a la de un can, de redondo cráneo, orejas menudas y una papada que colgaba de su mandíbula inferior. Fue desenterrando su escamoso cuerpo dejando a la vista la joroba y su parte posterior, quedando esta prácticamente arrastrada, dada la corta longitud de sus patas traseras. El animal se sacudió de igual manera a como lo hacía Philpha tras haber tomado un baño. Bostezando mientras con un último esfuerzo extendía unas brillante y puntiagudas alas a su espalda. La especialidad de los Kaivian no era el vuelo, ya que apenas podían recorrer unos pocos metros a causa del peso de su mitad inferior que quedaba en peso muerto en vuelo, aunque tremendamente flexible en tierra. El habitat de aquellas criaturas era el desierto de Gurk, pudiendo reptar por sus arenas a una gran velocidad gracias a la fuerza de sus musculosas patas delanteras y fuertes alas. El animal se acercó a ella curioso. A pesar de saber que aquellos animales no eran en absoluto agresivos, Philpha no podía evitar temblar de miedo, aquel Kaivian era unas treinta veces más grande que ella. El animal acercó su hocico, olisqueándola y al comprobar que no era un sabroso matojo de zarzas bostezó de nuevo, mostrando unos grandes y redondeados dientes. Confiada, Philpha se puso en pie, suspirando tranquila cuando el Kaivian se abalanzó sobre ella con la boca abierta.

Un tiempo después el animal la escupió sobre un lecho de hojas amarillentas que emanaban un agrio olor. Empezaba a hartarse de ser engullida. Un grupo de personas de extraño aspecto comenzaron a rodearla, observándola con curiosidad. Todos ellos con el crespo cabello trenzado, aferrado al cuero cabelludo para después dejarlo caer ensortijado. Con sus rostros cubiertos por algún tipo de arcilla blanca y una fina tela cubriendo sus oscuras pieles. Hombres y mujeres por igual.

El Kaivian caminó unos metros dirigiéndose hacia una parcela cubierta por espinosos arbustos que engulló perezosamente. Philpha se incorporó rascándose las orejas, estaba completamente cubierta por una apetosa baba. Cuando la oyeron estornudar exclamaron asombrados. Llevaba años viviendo en las interminables naciones de los hombres y nunca dejaba de sorprenderse. Estaba convencida de que jamás llegaría a conocer todos los misterios de las lejanas tierras a su hogar.

Los extraños se abalanzaron sobre ella con espesos trapos entre sus manos, limpiando su pelaje de las babas del Kaivian. Cuando se cercioraron en dejarla presentable se apartaron abriendo paso a una anciana que, con la ayuda de una fuerte vara, caminó hacia ella, cojeando. Frunció los labios, examinándola meticulosamente, profiriendo algún que otro refunfuño mientras lo hacía. Le tiró de las orejas, abrió su hocico, palpó su espalda y le frotó el pelaje de la barriga. Incorporándose ante el interés del resto, alzó los brazos gritando, haciendo que su pueblo la imitara uniéndose a la celebración. Tras ello hizo una serie de aspavientos en dirección a una joven que, rápidamente, acudió a su llamada. Hablaron entre ellas en una extraña lengua que Philpha jamás había escuchado, dirigiéndose después a ella.

—Nuestra guía querer saber —comenzó a decir la joven con cierta dificultad—. ¿Tú venir de las tierras más allá del sol?

—No —respondió Philpha inocentemente. La anciana volvió a hablar.

—¿De dónde tú vienes pues?

—Vivía en Eatobe, luego tuve que marcharme —contó ella tristemente—. Herban dijo que teníamos algo que hacer.

Al oír el nombre de Herban la multitud reaccionó exageradamente, la anciana se limitó a mirarla con aún más interés.

—Nosotros conocer a Herban, hace mucho tiempo —dijo la joven.

—¿Y quiénes sois vosotros? —preguntó Philpha, curiosa.

La anciana volvió a hablar en su lengua natural alzando sus manos en dirección al Sol, imitándola el resto a excepción de la que podía comunicarse en su misma lengua, arrodillándose frente a ella y mirándola a los ojos.

—Nosotros ser los que entender las cosas más lejos de lo que los otros ven. Somos las almas antiguas del desierto.

La gran ciudad de Longa

El acceso a la ciudad de Longa se comprendía por cinco caminos a la intemperie permanentemente engalanados con llamativas lonas rojas y doradas, encargadas de otorgar cierta sombra que ayudaba a cruzar los transitados caminos a lo largo de sus casi doscientos metros sin tanto sofoco. Arbustos de pequeñas flores azuladas colmaban el ambiente de un embotador aroma dulzón, olor que a May se le antojaba en exceso cargante. Había oído que la atmosfera que rodeaba al lugar era permanentemente festiva, dada la joven edad de la mayoría de sus habitantes como si de una celebración continua se tratase. Sin embargo, en esos días la ciudad si tenía algo que celebrar. El esperado festejo de la estación de las flores había llegado.

May viajó hasta Longa junto a Ion, Lei, Braiz y una chica más con la que solo coincidió de pasada en alguna que otra ocasión y que se presentó como Ferbola. Mientras dos evengargs les condujeron en uno de los transportes hasta la entrada de la ciudad, Braiz y Ferbola se afanaron en poner al día, tanto a ella como a Ion, en todo cuanto necesitaran saber acerca de la ciudad. Lei, por su parte, se limitó a mirar a través de la ventanilla durante todo el trayecto, profiriendo algún que otro bufido de desaprobación por las palabras de sus compañeros. Cuando May contempló la ciudad con sus propios ojos supo que no habían exagerado en sus explicaciones.

Longa se dividía en dos alturas bien diferenciadas, la zona alta y baja. La zona baja, al contrario de lo que su nombre pudiera dar a entender, poseía los lugares más selectos que existían en aquellas tierras. Lugar donde se erigía la Embajada, conocida por sus fastuosos salones en los que se oficiaban desde sentencias hasta festejos. En sus calles, las tiendas de los más prestigiosos modistos vendían sus creaciones a mujeres que no podían cuantificar sus fortunas y restaurantes donde podían catarse los más inimaginables manjares de cualquier parte del mundo. Incluso, en la parte más alejada de las opulentas casas, grandes superficies donde todo podía comprarse abarcaban cientos de metros, en ellas podían encontrarse desde salas de fiesta hasta todo tipo de comercios e incluso hoteles. La torre Gygnus, el edificio más alto de Longa, era uno de aquellos lugares y ahí era donde se dirigían.

En su camino evitaron la parte alta, aunque Braiz se encargó de darles cuantos datos conocía. Una zona repleta de salones de variedades donde poder escoger entre hombre y mujeres a placer por un módico precio y donde lograr adquirir cualquier substancia ilegal sin problemas. El desenfreno no encontraba límites en la parte alta de la ciudad y la realidad era capaz de superar toda fantasía. El lugar perfecto para dar rienda suelta a los deseos más oscuros sin temor a ser juzgados.

Los cinco caminaron distraídos a través de las lustrosas calles de la zona baja. May, al igual que Ferbola, se dejaba cautivar por los llamativos escaparates de las tiendas que exhibían las más hermosas vestimentas que jamás imaginó ver. Ante aquel despliegue de alta costura, los celosos vestidos de las chicas de Foriet no parecían más que sucios trapos viejos. Ferbola correteaba de un lado a otro tras ella, maravillándose de todas y cada una de las prendas. Al parecer habían encontrado un punto en común entre ambas.

Cuando quisieron darse cuenta se encontraron ante la imponente torre Cygnus, con sus más de

cuatrocientos metros de altura repartidos en ochenta y ocho pisos. En ella les esperaba una última sorpresa; Faunett, Kurt y Yidrianna aguardaban de pie frente a la entrada principal, con gesto más preocupado que festivo.

—¡Comando Litz! —se apresuró a saludar Braiz.

—Vosotros... —alcanzó a musitar Faunett, girándose—. ¿Qué hacéis aquí?

—Estamos de permiso —explicó Ferbola emocionada.

—Qué conveniente —bufó Kurt antes de dar media vuelta, entrando en la torre.

—Se nos comunicó la presencia de otros comandos en la ciudad —Yidrianna miró a Lei duramente—. ¿Y ellos? —preguntó refiriéndose a May e Ion.

—El adalid dio su permiso para que nos acompañaran —respondió Lei—. ¿Hay más comandos aquí?

—Veintisiete, incluyéndonos —Yidrianna le lanzó una mirada cómplice a Faunett.

—Como sea. Será mejor que entremos y hagamos el registro —añadió Faunett entrando también en la torre—. Al parecer sois nuestros compañeros.

A May, aquel hecho, le resultó tan extraño como parecía serlo para el resto.

Tras la huida y consecutivo rescate de Ion, este no había vuelto a separarse de ella. Le costó más de lo esperado convencer a Lei para que hablara. En principio insistió en no saber nada cuando al amanecer se dio la voz de alarma al no encontrarlo en su habitación. Lei se mantuvo distante respecto al tema, como era normal en él. Sin embargo, May había empezado a descifrar su verdadero lenguaje. Lei decía mucho más en sus silencios, aprendiendo a interpretar sus gestos y miradas, que lo meramente capaz de manifestar con palabras. Horas de entrenamiento diario junto a él la hicieron darse cuenta de que el Evengarg no era alguien tan difícil de comprender como la gente creía. Cuando Lei comenzó a evitar su mirada zafándose de ella, May no tuvo más que coger sus manos y rogarle que le contara cuanto sabía, clavando sus ojos directamente en él. Con cierto bochorno Lei claudicó confesando cuanto sabía y ella le arrastró en su busca; Braiz simplemente escuchó la conversación desde su habitación y se sintió instantáneamente aludido.

En el interior de la torre se dirigieron a la zona del vestíbulo del hotel en donde Kurt les esperaba acariciando su preciada coleta castaña. May caminó ensimismada a través de la lujosa entrada de suelos de mármol negro, sofás de cuero blanco y gigantescas lámparas de araña colgadas de los altos techos; todo ello amenizado por un sutil hilo musical de violines. Huéspedes elegantemente ataviados disfrutaban de sus cocteles sentados en taburetes alrededor de una flamante barra. Una pareja de mediana edad se cruzó en el camino de May, la mujer le lanzó una mirada de desagrado, susurrándole palabras a su marido que ratificó con una engréida risita. Ella se detuvo en seco, observando como ambos desaparecían por la puerta que daba al exterior. Se sentía completamente fuera de lugar. Faunett comenzó a hablar con uno de los recepcionistas, un hombre trajeado de blanco encargado de las admisiones del alojamiento. El grupo se detuvo a pocos metros de ella, esperando. Algo tras la recepción llamó su atención poderosamente. Una gigantesca fuente ocupaba buena parte del vestíbulo, erigida en una deslumbrante piedra blanca representando cinco figuras femeninas de unos cuatro metros de altura, formando un círculo rodeando a una figura más menuda y opaca en el centro. May caminó lentamente hacia ella distanciándose del grupo, con la mirada puesta en aquella sexta silueta. Al estar frente a ella pudo examinarla con más detenimiento. Esta también personificaba a una mujer y en torno a su torso se esculpía una séptima efigie. Algún tipo de huesuda criatura de largas extremidades se aferraba a ella, rodeándola por completo con el rostro hundido en el interior de su pecho sin mostrar sus facciones, mientras ella la estrechaba entre sus brazos. La belleza que aquella fuente proporcionaba con su primera impresión era totalmente opacada al descubrirse la

sinistra forma que se revelaba al prestar más atención; figura a la que las cinco grandes estatuas parecían estar venerando.

May sintió como el vello de la nuca se le erizaba y un escalofrío recorría su columna. La sola visión de aquella piedra la inquietó, hundiéndose más y más en ella.

—¿Estás bien? —preguntó Ion junto a ella, haciéndola volver a la realidad.

—¿Qué? —May sacudió la cabeza ligeramente—. Sí —respondió rápidamente.

—¿Crees en los dioses? —preguntó él mirando la estatua.

—¿Piensas que son dioses? —a May aquello le sorprendió.

—¿Qué iban a ser si no? —Ion se encogió de hombros.

May no supo que responder a ello por lo que se limitó a sonreírle, haciendo un suave gesto con la cabeza indicándole que volvieran junto al resto. Al hacerlo comprobó cómo durante aquellos minutos, a medio camino entre ellos y el mostrador de admisiones, Lei había estado observando también la fuente, distante y silencioso.

—Habitación 25/50 para nosotras y 25/49 para vosotros —aclaró Yidrianna haciéndole entrega a Kurt de una de las tarjetas de acceso—. Planta veinticinco.

—¿Dormiremos separados? —preguntó Ion con preocupación mirando a May.

—Sí, listillo —respondió Kurt riendo—. Hombres con hombres, mujeres con mujeres. La vida es injusta.

—¡No quiero! —se negó él agarrando la mano de May.

—Este niño tiene un problema —concluyó Kurt yendo hacia el ascensor—. ¡Eh, tú, sin! —gritó llamando a Lei—. ¡Vamos!

—Está bien, estarás con Braiz —le tranquilizó ella acariciándole el pelo.

—¡Eso! —exclamó este alegremente—. ¡Y también estará Lei!

May lanzó una mirada reprochadora que Braiz no captó; Ion lo miró molesto, compartir habitación con Lei no era algo que le hiciera especial ilusión.

Ambas habitaciones eran idénticas, con sus paredes vestidas en un delicado color azul celeste y jarrones de flores decorando cada habitación. En el centro de la sala principal, sobre una gran mesa de cristal, un manual con información detallada acerca de todas las actividades que podían realizar durante su estancia y los eventos que se llevarían a cabo. Tres amplios sofás color burdeos invitaba a sentarse en ellos, dispuestos frente a un gran ventanal que ofrecía una espléndida panorámica de la ciudad con la Embajada como punto principal. De izquierda a derecha de la sala cuatro habitaciones dobles cada una con su respectivo baño, armario, ventana y la cama más grande que May había visto en su vida. Todo aquello distaba mucho de lo que conocía como compartir habitación. Ella se tumbó sobre la cama del que iba a ser su dormitorio, la más cómoda sobre la que jamás tuvo el placer de revolcarse. Riendo, rodando sobre ella y deshaciéndola. Fue poco el tiempo que tuvo para disfrutar en soledad de aquel placer, puesto que Yidrianna la instó en reunirse junto al resto para conocer la ciudad.

Caminaron por las calles de Longa y May, una simple chica rural, no podía más que fascinarse con todo cuanto la rodeaba. Pintorescas personas yendo afanadas de un lugar a otro, artistas callejeros inundando con sus múltiples talentos cada rincón, recargados expositores donde se exhibían las más delicadas joyas y caros restaurantes abrían sus puertas, las cocinas de los cuales emanaban apetitosos aromas. Lo que más le impresionó fue la aparición de unos acróbatas que, enredados a unas vistosas telas colgadas a metros de altura en las calles, formaban figuras con sus cuerpos enredándose unos con otros. Jugando con la adrenalina de los espectadores haciéndoles creer que, en cualquier momento, podrían precipitarse contra el suelo.

El vestido, aunque no tan impresionante como los equilibristas, fue algo que también captó poderosamente su atención. En uno de los muchos escaparates por los que habían pasado se exhibía, hermosamente delicado, la prenda más bella que jamás vio. Un vestido largo, color azul cobalto y corte sirena; sin mangas y de cuello redondeado hasta las clavículas donde los tirantes lo ceñían al pecho. Un impresionante escote posterior dejaba la totalidad de la espalda al descubierto, delineado en su borde inferior por un sutil adorno de pedrería.

Ferbola había quedado tan ensimismada como ella, frente al cristal.

—Mi hermana tenía un vestido muy parecido —declaró ella con una innegable nostalgia.

—¿Tienes una hermana? —preguntó May curiosa.

—La tuve —respondió Ferbola agachando la cabeza.

May se mordió el labio inferior con cierta aflicción, todas las personas con las que había entablado conversación en Evengarg tenían una triste historia que contar. En Foriet todos parecían felices y despreocupados con su condición, las cosas se daban por sentado incluso cuando se trataba de abusos o injusticias. En la Academia gran parte de los miembros eran niños que quedaron huérfanos durante una de las Grandes Guerras de los Hombres y les enseñaron que cada mal debía ser llorado y posteriormente superado. Aún le costaba afrontar los problemas ajenos y mucho más reconfortar a las personas en su proceso de duelo, como estaba ocurriendo con Ion, pero día a día aprendía a amoldarse a aquella nueva vida. Ese niño estaba tan necesitado de su constante atención que la había convertido ya en una obligación, volviéndose dependiente de ella desde su regreso. Luego estaba Lei, la persona más distante y solitaria que jamás conoció. Siempre caminando con las manos en el interior de los bolsillos, observando taciturnamente a todos con cuantos se cruzaba y evitando su mirada cuando se sabía descubierto. May no alcanzaba a comprender su actitud dado que, si tanto detestaba el contacto ajeno, ¿Por qué se sentía atraído por ser testigo silencioso de sus vidas? En aquel tiempo, la única vez que ambos tuvieron un acercamiento real, fue la ocasión en la que ella se envalentonó pidiéndole un entrenamiento cuerpo a cuerpo. En un principio aquello le resultó divertido, pero cuando el evengarg se volvió más atrevido en sus movimientos llegando a agarrar sus muñecas, se sintió amenazada. Repentinamente se encontró defendiéndose de igual manera como lo hacía con Kaer, utilizando su propio peso contra él. Cuando Lei cayó al suelo dejó que una consecución de emociones se apoderara de ella. Ira, pánico y finalmente culpabilidad; todo ello en un instante, agazapada en el suelo. El contacto de la mano de él sobre su frente, apartándole el cabello de la cara, la hizo reaccionar. Aquel no era el hombre que la había estado aterrorizando durante años. Aquel era un hombre que, arrodillado frente a ella, le devolvía una mirada compasiva. Por mucho que le costara acostumbrarse el que estaba ahí ya no era Kaer, ahora solo estaba Lei y este se estaba apoderando rápidamente de su mente. No pasaba un solo día en el que May no deseara saber más de él, en el que no anhelara volver a ser acariciada por sus manos u observada por su penetrante mirada. No había día en el que no rememorara lo que vio en la cala, ya sin vergüenza alguna.

—Creo que deberías aprovechar, ahora que estamos aquí, para arreglarte ese pelo —sugirió Ferbola sonriente acariciando uno de sus mechones.

—¡Eso sería estupendo! —exclamó May acercándose a ella.

Ferbola agarró la mano de May arrastrándola a través de la calle entre aniñadas risitas hasta alcanzar al grupo, quedando frente a Yidrianna. La joven parecía convencida en que la interventora tenía las respuestas absolutas a cualquier pregunta, por lo que se sorprendió cuando no pudo darle una contestación concreta de a donde debían dirigirse para arreglar el cabello de May. Kurt, atento a cualquier conversación ajena, les indicó un salón de belleza en la quinta planta de la torre Cygnus. De ese modo se dividieron en pequeños grupos. Yidrianna se perdió entre los miles de archivos que se

conservaban en la biblioteca pública. Faunett y Kurt marcharon juntos en busca de un lugar donde tomar unas copas dado que el consumo de alcohol estaba terminantemente prohibido en Evengarg, algo que los comandos más veteranos aborrecían tremendamente. Y Lei e Ion se dejaron llevar por Braiz hacia lo que describió como: »La más alucinante tienda de dulces que veréis en vuestra vida«.

May y Ferbola fueron directas hacia el salón de belleza que Kurt les indicó. Cuando May supo que iba a tener un día libre en una gran ciudad como esa no se paró a pensar quien iba a costear todo aquello. Según le explicó Ferbola, la Academia corría con todos los gastos que sus licenciados hicieran en los permisos, siempre y cuando no se excedieran en cuanto a excentricidades. Mientras ambas disfrutaban de los cuidados de las peluqueras, Ferbola continuó ilustrándola sobre los pormenores de la Academia. Descubriendo que los evengargs recibían una asignación mensual de una cantidad acorde a su rango, dificultad y número de encargos realizados con éxito. Hasta que llegara ese momento, en su período de aspirantes, la Academia corría con los gastos de manutención de los futuros comandos de competición, gracias a los tratados firmados en su día por las tres Capitales Imperiales.

Una mujer de diestras manos logró arreglar el desastroso cabello de May con un corte a la altura de la mandíbula, con la parte de la nuca más corta al resto, otorgándole a su ondulado cabello más cuerpo y volumen. Ferbola, a su vez, disfrutó de su manicura junto a ella, sin dejar de hablar. Al acabar recorrieron la calle comercial, entrando en las tiendas probándose cuantas prendas desearon.

—Creo que deberías comprarlo —sentenció Ferbola cuando May se probó el impresionante y carísimo vestido que las sedujo en el escaparate.

—¡Imposible! —May se ruborizó mirándose al espejo, ciertamente parecía estar hecho para ella—. No tengo dinero para pagarlo.

—¡Evengarg paga! —chilló la joven eufórica.

—No soy una evengarg —May suspiró dirigiéndose de nuevo al probador.

—Pero yo sí —apuntó Ferbola sagazmente—. Lo compraré para ti.

—¡Oh, no! No podría aceptarlo.

—Insisto —dictaminó ella cruzándose de brazos—. Estoy segura de que tendrás una oportunidad única para lucirlo.

—No lo creo —respondió May pensativa.

—¡Venga, quítatelo! —la presionó—. Hay que pagarlo.

Así lo hizo. Cuando May se cambió Ferbola se dirigió a la caja, tendiendo una tarjeta con el símbolo de Evengarg impreso en ella. La dependienta la atendió gustosamente doblando el vestido cuidadosamente y guardándolo en el interior de una caja dorada que introdujo en una cómoda bolsa negra. Para May hasta la bolsa resultaba preciosa.

Tras unas horas que transcurrieron rápidas, se dirigieron al restaurante del hotel donde acordaron encontrarse con el resto. Todos, a excepción de Kurt y Faunett, ya aguardaban en la entrada. Distraídamente comenzó a contar cuanto había hecho y visto en aquellas horas hasta que reparó en el rubor de las mejillas de Ion, que permanecía absorto mirándola. Prestando más atención descubrió como Lei también mantenía su mirada puesta en ella, más disimuladamente. Finalmente, Braiz alagó su nuevo aspecto.

El restaurante del hotel era un buffet libre repleto de exquisiteces; carnes, pescados, arroces, verduras, huevos y una infinidad de postres abarrotaban las mesas de exposición. Aquella fue la primera vez que May disfrutó completamente de la comida. Comió cuanto se le antojó hasta que el estómago comenzó a dolerle. Yidrianna, tan medida en todo, comió un pescado a la brasa acompañado de verduras al vapor y una manzana al horno; menú parecido al que degustó Ferbola. En contraposición, los chicos no se

privaron de absolutamente nada. Braiz se retiró en su cuarto plato de ternera guisada con patatas. Lei e Ion parecían no tener límite en su voracidad hasta que el pequeño, al mezclar el arroz meloso con tarta de tres chocolates en un mismo plato, tuvo que salir corriendo al baño. Lei, al verse vencedor en aquella absurda contienda, se llevó un último pedazo de carne a la boca y se retiró con el título de máximo engullidor de la jornada, con unas palmaditas por parte de Braiz en la espalda a modo de premio. Tras la comida subieron a sus habitaciones para descansar, dejándose llevar por un dulce sueño.

No fue hasta un par de horas más tarde cuando un golpeteo en la puerta la despertó. Faunett había regresado con unos ánimos festivos y alguna que otra copa de más en el cuerpo, agitando un panfleto publicitario mientras exclamaba eufórica que aquello era algo que no podían perderse.

La noche más corta

Lei miraba a través de la ventana de la sala de la habitación que compartía junto a Braiz, Ion y Kurt. Aquella mañana, cuando se dividieron en grupos para explorar la ciudad, Lei también lamentó no tomar una decisión semejante a la de Yidrianna y perderse solo por las calles. Pero Braiz resultó tremendamente convincente hablando de dulces. Ion los acompañó y mentiría al no admitir que sintió una leve decepción cuando May no los acompañó. Ion se había esforzado en hacerle saber que él no era de su agrado, aunque Lei no acababa de entender el porqué. A sus ojos ese niño debería estarle agradecido puesto que había salvado su vida en más de una ocasión. Con el paso de los días más convencido estaba en que la razón de su animadversión era May. Hasta donde el intuía, Ion estaba desarrollando ciertos sentimientos por ella y le consideraba un rival. Absurdo. Un preadolescente y un miembro de infantería de los comandos de competición enfrentados por la atención de una joven de la que nada sabían. May seguía siendo un misterio, ella y su pasado. Tan solo el viajante que llegó a la Academia días atrás y que más tarde conoció como el dueño de los perros, parecía ser el único capaz de arrojar un ápice de luz a sus secretos, pero May no estaba interesada pese a sus lagunas mentales. Para Lei aquello era tremendamente difícil de comprender, no lograba entender como May no quería saber acerca de su pasado, de su historia. Como no podía tener curiosidad.

Cuando Braiz los arrastró a la confitería, tanto él como Ion lo siguieron a desgana. Al verse en el interior todo, excepto aquel maravilloso lugar, desapareció de sus mentes. El enorme local dispuesto en forma circular estaba abarrotado y no era de extrañar. El techo se revestía con pequeñas luces de color cambiante, semejantes a bastoncillos de regaliz maleables. Un dulce aroma azucarado impregnaba el ambiente abriéndoles el apetito y un jovial hilo musical los invitaba a pasear por su interior.

—¡Bienvenidos a la Dulce Dulcería, donde vivimos para endulzar su vida!

Les saludó una llamativa muchacha con una esponjosa peluca rosa sobre su cabeza y un voluminoso vestido azul pastel cubriéndola de cuello a rodillas.

Sobre los mostradores de madera clara y estanterías se exhibían, protegidas bajo campanas de cristal, las exquisitas creaciones que allí se elaboraban: pasteles, bombones, macarons, tartas, panecillos, turrone, hojaldres, mazapanes, chocolates, mermeladas y caramelos. Lei estaba realmente impresionado, pero Ion había sido completamente embelesado por el lugar. Sin decir nada se alejó de ellos comenzando a llenar bolsas de dulces mientras las dependientas le ofrecían degustaciones, convenciéndolo para que las comprara sin preocuparse en quién pagaría todo aquello. Saciadas sus ansias de dulce regresaron satisfechos al hotel donde se encontraron con el resto.

Puede que May no hubiera cambiado su peinado en prácticamente nada, pero lo que hubieran hecho las estilistas con su cabello la favorecía enormemente. Lei fue consciente de su singular belleza desde el primer encuentro, un atractivo que aquel día brillaba más que nunca. Braiz alagó su nuevo aspecto, Ion se limitó a sonrojarse y él apartó la mirada intentando no parecer demasiado interesado.

El buffet del hotel les esperaba con las puertas abiertas. Braiz nuevamente le retó en demostrar cuál de los dos podía comer más. Lei se sentía satisfecho, pero Ion pareció ofenderse cuando no lo incluyeron en el desafío, por lo que se vio infantilmente arrastrado hacia una competición en la que debía ganar y ganó. Tenía el estómago lleno, pero realmente podría haber seguido comiendo. Tan solo se detuvo cuando reparó en May, observándolo mientras engullía. Eso le avergonzó.

Al subir a la habitación vomitó, jamás había comido tanto como lo hizo aquella mañana. Se tumbó en uno de los sofás de la sala principal, sintiéndose estúpido por su inconsciencia y allí sucumbió al sueño. Al anochecer Kurt, totalmente borracho, lo despertó vociferando mientras sacudía un arrugado papel.

¡Noche del fuego en Longa!
Hoy, a media noche, pirotecnia de altura.
Desde el mirador botánico.
¿Vas a perdértelo?

—¡No podemos perdérselo de ninguna de las maneras! —continuó gritando Kurt mientras Ion le arrebató el cartel de las manos.

—¿Fuegos artificiales? —preguntó Braiz desmereciéndose, al parecer Lei no había sido el único en disfrutar de una reparadora siesta.

—¡Fuegos artificiales! —exclamó Kurt alzando las manos mientras se tambaleaba—. ¡Esta noche!

—Nunca he visto fuegos artificiales... —confesó Ion.

—¿Estás de coña? —preguntó Kurt sin bajar los brazos.

—No —él se avergonzó ligeramente.

—¡Entonces decidido! —el evengarg fue hacia él, agarrándolo de los hombros y zarandeándolo—. Iremos.

Por mucho que hubieran oído y estudiado acerca de la vida rural, tan opuesta a los avances y comodidades de las grandes ciudades y Academias, no dejaba de sorprenderles como lo que para ellos era algo cotidiano, para Ion y May suponía algo maravilloso. Lei fue al baño, mojándose la cara y el pelo para despejarse. Fueron en busca de las chicas, las cuales insistieron en encontrarse con ellos en el mirador antes de los fuegos ya que, según dijeron, necesitaban el tiempo suficiente para arreglarse. Ion fue el único que comprendió aquella decisión. Los cuatro se dirigieron al vestíbulo del hotel y antes de cruzar las puertas que daban a la avenida principal Lei se tomó un momento para observar la fuente que la presidía. Una escultura que a todo el mundo parecía encantar y que a él le incomodaba enormemente. Aquel ser del centro mecido por los brazos de una plañidera mujer le turbaba. No era capaz de apreciar su belleza por mucho que lo intentara y sin embargo poseía el honor de ser no solo una de las imágenes más emblemáticas de Longa, también del mundo.

Aunque el cartel solo anunciara los fuegos artificiales la ciudad estaba celebrando todo un despliegue de festejos. A lo largo de la gran avenida hasta el jardín botánico se había montado, en pocas horas, una feria ambulante nocturna en la que centenares de comerciantes, tanto locales como foráneos, ofrecían sus productos. Todo tipo de comidas hechas al momento, desde enormes algodones de azúcar hasta carnes asadas a fuego lento, patatas rellenas y pescados tostados en hoguera. Objetos artesanales que iban desde hermosos y caros cuadros, pasando por vasijas de vidrio, maderas talladas a modo de reloj y coronas de flores. Muestras de vino y degustaciones de queso congregaban a decenas de personas en un mismo puesto. Múltiples tenderetes con talleres de creación floral, pintura facial y otros con juegos que divertían a toda la familia. En la parte más cercana al

jardín botánico se colocaron algunos puestos que para Lei gozaban de una dudosa reputación.

—¡Una adivina! —exclamó Braiz al ver el cartel que la anunciaba a pocos metros—. ¡Vamos!

—¡Sí! —Ion también se emocionó ante la idea, apurando su manzana de caramelo—. ¡Vamos a ver!

—Paso —bufó Kurt sin dejar de caminar hacia el toldo de esta—. Una vez me metí en una y lo único que acertó fue en el dinero que me sonsacó.

—Vamos, Lei —le animó Braiz.

—Creo que no... —dudó este.

—¿Tienes miedo de lo que pueda decirte? —preguntó Ion mirándolo con desdén.

—¡Por supuesto que no! —le molestaba el afán que ese niño tenía en desprestigiarlo—. Kurt ya lo ha dicho, son farsantes.

—En ese caso no hay nada que temer, ¿no? —añadió el niño engullendo el último trozo de manzana sin apartar su mirada de él.

—Joder, enano, debiste tener una vida muy dura en el campo —rio Kurt pasando junto a él, tambaleándose—. Venga, vamos, así el pequeño dictador se quedará tranquilo. Pero yo no pienso abrir la boca, por si acaso. No me fio una mierda.

Los cuatro se adentraron en la llamativa carpa cruzándose con una pareja que, sonriente, se dirigía al exterior mezclándose entre el bullicio. En el interior el aroma potente y embriagador del incienso se apropió de su olfato. La penumbra imperaba en el lugar dada la poca luz que ahí había. Tan solo el resplandor de unas velas a medio consumir permitían distinguir la decoración. Unas finas telas de apagados colores colgaban de un lado a otro haciendo que el lugar pareciera más reducido de lo que era en realidad, otorgándole cierta sensación claustrofóbica. En el centro de la carpa les aguardaba la adivinadora, sentada sobre un gran cojín frente a un tablero blanco con un paño cubriendo en objeto sobre él. Una mujer de mediana edad, facciones huesudas y con un cabello tan negro que se perdía en la oscuridad de las alfombras dispuestas en el suelo. Esta les ofreció tomar asiento frente a ella con un delicado gesto de mano. Sin mediar palabra se sentaron sobre unos cojines de menor tamaño, mirándose unos a otros mientras se encogían de hombros a excepción de Kurt al cual, la mezcla de alcohol y el incienso parecía haberle aturdido considerablemente. La mujer retiró el paño desvelando lo que ocultaba, un óvalo de un vivo color esmeralda tan grande como su palmo levitaba. Lei observó aquel objeto con curiosidad, no parecía ser la típica bola de cristal. Aquel objeto se veía demasiado valioso como para encontrarse en manos de una feriante.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó la mujer prácticamente susurrando.

—Queríamos que nos leyera el futuro —en la forma que Braiz respondió se pudo apreciar su emoción.

—Ni siquiera ha sido capaz de adivinar eso... —Kurt entornó los ojos.

—¿El de todos? —la mujer los observó detenidamente.

—Yo paso, prefiero vivir con la incertidumbre —respondió nuevamente Kurt guiñándole un ojo.

—No quiero que mire dentro de mi alma —se negó Ion, al cual parecía estar asustándole aquel despliegue de misticismo.

—Creo... —comenzó a decir Braiz arrastrando las palabras, mirando a Lei—. Creo que solo será mi futuro.

—Bien —ella le sonrió amablemente—. El resto podéis marchar pues.

—¡Lo ha dicho ella, no yo! —exclamó Kurt levantándose bruscamente—. Venga, enano, vamos a comprarte un algodón de esos —añadió dándole un golpecito en la cabeza—. Necesito otro trago...

Ion siguió al evengarg sin rechistar, un dulce siempre era tentador para él y más si con ello podía escapar de la carpa.

—¿Puedo quedarme? —preguntó Lei—. Solo quiero mirar.

—Eres un chico curioso, ¿no es así? —la adivinadora sonrió mostrando unos oscuros dientes.

—¿Él? ¿Curioso? —rió Braiz—. Para nada.

—¿Entonces por qué desearía ser testigo? —ella los observó aun riendo. Carraspeó centrando su mirada en el óvalo dirigiéndose a Braiz—. Pon tus manos sobre él, sin tocarlo.

—¡Sí! —él acercó sus manos abiertas con entusiasmo.

—Debo advertirte en que yo no leo el futuro, simplemente interpreto lo que me transmite y, por supuesto, no escudriño en alma alguna —puntualizó la adivinadora.

Braiz dejó escapar una nerviosa risita, mirando a Lei. Por lo visto era un místico encubierto, lo cual le sorprendió. Durante su aprendizaje en la Academia les instruían en las bases y fundamentos básicos de toda creencia o religión notoria para los hombres, eso les daría unos cimientos ecuanímenes a la hora de simpatizar con cuantos practicantes se encontrasen. Siempre vio la adivinación y el ocultismo como un enorme engaño, aunque tampoco opinaba de manera muy diferente respecto al culto a Lessa u otras deidades. Lentamente el objeto fue cambiando su color tornándose amarillento, brillando con intensidad. La mujer se apresuró en darle un manotazo a Braiz, apartando sus manos, pero aquello no hizo que el óvalo volviera a su estado original. La actividad en el interior del cristal se había disparado. Una centelleante luz surgió de su interior creando un efecto caleidoscópico junto a un grave y constante zumbido que invadieron el interior de la carpa. Braiz cubrió sus oídos con fuerza, cerrando los ojos. Lei, por su parte, se encandiló con aquel destello dejándose arrastrar por el zumbido que le atraía en dirección a él. Cuando estuvo a pocos centímetros se encontró cara a cara con la mujer, al otro lado del óvalo. La adivinadora clavó sus oscuros ojos en Lei, susurrando unas palabras que solo fueron audibles para él.

—Solo tenemos consciencia de nuestra propia alegría y tristeza, nuestros sueños y temores, nunca de los del prójimo. Así se demuestra que el sistema por el que este mundo está regido es egoísta —la voz de la mujer sonaba distante y profunda—. Tú eres un individuo, un solo ser; ella otro completamente opuesto. Esa misma fuerza que os creó os hizo contendientes en estas tierras. Entre tu cuerpo y el suyo existe un universo entero y la realidad es que vuestra humanidad es la única aliada que encontrareis —ella acarició la mejilla de Lei con su enjoyada mano—. Aférrate a la ira, la envidia, la lujuria; porque eso es lo que realmente eres. Es el momento de demostrar tu temple o prepararte para conocer la verdadera soledad.

El óvalo se apagó volviendo a su verde original y el zumbido desapareció. Lei se apartó lentamente de la mujer, con el corazón acelerado y la mente turbada.

—¡Joder, vámonos de aquí!

Alcanzó a decir Braiz, cogiéndolo por el brazo y arrastrándolo fuera de la carpa mientras la adivinadora se limitó a examinarlos seriamente, acariciando el óvalo. Mientras abandonaba la carpa, poco antes de perder de vista a la mujer, recordó una charla que la señora Shalk les había dado siendo niños cuando Lexx, accidentalmente, mató a una cría de Fowler mientras jugaba con ella con demasiada rudeza.

—El deseo no es lo problemático, lo malo es lo que viene tras ello. La necesidad de poseer nuestro objeto de deseo —les recriminaba Shalk a los niños sentados sobre el suelo, en especial a Lexx—. Cuando observamos estas flores, cuando las vemos pensamos que son hermosas y por ello sentimos la necesidad de arrancarlas para poseerlas sin pensar que con ello las dañamos —apuntó la mujer señalando un montículo junto a ella atestado de margaritas—. Esa, niños, es la efervescencia del deseo.

Una pequeña May rio tímidamente junto a él. Lei la miró preocupado, la señora Shalk era efectiva a

la hora de asustarlos, a todos excepto a May. Ella rebuscó en el interior del bolsillo de su vestido, sacando una de las flores que Lei dejó sobre su cama, ya seca. Cuando él la vio también rio.

—Si sois capaces de tan solo observarlas sin dañarlas, entonces descubriréis que el deseo no es algo destructivo —continuó Shalk caminando entre los pequeños—. Al ser humano nos es difícil, incluso en ocasiones imposible, contemplar algo si no vamos a recibir nada a cambio.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Lexx visiblemente enfadado.

Las chicas ya estaban preparadas para unirse a ellos, encontrándose todos a pocos metros de la carpa de la adivinadora. Braiz comenzó a relatarles lo que había ocurrido, cosa que ninguno de ellos creyó, menospreciando sus palabras entre risas. Lei observó a May silenciosamente, aún con el eco de aquellas palabras en su mente. Palabras que ahora empezaban a cobrar sentido para él, pero no más que la pregunta que su hermano planteó años atrás y que jamás obtuvo respuesta.

—Será mejor que vayamos hacia el mirador si queremos coger un buen sitio —gritó Ferbola cogiendo a May de la mano—. ¡No queremos perdernos los fuegos!

—¡Vamos! —intentó gritar Ion con la boca llena de algodón de azúcar, corriendo hacia ellas.

Caminaron dirección al jardín botánico donde un sinnúmero de hermosas flores, plantas aromáticas y exóticos árboles crecían bajo el amparo de la mano del hombre. Aún de noche podía apreciarse el esplendor del jardín exterior gracias a la singular belleza de los tulípanes, azaleas y la gran variedad de rosas silvestres que ornamentaban la zona. Yidrianna continuó manteniéndose distante del resto del grupo, ni siquiera aquella magnífica estampa floral parecía hacer mella en su firmeza. La achispada Faunett se unió a Ferbola y May charlando y riendo despreocupadamente, mientras Kurt e Ion se burlaban de la ansiedad que le produjo a Braiz el encuentro con la adivinadora. Lei se apoyó en la barandilla taciturnamente, observando la panorámica que la terraza les ofrecía del colorido conjunto, con el agudo sonido de las carcajadas de May amenizándolo. Discretamente la observó, a pocos metros de él, mostrando su felicidad sin preocupación alguna; alegre, fresca, sincera.

La gente comenzó a reunirse alrededor de ellos en busca de un hueco libre, obligándoles a juntarse más de lo que Lei desearía. Los comentarios de Braiz y Kurt acerca de las chicas que les rodeaban lo distraían, sorprendiéndose a sí mismo al observar a alguna que otra de ellas.

—¿Tú también has visto fuegos artificiales antes? —le preguntó May colocándose junto a él—. Me ha costado, pero he podido escaparme de ellas —rio mirando a Faunett y Ferbola que le devolvieron la sonrisa.

—Sí, esta será la tercera vez que los veo —respondió enderezándose, viendo como ambas chicas se hacían las distraídas.

—Yo nunca he visto algo así, dicen que son impresionantes —ella se apartó un mechón de pelo poniéndolo tras la oreja—. Estoy algo nerviosa, es estúpido. ¿Cierto?

—No del todo —Lei apartó la mirada, inquieto.

—¿Hacen mucho ruido? —May se inclinó sobre la barandilla mirando al cielo.

—Un poco.

—¿Y son grandes?

—Bastante.

Un codazo por parte de Kurt captó su atención haciendo nerviosos gestos con la cabeza en dirección a May y entre el alboroto le pareció escuchar un «lánzate». Ruborizado volvió a mirarla al tiempo que ella apartaba su vista del cielo para posarla en él. Detestaba quedarse embobado contemplándola, cuanto más lo hacía más hermosa la veía y más le costaba apartar la mirada. El salvaje cabello ahora recompuesto, sus ojos avellana tan llenos de vida, esa dulce sonrisa, el largo y delicado cuello y sus clavículas, visibles sin estar excesivamente marcadas, surcadas por dos finas

cicatrices verticales, marcas que le traían de cabeza. Sabía que podía darse media vuelta, marcharse de aquel lugar y no volver a mirar atrás, dejándola allí. Pero no podía hacerlo, no quería hacerlo, por mucho que le costara admitirlo. La realidad era que adoraba estar ahí, cerca de May y el hecho de que ella también buscara su compañía le complacía de una forma hasta ahora desconocida. Ella no era en absoluto sutil en cuanto a sus acercamientos o estados de ánimo; simplemente se mostraba tal y como se sentía ya fuera triste, feliz, asustada o decidida. May simplemente era ella misma y esas marcas en su cuerpo eran una incertidumbre que a Lei le carcomía. Necesitaba saber más sobre su pasado. ¿Que había sido de ella todos aquellos años? ¿Dónde estuvo? ¿Cómo se hirió de aquella forma? Tantas preguntas que no se atrevía a formular...

—Al final creciste —May puso la mano a la altura de su cabeza, midiendo la diferencia entre ellos.

—¿Cómo?

—Eres más alto que yo —May alzó aún más la mano, midiéndolo a él—. Bastante más.

—¿Recuerdas eso? —preguntó Lei sorprendido.

—Voy recordando ciertas partes —confesó ella pensativa.

—¿Y has recordado esa en particular? —él se frotó la nuca avergonzado.

—Bueno, no solo esa —susurró.

Un incómodo silencio se adueñó del momento mientras su corazón se agitaba nerviosamente. Por fin había empezado a recordarle.

—Lexx me contó que un hombre fue a visitarte a Evengarg —habló Lei rompiendo el molesto silencio—. Y que aún sigue ahí.

—Sí —May volvió a colocarse el mechón de pelo tras la oreja—. Herban...

—¿Lo conoces? —Lei se sentía curioso respecto a ello.

—No, realmente no —May se encogió de hombros torciendo el gesto ligeramente—. Pero él dice que nos conocimos y yo le creo. Odio no recordar más que fragmentos, eso solo lo hace todo más confuso.

—Podrías preguntarle cuando regresemos. — resolvió Lei. — Estoy seguro de que puede aportar algo de luz a tu pasado.

—Sí —ella suspiró pausadamente—. Pero no sé si quiero escuchar lo que tiene que contarme.

Lei la comprendió mucho mejor de lo que May pudiera imaginar. Era cierto que no sabía nada acerca de su pasado, que no recordara su infancia, pero lo que sí estaba claro era que había sido muy consciente de los últimos años de su vida y evitaba revelarlos a toda costa. Si no estaba preparada para afrontar aquella etapa, mucho menos lo estaría para entender su pasado más lejano.

Un estallido captó la atención de todos los presentes en el mirador. Los fuegos artificiales habían comenzado. Al instante Lei notó como May, asustada, se había aferrado a su brazo pegando su cuerpo a él. Al sentir el mutuo contacto ambos se miraron. Jamás estuvieron tan cerca el uno del otro, ni siquiera en los entrenamientos. La gente a su alrededor disfrutaba de la pirotecnia, exclamando a cada nuevo estallido mientras ellos dejaban de ser conscientes tanto del esplendor como de su estruendo. Lei podía notar la presión que su cuerpo ejercía sobre él, la insinuación de sus pechos contra su brazo, el tentador aroma de sus cabellos. Estaba tan cerca, tan perdido en ella, que debía batallar contra sus propios instintos por no ceder al deseo de dejar huella sobre sus labios.

—¡Son increíbles!

Ion se abrió paso entre ellos, separándolos y cogiendo la mano de May, la misma que estuvo aferrada a su brazo. Ella afirmó nerviosamente dirigiendo la vista hacia el despliegue de fuegos. Lei clavó sus ojos sobre el niño, enfurecido. Lo único que deseaba en aquel momento era cogerlo y lanzarlo baranda abajo hacia el jardín botánico e Ion lo sabía. Muy lejos de acobardarse este se aferró

más a May manteniéndole la mirada.

No hubo otra ocasión en lo que quedo de noche para que pudiera volver a encontrar un momento de intimidad junto a May, Ion se cercioró bien en no dejarla sola. Cuando la pirotecnia acabó recorrieron de nuevo la avenida principal y en su camino de vuelta todos, a excepción de Lei e Ion, se envalentonaron en tomar alguna que otra bebida alcohólica. Tras dos copas May y Ferbola comenzaron a comportarse de una forma un tanto extraña, seguramente dada su poca tolerancia a ese tipo de bebidas, por lo que decidieron regresar directos al hotel. Kurt y Faunett continuaron su itinerario de clubs. Aquella había sido la primera vez que May ingirió alcohol por lo que Yidrianna se vio obligada a tener que llevarla hasta la habitación en la que, junto a Ferbola, entraron sin despedirse de ellos. Ion se dirigió a su dormitorio sin decir palabra alguna y Braiz, entre palmas que intentaban imitar una canción que escucharon a uno de los músicos, le deseo buenas noches, encerrándose en la suya. Pocos minutos después sus ronquidos ya se escuchaban desde el exterior. Lei aprovecho aquellos momentos de tranquilidad disfrutando de una reconfortante ducha. Cuando se sintió reconfortado usó la toalla para secarse el pelo en vez de cubrir su cuerpo, mirándose al espejo y concluyendo que el también necesitaba un corte de cabello urgente. Se secó rápidamente, poniéndose unos cómodos pantalones deportivos obviando la ropa interior y se dejó caer en la cama. Aquellas habían sido unas vacaciones extrañas y no solo por la obligatoriedad de estas, si no por como estas mismas se desarrollaron. Sus primeras vacaciones.

Un leve golpeteo en la puerta principal le hizo abandonar sus pensamientos, saliendo a la sala entre protestas. Arrastró los pies cansadamente, seguramente Kurt no acertaba a poder abrirla por sí mismo y optó por llamar directamente. Apartándose el aún húmedo pelo de la cara abrió la puerta. Tras ella se encontraba May con tan solo una camisola de tirantes hasta medio muslo cubriendo su cuerpo. El corazón, la mente y el alma de Lei fueron abatidos de un plumazo.

—Hola —saludó ella pudorosamente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él nerviosamente, asomándose al pasillo en busca de Ferbola o Yidrianna.

—Yo... —May se mordió el labio inferior nerviosa—. No quiero estar sola.

—No estás sola —se apresuró a responder Lei evitándola—. Yidrianna y Ferbola están contigo.

—En otra habitación.

—Sí, bueno —su entereza estaba comenzando a flaquear—. Puedes llamar a sus puertas y...

—¿Puedo quedarme contigo? —le interrumpió ella.

—Claro.

Lei se sorprendió a sí mismo. Ni siquiera había pensado esas palabras, simplemente surgieron de su boca sin pedirle permiso. Igual de automáticamente se apartó de la puerta, dejándola pasar. Ella entró sin decir más, sin tan siquiera mirarlo y él cerró la puerta. No tenía ni idea de donde había sacado semejante camisón, pero resultaba tan tremendamente erótico sobre ella que, por un instante, Lei se emocionó al pensar que aquella podría ser una de las noches más memorables de su vida. May le miró y él le indicó con la mano la habitación a la cual debían dirigirse. Ella caminó primero y Lei la siguió. Estaba dispuesto y preparado para todo cuanto ella le pidiera aquella madrugada. Al entrar Lei se aseguró en poner el pestillo a la puerta, no iba a permitir que Ion ni nadie interfiriera en aquello.

—¿Puedo dormir contigo esta noche? —preguntó May dulcemente.

—¿Dormir? —aquella frase le confundió y abofeteó a partes iguales.

—Sí, por favor —May se sentó sobre la cama cuidadosamente.

—Claro —respondió Lei soltando todo el aire que cabía en su cuerpo.

No era en absoluto lo que esperaba, pero, al instante, se sintió avergonzado por haber tenido ese tipo

de pensamientos. Aunque él hubiera esperado más no iba a negarse a algo como eso. May se recostó sobre el colchón apartando la fina sabana que lo cubría, echándose sobre su lado izquierdo. Lei, dubitativo, rodeo la cama quedándose a su espalda. Era más que obvio que aquella osadía por su parte era debido a las bebidas que le incitaron a tomar por lo que, pensándolo con más aplomo, era bueno que lo único que quisiera de él fuera su compañía. Se tumbó junto a ella, recostándose también sobre el lado izquierdo, mirando su nuca, observando con detenimiento la forma de sus omoplatos, como las vértebras se intuían en su piel desapareciendo bajo el camisón. La forma en la que este reposaba en el perfil de su silueta, marcando a la perfección la forma de su cintura y cadera; sus muslos desnudos, suaves y sugerentes. Su respiración se aceleró de nuevo mientras sus deseos volvían a desbocarse. Hubiera estado encantado de ser invitado a tocarla.

—¿Te importaría abrazarme? —pregunto ella sin girarse.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación. Aquella actitud no estaba siendo causada únicamente por el alcohol.

—Sí — respondió tristemente—. No... —ella dejó surgir un gímoteo—. Es que... He recordado que fuiste la última persona que me abrazó.

Sin decir más Lei se limitó a pasar su brazo derecho sobre ella abarcando la totalidad de su torso, acercándola a su cuerpo. Él tampoco recordaba haber sido abrazado en años y cayó en la cuenta de cuánta razón tenía May. La última vez que esa situación se dio fue cuando solo eran unos niños, bajo las destartaladas camas de la vieja casa. Así, en aquella posición, ambos sucumbieron al sueño con las etéreas palabras de la adivinadora mellando la coraza de Lei.

38
El Alquimista

Hacia meses que el comando Litz estaba recibiendo misiones más que insólitas dado su rango. No fue hasta la asignación de liderazgo y guardia durante la Luna de sangre cuando fueron conscientes de que la situación era mucho más compleja de lo que hubieran imaginado. Tras lo sucedido en Hannagreth, el posterior exterminio de los desterrados y la oportuna gratificación de sus vacaciones no disfrutadas, entendieron la magnitud de la maquinación en la que habían sido involucrados.

Pocos días atrás Kurt recibió un extraño mensaje; este fue enviado a su hogar familiar en donde su madre se encargó de hacérselo llegar. Al tenerla entre sus manos se preguntó quién empleaba aún esos obsoletos métodos de comunicación.

»Si queréis saber lo que ocurrió en Hannagreth reuníos conmigo en Longa, Tak'is. Por vuestro bien y el mío propio espero que esto llegue a tiempo a vuestras manos comando Litz;

El Alquimista.«

Lo primero que hizo fue compartir esa información con sus compañeras de equipo, las cuales reaccionaron con cierto escepticismo. Cuando les fueron notificados sus inmediatos días de descanso les quedó más que claro que ese tal Alquimista sabía mucho más que ellos, citándolos en un lugar al que ni siquiera sabían que se dirigían. Ochenta y una personas, comandos enteros alejados de su Academia conjuntamente, un hecho inaudito. El Comando Litz no iba a aceptar aquellas vagas explicaciones sin más. Cuando Faunett compartió su preocupación con Broten quedó patente que hasta su adalid estaba involucrado. Este se limitó a aconsejarles que siguieran las ordenes que recibían desde Hughs, intentando pasar todo lo desapercibidos posible. Algo estaba ocurriendo en el inquebrantable sistema de los comandos de competición, algo que procedía desde las más altas esferas de su estructura y estaban dispuestos a descubrirlo. El aceptar ayuda externa de la organización o poner en entredicho a la misma era ya una violación de las directrices de Hughs, pero si ese Alquimista era el único dispuesto a arrojar algo de luz, lo escucharían.

Al encontrarse con Lei y sus acompañantes en la torre Cygnus ya ninguna teoría tenía sentido para ellos, excepto una inquietante verdad. Todas las personas que regresaron de Hannagreth después de la Luna de sangre habían sido alejadas de Evengarg en aquel día y concentradas en Longa, incluyendo a May e Ion, a los cuales Broten consideraba protegidos políticos. Se separaron de ellos en cuanto les fue posible, Yidrianna perdiéndose entre los archivos internos de la ciudad en busca de documentos referentes a Hannagreth, la Luna de sangre, los desterrados o la misma Longa. La interventora creía que las respuestas al futuro solían venir ya escritas en el pasado. Kurt y Faunett, tras averiguar dónde se encontraba el tal Tak'is, se dirigieron a la zona alta.

—Espero que esto no nos haga meternos aún más en el agujero en el que ya estamos, Kurt —dijo Faunett recelosa cruzando la calle que daba acceso a la zona alta.

—Confía en mí —respondió él con seriedad.

Las diferencias entre la zona baja y alta no eran excesivamente acentuadas, la ausencia de los

ostentosos comercios era lo más destacado, por lo demás el tipo de edificaciones parecían ser las mismas. Altos edificios con algún que otro local de una única planta intercalado entre ellos; hoteles, restaurantes y tenderetes ambulantes montados en mitad de la calle. Fue al poco de caminar por ellas cuando empezaron a apreciar las diferencias. Grupos de personas se reunían vendiendo e intercambiando diferentes tipos de narcóticos mientras algunas mujeres ofrecían tranquilamente sus servicios sexuales, asaltando a hombre y mujeres por igual, en plena calle. Niños vestidos con harapos pidiendo monedas a los distraídos turistas mientras otros se hacían con lo que podían, metiendo sus manos furtivamente en los bolsos y bolsillos de los extranjeros.

Continuaron calle arriba hasta encontrarse frente al Tak'is, en el interior del cual les esperaba su misterioso informante. El lugar no era más que un gigantesco recinto cuadrado de fachada cimentada, sin ventanas ni decoración alguna a excepción del cartel luminoso bajo la puerta de acceso. Kurt pasó una mano por la cintura de Faunett arrimándola a su cuerpo a lo que ella respondió con una más que ensayada risita estúpida. De ese modo, entre carantoñas, pasaron frente a los porteros del local accediendo al local.

A pesar de no ser aún ni medio día el interior estaba abarrotado, con la música a todo volumen retumbando en la enorme nave. Los clientes se amontonaban frente a la barra intentando captar la atención de alguno de los camareros para que les sirvieran alguna bebida mientras otros se desmadraban en la pista de baile, moviéndose violentamente y sin armonía. Potentes cañones de luz iluminaban cada rincón espectacularmente, con sus rayos multicolor rotando en todas direcciones al ritmo de la música electrónica. Kurt y Faunett se abrieron paso caminando estrechamente unidos entre la gente, encontrando un hueco en una de las esquinas de la codiciada barra. Tras diez minutos de espera en los que escudriñaron a su alrededor en busca de alguien que pudiera responder al nombre de Alquimista, una de las camareras les atendió. Una exuberante treintañera de tez oscura y orgullosa dueña de una admirable delantera cubierta tan solo por un minúsculo top rosa.

—¿Qué os pongo, pareja? —preguntó animadamente apoyándose sobre la barra.

—¿Que nos recomiendas? —le consultó Kurt con una amplia sonrisa.

—Antalo, sin duda —respondió guiñándole un ojo.

—Pues que sean dos.

Faunett entornó los ojos ante el coqueteo de la mujer. Mientras esperaron por sus bebidas ambos continuaron analizando el lugar en busca de alguna señal, aunque les era difícil centrarse en una única persona dado el bullicio.

—¡Esto es absurdo! —se desesperó Faunett—. ¡Es demasiado peligroso!

—¿Acaso pensaste que nos encontraríamos bajo un puente abandonado o algo así? —Kurt no dejaba de analizar el entorno.

—¿Cómo podemos saber que ese Alquimista existe? —ella se apartó unos pasos—. ¿Que no es una broma? —el temor había comenzado a hacer mella en ella—. O peor... Una trampa.

—¡Aquí tenéis!

La camarera dejó dos grandes copas sobre la barra. En su interior el famoso Antalo, un fuerte licor oscuro a base de agave y chile picante.

—Gracias —Kurt tomó un sorprendentemente dulce sorbo—. Una última cosa, por casualidad no sabrás quien es el Alquimista, ¿verdad?

—¿A eso habéis venido? —rio la mujer—. ¡Por supuesto que lo conozco! ¿Quién no conoce a ese timador?

—Nosotros —respondió Faunett secamente.

—Tranquila, tía, vuestros asuntos no son cosa mía —se defendió con desprecio—. Id para allá

—añadió señalando en dirección a la zona de reservados—. Y espero que tengáis invitación o sus matones te sacarán a golpes y sería una pena que estropearan esta cara —ella extendió una mano acariciando el mentón de Kurt.

—¿Disculpa!—gritó Faunett incrédula ante su desvergüenza.

Kurt rio divertido mientras la mujer marchaba para atender a otros clientes, ignorándola. Le dio un sorbo más a su bebida y le hizo un leve gesto a Faunett con la cabeza, yendo en dirección a la zona reservada.

—Se hubiera ido contigo donde fuera por unas pocas monedas... —rechistó ella.

—Y sin esas pocas monedas también.

—Sí, bueno. Ella no te conoce como yo.

—Nadie me conoce como tú —apuntó él volviendo a cogerla por la cintura.

Faunett suspiró poniendo los ojos en blanco mientras se abrían paso entre la gente. Recibiendo algún que otro empujón por el camino que hizo que Kurt se viera obligado a contenerla para que esta no se los devolviera. Cuando estuvieron frente a las puertas rojas de doble hoja que daban acceso a los reservados, dos enormes guardas les detuvieron. Ambos más altos y corpulentos que Kurt siendo este ya un hombre de robusta complexión, con pantalones y camiseta negra ceñida al torso que les estrangulaban los musculosos brazos.

—Pase —gruñó uno de ellos.

—¿Pase? —repitió Faunett adelantándose sin miedo, quedando ridículamente pequeña frente a ellos.

—Tenemos esto —Kurt se apresuró a sacar la nota del bolsillo, agitándola ante ellos—. Venimos a ver a El Alquimista.

—¡Déjame ver eso! —uno de ellos le arrebató el papel de entre las manos.

Ambos matones se miraron dudosos tras examinarla. Segundos después se apartaron al unísono abriéndoles paso.

—Está bien. Podéis pasar —sentenció el mismo que le quitó la nota, devolviéndosela—. Suerte ahí dentro.

Estaban al tanto de cuantas cosas se daban en la privacidad de ese tipo de áreas, pero tanta advertencia comenzó a ponerlos nerviosos. Los hombres cerraron las puertas tras ellos con un golpe seco. La música de aquella zona era sustancialmente más soportable que en el exterior, permitiéndoles mantener una conversación en un tono razonable. Lo único que resultaba cómodo en aquel lugar. Habían entrado en una sala de las mismas dimensiones que la dejada atrás, aunque esta contaba con múltiples apartados parcialmente privados, con sofás de terciopelo rojo en torno a una mesa de cristal. Una barra, también roja y acolchada, formaba un círculo en el centro y sobre ella, una pasarela suspendida por cables de acero en la que media docena de chicas, prácticamente desnudas, bailaban sensualmente atrayendo la atención de más de un cliente. La mirada de Kurt iba de un lado a otro sin poder decidir donde enfocarla. Eran tantas las mujeres exhibiéndose que por un instante olvidó la razón por la que se encontraban allí.

—Son... ¿Prostitutas? —preguntó Faunett entrecortadamente mirando a las que bailaban sobre la barra—. ¿Todas?

—Creo que sí y son impresionantes —él dio un golpe con el brazo a su compañera—. Pero será mejor que nos centremos.

—Sí, El Alquimista —ella carraspeó dirigiéndose a la barra con decisión.

En lo que tardaron en recorrer los pocos metros que los separaban de ella, fueron testigos de algún que otro baile privado en los reservados mientras uno de los clientes disfrutaba de una no tan privada felación

por parte de una rolliza mujer que prácticamente le doblaba en tamaño.

—Estamos buscando a aquel que se hace llamar El Alquimista —dijo Faunett a la joven tras la barra.

—Ahí lo tenéis —respondió esta señalando uno de los reservados a su derecha.

Los evengargs se dirigieron con cierta incomodidad al privado, rodeando el alto sofá y quedando de pie frente a la abertura de acceso, sin saber con qué iban a encontrarse. Un extravagante hombre de áspero cabello largo y excéntrica barba, vestido con un llamativo traje amarillo canario se repantingaba sobre el sofá, carcajeando junto a dos delgadas y pelirrojas gemelas, una a cada lado, rodeándolas con los brazos. Una de ellas repartió unos chupitos y cuando se dispusieron a brindar, el licor cayó sobre el escote descubierto de la otra.

—No te preocupes, yo lo limpio —dijo el hombre apurando su chupito sin dejar de reír.

Inclinó a la joven hacia atrás acercando su boca a ella, lamiéndole primero el cuello para continuar bajando lentamente, recogiendo las gotas del dorado licor que cada vez se colaban más entre sus pechos.

—¡Disculpe! —los interrumpió Faunett dando un fuerte golpe sobre la mesa.

Los tres la miraron sorprendidos, al parecer ninguno había reparado en su presencia. Cuando el hombre se cercioró de su identidad se levantó bruscamente, apartando a las mujeres con delicadeza.

—¡Pensé que ya no vendríais, esperaba más celeridad del Comando Litz! —exclamó extendiendo los brazos.

—¡Baje la voz! —ordenó ella autoritariamente.

—Agresiva. Cómo no—sonrió el hombre mostrando unos dorados dientes—. Tomad asiento.

Kurt y Faunett se sentaron en el sofá frente a él mientras este susurraba palabras a los oídos de las chicas que se marcharon despidiéndose con un apasionado beso cada una. Él las siguió con la mirada anhelando ya su presencia.

—¿Eres El Alquimista? —preguntó Kurt.

—Así es. Y vosotros sois Kurt y Faunett —el hombre volvió a recostarse sobre el sofá acariciando su barba—. Es un honor conocer a tan célebres evengargs, aunque me decepciona que Yidrianna no haya aceptado mi invitación, es mi favorita.

—¿Cómo sabe nuestros nombres? —Faunett comenzó a impacientarse.

—Porque yo lo sé todo.

—Claro... —resopló ella.

—Soy El Alquimista —añadió él enigmáticamente frotando su dedo índice y pulgar haciendo que saliera humo de ellos.

—¿Acaso eres algún tipo de mago de bar? —le desacreditó ella.

—Querías hablarnos de Hannagreth, ¿no es así? —Kurt interrumpió su pequeña disputa.

—Ah, sí, Hannagreth. Menudo espectáculo montaron...

—¿Te parece que fue un espectáculo? —Faunett se acercó amenazadoramente—. Murió gente, gente inocente.

—¿Los conocías personalmente como para asegurar que eran inocentes? —el hombre también se le encaró.

—Faunett, por favor —le suplicó Kurt—. ¿Para qué querías vernos?

—La gente de a pie, los soldados siempre son los primeros en creer que el sistema funciona. La Organización por la Paz Mundial no funciona, nunca lo ha hecho. Sois los únicos que creéis que lo hace y la mantienen porque con ello os mantienen bien atados, perros de Evengarg.

—¡Cómo te atreves! —ella se levantó de la mesa indignada.

—¡Faunett! —Kurt si estaba interesado en lo que aquel hombre estaba contando—. Continua.

—Las grandes naciones, hasta la última de las Capitales Imperiales, están en guerra. O al menos eso he oído... Hasta donde sé Hannagreth y Longa se han aliado, al parecer ahora tienen una causa común. ¿Quién lo diría?

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Kurt en un susurro.

—Tengo contactos.

—Somos la principal fuerza de combate de esas ciudades ¿Que te hace pensar que no vamos a detenerte por lo que dices, aunque fuera cierto? —se aventuró a amenazarlo Faunett.

—Pues que, como ya os he dicho, tengo contactos y sé que lo que los comandos de competición creéis estar protegiendo, no es realmente lo que es. He oído que tu equipo es el más reputado de Evengarg, estoy seguro de que se os habrán asignado ciertas misiones, como decirlo... ¿Inusuales?

Kurt y Faunett se miraron inquietos, cuanto más hablaba ese pintoresco hombre más sentido tenían sus palabras.

—Escuchadme —prosiguió—. Sé que es difícil de creer para unos soldados fieles como vosotros, pero venga, ¿no os habéis parado a pensar como Hannagreth, la más humilde de las Capitales Imperiales, consiguió semejante potencia de fuego?

—Yo... —Faunett ya no parecía tan confiada en su opinión.

—Esta noche hay un espectáculo pirotécnico —les dijo tirando un cartel informativo sobre la mesa—. Tras ellos nos encontraremos en la parte trasera de la Embajada, a unos metros de ella hay una especie de ermita semiderruida. Hay algo que debéis ver ahí.

—¿La Embajada? —Kurt respingó en el asiento—. ¡Ni siquiera podremos acercarnos a ella!

—¡Sed creativos! Es la festividad de las flores, la gente bebe y hace locuras por doquier. ¡Vamos! Solo integraos y pasad desapercibidos —él se levantó animadamente del sofá—. Ah, sí, y aseguraos de que vuestros compañeros no se los pierdan —añadió refiriéndose a los fuegos artificiales.

Ambos se quedaron pensativos viendo como El Alquimista marchaba, integrándose entre la muchedumbre. Les era difícil creerle, pero estaba en lo cierto al decir que las órdenes que recibían últimamente eran un tanto extrañas. Las dudas del comando Litz se iban acrecentando por momentos y parecían estar tomando forma.

Decidieron hacer caso al hombre. Regresaron a la parte delantera del local, tomaron una copa, se tiraron otra por encima y regresaron a la torre Cygnus. Para que ninguno del resto sospechará, decidieron hacerles creer que se habían emborrachado, sería mucho más fácil así. Los sacaron de las habitaciones, se integraron por separado entre el grupo de chicos y chicas e hicieron tiempo hasta el momento de la pirotecnia, sin perder detalle en cualquier hecho extraño que ocurriera a su alrededor.

Kurt se divirtió animándolos a entrar en la adivinadora, recreándose aún más cuando Braiz salió despavorido, convencido en que los trucos de la timadora eran reales. En mitad de los fuegos, para su sorpresa, fue testigo de algo que lo asombró; Lei y May se pusieron a flirtear. Sintió cierta nostalgia al ver que lo único por lo que debían preocuparse era el uno del otro. Cuando el espectáculo acabó, Ferbola insistió en ir a beber. Ellos no tenían tiempo que perder, por lo que les invitaron al licor más fuerte que conocían. El plan funcionó, al poco Ferbola y May estaban tan descompuestas que el resto tuvieron que acompañarlas al hotel. Finalmente, Kurt y Faunett se separaron del grupo alegando que, para ellos, la fiesta aún no había acabado.

Comportándose como una pareja ebria, caminaron amenamente por las calles, bromeando entre ellos sin que nadie les prestase la más mínima atención. Cuando llegaron a la parte posterior de la Embajada comprobaron como las dos gemelas que acompañaban al Alquimista en el reservado ahora entretenían a los tres guardas encargados de hacer la ronda nocturna, dándoles de beber entre

carantoñas. Pasaron corriendo bajo el amparo de la oscuridad, llegando hasta la pequeña ermita. El hombre ya les esperaba en el interior.

—Espero que ese olor que desprendéis sea una distracción y no el resultado de lo que habéis bebido —dijo él apartando una losa en el centro del santuario.

—¿Por qué querías que los demás vieran los fuegos artificiales? —preguntó Faunett curiosa.

—Pues porque son increíbles. ¡Un completo espectáculo! —respondió él ocurrentemente—. Vamos, deprisa.

Bajaron a través de unos antiguos y desiguales escalones de piedra, iluminados tan solo por la llama de la antorcha que el hombre llevaba. Aquellos parecían ser los viejos pasadizos de la Embajada, Longa era una ciudad antigua y sus secretos estaban guardados a buen recaudo. Tras pocos minutos de silencioso trayecto, alcanzaron un foso de altos techos con dos accesos más que se perdían en la oscuridad.

—Este lugar no es seguro, así que prestad atención —El Alquimista corrió torpemente hacia el centro—. ¿Lo veis?

La llama de la antorcha iluminó una docena de morteros perfectamente alineados. Faunett se llevó una mano a la boca en un intento por controlar su asombro mientras Kurt caminaba lentamente hacia ellos, acariciando uno de los cañones. Según sabían, ese tipo de armas fueron destruidas al finalizar la Primera Gran Guerra de los Hombres. Por aquel entonces fueron el armamento más utilizado y el que más vidas había sesgado, por lo que una de las primeras directrices que la Organización por la Paz Mundial creó fue su total destrucción. Pero ahí estaban, escondidos bajo la Embajada de Longa. Armas con un gran poder destructivo, capaces de disparar tanto proyectiles explosivos como incendiarios.

—No es posible... —alcanzó a decir Faunett.

—¿Acaso te parece material para fuegos artificiales? —bufó El Alquimista.

—No hay munición —Kurt miró a su alrededor, le costaba creer que aquello fuera cierto.

—¡Claro que no! Todo fue utilizado en Hannagreth durante la Luna de sangre.

—¿Tienes idea de lo que esto significa? —Kurt caminó hacia él reflexivamente.

—La pregunta es: ¿La tenéis vosotros?

—¿Por qué nos muestras esto? —preguntó Faunett nerviosamente—. ¿Por qué nos ayudas?

—Digamos que hay una deuda pendiente que mis hermanos y yo queremos cobrarnos —dijo con voz profunda bajando la cabeza—. Todo cuanto habéis dado por sentado es falso, evengargs.

El Alquimista se recompuso mirándolos con una seriedad que hasta el momento no había mostrado.

—¿Habéis oído hablar de los Vypra?

El fino Aris

El balneario de Hannagreth, rodeado por un parque ajardinado junto al Liceo, era una edificación con un notable valor cultural, formando parte del patrimonio histórico de la ciudad. Las aguas de propiedades mineromedicinales de su enorme alberca en la que se habían bañado tanto Uhurens como monarcas durante generaciones, otorgaban un placentero descanso a sus visitantes gracias a sus efectos calmantes y revitalizadores. En el interior de esa misma alberca Aris se dejaba abstraer de todas sus responsabilidades, aunque fuera por unos fútiles minutos, dejando que su delicada piel se estremeciera con las templadas aguas. Ocho de sus guardias personales se mantenían formados y alerta, protegiendo al líder de su clan, siempre silenciosos e impasibles. Kopfbel, el tercero de los hijos del patriarca Aswimi se detuvo frente a las amplias escaleras de piedra que daban acceso a la alberca, estrechamente vigilado por los guardias.

—Tranquilos —los calmó Aris—. Es a quien esperábamos.

El joven se retorció en el interior de las aguas hasta quedar cara a cara con su invitado, manteniendo la mitad inferior de su cuerpo bajo el abrigo de las mismas.

—Tengo entendido que tu padre ya recibió una respuesta clara por parte del Uhuren novo Wearwood —dijo Aris chapoteando con sus manos sobre la superficie del agua.

—Cooperará —respondió Kopfbel secamente.

—Jamás albergué duda alguna en que lo haría —Aris sonrió tímidamente para sí mismo—. ¿Tú?

—No sabría que decirle, señor —Kopfbel miró a los guardias confuso.

—No seas tímido, aquí eres libre de decir y hacer cuando desees —Aris se levantó extendiendo los brazos, dejando su desnudez al descubierto—. Ellos son tumbas.

—El joven Aswimi chasqueó la lengua incomodo, intentando evitar entablar contacto visual con Aris mientras sus guardas mantenían su mirada fija en él, impasibles.

—¿Hay algún mensaje que desee hacer llegar a mi padre, señor Sly?

—Tengo la sensación de que no estás tan involucrado en nuestra causa como tu padre o hermanos, Kopfbel —susurró Aris burlonamente dirigiéndose hacia él— ¿Me equivoco?

—No me malinterprete, señor Sly. Soy un respetable miembro de la familia Aswimi y me debo a ella con tremenda devoción —confesó este cuando Aris llegó a él—. No confunda mi entereza con desinterés.

—Sí, desgraciadamente conozco bastante bien el carácter de tu familia —suspiró Aris—. Lo lamento si mis palabras te han ofendido, Kopfbel.

Aris se recogió los dorados cabellos entre sus manos, estrujándolos para eliminar el exceso de agua en ellos y soltándolos después, cayendo grácilmente sobre sus hombros. El aspecto de su cuerpo distaba del esperado en un hombre varonil, con los músculos prácticamente inapreciables, una cintura delgada y muslos ligeramente redondeados, pero, aún con ello, poseedor de un extraordinario miembro viril. Con una inusitada bravura, Aris agarró al joven Aswimi por la nuca, acercándose a su rostro hasta que sus labios quedaron apenas a unos centímetros.

—Ve y dile a tu padre que haga lo que deba —le susurró gravemente—. Ya ha empezado.

Inmediatamente después de esas palabras lo liberó y Kopfbel abandonó el balneario a grandes zancadas. Satisfecho, Aris fue hacia uno de sus guardias que le hizo entrega de un suave albornoz de satén blanco, anudándose a la cintura.

Cuando su padre murió él no era más que un niño, aunque su adiestramiento como futuro heredero ya había comenzado. La familia siempre estaba por delante de todo lo demás. Eso era lo que repetía una y otra vez. Todos y cada uno de los pasos que daba, de las decisiones que tomaba, debían ser medidos y anteriormente estudiados, ya que estos acabarían repercutiendo en el nombre de su familia. Aris amaba a Yovita y ella estaba siendo tremendamente comprensiva y paciente. Fue en su adolescencia cuando descubrió el enorme poder que podía llegar a reunir si se rodeaba de las personas adecuadas. Tardó poco en descubrir lo tentador que el tímido señorito Sly resultaba para alguno de los hombres más influyentes de la ciudad. Remi fue el más fácil de convencer y se mentiría a sí mismo si no admitiera que sentía cierta lástima por él. Pero un patriarca debía hacer lo necesario para mantener el prestigio de su familia, para que su apellido no cayera en el olvido.

—¿Acaso crees que esa estratagema va a funcionar con todo el mundo? —preguntó Calista Sly entrando por el mismo acceso por el que Kopfbel marchó.

—Si no lo hace por atracción lo hará por rechazo —respondió él besando la mejilla de su madre.

—Esta vez vas a hacer las cosas de un modo diferente, Aris, debes dejar de utilizar tus viejas costumbres.

—Lo siento, madre —se disculpó ligeramente avergonzado.

—Levanta la cabeza, hijo mío —la mujer sujetó su rostro con firmeza—. Eres la cabeza de este alzamiento, el pilar fundamental que sostendrá nuestro porvenir. ¿Quién si no más que un líder tendría el valor de hacer cuanto hiciste?

—Madre...

Aris se apartó de su madre con dignidad. Por mucho que esta insistiera en que él era la base de aquella operación, sabía que no era cierto. La verdadera líder de aquello, aunque en la sombra, era su madre. Al fin y al cabo, aquella extranjera que tanto les ayudó insistía en mantener contacto únicamente con Calista; la misma mujer que logró hacerse un lugar en el Consejo de Hannagreth.

—¡Brania! —llamó Calista dirigiéndose a la entrada.

Una doncella entró tímidamente con un sucio bulto de tela entre sus manos. Su madre lo recogió indicándole a la joven que podía marcharse. Se dirigió a él exultante, haciéndole entrega de las ropas. Aris las examinó cuidadosamente, las conocía a la perfección. Llevaba tiempo desvistiendo al hombre dueño de ellas. La túnica de la que Remi se deshizo al entrar en el barrio de Orelle.

—Aún hay algo que nos queda por hacer —añadió ella sonriente.

—Lo sé —respondió Aris sin apartar la vista de la tela.

—Dentro de poco la familia Sly recuperará el honor que merece y serás libre, hijo mío. Dentro de poco serás rey.

Traidores a Evengarg

Cuando Lei despertó con el amanecer, May aún permanecía a su lado, durmiendo. Había pasado horas en aquella misma posición y tanto sus piernas como brazos estaban agarrotados por ello. Aun con eso, aquella noche resultó ser una de las más reconfortantes de su vida, acunado por el pausado sonido de su respiración y el agradable candor de su cuerpo. Intentó levantarse con todo el sigilo que pudo, evitando molestarla, pero en cuanto se separó ella despertó. May se recostó sobre la cama, observando a su alrededor. Lei buscó rápidamente una camiseta con la que poder cubrir su torso, de repente aquella situación le violentó.

—Hola —le saludó ella con su suave voz, mirándolo.

—Buenos días —respondió él acabando de vestirse.

—Gracias por dejar que me quedara.

—No te preocupes.

May se levantó de la cama dirigiéndose a la ventana, observando la ciudad en el exterior. Lei la miró pasmado, uno de los tirantes del camisón había resbalado por su hombro quedando suspendido sobre el brazo. Fuera cuando fuera o la situación en la que estuviera ya no recordaba en que utilizaba su tiempo antes de que ella estuviera ahí.

El pomo de la puerta giró inesperadamente seguido de un fuerte golpe contra ella, había olvidado que la noche anterior la aseguró echando el pestillo.

—¿Estás ahí, Lei? —preguntó Braiz tras la puerta—. Levántate, tenemos que irnos.

Al abrirla, el evengarg aún permanecía tras ella, por lo que no pudo ocultar su asombro al ver a May en el interior. Ella pasó rápidamente entre ambos, despidiéndose y regresando a su habitación. Cuando la perdieron de vista Braiz gritó emocionado golpeando a Lei en el hombro, pero, por mucho que este insistió en que no había ocurrido nada entre ellos, Braiz no hizo ni caso. Kurt insistió en que recogieran sus cosas rápidamente, los transportes que los llevarían de vuelta a la Academia estaban a punto de llegar.

En lo que duró el camino de regreso Braiz no dejó de molestarle lanzándole indirectas que Ion no acababa de captar para su fortuna. May tomó asiento junto a Ferbola conversando animadamente y Yidrianna se distanció de ellas, centrando toda atención en su UCP personal. Observando a Kurt y Faunett concluyó en que estos debían estar sufriendo una terrible resaca ya que ambos se mantenían con semblante serio y la mirada perdida.

Al llegar, mientras cruzaban el hangar, Lei fue testigo de cómo docenas de girodinos regresaban unos tras otros, devolviendo a su origen a todos los evengargs destinados en Longa. May lo distrajo de sus pensamientos al darle alcance, corriendo tras él.

—Voy a ir a buscar a Herban y le pediré que me cuente todo lo que sabe —le informó.

—¿Estás segura? —Lei se detuvo meditando en si aquella era una buena decisión.

—Sí —respondió sonriente—. Después vendré a contártelo.

May se adelantó al resto del grupo emocionada, entrando en la Academia. Lei volvió a mirar a su

alrededor con cierta intranquilidad. Aquellas eran demasiadas personas para haber sido enviadas al unísono fuera de Evengarg. Puso más atención en alguno de los rostros que pasaban junto a él. Los conocía a todos, llevaba años conviviendo con ellos y en aquel instante advirtió en un hecho que le pasó completamente desapercibido hasta ahora. Todos los comandos que pasaron las últimas veinticuatro horas en Longa eran los mismos que fueron destinados a Hannagreth.

Ya en el interior, se dirigió rápidamente al ascensor dirección a la doceava planta, en busca de Lexx. Lo más natural era que el comandante no se encontrara en su dormitorio a esas horas del día, pero al menos debía intentarlo. Aporreó la puerta aún a sabiendas de que no había nadie en el interior que fuera a responder a su llamada.

«Atención...». Un aviso por megafonía captó su interés, mirando hacia uno de los altavoces dispuestos en el techo. «Se ruega a todos aquellos evengargs destinados a la ciudad de Longa en el día de ayer, se presenten en el aula magna de inmediato».

Lei cerró los ojos con fuerza, preguntándose como había podido tardar tanto en darse cuenta en que algo extraño estaba pasando. Debía encontrar a su hermano, pero antes estaba obligado a acudir a aquella citación si no quería que los evengargs de más alto rango se encargaran de que lo hiciera. Utilizó las escaleras para descender los diez pisos que lo separaban de la sala a la cual debía dirigirse. Cuando estuvo a punto de abandonar la séptima planta, en la que se ubicaban las aulas, Lexx se cruzó por delante de él, agarrándolo por el brazo y conduciéndolo a una de las clases vacías.

—Escucha, Lei, no tengo mucho tiempo —Lexx hablaba apresuradamente, dirigiendo la mirada nerviosamente al exterior a cada instante—. Así que, por favor, por una vez en tu vida, hazme caso...

—¿Qué está pasando?

—Calla y escúchame —Lexx lo agarró por los hombros, mirándole fijamente a los ojos—. Nos han tendido una trampa, esto es lo único que Broten ha podido hacer por vosotros.

—¿De qué hablas?

—Vais a ser conducidos a Longa, no te resistas —su voz se volvió más calmada—. Haz todo lo que Faunett te diga, confía en ella.

—¿Cómo? —Lei comprendía que la situación era delicada, pero seguía sin comprender nada.

—Y no te separes de May, pase lo que pase —él lo zarandeó—. Prométemelo.

—¿Qué tiene que ver May en todo esto?

—¡Dame tu palabra! —insistió el comandante exaltado.

—Sí... —Lei tragó saliva preocupado—. Sí, tienes mi palabra, pero dime qué está pasando.

—Debes andarte con cuidado, Lei, hemos entrado en guerra.

Aquellas palabras lo dejaron sin aliento. Era imposible que hubieran entrado en guerra, ya no existía conflicto alguno entre las naciones ni los hombres, ya no. La Organización por la Paz Mundial se encargó de ello. Solo los comandos de competición sobrevivieron a sus códigos y su trabajo consistía en ser mediadores de paz.

—Tengo que irme, Broten me necesita —Lexx se apartó de él, angustiado—. Ten cuidado hermano.

Lexx le acarició la cabeza enérgicamente alborotándole el pelo, le echó un último vistazo y abandonó el aula desapareciendo por el pasillo. Lei se tomó unos minutos para interpretar en soledad la poca información que su hermano, la persona en la que más confiaba en el mundo, acababa de darle. Se frotó los ojos molesto, gruñendo mientras lo hacía. Odiaba no saber qué ocurría. Finalmente decidió retomar su camino hacia el segundo piso.

Las puertas del aula magna estaban abiertas de par en par, acogiendo a los ochenta y un convocados en ella. Lei buscó con la mirada a Faunett ya que Lexx le instó en que se mantuviera

cercano a ella. La encontró sentada a pocos metros junto a Kurt y Yidrianna. Lei tomó asiento en la butaca inmediata a la de Faunett. La élite lo miró, no con la dureza a la que lo tenía acostumbrado, si no con empatía. Aquello no hizo más que ponerlo aún más nervioso. Cuando todos los convocados se hallaban ya en el interior, los cinco accesos del aula magna se cerraron y los presentes tomaron asiento. Broten, estrechamente escoltado por el comandante, salió al escenario acompañado por cuatro hombres más. Dos de ellos se identificaron como representantes de Hughs, los otros dos como miembros de la Organización por la Paz Mundial.

—Primeramente, gracias por acudir con tanta premura —les agradeció Broten con un tono firme—. Ahora, le ruego a la interventora Hannah, que suba con nosotros si es tan amable.

Lei miró a Yidrianna dos asientos más allá, ella parecía tan sorprendida como el resto por su llamamiento. Miró a Kurt, después a Faunett y dignamente se levantó de su asiento, bajando los escalones con elegancia mientras se cercioraba en que ningún cabello escapara a su estirado moño. Subió colocándose en el proscenio, frente a los seis hombres.

—Yidrianna Hannah, miembro de Elite X-878, interventora de la Academia dedicada a Terrance Evengarg —recitó orgullosamente el adalid—. Con gran pesar doy por finalizados sus servicios a esta Academia para pasar a ser supervisora de la Sede Hughs. Lleva con orgullo nuestro nombre a ella.

Los asistentes aplaudieron confusos mirándose unos a otros mientras uno de los representantes de Hughs le tendía una carta y el otro su propia mano. Yidrianna aceptó el comunicado, tomó la mano de aquel desconocido y lentamente fue conducida hacia la salida tras el escenario. Antes de abandonar el lugar la destituida interventora de Evengarg echó la vista atrás buscando a su comandante. Este permaneció con la mirada al frente, inmutable, observando a sus soldados y Yidrianna bajó la cabeza dejándose arrastrar lejos del lugar que, durante tantos años, fue su hogar.

—Bien, y ahora centrémonos en lo que nos ocupa —el adalid cambió el tono de su voz repentinamente—. Señores —añadió dando paso a los miembros de la OPM.

—¡Comandos de competición de las tierras de Xaimur! —gritó uno de ellos—. Estamos aquí porque habéis sido acusados de incumplimiento en las ordenanzas, obstrucción a la justicia y traidores a Evengarg.

La respuesta de los comandos no se hizo esperar. La mayoría de los presentes se levantaron de sus asientos con indignación, pidiendo explicaciones entre gritos. Algunos intentaron subir al escenario para poder llegar hasta su comandante o adalid y otros pocos se dispusieron a abandonar la sala sintiéndose insultados. Ninguno alcanzó a llegar a sus superiores o a las puertas, un gran número de evengargs de élite habían estado rodeando silenciosamente el aula por su parte más alta, asegurándose en que los inculpados mantuvieran el orden.

—¡Tranquilizaos! —les intentó calmar Broten desde lo alto del escenario—. ¡No es más que un mero formalismo!

—¡¿Formalismo?! —

Gritó uno de los líderes de equipo cercanos a donde Lei estaba sentado, perdiendo todo respeto por su adalid. Kurt, Faunett y él eran los únicos que aún se mantenían sentados y en silencio. En la distancia pudo ver también a Braiz, gritando con enfado junto al resto.

—No te levantes y haz lo que digan —le susurró Faunett con disimulo.

Lei la miró, pero ella había pronunciado aquellas palabras sin apartar la vista de Broten. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo ni en que desembocaría aquella situación, pero una de las evengargs más eficaces de la historia de la Academia estaba dándole unas órdenes que él no pensaba desatender.

—Esta misma tarde marcharéis rumbo a Longa y esta noche se llevará a cabo una vista preliminar en la Embajada a la que asistirán las doce grandes señoras de Longa —anunció Lexx alzando su voz por encima de la del resto—. ¡Sin dilación ni excusas! Recoged vuestros uniformes de gala y dejad las armas en vuestros respectivos dormitorios.

Ante las palabras de su comandante los evengargs acusados enmudecieron. Tan solo un último susurro de Faunett junto a Lei le hizo reaccionar.

—Un baile, ¿eh?

El sínodo del cadáver

Remi aguardaba solitariamente en la galería exterior del salón de las columnas de la residencia del monarca, en donde en breve daría comienzo el banquete de celebración en honor a las próximas nupcias del cabeza de familia Sly. Observando el gigantesco retrato de cuerpo entero del magnánimo Mirquiades de Voloida y Urbina, primer monarca de la ciudad, con su extraviado atuendo bordado en hilo de oro. Junto a este, uno a uno, los retratos de los cuarenta y cuatro Soberanos restantes en orden de regencia custodiaban majestuosamente el corredor. Acababan de colocar el último de los lienzos, el representativo a Ivo Baruch de Dorian tercero y Sion. Remi sabía que este aún permanecía con vida; es más, que se encontraba ya en el interior del salón al que él mismo entraría en breve pero ahí estaba, su retrato póstumo colgado ya en la galería. Desde la purificación de los cadáveres de la guardia real, el monarca de Hannagreth no había vuelto a hacer acto de presencia ante su pueblo, pueblo al que confusamente se le comunicó el inicio del mandato del cuadragésimo quinto Soberano Serenay Ciro de Davina. Todos y cada uno de los monarcas de Hannagreth tenían secretos que ocultar, secretos que iban más allá de su enmascarado rostro.

Mientras se mantenía observando cada fútil detalle de aquel retrato, cada pincelada milimétricamente calculada, pasaban tras él los entusiasmados invitados a la velada. Miembros selectos de las siete grandes familias ataviados con sus mejores galas para la celebración de tan solemne enlace, vistiendo unos extravagantes atuendos en contraposición a la solemnidad del acto. Las mujeres con faldas y chaquetas de raso y manga pagoda acompañados por corsés de seda de vibrantes colores con motivos florales. Los hombres tampoco parecían querer pasar desapercibidos con sus ternos en colores pastel, de largas casacas con anchas mangas dobladas y chalecos de brillantes tejidos, todo ello enriquecido con diferentes tipos de volantes, encajes y cintas. Hacía apenas veinticuatro horas que el enlace del señor Sly se hizo público y ya se hubo convertido en el suceso más notable de la temporada. Las acomodadas familias de Hannagreth parecían haber olvidado ya la Luna de sangre.

Remi no fue capaz de encontrarse con Aris desde que supo de la noticia. A pesar de lo aparentemente complicado de sus encuentros, no les resultaba difícil reunirse. Ahora aquello no parecía que fuera a ser tan sencillo. Ya había comenzado a poner en duda el hecho de volver a encontrarse, al menos a solas. Eran tantas las preguntas por hacerle a su compañero que no estaba seguro de llegar a ser capaz de formularlas y mucho menos estar preparado para afrontar sus respuestas. Aris jamás le habló sobre la existencia de Yovita ni de la necesidad de contraer matrimonio con semejante celeridad. Ya era el cabeza de familia Sly, heredó el título con la muerte de su padre. Ese enlace no era ningún requisito para que le fueran legados sus derechos de cuna. Era muy consciente de que Aris jamás daría a conocer su verdadera inclinación sexual por mucho que este, en un arrebatado de amor desmesurado tras uno de sus escarceos nocturnos, le pidiera a Remi que abandonara su credo huyendo lejos de aquella infecta ciudad. Él sopesó aquellas palabras enormemente tentado por cumplir sus deseos, segundos después Aris rio revolcándose en la

agradable alfombra de pelo insistiendo en que lo olvidara. Remi jamás las olvidó. No pasaba día en el que no se arrepintiera de no haber cumplido su efímero deseo, aun sabiendo que la realidad era que el cabeza de familia Sly no abandonaría su deber hacia su familia por mero placer personal. Pero un matrimonio... Si Aris había tomado una decisión de tal magnitud fue porque, lo que estaba en juego, era demasiado complejo como para resolverlo de otro modo. Aun así, estaba seguro de haber podido ayudarlo si hubiera confiado en él.

—¿Va a pasar la velada contemplando los retratos de los difuntos monarcas, Uhuren novo Wearwood?

La joven que apenas dos días atrás había visto recibiendo una más que cuestionable lección en los jardines del Liceo, mostrando su desnudez, se detuvo tras él. Ataviada con la pulcra toga blanca que los Iniciados solían llevar y el cabello recogido en una coleta a la altura de la nuca, con los dedos entrelazados a la altura del vientre.

—¿Acaso no os instruye vuestro maestro en el arte de la contemplación, Iniciada Faydee? —Remi se volvió hacia ella sonriente.

—Se dice que es una de las habilidades más difíciles de alcanzar —respondió ella con semblante serio.

—¿Y dudas de ello, iniciada?

—No malinterprete mis palabras excelentísimo Uhuren novo Wearwood. A lo que me refiero es que el arte de la contemplación nunca ha sido un misterio para mí —la joven no parpadeó mientras hablaba—. Su entendimiento es excepcionalmente sencillo cuando se comprende que los ojos tan solo distorsionan la verdad que solo el alma puede interpretar.

—Exactamente así, Iniciada Faydee.

Remi hizo un ligero movimiento de cabeza, despidiéndose de ella mientras se encaminaba al salón de las columnas pasando frente a la enorme escalera principal de mármol y granito. No tenía ni idea de que estaba hablando esa joven.

Entró en la ostentosa estancia en donde se erigían una orden de columnas lisas realizadas por otras adosadas, coronadas por capiteles de representación floral. De suelos compuestos por una elegantísima taracea de mármoles en diferentes tonalidades y paredes forradas de terciopelo e hilo de plata. Con enormes espejos suspendidos sobre estas, revestidos en rojo y plata terminados con un estuco blanco rodeado por intrincados motivos vegetales. Culminando en su parte más alta por la bóveda de crucería, de una extraordinaria riqueza decorativa. El mobiliario, compuesto tan solo por grandes mesas rectangulares y aparatosas sillas de madera de caoba y talla dorada, se disponía ordenadamente frente a la mesa presidencial que las encabezaba. En ella ya habían tomado asiento los homenajeados aquella noche. De izquierda a derecha el Uhuren mayor, al que dos Uhurens menores debían mantener erguido en su asiento; Babila y Evelio Noboa, padres de Yovita, la cual se sentaba inmediatamente seguida de estos; el monarca, con uno de sus muchos atuendos ceremoniales de un blanco impoluto y máscara plateada; Aris orgullosamente acomodado mientras una altiva Calista Sly acariciaba orgullosa la mano de su primogénito, seguida por Hugo Aswimi, susurrando palabras al oído de su esposa Etevine junto a él. Una de las más fastidiosas escenas que Remi se vio obligado a presenciar. Frente a ellos tomaban asiento Rhys Meaghan junto a su segunda mujer y cinco de sus hijas; Tansei Teagan, acudiendo como único representante de su nombre; Yanis Yann, acompañado por su exótica esposa Yorja y la afable señora Faye junto a esta, seguida por su marido Gerhard ocupaban una misma mesa. A su lado los gemelos Maildor con una porción de su prole, ocupaban la mesa contigua. Remi tomó asiento en el lugar que le correspondía, junto a los Uhurens mediu Zenit, Pont, Wearwood y Pago, el viejo Quiroga, el ya no tan moribundo Alanis y Maud. Tras ellos, las mesas

restantes se abarrotaban de miembros menores de las grandes familias a los que el ser invitados a aquel festejo ya suponía todo un ascenso en su estatus social. En el centro de aquel tumulto, sobre un retablo de madera, un trono recubierto por láminas de oro e incrustaciones de plata.

Los sirvientes colocaron ante los comensales las enormes bandejas de plata colmadas de exquisiteces para todos los paladares. Carnes de cerdo y jabalí servidos en una variedad de potajes. Aves tales como ocas, perdices en salsa, pollo guisado en azúcar y cordero asado en salsa de moras amargas. Salchichas, albóndigas, jamón, espárragos y patatas conformaron la comida principal. Tras esta, los dulces pasteles de piñones y almendras, membrillos, mermeladas, confites y frutas de temporada. En cuanto a las bebidas se sirvió vino, cervezas y sidras, los únicos alcoholes bien vistos entre la alta alcurnia. Cuando el banquete finalizó las bandejas fueron retiradas de las mesas dejando tan solo las bebidas en ellas.

Remi bebió más de la cuenta aquella noche. Sintió la necesidad de hacerlo al ver como Yovita insistía en llamar la atención de Aris aun estando el monarca separándolos, a lo que él respondía con cómplices miradas y dulces sonrisas. Ni una vez dirigió la mirada hacia él, aun cuando sabía de su presencia. El Uhuren mayor se retiró inmediatamente después de finalizar la cena sin haber probado bocado de las muchas bandejas, ayudado por los dos Uhurens que velaban por él. Remi hizo el ademán de levantarse para ir junto a su gran maestro, pero el Uhuren médium Pago le detuvo, agarrándolo con fuerza de la muñeca. Tosiendo profusamente el Uhuren mayor abandonó el salón prácticamente a rastras, ante la indiscreta mirada de los asistentes. Cuando se hubo marchado Hugo Aswimi se levantó de la mesa principal, captando la atención de los comensales.

—Aunque hoy debería ser un día de gozo y celebración, un reciente acontecimiento requiere de toda nuestra atención —el cabeza de familia Aswimi caminó tranquilamente recitando aquellas palabras que parecía haber estado ensayando con cuidado, hasta quedar junto al solitario trono dorado—. Les advierto de que, de lo que van a ser testigos, no será del agrado de ninguno. No apto para mentes débiles o estómagos sensibles. ¡Pero Hannagreth no puede quedar ciega ante una traición a su Orden más sagrada! —vociferó alzando una mano en dirección a los guardias que custodiaban la puerta—. ¡Traedlo!

Los hombres abrieron las puertas, dando paso a una comparsa de guardias reales que portaban a cuestas un gran bulto oculto por una lona negra. Caminaron pesadamente junto a las mesas que, a su paso, obligaban a sus huéspedes a hacer exagerados aspavientos llegando alguno de ellos a levantarse de su asiento. Cuando se encontraron en el centro dejaron el atadizo sobre el trono, acomodándolo como pudieron.

—¡Descúbranlo! —ordenó Aswimi nuevamente.

Los hombres acataron sus palabras y los asistentes estallaron en un sinfín de opuestas reacciones, llegando algunos a vomitar ante la presencia de tan inesperado invitado. Ante ellos se exhibía putrefacto el cadáver torturado del sabio Mur, anterior miembro del Consejo de Hannagreth. Desaparecido y ya reemplazado. Sus restos habían adquirido un color verdoso cetrino, hinchándose algunas de sus partes más blandas mientras de sus orejas, boca y nariz emanaban algunos fluidos. Desde las cuencas vacías de sus ojos, al igual que de las profundas heridas distribuidas por todo el cuerpo, se arrastraban al exterior centenares de larvas que caían al suelo, revolviéndose.

Por mucho que lo intentara, Remi no podía apartar su mirada del cuerpo. Se había levantado de su asiento sin darse cuenta al igual que la gran mayoría de asistentes, a excepción de Maud que continuaba con sus ojos puestos en una copa de vino a la que daba vueltas. Muchos de ellos abandonaron el salón horrorizados, llevándose a los más pequeño junto a ellos. Aris se mantenía abrazando a Yovita, cubriendo su rostro para evitar que observara tan atroz panorama.

—Ante ustedes Abdon Mur, el que fue uno de los Sabios del Consejo de Hannagreth. Hombre distinguido y apreciado por muchos de nosotros —gritó Hugo rodeando el trono—. ¡Un traidor!

La gente comenzó a chillar con un énfasis desmesurado, abrumados por la situación, llegando algunos a discutir entre sí por lo cuestionable de la tesitura a la que habían sido expuestos.

—¡Magnánimo Soberano de Hannagreth! —continuó desgañitándose el hombre, dirigiendo su mirada hacia la mesa principal—. ¡Altos Iniciados! ¡Ilustres Sabios! ¡Patriarcas! —uno a uno nombró a todas las grandes Ordenes de la ciudad—. ¡Yo, Hugo Aswimi, acuso a este hombre de alta traición al urdir una conspiración para asesinar al Uhuren mayor por envenenamiento! Y no actuaba solo —los pocos que quedaban murmuraron unos con otros, inquietos y desconfiados.

Otro de los miembros de la familia Aswimi caminó hacia su patriarca, enarbolando la ajada y sucia túnica de Remi, este sintió como el corazón se detenía de golpe.

—¡El Uhuren novo Wearwood es quien ideó toda esta argucia y tenemos pruebas de ello! —chilló el hombre señalándolo con dedo acusador—. ¡Pruebas que lo sitúan en el más que cuestionable barrio de Orelle, en donde se reunía clandestinamente con sus camaradas para lograr su tan ansiado puesto de Uhuren mayor!

—¡Eso no es cierto! —intentó defenderse él sin poder moverse del sitio.

Todos los ojos estaban clavados sobre Remi acusadoramente, incluidos los de Aris que había dejado de ignorarlo.

—¡Hay restos de la misma ponzoña que ha infectado a tu gran maestro en tus ropas! —continuó chillando Hugo como si aquello no fuera más que un provocativo espectáculo—. ¡Ropas que arrojaste a las cloacas en un intento por deshacerte de ellas! ¿Lo niegas?!

—¡Tú y los tuyos me obligasteis a ello cuando...! — intentó defenderse acercándose a Hugo nerviosamente.

—¡Basta con conocer la verdadera procedencia del Uhuren novo Wearwood para saber el tipo de calaña con la que estamos tratando! ¡Su verdadero nombre! —el patriarca Aswimi se encaró a él sin miedo—. Remi Nimos.

Los asistentes en el salón, curiosos por todo aquello, no pudieron contener su sorpresa clamando en apoyo al patriarca Aswimi y profiriendo sendos insultos hacia Remi.

—¿Acaso pensaste que podrías ocultarlo eternamente, Nimos? —Hugo rio satisfecho viendo como ya, miembros de todas las familias, pedían la ejecución del Uhuren novo Wearwood—. ¿Cómo se te ocurrió obrar en contra de la única persona que podía protegerte?

—¡El nombre de mi padre no tiene absolutamente nada que ver con esto! —gritó Remi nerviosamente, zafándose de las copas y cubiertos que habían comenzado a arrojarle entre abucheos.

—¡Es tú nombre también y tiene todo que ver en esto! —el patriarca Aswimi se dirigió a él una vez más—. Un traidor es un traidor, eso es algo que se lleva en la sangre, asesino.

—¡No vamos a escuchar una sola más de tus palabras! —declaró entre gritos Kelian Maildor mientras uno de sus hijos le tiraba cucharillas al cadáver del sabio Mur.

—¡Arrestadlo! —ordenó Hugo Aswimi.

—Correrás la misma suerte que tu colega —rio socarronamente Kendal Maildor recreándose en la visión del difunto Mur.

La guardia real se abalanzó sobre él, reduciéndolo no sin que opusiera toda resistencia posible, intentando llegar hasta Hugo con todas sus fuerzas. Hicieron falta tres hombres para detener su paso y cinco para reducirlo, sacándolo entre golpes del gran salón, con los acusadores ojos de algunos de los miembros de las familias más distinguidas de la ciudad puestos en él. Ante la inconmensurable dicha de aquellos que, durante toda su vida, había considerado como iguales.

Sin darle oportunidad de defenderse fue conducido a los calabozos subterráneos de la residencia Imperial, encerrándolo en una de las muchas celdas enrejadas, con tal solo una única cama de madera en su interior. Junto a él, Velmen, el cual fue arrojado a aquel húmedo agujero sin que nadie lo recordara, ni siquiera Remi lo había hecho. Caminó nerviosamente ante la cansada mirada del sucio desterrado, cual león enjaulado, repasando lo disparatado de cuanto acababa de ocurrir. Había sido objeto de una argucia mayor de la que era capaz de comprender en aquellos momentos. Estaba asustado, no sabía que iba a ser de él en adelante, ni la razón por la que lo escogieron para ello. Y su apellido familiar... Debería haber tenido más cuidado cuando Maud y Calista Sly lo pronunciaron. Remi chilló abrumado, llevándose las manos a la cabeza. Por mucho que todas las evidencias apuntaran en aquella dirección, se negaba a creer que Aris tuviera algo que ver en todo aquello.

—Vas a morir, Uhuren novo Wearwood —rio Velmen, desquiciado.

—Mantén tu boca cerrada, desgraciado —le advirtió Maud caminando hacia ellos tranquilamente, surgiendo de la oscuridad del pasillo.

El hombre se alejó de los barrotes, acucillándose en el suelo entre suplicas sollozantes, tapándose la cara. Remi, por el contrario, se aferró aún más a las rejas. Maud se detuvo frente a él con el mismo semblante imperturbable con el que había afrontado la cena y posterior acusación, sin alterarse lo más mínimo. Tras ella apareció Kornak, gruñendo mientras se cercioraba en que nadie los había seguido hasta las mazmorras.

—Este miserable tiene razón —Maud lo miró con cierta preocupación—. Si te quedas aquí morirás.

—Esto es cosa tuya —la culpó él apretando los dientes con fuerza.

—En realidad, Remi... ¿Puedo llamarte Remi? —sonrió ella—. No creo que vayas a poder utilizar el nombre de Wearwood mucho tiempo más.

—Eres una pérfida.

—No deberías ser tan desagradable con quien viene a tenderte una mano amiga —Maud se sintió ligeramente insultada por ello—. Yo no tengo absolutamente nada que ver con tu actual situación. Esto es obra de tu apreciado señor Sly.

¡Mientes! —aquellas eran las únicas palabras que no estaba dispuesto a escuchar.

—¿Por qué debería hacerlo? —ella se cruzó de brazos arqueando una de sus finas y oscuras cejas.

—Aris no me haría esto...

—¿Estás seguro?

Por mucho que se negara a aceptar obviedades, sabía que aquella mujer tenía razón.

—Te necesito con vida —añadió la mujer suavizando su gesto—. Hay algo que debes hacer por mí.

—¿Y por qué iba a ayudarte? —Remi se apartó de la reja con hastío.

—Porque soy la única que puede sacarte de este lugar.

Sopesó sus palabras seriamente mientras Velmen no cesaba en sus lloriqueos, algo que parecía estar molestando a Kornak poderosamente.

—Los desterrados, cuando se te ordenó asesinar a todos aquellos inocentes —susurró Maud—. Todos esos niños, sus madres implorándote piedad. Ni siquiera entonces te preguntaste el porqué de tus órdenes, ni tan siquiera dudaste. ¿Acaso no quieres redimirte?

—Tú... —alcanzó a expresar Velmen, mirándolo—. ¡Fuiste tú!

Remi cerró los ojos con fuerza. La imagen de aquellas personas suplicantes, todos esos niños que fijaban sus inocentes ojos en él hasta perder el último aliento de sus vidas era algo que no podía apartar de su memoria. Un recuerdo que sabía le perseguiría hasta el último de sus días; la obra más

atroz de su vida.

—Sácame de aquí —murmuró finalmente.

—Eso es —Maud sonrió satisfecha—. Ya lo has oído Kornak.

El ser gruñó caminando toscamente hacia la puerta, agarrando los barrotes y forzándolos con su desmedida fuerza. Ejerciendo la presión justa sobre estos hasta que las bisagras cedieron, liberándolo.

—Será mejor marcharse cuanto antes —concluyó Maud.

—¡Esperad! —Velmen arremetió contra las rejas, suplicante—. ¡Yo también! ¡Sacadme de aquí, por favor!

—Oh, pobre desgraciado —Maud tendió una mano hacia él, acariciando su mentón—. Tu oportunidad para redimirte también llegará, aunque no será de mi mano. No desesperes.

Remi corrió fuera de los calabozos, tras los pasos de Maud y estrechamente seguido por Kornak. Pocos días atrás hubiera hecho cuanto fuera para permanecer alejado de ellos, ahora se habían convertido en su única esperanza para sobrevivir. Subieron las escaleras de piedra que convergían en el vestíbulo, en donde la guardia real intentó detenerlos. Kornak dio muerte rápida a todos cuantos osaron enfrentarse a él, con fuertes golpes que quebraban sus huesos, dejando marchar con vida a los cobardes que huyeron hacia el exterior. Frente a la puerta principal, Kelian Maildor escoltado por su propia guarda personal, intentó impedirles el paso. Maud se detuvo al verlo, conteniendo también a Remi y dando paso a su único luchador. Kornak siguió adelante sin miramiento alguno, enfrentándose a los corpulentos hombres de Maildor, insignificantes frente a él. Uno a uno les dio muerte a todos hasta llegar a la puerta, donde Kelian le esperaba. Embravecido, el hombre desenfundó dos grandes machetes, corriendo audazmente hacia él entre gritos. Cuando apenas se encontraban a un metro de distancia Kornak cogió la cabeza del patriarca Maildor con sus dos manos y, con un único y rápido movimiento, le partió el cuello dejando su rostro en dirección a la espalda cayendo muerto al instante. El ser continuó su camino sin detenerse, pisando uno de los brazos de Kelian, destrozándolo. Llegó hasta la puerta principal y la abrió de par en par. Maud arrastró a Remi hasta el exterior y ahí pudo contemplar, perfectamente ruidosa y visible a los ojos de cualquier habitante de Hannagreth, la Iriade intentando tomar tierra frente a la residencia Imperial. Corrieron hasta la rampa de acceso parcialmente desplegada en suspensión mientras Kornak les abría paso, acabando con cuantos obstáculos se encontrara. De un salto se posaron sobre ella mientras su escolta contenía a los numerosos miembros de la guardia real que pretendían frustrar, sin éxito, su huida; dejando tras de sí un reguero de sangre. Al alcanzar la aeronave, este se giró rugiendo poderosamente, llegando a sobrepasar el fuerte zumbido. La Iriade comenzó a tomar altura ya con sus pasajeros a bordo mientras los potentes motores levantaban estelas de tierra y arena que cegaban a los que dejaba atrás.

Cuando Remi alcanzó la parte más alta de la rampa echó un último vistazo a cuanto estaba dejando atrás. Lo que vio fue a Aris, asomado a uno de los muchos balcones de la residencia siendo testigo de cómo el Uhuren novo Wearwood huía del que fuera su hogar hasta que la compuerta se cerró, rompiendo el contacto visual entre ambos.

El baile de la libertad

Tras comunicarle a Lei su decisión de querer escuchar cuanto Herban tuviera que contarle acerca de su pasado, May se dirigió al ascensor dirección a la treceava planta con la intención de que la asistente de Broten le indicara donde se encontraba el hombre. Mientras ascendía en el elevador, estrechando contra el pecho la bolsa en cuyo interior guardaba el vestido, tuvo que admitir lo mucho que lo adoraba.

La asistente del adalid le informó que Herban, desgraciadamente, ya no se encontraba en la Academia. Tras notificarle la información avisó a cuatro evengargs a través del interfono, todos ellos portadores de la insignia color cian en su cuello en representación a su rango de valedores, insistiendo en que los acompañara. May, cauta, acató sus órdenes alejándose del nivel del adalid sin rechistar. Sabía muy bien cómo afrontar situaciones adversas, tuvo un arduo entrenamiento en Foriet para ello. Lo más inteligente, por el momento, era hacer lo que se le ordenara.

La condujeron de regreso al hangar sin explicación alguna por parte de los guerreros, a lo que ella optó por no preguntar. Estaba claro que cumplían órdenes y con su insistencia solo lograría ponerlos nerviosos mientras, en la distancia, le pareció escuchar un mensaje por megafonía que no alcanzó a entender. La instaron a entrar en uno de los girodinos informándole de su inmediato regreso a Longa, en donde el comandante Lonehart le rogaba que se encontrara con el miembro de infantería Aleixein Severet Lonehart, insistiendo en que se cambiara utilizando las vestimentas del bulto que portaba auestas. May también acató aquellas órdenes, siendo la mayor de sus preguntas como sabían que era lo que llevaba en el interior de la bolsa. Se cambió rápidamente, buscando un mínimo de intimidad en el reducido interior del transporte mientras los evengargs le daban la espalda. Rebuscó en los bolsillos de sus pantalones sacando el collar que Lei le había devuelto, poniéndoselo y esperando pacientemente el regreso a Longa.

Ese trayecto fue mucho más largo que los anteriores, seguramente debido a que tomaron una ruta diferente. Al llegar la escoltaron hasta la Embajada, el suntuoso edificio público que era destinado al tribunal, tal y como Ferbola le explicó el día anterior. Ahí le ordenaron que recorriera un largo pasadizo de paredes blancas, recordándole los deseos de Lexx.

May caminó azarosamente, con las piernas temblorosas por el pasadizo que convergía en la escalera que daba paso a la antesala del salón de baile. Recogió los bajos de su elegante vestido al encontrarse frente a la escalinata, tropezándose con ellos y llamando la atención de los evengargs que aguardan abajo. Tragó saliva y comenzó a descender los escalones uno a uno, lentamente. Los comandos convocados iban uniformados con la casaca verde de tirilla, puños y ceñidor de gala blancos, pantalón verde, zapatos negros, guantes blancos y capa negra. Ella, vistosamente radiante con aquel vestido ante la sobriedad de los evengargs, captó las miradas de los presentes que no cabían en su asombro, cuchicheando unos con otros. La presencia de May en aquel lugar era un sinsentido. Tímidamente alcanzó el final de la escalera, caminando entre los presentes que le abrían paso, dirigiéndose hacia Lei, al cual había divisado junto a Braiz y Ferbola mientras bajaba. Cuando

los alcanzó Faunett y Kurt se acercaron a ellos con brusquedad. La única que parecía no estar comprendiendo la magnitud de la situación era Ferbola, que se mantenía con una ingenua sonrisa en el rostro.

—Al menos podrían haberte dado un uniforme de gala para que pasaras desapercibida —Faunett resopló molesta al llegar junto a ella.

Aquella información la sorprendió, Faunett también estaba metida en aquella trama.

—Miembros de los comandos de competición de Evengarg —uno de los encargados del salón de baile abrió las puertas de par en par, reclamando su atención—. Manténganse en una única fila de a dos, entrando ordenadamente. Cuando todos se encuentren en el interior las eminentes señoras de Longa comparecerán ante ustedes. Huelga decir que deben guardar un alto grado de consideración en su presencia y, obviamente, no dirigirse a ellas a no ser que estas lo requieran. Cuando ocupen sus asientos el baile dará comienzo.

May agarró el brazo de Lei inconscientemente mientras el resto formaban una hilera tal y como el hombre les ordenó. Tras ellos, Braiz y Ferbola los imitaron y frente a ellos Kurt cogió el brazo de Faunett orgullosamente.

—Lei —susurró ella inquieta—, ¿sabes bailar?

—¿Que si se bailar? —repitió él desconcertado.

—Sí.

—Claro, este tipo de formalidades también son parte de nuestro entrenamiento. —respondió ligeramente avergonzado.

—Yo no... —suspiró May.

—¿Y eso es lo que más te preocupa?

Faunett los mando callar desde la parte delantera al tiempo que fueron entrando en el salón de baile de la Embajada de Longa, rodeado por estatuas de bronce, paredes con bellas molduras y techos totalmente decorados. Una pequeña orquesta se colocaba en el extremo más alejado de la sala y sobre esta una espaciosa galería interna a una segunda altura que proporcionaba una excelente panorámica de la totalidad del salón, con una docena de sillones lacados sobre ella.

—No pude hablar con Herban, ya se había marchado cuando regresamos —May continuó hablando aún con la advertencia de Faunett.

—Están pasando demasiadas cosas extrañas últimamente —respondió él con la mirada al frente—. Como el hecho de que estés aquí.

—Cuatro tíos me arrastraron al hangar y me metieron en una de vuestras máquinas voladoras —se justificó ella.

—Evengargs y girodinos —la rectificó él.

—¡No me corrijas ahora!

—Yo... —Lei la miró, sorprendido de que aquello la hubiera molestado.

Como sea. Ahí dentro uno de los «evengargs» —continuó May poniendo especial énfasis en esa última palabra, acompañándola con un gesto que denotaba comillas con su mano derecha. Lei no pudo evitar sonreír con aquello— me dijo que sería mejor que me pusiera este vestido. Para no llamar la atención —ella puso los ojos en blanco—. Lo único que hace esto es llamar la atención —añadió señalándose.

—Estás genial.

Lei dijo aquello sin pensar, completamente absorto en ella haciendo que May enmudeciera cesando su parloteo. Por primera vez alguien que no era Kaer se había tomado la molestia de fijarse en ella, alguien como Lei. Lo miró discretamente, con ese uniforme de gala que le daba un aspecto tan

varonil. Él sí estaba insuperable con aquella indumentaria que lograba acelerar su corazón y deseo a partes iguales.

Cuando todos estuvieron en el interior las trompetas anunciaron la entrada de las doce señoras de Longa. Una a una fueron tomando asiento en sus respectivos lugares, en el mirador del extraordinario salón. Todas engalanadas de igual manera, con amplios vestidos de un blanco satinado compuestos por corpiños, holgadas faldas a las que el verdugado les confería forma acampanada y bata de manga pagoda, abierta en su parte delantera y acabada en cola. Alrededor de sus cuellos, unas grandes gorgueras les conferían un aspecto casi cómico en torno a sus rostros, completamente pintados de blanco. Mientras los comandos se mantenían solemnes antes las mujeres, May había comenzado a moverse en el sitio con nerviosismo. No entendía que hacía ahí ni sabía cómo reaccionar ante aquella situación. Al instante notó como Lei estrechaba aún más su brazo contra él.

—Todo irá bien —le susurró, mirándola.

Aquello la tranquilizó de una forma instantánea, tal y como si Lei realmente tuviera el control de cuanto sucedía.

La orquesta comenzó a tocar y los visitantes cumplieron con el protocolario «baile de la libertad». Según le explicó Yidrianna en una de las lecciones que recibió, cuando la Primera Gran Guerra de los Hombres finalizó, todos se aunaron en una misma danza como símbolo de alianza, una danza en la que predominaban los saltos y pasos elevados.

Lei pasó la mano izquierda por su cintura, acercándola a él mientras entrelazaba la otra con la de ella, dejando su mano derecha libre para colocarla sobre su hombro. May se dejó llevar por sus ligeros pasos, bailando junto al resto de evengargs en aquella singular ceremonia. Pocas de las parejas que se formaron eran mixtas teniendo en cuenta que la mayoría de los imputados eran hombres y que, muchas de las mujeres, parecían sentirse más cómodas en compañía de otras mujeres. Un solitario joven, cercano a una de las paredes, hacía ligeros movimientos con su cuerpo para no sentirse tan fuera de lugar en aquel momento. Con la presencia de May volvían a ser ochenta y uno los acusados por lo que, al verse impares, uno de ellos debía quedarse apartado.

Bailaron lentamente, al compás de la música, mirándose el uno al otro sin intercambiar palabra alguna. Esa misma noche había dormido junto a él, entre sus brazos. Le costó muchísimo tomar la decisión de ir a su dormitorio, pero finalmente hizo acopio de todo el valor posible y lo hizo, aunque el resultado no fue el esperado. May había tomado la firme decisión de unirse a Lei y pensaba ser capaz de hacerlo aquella noche en Longa animada por el repentino atrevimiento que el alcohol le había proporcionado. En cuanto Lei abrió la puerta toda su valentía se desvaneció de golpe, iba a necesitar más que un par de copas para reunir el coraje suficiente. Aun así, lo que finalmente consiguió, fue disfrutar del sueño más placentero y sosegado de su vida. Ahora el roce de sus cuerpos volvía a hechizarla y aterrarla por igual. Temía perderse a sí misma si se dejaba arrastrar por aquel mar de emociones que él generaba con su sola presencia.

Súbitamente el rostro de Lei cambió al centrar su mirada en las magistradas de aquella danza. May intentó averiguar la razón de su repentina preocupación, pero le fue imposible. Antes de poder dirigir su vista a ellas Lei la arrastró fuera del tumulto. Cuando se encontraron a resguardo de ojos indiscretos, junto a una de las puertas por las que los sirvientes accedían al salón, la abrió, empujando a May al otro lado con brusquedad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella confusa.

—Será mejor que te vayas —Lei intentó cerrar la puerta no sin que ella intentara impedirselo.

—¡No! ¡No me dejes aquí! —May forcejeó con él sin éxito—. ¡No puedes hacerme esto!

—Claro que puedo —Lei clavó sus ojos en ella, duramente—. Vete.

—¿A dónde? —preguntó May sin poder contener sus lágrimas.

—¡Al maldito lugar del que saliste, por ejemplo! —sentenció cruelmente—. ¡A mí que me importa!

—Lei...

Ella dejó de ejercer presión sobre la puerta permitiendo que la cerrara, seguido de un fuerte golpe desde el otro lado. Aquellas palabras la hirieron profundamente, mucho más de lo que hubiera imaginado. En tan solo un minuto había pasado de sentirse la mujer más afortunada del mundo a la más desgraciada. May lloró amargamente sin reprimir sus emociones, con una mano extendida en dirección a la puerta y la otra agarrando con fuerza el símbolo de la flor de Lessa que colgaba de su cuello.

43

Doce mujeres sin piedad

Lei no entendía el por qué había reaccionado de semejante forma, pero al ver a la comandante Labide aparecer, susurrando al oído de una de las señoras de Longa mientras los observaba directamente, sintió la necesidad de sacar a May de ahí. Era obvio que corrían un gran peligro, iban a ser juzgados por traición y ella no tenía absolutamente nada que ver con eso. Sabía que se había excedido en la dureza de sus palabras y el llanto de ella no hizo más que confirmarle lo mucho que la hirió, pero era necesario. Arrastró un pesado sofá atrancando la puerta, volviendo a su posición en el salón mientras dejaba a May atrás con gran pesar.

El baile ya había finalizado y miembros de la Organización por la Paz Mundial tomaron lugar tras las doce mujeres, junto a la comandante Labide. Su presencia ahí no tenía sentido, aquel proceso era jurisdicción de la OPM, no de la Sede Hughs. Lexx le había hablado de ella en alguna que otra ocasión. Paladín de los cuatro Ejércitos, comandante dura e inflexible donde las hubiera, tanto como su poderoso atractivo. Labide era una mujer de complexión fuerte, labios gruesos, ojos claros y una frondosa y ondulada cabellera pelirroja. Cercano a ella, durante la corta ausencia de Lei, también se personó el Embajador de Longa encargado de representar, frente a las demás capitales Imperiales los intereses políticos, económicos, comerciales y sociales de la ciudad.

—¿Qué está pasando? —le preguntó en voz baja a Braiz al llegar junto a él.

—El espectáculo está a punto de comenzar —le respondió con preocupación, algo impropio de él—. ¿Dónde está May? —curioseó mirando alrededor.

—Le he proporcionado una vía de escape.

—Eso está bien.

—Sí —Lei miró a su compañero receloso—. Si es que decide utilizarla.

—Es May, quien sabe —Braiz se encogió de hombros.

Lei frunció los labios con preocupación. Tenía razón, May podía resultar muy testaruda cuando se lo proponía y eso le encantaba. Tan descuidada y optimista, sencillamente admiraba esa parte de ella; el resto directamente le enloquecía. En el último día logró hacer grandes avances consigo mismo, derribando barreras que tardó años en construir y le complacía enormemente hacerlo, llegando incluso a olvidar la razón por la que se encontraba allí. Dejándose llevar por la música, su sonrisa, su

tacto... Tan sinuosa con aquel vestido que se ceñía a sus formas. Cuando tuvo el placer de posar la mano sobre su espalda desnuda creyó morir, cálida y suavemente. Solo al descubrir más de esas cicatrices en su cuerpo, al acariciarla sutilmente, se liberó del embelesamiento. Su relieve le distrajo devolviendo a su mente aquella incertidumbre que comenzaba a atormentarle.

—Las verdades solo dañan a aquellos incapaces de afrontar la verdad. — dijeron las doce mujeres al unísono levantándose de sus asientos.

Al instante captaron la atención de cuantos asistentes hubiera en el lugar. Esa era la expresión en la que todas se aunaban antes de comenzar sus aciagos juicios. Esas doce señoras eran las mayores mandatarias de Longa, encargadas de llevar a cabo las sentencias más duras. Mujeres mecánicas y sin humanidad. Lei sabía una verdad absoluta referente a estas y era que, aunque ciega, la justicia podía llegar a comprarse.

—Se conoce a los comandos de competición como la principal y más organizada fuerza de combate, teniendo prohibido retirarse en sus enfrentamientos salvo que su propio comandante así lo ordene —dijo la mujer que ocupaba el primero de los asientos.

—¿Su comandante, Lexxon Lonehart comando X-860, ordenó la retirada durante los incidentes de Hannagreth, actual Elite Faunett Lauren Litz comando X-808? —preguntó la que se encontraba en la doceava posición.

—No —respondió Faunett tajantemente dando un paso adelante—. Yo misma ordené la retirada.

Los evengargs observaron como la combatiente de más alto rango en el lugar admitía su falta, incapaces de articular palabra.

—Así fue, pues —añadió la undécima mujer.

—Los cargos que se le imputan son... —dictaminó la mujer en séptimo lugar.

—Su mala praxis con la consecutiva orden de retirada fue la causante de la pérdida del cuadragésimo cuarto monarca de Hannagreth, Ivo Baruch de Dorian tercero y Sion —le imputó la segunda.

—De la muerte de veintisiete miembros de la guardia real —continuó la tercera.

—De la totalidad de los desterrados de la ciudad —fue la cuarta la que continuó.

—Y de dar cobijo a un cachorro desterrado, único superviviente de los artífices de tamaña masacre que, con su ayuda... —la quinta mujer alzó un dedo señalando a Faunett—. Han hecho tambalear los cimientos y la buena fe de nuestras estimadas leyes.

—¿Cómo se declara? —preguntó la séptima de las señoras de Longa.

—¡Eso no fue lo que paso!

Lei las interrumpió tomando posición junto a Faunett, que había acabado por agachar cabeza. Los miembros de la Organización por la Paz Mundial se revolvieron nerviosos, hablando unos con otros mientras las mujeres continuaban estoicas ante su atrevimiento. Labide sonrió con complacencia, levantando la mano e impidiendo que, unos hasta el momento invisibles comandos de la Sede Hughs, se abalanzaran sobre él con la intención de detenerlo.

—Aleixein Severet Lonehart, actual miembro de infantería comando X-1505 destinado a la Academia dedicada a Terrance Evengarg —pronunció la séptima de las mujeres—. Los cargos por los que se le imputa son:

—No encontrarse en la posición que le fue asignada —comenzó recitando la sexta de ellas.

—Agresión y muerte de cinco miembros de la guardia real de Hannagreth —continuó la octava.

—Facilitar la huida de desterrados —añadió la novena.

—Ordenar su posterior traslado a la Academia de comandos de competición dedicada a Terrance Evengarg —finalizó la décima mujer.

—¿Cómo se declara? —preguntó nuevamente la séptima.

—¿Pero qué? —preguntó Lei incrédulo, mirando a Faunett.

—¿Cómo se declara? —esa vez fueron las doce mujeres las que formularon la pregunta.

—¡Inocente, por supuesto!

—Lo tendremos en consideración —la primera de las mujeres se levantó de su asiento.

—Ahora nos retiraremos para comprobar los algoritmos de Kassan —la doceava también se puso en pie.

—Tras ello dictaminaremos sentencia —la imitó la séptima.

—Aguardad —decretó la undécima.

Sin comunicarse entre ellas, las mujeres que aún permanecían sentadas se levantaron, caminando a la par para volver a adentrarse en la antesala de la cual habían salido mientras los miembros de la OPM las reverenciaban exageradamente. Comenzando por la que se encontraba en la doceava posición, fueron desapareciendo de la vista de los evengargs que mantenían la compostura, preocupados. Las señoras de Longa jamás dictaminaron un fallo favorable a los acusados por lo que el solo hecho de ser llamados a comparecer ante ellas ya suponía una condena segura. Cuando la séptima mujer estuvo a punto de pasar a través de la puerta se detuvo en seco, examinando con interés a los asistentes, escudriñando el lugar. El agua comenzó a inundar el salón obligando a los acusados a levantar los pies, chapoteando sorprendidos mientras se preguntaban de donde provenía. Lei buscó la respuesta con la mirada. Por los bajos de todas las puertas que daban acceso a la sala, ya fuera procedente de baños, cocinas o simples pasillos, el agua se abría paso hasta ellos. La confusión imperó en la estancia alejando el respetuoso silencio que hasta el momento los había dominado, dando paso a los murmullos y preguntas de los sorprendidos evengargs. Incluso Faunett parecía desconocer lo que estaba pasando dada la desconcertada expresión de su rostro.

Los evengargs volvieron a centrar su atención en la séptima mujer cuando esta señaló en dirección a una de las esquinas del piso inferior. El lugar en donde había aparecido May, pálida y con el cabello alborotado.

—La mujer que camine sobre el mar de estrellas será la indicada —recitó la mujer solemnemente sin dejar de apuntarla con el dedo—. Lesberla...

Los olvidados

En cuanto el Uhuren novo Wearwood fue conducido a los calabozos, la guardia personal del monarca insistió en que este debía retirarse cuanto antes, aduciendo que aquella no era una situación propicia para él. Hacía mucho que Ivo ya no controlaba lo que ocurría en su ciudad, si es que alguna vez lo hizo. Tan solo había sido una marioneta en manos del Consejo desde el mismo día de su nombramiento, eso no era ningún misterio. Su papel era meramente de carácter público. Al pueblo siempre le era más fácil acatar las normas y leyes si estas venían dictaminadas por una figura de carácter Imperial. Pero, de un tiempo a aquella parte, su función había sido completamente anulada ordenándole en todo momento que hacer y decir. Desde que el Uhuren mayor comenzó a perder el juicio todo cambió y los patriarcas de las grandes familias estaban urdiendo un evidente golpe de estado. La noticia de que el cuadragésimo cuarto monarca de Hannagreth perdió la vida durante los altercados de la Luna de sangre era de dominio público, por lo que Ivo no hacía más que preguntarse qué más era lo que precisaban de él para mantenerlo aún con vida. Tras ser testigo de lo que hicieron con el Sabio Mur quedó patente que no mostrarían ningún tipo de piedad hacia su persona. Conocía la vileza y codicia de algunos de los miembros del Consejo, pero jamás los creyó capaces de llegar tan lejos. Si habían sido capaces de hacer eso con uno de sus iguales, hasta donde no serían capaces de llegar con su cargante monarca. La visión del descompuesto cadáver del Sabio Mur le impactó enormemente. Habían sobrepasado cualquier limite que se pudiera esperar de ellos.

Bajo la protección de sus hombres más fieles caminó rápidamente por los pasillos dirección a la habitación privada del Uhuren mayor. Había temas de vital importancia que requerían su atención y, aún con el grave deterioro de su salud, debía intentarlo. Al entrar en los aposentos del gran maestre, el corazón se le encogió. El Uhuren se encontraba ya en su cama, recibiendo los cuidados necesarios de sus discípulos de confianza en lo que parecían ser sus últimos días. Desde que Ivo recordaba el Uhuren siempre fue un hombre firme y vigoroso, capaz de imponer respeto donde fuera con su sola presencia. El cuerpo que ahora yacía ante él no era más que una pequeña fracción de lo que en su día fue. Delgado, pálido y débil, ese hombre no podía hacer más que lamentarse.

—Ilustre monarca, por favor —imploró el anciano al verlo entrar.

Ivo correspondió a su petición, acercándose al lecho y tomando asiento en uno de los sillones que los Uhurens menores dispusieron para él.

—Hay algo que debo confesarle —añadió el hombre al tenerlo frente a él, tosiendo.

El monarca ordenó inmediatamente tanto a los miembros de la guardia real como a los asistentes del Uhuren, que abandonaran la habitación para tener algo de privacidad. No era un hombre dado a hacer confesiones por lo que, si ahora lo creía necesario, el tema a tratar debía ser de gran envergadura. Cuando quedaron solos el anciano agarró con toda la fuerza de la que se vio capaz su enguantada mano, incorporándose ligeramente, hablando con celeridad.

—Acabarán con usted, Ilustrísima, ya lo han hecho con Mur, conmigo y van a hacerlo con mi discípulo más cualificado.

—Es la enfermedad la que habla por usted, gran maestro —Ivo dijo aquello aun sabiendo que el anciano tenía razón.

—Mientras tengamos a un amo en los cielos, tendremos un amo en la tierra —las palabras del Uhuren comenzaron a ser cada vez más atropelladas—. Todo pensamiento prevalece a la vida y es ese mismo el que constituye el legado de unos pocos obligados a gobernar.

—No le entiendo...

—El Uhuren novo Wearwood, no permita que muera —el hombre volvió a dejarse caer sobre el colchón, exhausto.

—De acuerdo —mintió Ivo sabiendo que este ya había sido detenido.

—Una correcta educación no puede darse en grandes masas —continuó el Uhuren con extenuación—. Deben tenerse en cuenta las aptitudes, pretensiones, temperamento, influencia hereditaria y dificultades del propio individuo. Nuestro método está equivocado, por ello instruí a Remi desligándolo del mismo.

El monarca se sorprendió por las palabras del anciano, esperaba que le brindará alguna valiosa información que le ayudara a terminar con la sublevación del Consejo, no una confesión de haber estado ilustrando a uno de sus Uhurens a pensar u obrar de una forma prohibida en sus estamentos. De orientarle en dirección al libre albedrío.

—Consulte los algoritmos de Kassan —añadió el Uhuren ya casi sin aliento—. Entonces lo comprenderá todo.

—¡Pero se encuentran en Templanza!

—Así ya sabe a dónde debe dirigirse.

El último monarca que visitó la capital Imperial de Templanza fue el vigésimo primero y este pereció a los pocos días de regresar. Ivo no sabía más de lo que leyó o escuchó de los propios Uhurens acerca de la ciudad del agua y era muy consciente de que ambos eran altamente dados a los engaños. Siempre había sentido curiosidad hacia Templanza.

—Han sido demasiados años guardando secretos, estoy cansado...

El Uhuren mayor soltó su mano mientras cerraba los ojos, suspirando profundamente. Con su expresión se pudo apreciar que acababa de librarse de una pesada carga, carga que ahora se apuntalaba sobre los hombros de Ivo.

—¡Señor, el Uhuren novo Wearwood ha escapado! —les interrumpió uno de los miembros de la guardia real irrumpiendo en la habitación.

El soberano se levantó al escuchar el enorme revuelo en los pasillos, movilizando a un gran número de guardias. Nunca nadie, jamás, había logrado escapar de los calabozos de la residencia Imperial. Rápidamente fue hacia la puerta uniéndose a sus escoltas.

—¡Por favor, Ilustrísima! —intentó gritar el hombre, tosiendo—. Wearwood...

El monarca echó un último vistazo al consumido Uhuren mayor. Ni siquiera tenía claro por qué le suplicaba, todo cuanto aconteció en los últimos días estaba totalmente fuera de su control. Cuidadosamente marchó junto a su escolta siendo testigo de las refriegas que estaban dándose en el interior de su hogar. Los rebeldes al sistema se habían alzado y sendas luchas se originaron en la planta baja, instaurando el sonido propio de la guerra. Entre los gritos y el choque de armas predominó un sonido mecánico. Haciendo caso omiso de su salvaguardia se dirigió a un ventanal cercano a su posición, abriéndolo de par en par, descubriendo que era lo que generaba tan molesto zumbido. Atónito fue testigo de cómo los habitantes de Hannagreth cargaban contra la barrera de protección de la residencia mientras la Iriade, el transporte del que tanto oyó hablar y nunca fue capaz de ver, tomaba altura para desaparecer rápidamente de su vista surcando el cielo nocturno. En cuanto

el artefacto desapareció de su vista los ciudadanos lograron tener acceso al templo al que durante años guardaron respeto, hasta aquel momento. Ahora esos ignorantes se atrevían a profanarlo, pasando por alto las advertencias de los vigilantes de la entrada. Cuando la muchedumbre cargó intentando abrirse paso hasta el interior no tuvieron más remedio que arremeter contra ellos. Ivo fue rápidamente apartado del ventanal cuando los ciudadanos comenzaron a arrojar piedras contra los cristales.

—Debemos ponerle a salvo, Ilustrísima —le aconsejó uno de los miembros de su guardia personal, viéndose reflejado en la reluciente máscara plateada.

—¡Monarca! —gritó Tansey Teagan acercándose a él por el pasillo, acompañado por diez de sus hombres.

—¡Tansey, deténgase! —ordenó el Soberano al verle avanzar. Al instante tres de sus guardias se pusieron ante él, desenfundando unas dagas de hoja curva.

—Vengo a protegerle, Excelencia —el patriarca del clan Teagan se acercó con las manos en alto.

—Estoy bien —Ivo se distanció unos pasos.

—Insisto.

—Si quiere hacer algo por mí, señor Teagan, vaya al vestíbulo y asegure la zona —ordenó el monarca.

—Pero Ilustrísima... —Tansey cada vez estaba más cerca de ellos.

—¡Ya ha oído al soberano! —gritó uno de los miembros de la guardia real.

—Escúchame, joven, podemos hacer esto por las buenas o por las malas —Tansey, imitado por sus hombres, también desenfundó unos pesados puñales—. Deben tener un culpable y ese serás tú, Serenay.

—¡Yo no soy Serenay! —gritó Ivo asustado.

—Eso no es lo que tu pueblo cree, cuadragésimo quinto Soberano.

El líder de la familia Teagan, respaldado por sus hombres, se abalanzó sobre la salvaguardia del monarca quedando este en la parte más protegida de la avanzadilla. El tintineante sonido de los filos al chocar era algo a lo que no estaba acostumbrado. Uno de los conspiradores hendió el filo de su arma en el pecho de uno de los guardias, cortando su piel y carne mientras la sangre salpicaba las paredes y el atuendo de Ivo. Cuando el hombre cayó al suelo lo hizo ya sin vida. Aquello no solo amilanó al monarca, también al resto de miembros de la guardia que por un momento dudaron. Los hombres de Teagan no lo hicieron, obteniendo así la ventaja. Salvajemente comenzaron a hundir sus puñales sobre los hombres sin piedad alguna, llegando incluso a disfrutarlo, acabando con cuantos se interpusieran en su camino. Uno de los miembros se separó del grupo dirigiéndose hacia el Soberano.

—Excelencia, debo ponerle a salvo —jadeó al llegar junto a él.

Sin esperar respuesta el hombre le agarró del brazo, arrastrándolo por el pasillo y alejándolo de la batalla. Lo último que percibió de aquella lucha fue el enfurecido grito que Teagan Tansey profirió.

Conocía aquella casa mejor que ningún lugar y aun así era mucho lo que ignoraba acerca de ella. Totalmente abstraído se dejó llevar por aquellos pasillos que conformaban las dependencias de los sirvientes, bajando por unas escaleras que les condujeron directamente a las cocinas. La última vez que se le permitió estar en aquel lugar era tan solo un infante. Entraron en una de las muchas despensas, la destinada al almacenamiento de los alcoholes y, cuando se aseguró de estar a salvo, su escolta lo soltó. Ivo se mantenía profundamente consternado, tan solo reaccionando a los gritos de ira y auxilio que se escuchaban en el exterior. El guardia apartó una pesada estantería en donde se almacenaban los barriles de vino añejo. Al hacerlo dejó al descubierto una trampilla que abrió

mientras dirigía una mano hacia su soberano.

—Vamos, debe bajar. Ahí estará a salvo.

Ivo la tomó, dejándose ayudar mientras descendía por los deteriorados escalones de madera, rasgando los bajos de su impoluto atuendo mientras lo hacía. Cuando sus pies se encontraron a apenas un metro del suelo el hombre soltó su mano llevándosela al vientre, taponando una sanguinolenta herida.

—Este acceso conduce directamente a las grutas subterráneas de la residencia —explicó con dificultad—. Desde aquí camine cuatrocientos metros dirección norte, tuerza a la derecha, a la izquierda dos veces y siga recto. Encontrará una salida al exterior, cercana a los baños termales.

—¿No viene conmigo? —preguntó asustado el monarca.

—Lo siento, Ilustrísima, solo le retrasaría —sonrió el guardia mostrando su herida—. Me quedaré aquí y le daré todo el margen de tiempo que pueda.

—¡No puedes dejarme aquí abajo!

—Usted no se aleje del camino y todo irá bien, confíe en mí.

Tras aquellas palabras el guardia cerró la trampilla dejándolo sumido en una insoportable penumbra. Tiritando, más por el miedo que por la baja temperatura, bajó los últimos escalones que quedaban posando sus delicados pies en el mohoso suelo. La única iluminación con la que contaban aquellos túneles laberínticos era la de las lámparas de bronce suspendidas por unas cadenas en la parte alta. Lo más que se hubo adentrado en ellos había sido las pocas veces que fue conducido hasta la cámara mortuoria de los antiguos monarcas. Jamás a través de los pasos, jamás solo. Sobrepassado por el miedo olvidó las indicaciones que el miembro de la guardia real le había dado, aunque no le hubieran servido mucho, Ivo no tenía ni idea de donde se encontraba el norte. Comenzó a caminar por la kilométrica red de galerías distribuidas en distintas alturas alcanzando una profundidad superior a los treinta metros. Impresionantes pasillos llenos de hipogeos, galerías repletas de lóculos y tumbas conformando aquel complejo que fue escondite y lugar de reunión de los primeros habitantes de la ciudad en un momento en el que la fe no estaba demasiado bien vista. Inmerso en su desgracia continuó adelante sin fijarse en donde posaba sus pies, poniendo todo su peso sobre una serie de adoquines que se quebraron abriendo un agujero por el que calló hasta el nivel inferior, el más profundo de las catacumbas. Su immaculada indumentaria ahora estaba rota y embarrada, y su máscara plateada, la más esplendorosa con la que contaba en su haber, se esparcía hecha pedazos en el suelo. No había vuelta atrás, un Soberano jamás debía revelar su rostro y ahora Ivo, con este al descubierto, no podría siquiera solicitar la defensa de su propia guardia si llegaba a encontrarse con ella, no le reconocerían. No a la persona de tez oscura, grandes ojos verdes enmarcados por unas largas pestañas, labios carnosos y cabello negro prácticamente rapado. No reconocerían a la joven y llamativa mujer que se encontraba bajo la figura que llevaba años representando. Se levantó enjugando sus lágrimas mientras se quitaba los guantes de cuero para poder examinar sus manos heridas, contemplando con gran pesar lo único que siempre la había protegido. La destrozada máscara símbolo de su ser, cometido y existencia, agachándose para recoger un pedazo de ella.

Unos agonizantes lamentos arrastrados por el eco de los túneles la evadieron de su propia miseria. Instintivamente se dejó arrastrar por aquellos siseos con un único pensamiento en mente, no estaba sola en aquel lugar. Guardó el trozo de máscara entre sus ropas y lentamente caminó hasta que la gruta se ensanchó, formando un cubículo ovalado decorado con una pintura mural al fresco en el que se representaban distintas figuras humanoides desnudas en torno a una abundante variedad de vegetación. En el centro de esta se alzaba un gran altar de piedra con velas, cálices y cuchillos sobre el mismo. En uno de los lados se elevaba, a poco más de un metro y medio del suelo, un enrejado que

conformaba una celda. Aquel lugar no parecía estar en absoluto abandonado. Ivo se acercó con cautela, escuchando aún el agónico gemido, único sonido que rompía el sepulcral silencio del lugar. Se aferró a los barrotes escudriñando la oscuridad, entornando los ojos. Cuando descubrió lo que confinaba en su interior no pudo apartarse por más que lo deseara, no porque le costará distinguir algo en la oscuridad, sino porque le costaba creer que lo que estuviera viendo fuera real. Sobre el infecto suelo una mujer desnuda reptaba en dirección hacia ella, revolcándose sobre sus propias deposiciones. Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para que la poca luz del lugar la iluminara, Ivo por fin se apartó cayendo al suelo sin poder apartar sus ojos de ella, horrorizada. A esa pobre miserable le habían amputado sus cuatro extremidades y en su cabeza no quedaban más que unos finos mechones de cabello dispersos. En su torso, menudo y terriblemente delgado, se notaban todos y cada uno de sus frágiles huesos, pero lo que más le impactó fue su deshumanizado semblante. Alguien se había encargado de coserle los párpados para que no pudiera abrirlos y cortarle la nariz, dejando tan solo un agujero en medio de su rostro. Cuando ese cuerpo condenado chocó contra la reja abrió sus agrietados labios liberando un gutural alarido, mostrando una desdentada boca desprovista de lengua. Ivo se levantó del suelo con un rápido movimiento, tropezándose por el camino mientras abandonaba el lugar horrorizado. Sin ser consciente de su rumbo, avanzó. Lo único que le preocupaba era alejarse lo máximo posible de tan atroz aparición. Entró en otra gran sala, esta de paredes desnudas y con un ominoso mobiliario. Una sala de torturas repleta de cepos, mesas con amarres, jaulas, ganchos, grilletes asidos a las paredes, cizallas y varas, entre otros. Incluso ante aquellos artefactos no se detuvo, solo deseaba salir de aquel lugar que parecía haber sido arrancado de las mismísimas entrañas de Washyubem. El eco de unas lejanas voces y el sonido de unos pesados pasos a través de las galerías se sumaron a su tormento recordándole su deseo más primitivo, no quería morir. Respiró hondo intentando ubicarse y recordar lo que su escolta le había dicho. Aunque hubiera descendido un nivel, la salida no debía encontrarse lejos. Intentó tranquilizarse y continuó corriendo.

Izquierda, izquierda, recto, derecha, recto, derecha, sin salida. Volvió sobre sus pasos, izquierda, derecha, recto, derecha, recto, recto, recto, derecha y ahí, ante ella, una trampilla de alcantarillado. Subió rápidamente las escalinatas, golpeando el acceso con todo el peso de su cuerpo, una y otra vez, con más fuerza. Las voces de sus captos eran cada vez más cercanas y las bisagras más débiles. Golpeó con más insistencia ignorando el dolor que sentía su cuerpo, escuchando como los conspiradores se acercaban. Se lanzó una última vez contra la portezuela haciendo que esta cediera. El frío y reconfortante aire nocturno la envolvió. Subió a la superficie descubriendo que aquel acceso desembocaba directamente en el pantanal, pero, por primera vez en su vida, no le importó encontrarse tan cerca de aquel pestilente lugar. La ciénaga resultaba fragante en comparación al lugar que acababa de dejar atrás. Cerró la trampilla cerciorándose en no hacer ruido y corrió a través del lodazal bajo el amparo de la oscuridad, alejándose del único lugar que había conocido en su vida.

La visita del águila

Herban solo se detuvo cuando Fera calló exhausta sobre el suelo. Llevaban caminando cerca de veinticuatro horas sin descanso, lamentándose y llegando a ladrarle por el camino. Decidió bordear las inmediaciones del bosque Ladero antes que hacerlo a través de la costa dado que ese era un camino mucho más angosto, pero aun así no tenía intención de detenerse. Debía llegar a Templanza con la mayor premura posible, o al menos eso era lo que creía. La última vez que estuvo en la capital Imperial lo echaron de ella, nada le aseguraba que fuera a ser bienvenido ahora. Hacía mucho tiempo que solo se preocupaba por su propia seguridad, la suya y la de su manada, incluyendo a Philpha. Se arrodilló junto a Fera, examinándola. Estaba agotada, todos lo estaban, solo que ella era la más débil. Por mucho que se negara a aceptarlo, aquella apresurada huida no conseguiría más que diseminara al resto de su familia. Ni siquiera tuvo tiempo de reflexionar que era lo que había ocurrido con Philpha y su desaparición era algo que le preocupaba enormemente. Si tan solo el resto de los perros pudieran comunicarse con él para relatarle que fue lo que sucedió todo sería más sencillo.

—¿A dónde vas, Herban? —preguntó una suave voz.

Él se levantó mirando a su alrededor sin saber si aquella voz había sido real o fruto de su agotada mente. Los gruñidos de los canes le corroboraron su existencia.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Herban agresivamente.

—No es a Templanza a donde debes dirigirte, aún no —la voz sonó mucho más femenina.

—¿Lesberla?

Herban sintió como su corazón se sacudía en su pecho. Reconocería aquella voz en cualquier lugar, aun habiendo transcurrido años desde la última vez que la escuchó. Jamás en la vida sería capaz de olvidarla. Buscó nerviosamente a su alrededor, mirando de un lado a otro, intentando encontrarla. Estaba seguro de haberla oído, pero era imposible. Nuevamente los aullidos de su familia fueron los que le indicaron hacia donde debía mirar. Dejándose guiar por ellos descubrió, posado sobre las fuertes ramas de un viejo árbol, una hermosa águila de gran envergadura, totalmente blanca a excepción de su parte superior enteramente cubierta por plumas negras.

—Caminas en la dirección equivocada.

El ave lo miraba directamente y aunque resultara imposible aquellas palabras surgieron de ella sin que esta moviera el pico.

—¿Cómo? —Herban se dirigió a ella sintiéndose ligeramente chalado al hacerlo—. ¿Cómo dices?

—Nada de lo que buscas lo hallarás en Templanza —la tonalidad de la voz volvió a cambiar, distanciándose de la que había confundido con la de Lesberla.

—Había oído sobre esto, Frederick me habló de ello y jamás le creí —el hombre juntó sus manos acercándose a los labios, incrédulo—. ¿Eres él? ¿El sabio de Templanza?

—Soy lo que soy al igual que tú.

—Necesito su guía, se lo imploro —Herban reverenció al ave.

—Y por ello estoy aquí —el águila graznó—. Vas en la dirección equivocada. No es conmigo con

quien debes encontrarte.

—¿Entonces con quién? —preguntó Herban confuso.

—Ágata.

—Pero desconozco dónde está —el hombre extendió los brazos, desorientado.

—Si es tú sino la hallarás.

—No, eso no es suficiente.

—Busca a Ágata y reunid a los siete, solo así hallarás la liberación que buscas. — el águila lo miró fijamente.

—¡No busco redimirme! —gritó Herban.

—¿Estás seguro? —preguntó el ave imitando nuevamente la voz femenina.

Herban se mantuvo observándola sin ser capaz de responder a aquella pregunta en voz alta. El águila extendió las alas, agitándolas y alzando el vuelo mientras los nerviosos perros intentaban alcanzarla sin éxito, alejándose majestuosamente surcando el cielo. Él cerró los ojos con fuerza volviendo a arrodillarse junto a Fera. Para una persona normal aquello podría resultar de lo más extraño, casi absurdo, para Herban no era más que una muestra de que el mayor de sus temores estaba haciéndose real.

El águila blanca de Templanza había hablado, ordenándole buscar a Ágata y así lo haría. Después de todo era el hombre que más redención necesitaba sobre la tierra.

El que no duda

El dolor era casi inaguantable, pero más insoportable era el saber que Vienderan era quien se lo había infligido. Su recuperación fue lenta y dolorosa, pero Kaer no iba a darse por vencido tan fácilmente. Siempre supo que era diferente al resto de las vulgares jóvenes de Foriet; salvajemente hermosa y con una agresividad impropia para una mujer. Una fuerza que él deseaba destrozar y poseer a partes iguales. Ella no era nada sin Kaer y si lo intentaba la destruiría. Frente a él había un cuenco con uno de los asquerosos caldos que la ciega le cocinaba, diciendo que con ellos lograría fortalecerse más rápido. Lo único que conseguía aquella bazofia era asquearle. Estaba cansado de verla merodear por su casa, no era esa vieja la que debía estar ahí, molestándolo. El cuidarlo era obligación de Vienderan y más aun siendo la culpable de su estado. Enfadado, le dio un manotazo al cuenco, tirándolo y desparramando su contenido sobre el suelo. Se levantó costosamente, con su mano izquierda presionando el vientre. La herida había sido profunda, tanto que tuvieron que quitarle parte de los intestinos. Cuando la encontrara le haría pagar por aquello. Poco a poco se dirigió hacia el antiguo almacén de morapio que se habilitó para que Vermun durmiera en él. Neten se empeñó en que viviera en la casa mientras su hijo estuviera convaleciente dado sus extensos conocimientos en ungüentos y medicinas. Aunque le hubiera salvado la vida Kaer la odiaba profundamente. Esa mujer era la culpable de que Vienderan aspirara a algo más que a él en la vida.

La oyó murmurar desde el otro lado de la puerta, manteniendo una fluida conversación con alguien más, una voz desconocida. Kaer sabía que se encontraban solos en la casa.

—Sabíamos que este día llegaría, Patrice —dijo la voz.

—Él solo no lo logrará —podía notarse la preocupación de Vermun en su tono.

—Herban lleva mucho tiempo preparándose para ello.

—Ya nos condenó una vez. ¿Cuántos más tienen que pagar por su ofensa?

—Debemos creer en él —sentenció aquella persona ajena.

—Me cuesta hacerlo, Ágata...

Kaer abrió la puerta de par en par viendo como Vermun estaba manteniendo aquella conversación con una piedra ovalada, casi tan grande como su cabeza que iluminaba la habitación con un color azul tan claro como una mañana despejada. La anciana tocó el artefacto el cual dejó de brillar, cambiando de color a un rojo oscuro. Kaer enseguida comprendió que la voz había estado surgiendo de él.

—¿Qué es eso? —preguntó agresivamente.

—No deberías estar aquí, muchacho —Vermun se levantó, yendo hacia él a tientas.

—¿Te he preguntado que qué es eso?! —gritó él cogiéndola del cuello.

—Me haces daño —la mujer agarró su mano intentando liberarse sin éxito.

—Es lo que pretendo.

Él apretó los dientes con fuerza, cerrando con más empeño la mano en torno a su garganta mientras la anciana abría sus blanquecinos ojos al extremo. Lo que más deseaba Kaer en aquellos

momentos era sentir como su cuello se quebraba entre sus manos, produciéndole aquella sola idea un placer incomparable.

—¿Puedes encontrarla con eso? —preguntó él acercándose a su rostro.

—¿A quién? —Vermun apenas podía articular palabra.

—¡A Vienderan!

Kaer la lanzó con fuerza a un lado, golpeándola contra la mesa que se volcó haciendo que el Opin saliera rodando, chocando con una pared. Vermun intentó incorporarse sobre el suelo sin éxito, llevándose una mano a la cabeza y deteniendo la sangre que comenzaba a caer por su frente.

—¿Puedes decirme dónde está Vienderan, sí o no? —insistió él.

—¡No! —gritó la mujer—. Y aunque pudiera jamás te lo diría.

—Esa no es una buena respuesta vieja —Kaer cerró los ojos cansado de aquello.

—¡Moriría antes de ayudarte a encontrarla!

—Que así sea pues...

Se arrodilló sobre ella agarrando su garganta de nuevo, esta vez con las dos manos y apretó. Con firmeza y sin palabras fue estrechando el lazo que sellaría el destino final de Patrice Vermun que, por mucho que intentara luchar, no pudo hacer más que sucumbir al odio de Kaer, rindiéndose por primera y última vez en su vida.

Vermun murió con el rostro desencajado y un único pensamiento en su mente, Herban debía tener éxito.

—¿Qué has hecho? —preguntó Neten horrorizado, apoyándose en el marco de la puerta.

—Padre.

Kaer soltó el cuello de la mujer, levantándose mientras un latigazo de dolor lo golpeaba. Era curioso, todo el tiempo que la vieja Vermun tardó en dejar de respirar no notó ni un ápice de dolor.

—No voy a protegerte más, no puedo hacerlo —los ojos de Neten se encharcaron en lágrimas—. Ya no...

—Se lo merecía, padre —se defendió él nerviosamente—. No quería decirme dónde está Vienderan.

—¡Olvídate de Vienderan! —el enfado del padre era máximo.

—¡Nunca! —gritó Kaer dirigiéndose hacia él—. ¡Jamás la dejaré ir!

—Kaer, eres mi hijo —Neten lo agarró por los hombros, suplicante—. Pero por Lessa, tienes un grave problema.

—¿Problema? —el joven arqueó una ceja, disgustado—. ¿Eso crees?

—Kaer...

—Solo soy un hombre que tiene claro lo que quiere y pienso conseguirlo.

Se separó de Neten dirigiéndose a la pared de la habitación, recogiendo el ovalo del suelo mientras pasaba junto a la anciana sin tan siquiera mirarla. Inspeccionando aquel objeto que sin duda era producto de la nigromancia.

—¿Sabes qué es esto, padre? —preguntó mostrárselo.

—No, Vermun tiene muchos objetos extraños —respondió el hombre tragando saliva. — Tenía.

—¡Mientes! —Kaer fue hacia él con la pesada piedra en alto—. ¡Todos lo hacéis!

—Cálmate —le rogó su padre.

—No me digas que es lo que debo hacer, nunca más —añadió entre dientes cogiendo con la mano libre la camisa de su padre—. A partir de ahora haré lo que me venga en gana.

Kaer estrelló el Opin contra la cabeza de Neten quebrando su cráneo, permaneciendo el óvalo intacto, descargando años de ira reprimida sobre el único miembro de su familia. La única persona

que lo apreciaba en el mundo, aunque fuera solo un poco. Cuando se detuvo, Neten ya había muerto. Kaer soltó a su padre que cayó pesadamente al suelo, a pocos metros del cadáver de Vermun y observó fascinado el Opin que, aun siendo roja su superficie, destacaba en ella la sangre de Neten. Enajenado, abandonó su hogar no sin antes cerciorarse en encender un fuego que redujera a cenizas tanto la casa como la taberna anexa a ella. Tan solo con la piedra que él creía mística como única compañía. Caminando lentamente por el sendero rumbo a Morbet, abandonando el poblado que se apresuraba a extinguir las llamas que se propagaban con asombrosa rapidez, consumiendo las secas maderas que conformaban sus hogares. Repitiéndose para sí mismo, una y otra vez, la misma frase.

—Serás mía, Vienderan.

Insignia negra

Lei permanecía sentado sobre la cama de su habitación, en Evengarg. Habían sido devueltos a su Academia de origen tras la inundación del Salón de baile, custodiados por los comandos dirigidos por la comandante Labide. Las doce señoras de Longa dictaminaron su inmediata expulsión del sistema de los comandos de competición, la suya y la de los setenta y nueve imputados restantes y, aunque muchos se indignaran por ello, fue una condena muy inferior a la que los evengargs de más alto rango esperaban. Al encontrarse de regreso, se les ordenó dirigirse a sus dormitorios recogiendo sus enseres personales antes de dirigirse al salón principal, el mismo lugar en el que les fueron asignados sus escudos de sangre y donde ahora se les darían las últimas directrices a seguir antes de destituirlos como miembros activos de Evengarg. May había sido inmediatamente separada de ellos y Lei no supo más acerca de ella.

Metió en una bolsa un par de mudas, el caballo de madera de su madre y lo que le quedaba en el cajón de su alijo de dulces, asegurando también los enganches de la funda de su Layade. Se tumbó mirando al techo, observando la mancha de humedad que creía le acompañaría durante el resto de su vida. Cuantas cosas había dado por sentadas y ahora estaban a punto de desvanecerse...

Una llamada a su puerta lo alertó, incorporándose con rapidez. Sin esperar respuesta, Lexx abrió desde el otro lado, entrando y cerrando tras de sí.

—Supongo que estarás contento. ¿Cierto? —preguntó el comandante tristemente.

—¿Es lo que crees? —Lei se levantó, cruzándose de brazos con actitud defensiva.

—No he venido a pelear Lei, sino a despedirme —suspiró Lexx—. No hay forma en la que pueda aceptar que ya no estarás aquí. Jamás nos hemos separado.

—Yo... No quiero irme.

Esa última frase surgió desde lo más profundo de Lei suavizando su posición, bajando los brazos y dirigiéndose a su hermano.

—Lo sé, pero no hay nada que pueda hacer —el mayor sonrió con pesar.

—¿Ni siquiera tú?

—Ni siquiera yo —Lexx se rascó la cabeza—. Lei, todo cuanto nos han enseñado y creíamos saber es mentira. No somos más que títeres que creen salvaguardar un Estado en el que la autoridad y el poder, la fe y la política actúan en armonía.

—Hablas como Faunett —Lei agitó la cabeza.

—Sí y te aconsejo que no te alejes mucho de ella en adelante —rio el comandante.

—Cuando me vaya, ¿crees que debo seguir su mismo camino?

—Sería lo más inteligente.

—Está bien —Lei suspiró acatando sus palabras.

—Es extraño oírte aceptar mis consejos —rio Lexx—. Has tenido que esperar al último momento para dejar de ser un capullo, ¿verdad?

—¡Eh! —se ofendió Lei.

—Es broma —el mayor puso una mano sobre el hombro de su hermano.

—No sé qué voy a hacer en adelante, sin ti —confesó Lei, abrazándolo con fuerza—. Voy a echarle de menos.

—Y yo a ti, pequeño gruñón —le correspondió Lexx—. Eres como Taien, tan emocionales tras vuestra estoica fachada...

Lei se apartó sonriendo, ligeramente avergonzado. Siempre se había negado a escuchar cuando Lexx hablaba sobre su padre, Taien, pero tenía razón; Lei siempre fue un maldito obstinado y más con él. Ahora se arrepentía enormemente de ello.

—Bueno, ya está bien de tanto sentimentalismo —el comandante se recompuso, retirando una furtiva lagrима de su mejilla—. Ahora escucha. Si queremos crear un mundo diferente debemos empezar por nosotros mismos. La gran mayoría de gente está condicionada por la sociedad, educación o cultura sin comprender el proceso del mismo en sí —Lexx manifestaba aquellas ideas totalmente seguro de ellas—. Quieren hacernos creer que cualquier búsqueda de la verdad solo nos traerá infortunios. Debes buscar esa verdad, Lei.

—Está bien —aceptó el menor confuso.

—Debes recordar siempre que liderar es tener la capacidad de inspirar a los demás para alcanzar unos objetivos en común —Lexx le acarició el alborotado pelo, sonriéndole una última vez.

—Lexx, estás diciendo demasiadas cosas sin sentido.

—Al final lo entenderás todo —el comandante se hizo a un lado—. Ahora ve al salón principal, no será bueno que les hagas esperar.

—Sí, mi comandante.

Por primera vez en su vida Lei se dirigió a él por su rango de evengarg, mostrándole el respeto apropiado. Fue hacia la puerta y antes de abandonar la habitación le hizo una última pregunta.

—¿Por qué enviaste a May al baile de la libertad?

—Por qué gracias a ella estáis vivos —respondió Lexx seriamente—. Ahora ve.

Aunque descontento, Lei aceptó aquella explicación, recogiendo sus pertenencias y abandonando la habitación, despidiéndose de su hermano con un simple adiós.

Resultaba obvio que May influyó en la decisión que las señoras de Longa tomaron. Se habían mostrado intensamente sorprendidas al verla aparecer, aturdida entre toda aquella agua. Lei no la creía capaz de ser la causante, no era posible que lo fuera. Apenas transcurrieron un par de minutos desde que la dejó en uno de los accesos del servicio. Pero si había algo de cierto era que aquellas mujeres se amilanaron ante su presencia, recitando esa extraña frase y llamándola por aquel nombre, Lesberla. Un nombre que le resultaba familiar sin lograr recordar el por qué.

Cuando los evengargs se encontraron en el lugar donde fueron convocados, Broten apareció, acompañado por la Doctora Spinl y sus dos inseparables asistentes. Lei aguardaba en posición, en la última de las filas formadas entre Braiz y Ferbola; el mismo lugar en el que pocas semanas atrás se encontraba, aunque en circunstancias muy diferentes. Ahora les retirarían el doloroso símbolo que habían marcado en sus cuerpos.

—Con gran pesar debo comunicaros que vuestra expulsión comporta la pérdida de todo derecho y protección como comandos de competición, siendo rechazados y abandonados a vuestra propia fortuna —informó Broten con voz firme—. Ajenos y desvinculados a los que en su día fueron vuestras gentes.

Ninguno de los presentes reaccionó a sus palabras, la mayoría de ellos estaban demasiado enfadados o sintiéndose profundamente traicionados como para pedir clemencia al que siempre creyeron no solo un líder, sino también un padre.

—Debéis saber que el escudo no os será eliminado, tal y como dictaminan los estatutos de Hughs. Vuestra lacra será portar siempre a cuestras la insignia negra de la que, en su día, fue vuestra Academia, como muestra de los proscritos que seréis en adelante —ante eso si se apreciaron algunas que otras reacciones, siendo rápidamente silenciadas por los comandos que los custodiaban—. Donde vayáis, el mundo conocerá vuestra vergüenza.

Al finalizar su explicación, el adalid se dirigió al primero de los condenados, seguido de cerca por la doctora y sus ayudantes. Comenzando por Faunett, la más antigua de ellos, pasando uno a uno por todos ellos, grabando en sus pieles su deshonra. Así como en la impronta del escudo se escucharon algunos quejidos y gritos de dolor ahora, aquellas personas, se mantenían orgullosamente erguidas soportando en silencio el pesar de su abandono. Cuando Broten llegó a Braiz, Lei observó el proceso a través del rabillo del ojo. El adalid puso su mano sobre el pómulo izquierdo del joven mientras susurraba unas palabras prácticamente inaudibles, un fulgor plateado surgió de la palma de su mano directamente al rostro de Braiz. Él gesticuló con brusquedad, aunque ningún sonido surgió de sus labios. A los pocos segundos, cuando el hombre retiró su mano, ya se rubricaba la oscura insignia. Spinl intentó atenderle al ver como su ojo izquierdo quedaba inyectado en sangre, pero Braiz no se dejó ayudar, manteniéndose erguido y en posición. Broten se detuvo frente Lei tomándose un momento para observarlo, ofreciéndole una mirada que nada tenía que ver con la de un hombre insultado por sus tropas, sino más bien con la de un líder orgulloso. Le ordenó que se desabrochara la camisa para dejar al descubierto el escudo azul. Lentamente el adalid se puso a su espalda, posando la mano sobre el omoplato derecho. Un dolor inmediato e intenso, totalmente concentrado en el lugar donde se gravaba la insignia; el mismo tipo de dolor que le produjo el ser marcado por primera vez. Incluso Ferbola lo aguantó con aplomo. Nadie estaba dispuesto a mostrar el más mínimo ápice de debilidad, siendo hasta el último momento los orgullosos combatientes que eran.

Al terminar de marcar al último de ellos, los mismos evengargs que les custodiaron durante todo el proceso los acompañaron a la salida. No fue hasta ese momento, viéndose fuera de los muros de la Academia y con sus pocas pertenencias a cuestras, cuando tomaron conciencia de su situación actual. Desorientados se reunieron en pequeños grupos junto a las personas que les eran más conocidas, discutiendo que es lo que debían hacer en adelante. Lei se giró ajustándose la pesada Layade a su espalda justo a tiempo para ver como Faunett y Kurt se alejaban del resto, subiendo la empinada cuesta que daba acceso a Evengarg.

—Vamos —dijo alertando a Braiz, que permanecía abatido junto a él.

—¡No me dejéis aquí! —gritó Ferbola que también se quedó junto a ellos.

Corrieron tras ellos sin que el resto se diera cuenta, teniendo que detenerse en mitad de la subida para que Ferbola no se quedara rezagada. No fue hasta la cúspide de la ladera cuando les alcanzaron.

—¡Faunett! —gritó Lei cogiendo aliento.

—¡Callaos! —les ordenó Kurt en un grito ahogado—. Vais a hacer que nos encontren nada más salir.

—¿Encontrarnos? —Braiz también llegó a ellos, llevando a Ferbola casi a cuestras—. ¿Quién?

—No tenemos tiempo para esto —Kurt se alejó de ellos pasando junto a Faunett, que los miraba dubitativa.

—Lexx me ha aconsejado que siga tu mismo camino —le dijo Lei directamente a ella.

—Lexx, ¿eh? —Faunett se mordió el labio inferior.

—¡No tenemos tiempo para esto! —repitió Kurt mirando a su alrededor.

—¿Qué pasa? —Ferbola comenzó a asustarse ante su actitud.

—Está bien... —suspiró Faunett—, pero tendréis que seguirnos el paso, no vamos a esperar por

nadie.

—¿Te has vuelto loca? —intentó detenerla Kurt.

—¡Por favor, Kurt! —se enfrentó ella—. Ya tengo bastantes problemas. Además, se lo prometí a Lexx.

Kurt no rechazó ante sus palabras, limitándose a componerse el largo cabello, emprendiendo de nuevo el camino mientras se ponía en cabeza. Ella se dirigió a Ferbola, asegurándose de que se encontraba bien, brindándole un trago de agua.

Lei miró atrás, echando un último vistazo al lugar que tantas veces soñó con abandonar y al que ahora desearía regresar. Dirigiendo su mirada en dirección a la cala que tan buenos momentos le dio y preguntándose si algún día volvería a correr por ella o si sus heladas aguas lo mecerían de nuevo. Dada por finalizada su despedida, corrió volviendo a alcanzar al grupo que tomó uno de los caminos que se alejaban del bosque Ladero. Apenas unos minutos después, Kurt se detuvo poniendo al resto en alerta. Los cinco se agacharon en silencio. Kurt estaba seguro de que alguien los seguía y al parecer tenía razón. Miraron en todas direcciones, buscando a los responsables del sonido de las ramas quebrándose y las fuertes respiraciones. Un grito se escuchó a poca distancia, un grito lo bastante profundo para ser el de un varón que aún no era hombre. Lei se levantó ignorando las advertencias del resto, conocía aquella voz.

Corrió adentrándose entre la maleza, buscándolo. Solo había una persona más, a parte de él mismo capaz de escapar de Evengarg. Un niño tan astuto como molesto y que jamás se marcharía dejándola a ella ahí. Lei corrió escuchando como Faunett intentaba detenerlo. No iba a hacerlo, no ahora, no hasta encontrarlos y los encontró, intentando zafarse de una mofeta.

—Vosotros... —sonrió Lei al verlos.

May se giró al oír su voz, corriendo hacia él y abrazándolo, quedando casi colgada a su cuerpo mientras Ion le lanzaba pequeñas piedras al appestoso animal que, al parecer, mantenía una seria lucha con él. Lei la abrazó sintiéndose mucho más feliz al verla de lo que jamás imaginó. Solo había dos personas a las que no deseaba perder en su vida y creía estar alejándose de ambas al mismo tiempo. Aquello le reconfortó enormemente. Solo quería estar cerca de ella y no perderla, seguir sintiéndola y que ella le sintiera. Cerrar la distancia entre ellos haciendo que su corazón corriera temeroso de ser alcanzado por algo que realmente deseaba y le aterraba perder.

—No voy a alejarme de nuevo —dijo ella separándose para poder mirarlo—. No quiero volver a desaparecer de tu vida, Lei.

Sus palabras, acompañadas por la ligera caricia que le brindó, supusieron una panacea capaz de erradicar cualquier preocupación en él. Al ver aparecer al resto entre los árboles se separaron, ligeramente avergonzados.

—¡Maldita sea! —gruñó Kurt al alcanzarlos—. ¿Cuántos más vamos a acabar siendo? ¡Faunett!

—¡Cállate, Kurt! —Faunett se llevó las manos a la cabeza, desbordada—. ¿Cómo habéis escapado?

—Broten —dijo Ion acercándose a ellos cuando su disputa con la mofeta finalizó al alzarse como ganador, haciéndola huir—. Mientras estabais fuera me dio unas ordenes precisa y estas tarjetas para que pudiera salir de la Academia sin ser visto —añadió mostrando unas credenciales que Faunett le arrebató.

—Son tarjetas de acceso restringido, solo para los altos mandos —explicó ella asombrada—. Ni siquiera yo las tenía...

—Me dijo que esperara a que May regresara y que cuando lo hiciera nos fuéramos, que corríamos peligro —añadió él.

—Cuando regresé de Longa, el grupo de evengargs que me escoltaban me llevaron a una

habitación —continuó May—. Allí me esperaba Ion con mis cosas. Me contó lo sucedido, me cambié y huimos.

—Broten ya sabía que ibais a ser expulsados incluso antes de que regresarais de Longa —acabó Ion.

—¡No estoy entendiendo nada! —se desesperó Faunett—. ¡¿Por qué no me contó nada a mí?! Solo me estoy guiando por las palabras de Lexx y mira el lío en el que me está metiendo. ¿Qué se supone que quieren de mí?

—Tranquilízate —Kurt intentó calmarla.

—¡La que pensaba era Yidrianna! —gritó ella—. ¡No yo!

—Seguiremos con el plan inicial, ¿de acuerdo? —dijo Kurt concentrándose—. Podemos hacerlo, solo que ahora tardaremos algo más.

—¿Tardar algo más? —le desafió Faunett—. ¿Puedes explicarme como piensas cruzar las tierras de Lenard y llegar a su amarre con ellos? —preguntó señalándolos—. Una chica enfermiza, una rara desentrenada y un niño.

—Tendremos que hacerlo —se le encaró Lei.

—Yo no soy enfermiza... —se justificó Ferbola.

—¿Me ha llamado rara? —le preguntó May a Ion, que se encogió de hombros.

—No vamos a abandonar a nadie —resolvió Braiz.

—No, claro que no —aceptó Faunett finalmente—. Venga, pongámonos en marcha. Hay alguien que nos espera y tenemos un largo camino por delante —declaró emprendiendo nuevamente la marcha.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ión comenzando a caminar.

—A la Academia Graver.—contestó Kurt.

Aquel que no fue convocado

Remi tardó tiempo en tomar conciencia de lo que estaba pasando, tanto que a aquel día le dio tiempo a amanecer. Aún no tenía claro quién ni porque le habían traicionado, si huyó con las personas adecuadas o tan solo si estos pretendían también sacar algún tipo de provecho de él.

Cuando la Iriade tomó tierra, tras la apresurada huida de Hannagreth, lo hizo en una llanura previamente devastada en la que se talaron una gran cantidad de árboles para que el artefacto pudiera aterrizar holgadamente, junto a la cueva donde los Heidans comenzaron a perforar y en la que Maud estaba tan interesada. Cuando Remi se vio en el interior del cenote todo lo que le había estado atribulando desapareció de su mente, no tan solo por la belleza del lugar en sí, sino también por el enorme despliegue de recursos y personal en el mismo. Bajaron por la forzada pendiente, pasando junto a las infectas aguas, sorteando las piedras que se desprendieron de la bóveda con la actividad de la perforación de la nueva gruta. Kornak se separó de ellos, yendo pesadamente hacia un reducido grupo de sus familiares, hablándoles para después regresar y dirigirse a Maud.

—Está todo listo, señora —le informó.

—¿Y los Vypra? —preguntó ella satisfecha.

—Ya se encuentran en el interior.

—Excelente.

Con gran regocijo, Maud se adentró a través de la abertura que aquellos seres crearon bajo sus órdenes, forzando a Remi a que la siguiera.

La visión que se desplegó ante ellos fue algo que los impresionó por igual, dejándolos incrédulos frente a aquella maravilla arquitectónica. Una zona que en su día debió utilizarse como lugar de culto, elevado adrede bajo tierra y del que, incluso ahora, sus ruinas proporcionaban una fuerte impresión. Un enorme pabellón con multitud de pilares adosados con una trayectoria lineal, sujetando los techos de construcción adintelada. Trayectoria que conducía a una escalinata de un centenar de escalones que confluían en un gigantesco portal de división de piedra negra en aquel enorme espacio abierto, dibujando un friso de formas grotescas delineándose en su estructura. Con su umbral siempre abierto, confiriéndole una atemporalidad que evocaba a la antigua esencia de los arcaicos portales pareciendo, sus dos partes, estar suspendidas en el aire tal y como si un limpio corte las hubiera dividido, separándolas con una perfección inigualable. Algo tan imposible y sin embargo real. Con su dintel al aire, expuesto desde hacía eones con un singular poder jamás visto por ninguno de los presentes.

Liberándose de aquella intensa primera impresión, Remi advirtió en la enorme cantidad de Heidans que habían comenzado a desplegarse por la zona. No eran todos los que vio en el Palacio de cristal, pero sí una buena parte de ellos. Prestando más atención se fijó en unas altas y delgadas figuras encapuchadas dispuestas a lo largo de los escalones. Cinco figuras, con sus amarillentas y huesudas manos juntas, lo único que podía verse de sus cuerpos. Aunándose en un mismo rezo, clamando en una legua que jamás escuchó.

—¿Qué son esos? — preguntó Remi con temor.

—Ellos son los Vypra —respondió Maud recalcando la palabra «ellos»—. Y será mejor que les guardes respeto.

—Vypra... —repitió él.

—Dicen de ellos que fueron un tipo de herejes cuya doctrina nadie acabó de conocer. —explicó ella altivamente—. Cuyo peligro y poder era tal que, según sus perseguidores, superaba cualquier otra amenaza conocida.

—No son más que historias.

—¿Tú crees? —preguntó Maud sonriendo, caminando hacia las escaleras—. Porque a mí me parecen muy reales.

—Espera, Vypra... —caviló Remi siguiéndola—. He escuchado algo de eso antes.

—Estoy segura de que así es.

—¿Por ellos mataste a los desterrados? —por fin las cosas comenzaban a cobrar sentido para él.

—Yo no maté a nadie, Remi —respondió ella mirándolo con dureza—. No olvides eso.

—Pero nos convenciste de que lo hiciéramos —añadió para sí mismo.

—Los Vypra son una raza antigua y demandan sangre.

—Esto no tiene sentido —cuanto más se acercaba a ellos más aterrado se sentía—. ¿Qué son exactamente?

—Son los guardianes de las puertas de Washyubem.

—¿Qué? —Remi sintió como le faltaba el aire, la ansiedad estaba empezando a dominarlo.

—Ahora no hay tiempo para esto —susurró Maud entre dientes—. Quédate aquí y no hables más, si es que aprecias tu vida.

Maud se adelantó dejándolo atrás mientras los Heidans se reunían cerca de la escalinata, rodeándolo. Al parecer ellos tampoco querían perderse lo que estaba a punto de ocurrir, aunque algunos parecían estar más interesados en él que en lo que estaba ocurriendo, gruñendo a sus espaldas con actitudes nada tranquilizadoras.

Maud subió los escalones hasta quedar a medio camino entre el portal y la base de estos, con la vista puesta al frente sin que los Vypra le prestarán atención. Entonando sus canticos más claros, aunque igualmente indescifrables. Maud alzó los brazos y los Heidans callaron, quedando tan solo el sonido de aquellas espectrales figuras anegando el pabellón.

—Te invoco a ti, señor —comenzó a orar ella poderosamente—. El que produce ruina y aridez. El que está en el vacío, en la nada. Tú, que fuiste expulsado de tu hogar y viviste fuera de tu tierra. El que todo lo destruyó sin ser vencido.

Las voces de los Vypra se hacían cada vez más enérgicas mientras el suelo temblaba bajo sus pies y los Heidans rugían alterados sin comprender nada dado su corto entendimiento de la situación. Una densa oscuridad comenzó a formarse entre las dos partes separadas del portal, compactándose bajo los versos de aquella llamada. Conformándose en un lodo oscuro que se mantenía suspendido violando todas las leyes conocidas por el hombre, sin llegar a esparcirse sobre el suelo.

—¡Te invoco a ti con tu nombre verdadero y palabras que no puedes desoír! —continuó Maud gritando—. ¡Te invoco a ti Arraclán, para que me guíes y arrojes a los impuros en el escalofrío y la desolación! —ella rio extasiada—. ¡Para que derrames sangre en su propia casa!

Una mano surgió del espeso légamo, una mano blanca y limpia. Los Vypra quedaron en silencio al igual que el resto de los presentes, observando con tremendo interés lo que sucedía. Remi tragó saliva.

El resto del brazo emanó seguido por parte del torso. Pierna derecha, cabeza, cadera y finalmente,

pierna izquierda. En lo alto de las escaleras, habiendo emergido de aquella masa que ahora se descomponía tan etéreamente como se formó, cayó un joven hombre completamente desnudo. Un hombre de piel clara y delicada, largo cabello castaño y cinceladas formas; algo que ninguno esperaba dada la connotación de la invocación. El hombre tosió enérgicamente, incorporándose con dificultad mientras se apoyaba en las piedras que conformaban el portal.

—¿Quién eres tú? —preguntó Maud atribulada, subiendo los escalones con lentitud.

—Mi nombre es Nilosclou —respondió él con una voz inesperadamente grave.

—¡No es a ti a quien he convocado! —gritó ella furiosa.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó mirando a su alrededor—. ¿Dónde está Herban?

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradecer a mi familia el haber confiado siempre en mí, apoyándome incondicionalmente. Mama, gracias por legarme este don, sin ti nada de esto sería igual. A Marta, por tu loca cabeza soñadora capaz de crear grandes historias. Jesus, porque gracias a ti este proyecto logró llegar a su fin.

Infinitas gracias a todos aquellos que formáis lo que me gusta llamar el «Team Evengarg». A la familia de Editorial Adarve por haber creído en mí, dándome esta oportunidad. Marcos, por crear melodías y poner voz a este sueño desde casi el principio de los tiempos. José Julián, porqué aun estando en la otra parte del mundo plasmaste la Academia Evengarg como jamás pensé que la vería. Andreina, maestra de monstruos y princesas, dibujante de oscuridad. Leire, que te enfrentas a la traducción de mis «palabrejas» al inglés. Neus por querer plasmar sogas y Lunas de sangre.

Quiero agradecer también a todas aquellas personas que, a lo largo de los años, habéis aguantado mis historias y desvaríos. Aquellos mismos que comenzasteis leyendo historias sin sentido, mal estructuradas y aún con ello me animasteis a seguir. Vosotros sabéis quienes sois.

A todos mis personajes por concederme el placer de imaginarlos, en especial a Lei. Fuiste el primero y serás el último.

Y, por último, aunque no menos importante, a ti que estás leyendo incluso hasta aquí. Por permitirme entrar en tu mente y corazón, por abrirme las puertas de tu hogar. Espero que podamos caminar juntos durante mucho tiempo por la senda que Herederos de la Guerra abre ante nosotros.